LOS PAPELES DE AFGANISTÁN

HISTORIA SECRETA DE LA GUERRA

CRAIG WHITLOCK

CRÍTICA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Primera parte. Un espejismo de victoria 2001-2002
1. Una misión confusa
2. «¿Quiénes son los malos?»
3. El proyecto de construcción nacional
Segunda parte. La gran distracción 2003-2005
4. Afganistán pasa a segundo plano
5. De las cenizas resurgió un ejército
6. Islam para «dummies»
7. Juego a dos bandas
Tercera parte. El regreso de los talibanes 2006-2008
8.Mentiras y manipulaciones
9. Una estrategia incoherente
10. Los señores de la guerra
11. Una guerra contra el opio
Cuarta parte. La extralimitación de Obama 2009-2010
12. Doblar la apuesta
13. «Un oscuro pozo sin fondo»

14. De amigos a enemigos
15.Consumidos por la corrupción
Quinta parte. Todo se desmorona 2011-2016
16. En guerra con la verdad
17. El enemigo en casa
18. La gran ilusión
Sexta parte. Punto muerto 2017-2021
19.El turno de Trump
20. El narcoestado
21. Conversaciones con los talibanes
Agradecimientos
Nota sobre las fuentes
Bibliografía
Láminas
Créditos de las imágenes
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

A diferencia de las guerras de Vietnam e Irak, la invasión estadounidense de Afganistán en 2001 tuvo un apoyo público casi unánime. Al principio, los objetivos eran sencillos y claros: derrotar a al-Qaeda y evitar que se repitiera el 11 de septiembre. Sin embargo, poco después de que Estados Unidos y sus aliados desalojaran del poder a los talibanes, la misión se desvió del rumbo original y los funcionarios estadounidenses perdieron de vista sus objetivos originales.

El ejército estadounidense se vio envuelto en un conflicto guerrillero imposible de ganar en un país que no entendían. Pero ningún presidente quiso admitir el fracaso, especialmente en una guerra que comenzó como una causa justa, y las administraciones de Bush, Obama y Trump enviaron más y más tropas a Afganistán y dijeron repetidamente que estaban progresando, aunque sabían que no había perspectivas realistas de una victoria absoluta.

Así como los Papeles del Pentágono cambiaron la comprensión del público de Vietnam, Los Papeles de Afganistán contienen revelaciones sorprendentes de personas que jugaron un papel directo en la guerra, desde líderes en la Casa Blanca y el Pentágono hasta soldados y trabajadores humanitarios en el frente. En un lenguaje sencillo, admiten que las estrategias del gobierno de Estados Unidos fueron un desastre, que el proyecto de construcción de la nación fue un fracaso colosal y que las drogas y la corrupción

obtuvieron un dominio absoluto sobre sus aliados en el gobierno afgano.

Los papeles de Afganistán es un relato impactante que cambiará para siempre la forma en que se recuerda el conflicto.

LOS PAPELES DE AFGANISTÁN

Historia secreta de la guerra

Craig Whitlock

Traducción castellana de Àlex Guàrdia y Héctor Piquer

CRÍTICA

A Jenny y Kyle,
con amor y admiración

Solo una prensa libre y sin ataduras puede denunciar el fraude en el gobierno. Y entre las responsabilidades de una prensa libre destaca la obligación de impedir que cualquier parte del gobierno engañe al pueblo, enviándole a territorios remotos para que caiga víctima de fiebres exóticas, balas y proyectiles extranjeros.

HUGO L. BLACK, juez del Tribunal Supremo,
30 de junio de 1971, causa de New York Times Co.
contra Estados Unidos, también conocida como la causa de los Papeles del Pentágono. El juez se expresó en estos términos en su auto de concurrencia, secundando el veredicto del jurado. En una decisión
de seis votos a favor y tres en contra, el tribunal falló que el gobierno de Estados Unidos no podía impedir
a *The New York Times* o *The Washington Post* publicar
la historia secreta del Departamento de Defensa
con la guerra de Vietnam.

Prólogo

Dos semanas después del 11S, mientras Estados Unidos se pertrechaba para la guerra en Afganistán, un periodista le hizo al secretario de Defensa Donald Rumsfeld una pregunta muy directa: ¿los dignatarios estadounidenses iban a mentir a los medios sobre las operaciones militares para confundir al enemigo?

Rumsfeld ocupaba el atril de la sala de prensa del Pentágono. El edificio todavía apestaba a humo y a combustible de avión de cuando el vuelo 77 de American Airlines se había estrellado contra la fachada oeste y se había cobrado 189 vidas. En su respuesta, el secretario de Defensa optó por empezar parafraseando al ex primer ministro británico Winston Churchill: «En la guerra, la verdad es tan preciosa que siempre hay que protegerla con un cortejo de mentiras». Rumsfeld explicó que, antes del Día D, los aliados llevaron a cabo una campaña de desinformación llamada operación Bodyguard (Guardaespaldas) para confundir a los alemanes sobre el momento y el lugar en que iban a invadir Europa occidental en 1944.

Rumsfeld parecía estar justificando la práctica de propagar falsedades durante la guerra. Sin embargo, corrigió el rumbo y recalcó que él nunca haría nada parecido: «La respuesta a su pregunta es que no, no puedo imaginar que eso sucediera. No recuerdo haberle mentido jamás a la prensa. No tengo intención de hacerlo y tengo la impresión de que no habrá motivos para hacerlo. Hay docenas de mecanismos para no verse obligado a mentir. Y yo no miento».

Al preguntársele si cabía esperar lo mismo de los demás integrantes del Departamento de Estado, Rumsfeld calló y esbozó una leve sonrisa.

«¿Me tomas el pelo?», dijo.

Los periodistas acreditados del Pentágono soltaron una carcajada. Era Rumsfeld en todo su esplendor: inteligente y convincente. Una persona que no necesitaba guion, que desarmaba. En Princeton había sido un as de la lucha libre y era un experto en evitar el nocaut.

Doce días más tarde, el 7 de octubre de 2001, las fuerzas armadas empezaron a bombardear Afganistán. Entonces, nadie pensaba que terminaría siendo la guerra más prolongada de la historia estadounidense: más larga que la primera guerra mundial, la segunda guerra mundial y la guerra de Vietnam juntas.

A diferencia de la guerra de Vietnam, o de la que estallaría en Irak en 2003, la decisión de actuar militarmente contra Afganistán tenía un apoyo casi unánime de la población. Conmovidos y furiosos por los tremendos atentados de Al Qaeda, los estadounidenses esperaban que sus líderes defendieran la nación con el mismo tesón del que habían hecho alarde tras el ataque japonés a Pearl Harbor. Tres días después del 11S, el Congreso aprobó la ley que permitía a la administración Bush declarar la guerra a Al Qaeda y a cualquier país que cobijara a la red terrorista.

Por primera vez, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) invocó el artículo 5, el compromiso colectivo de la alianza para defender a uno de sus Estados miembros. El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas condenó de forma unánime los «horripilantes ataques terroristas» e hizo un llamamiento a todos los países para impartir justicia. Incluso potencias hostiles expresaron su solidaridad con Estados Unidos. En Irán, miles de personas se congregaron con velas y, por primera vez en veintidós años, los más radicales dejaron de gritar «Que muera Estados Unidos» en las plegarias semanales. Con un apoyo tan sólido, no había necesidad de mentir o manipular para justificar la guerra. Y, aun así, los

líderes de la Casa Blanca, el Pentágono y el Departamento de Estado empezaron a dar falsas esperanzas y a disimular los reveses en el campo de batalla. A medida que pasaban los meses y los años, el encubrimiento empeoró. Los comandantes militares y los agentes diplomáticos se las veían y deseaban para reconocer los errores y ofrecer análisis agudos y honestos en público.

Nadie quería admitir que la guerra nacida como una causa justa había degenerado hasta convertirse en una causa perdida. De Washington a Kabul surgió una conjura para encubrir la verdad. Las omisiones dieron pie de modo inexorable a los engaños y acabaron transformándose en completos absurdos. El gobierno de Estados Unidos anunció hasta en dos ocasiones, en 2003 y 2014, el fin de las operaciones de combate. Fueron muestras de infantil optimismo que no guardaban nexo alguno con la realidad.

El presidente Barack Obama había prometido poner fin a la guerra y retirar todas las tropas, pero en 2016 se acercaba el final de su segundo mandato y aún no lo había conseguido. Los americanos ya estaban hartos de los interminables conflictos en el extranjero. Desilusionados, muchos dejaron de prestar atención.

Por aquel entonces yo llevaba casi siete años trabajando para *The Washington Post* como periodista especializado en el Pentágono y el Ejército. Había informado durante las etapas de cuatro secretarios de Defensa y cinco comandantes militares. Había viajado muchas veces con altos miembros de las fuerzas armadas, tanto a Afganistán como a la región limítrofe. Antes de eso, había trabajado durante seis años como corresponsal en el extranjero para el *Post*, escribiendo sobre Al Qaeda y sus filiales terroristas en Afganistán, Pakistán, Oriente Medio, África del Norte y Europa.

Como muchos periodistas, sabía que Afganistán era un caos. Ya no me tomaba en serio las declaraciones vacuas de los militares, que repetían como un mantra que se estaban haciendo progresos y que se iba por el buen camino. *The Washington Post* y otras agencias de noticias llevaban años sacando a la luz problemas sistémicos con la guerra. Varios libros y memorias habían revelado los entresijos de las batallas cruciales en Afganistán y de los pulsos políticos en Washington. Pero yo me preguntaba si alguien se había parado a observar los hechos con perspectiva.

¿Qué había pasado para que la guerra se atascara y no hubiera posibilidades realistas de alcanzar una victoria permanente? En 2001, Estados Unidos y sus aliados habían aplastado a los talibanes y a Al Qaeda. ¿Qué se torció? Nadie había rendido cuentas íntegramente por los batacazos estratégicos, ni había explicado con pelos y señales por qué había fracasado la campaña.

De momento no ha habido una versión afgana de la Comisión del 11S, que responsabilizó al gobierno por no haber impedido el peor atentado de la historia en suelo americano. El Congreso tampoco ha tenido a bien organizar una versión afgana de las vistas Fulbright, en las que los senadores cuestionaron y atacaron la guerra de Vietnam. Han sido tantos los errores de miembros de ambos partidos que pocos líderes políticos han querido achacar o aceptar la culpa.

En verano de 2016 me llegó un soplo. Una opaca agencia federal, la Oficina del Inspector General Especial para la Reconstrucción de Afganistán (SIGAR, por sus siglas en inglés), había entrevistado a cientos de personas que habían participado en la guerra. Al parecer, muchas de ellas habían expresado una frustración contenida. La SIGAR había hecho sus pesquisas en el marco de un proyecto denominado Lessons Learned (Lecciones aprendidas), que quería diagnosticar qué políticas implementadas en Afganistán habían fracasado. Así, Estados Unidos aprendería para no repetir los errores en el futuro.

En septiembre, la SIGAR empezó a publicar una serie de informes del proyecto que subrayaban los problemas de Afganistán. Pero todos estaban cargados de una plúmbea prosa gubernamental y omitían las duras críticas y las acusaciones directas que yo había oído en las entrevistas.

La misión en la vida de un periodista de investigación es descubrir qué verdades está ocultando el gobierno y divulgarlas. Por eso presenté solicitudes a la SIGAR amparándome en la Ley de Libertad de Información. Quería las transcripciones, notas y grabaciones de las entrevistas realizadas por el Proyecto Lessons Learned. Según mi argumentación, el público tenía derecho a conocer las críticas internas del gobierno respecto a la guerra: la verdad sin paños calientes.

La SIGAR retrasó y rechazó cada solicitud, lo cual es irónico teniendo en cuenta que se trataba de una agencia creada por el Congreso, para rendir cuentas por las ingentes sumas de dinero de los contribuyentes que se habían gastado en la guerra. El *Post*, como llamamos en el gremio a *The Washington Post*, tuvo que interponer dos demandas federales para obligarla a publicar los documentos de Lessons Learned. Tras tres años de brega judicial, la SIGAR acabó publicando más de 2.000 páginas de material inédito. Eran notas de entrevistas con 428 personas que habían participado directamente en la guerra, desde generales y agentes diplomáticos a cooperantes y representantes afganos.

La agencia había redactado fragmentos de los documentos y había ocultado la identidad de la mayoría de los entrevistados. Aun así, las entrevistas plasmaban que, en privado, muchos altos dirigentes veían la guerra como un desastre con todas las de la ley, cosa que contradecía el rosario de optimistas declaraciones públicas de representantes de la Casa Blanca, el Pentágono y el Departamento de Estado, que año tras año habían asegurado a los ciudadanos que se estaban haciendo progresos.

Creyendo que sus observaciones no se harían públicas, los funcionarios habían hablado sin tapujos. Habían confesado a la SIGAR que los planes

bélicos acusaban defectos fatales y que Washington había dilapidado miles de millones de dólares en intentar convertir Afganistán en una nación moderna. Las entrevistas también reflejaban los chapuceros intentos del gobierno de Estados Unidos por poner coto a la desbocada corrupción, crear unas fuerzas armadas y policiales afganas competentes, y hacer mella en el suculento comercio del opio en Afganistán.

Muchos de los entrevistados hablaban de los esfuerzos explícitos y continuados del gobierno de Estados Unidos por engañar a la gente. Afirmaban que en los cuarteles de Kabul y en la Casa Blanca se tergiversaban constantemente las estadísticas para que pareciera que Estados Unidos estaba ganando la guerra, cuando no era ni mucho menos el caso.

Lo más fascinante es que los generales al mando reconocían que habían tratado de ganar la guerra sin una estrategia apropiada. El general del Ejército Dan McNeill, dos veces comandante de EE. UU. durante la administración Bush, se había quejado así: «No había ningún plan de campaña. Es que no lo había». [1]

«No había una estrategia coherente a largo plazo», dijo el general británico David Richards, que lideró las fuerzas de EE. UU. y la OTAN de 2006 a 2007: «Intentábamos conseguir un único plan coherente a largo plazo, una estrategia como Dios manda, pero en vez de eso nos daban un rimero de tácticas». [2]

Otros decían que la guerra librada por EE. UU. había sido un chasco desde el principio. Fueron descuidos que se sumaron a errores de cálculo y, además, a errores de juicio. Según Richard Boucher, el máximo responsable de la diplomacia de la administración Bush para Asia Meridional y Central, «no sabíamos lo que estábamos haciendo». [3]

«No teníamos ni la más remota idea de dónde nos estábamos metiendo», [4] dijo también el teniente general del Ejército Douglas Lute, *zar de la guerra* de los presidentes Bush y Obama.

Lute lamentó que hubieran perdido la vida tantos soldados de Estados Unidos. Y luego se salió aún más del guion. Pese a ser un general de tres estrellas, fue más allá y sugirió que el gobierno había sacrificado en vano esas vidas: «Si el pueblo americano conociera la magnitud del descalabro... 2.400 vidas perdidas. ¿Quién se atreverá a decir que fue en vano?». [5]

En más de dos décadas, se enviaron más de 775.000 efectivos militares a Afganistán. De esos, murieron más de 2.300 y 21.000 resultaron heridos. El gobierno de Estados Unidos no ha calculado con exactitud el total de lo que gastó en el esfuerzo bélico, pero la mayoría de las estimaciones superan el billón de dólares.

Las entrevistas de Lessons Learned presentan vívidas descripciones de cómo Estados Unidos se vio inmerso en una guerra remota y el gobierno hizo denodados esfuerzos por ocultárselas al público. En ese sentido, las entrevistas guardan un gran parecido con los Papeles del Pentágono, la historia supersecreta del Departamento de Estado con la guerra de Vietnam. Cuando se filtraron en 1971, los Papeles del Pentágono tuvieron una gran repercusión. Revelaron que el gobierno llevaba mucho tiempo mintiendo a la gente sobre cómo el país se había visto envuelto en Vietnam. Dividido en cuarenta y siete volúmenes, el estudio de 7.000 páginas se basaba íntegramente en documentos internos del gobierno: cables diplomáticos, informes para la toma de decisiones e informes de inteligencia. Para preservar la confidencialidad, el secretario de Defensa Robert McNamara aprobó una orden para prohibir a los autores entrevistar a nadie.

El Proyecto de Lessons Learned no sufrió estas restricciones. La SIGAR realizó esas entrevistas entre 2014 y 2018, sobre todo a personas que habían ocupado un cargo público durante los mandatos de Bush y Obama. A diferencia de los Papeles del Pentágono, ninguno de los documentos del Proyecto Lessons Learned se clasificó en primera instancia como secreto de

Estado. Sin embargo, cuando *The Washington Post* presionó para que se publicaran, otras agencias federales intervinieron y clasificaron parte del material.

En las entrevistas se revelaba poco sobre operaciones militares. Pero sí abundaban los reproches que refutaban la narrativa oficial de la guerra, desde los primeros compases hasta el inicio de la administración Trump.

Para complementar las entrevistas de Lessons Learned, me hice con cientos de memorandos previamente clasificados sobre la guerra de Afganistán, ordenados o recibidos por Rumsfeld entre 2001 y 2006. Rumsfeld y su equipo llamaban a estos memorandos *snowflakes*, en español «copos de nieve». Se trataba de instrucciones o comentarios concisos que el jefe del Pentágono dictaba a sus subordinados, a menudo varias veces al día.

Rumsfeld hizo públicos algunos de sus copos de nieve en 2011, publicándolos en internet junto con sus memorias, *Known and Unknown*. Pero la mayor parte de la colección, una ventisca de papeleo compuesta de unas 59.000 páginas, siguió siendo confidencial.

En 2017, el Archivo de Seguridad Nacional, un instituto de investigación sin ánimo de lucro con sede en la Universidad George Washington, interpuso una demanda amparándose en la Ley de Libertad de Información (FOIA, por sus siglas en inglés). Como respuesta, el Departamento de Defensa empezó a publicar el resto de los copos de nieve de Rumsfeld de forma escalonada. Y el Archivo los compartió conmigo.

Los copos de nieve estaban redactados en el brusco estilo de Rumsfeld. Muchos anticipaban problemas que seguirían hostigando a las tropas estadounidenses más de una década después. En un memorando para su jefe de inteligencia escrito tras casi dos años de guerra, Rumsfeld se quejó diciendo: «No sé quiénes son los malos en Afganistán». [6]

También conseguí varias entrevistas de historia oral que la Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos (Association for Diplomatic

Studies and Training) realizó a funcionarios que trabajaron en la Embajada estadounidense de Kabul. Las entrevistas expresaban de forma diáfana la opinión de representantes del Servicio de Exteriores, que lamentaban la ignorancia indeleble de Washington respecto a Afganistán y su pobre gestión de la guerra.

A medida que me impregnaba de todas las entrevistas y los memorandos, veía claramente que constituían una historia secreta de la guerra, un reflejo impávido del conflicto interminable. Los documentos también demostraban que nuestros líderes habían mentido en repetidas ocasiones sobre lo que estaba sucediendo en Afganistán, como habían hecho en Vietnam.

Aprovechando los dones de una pila de redactores, *The Washington Post* publicó una serie de artículos sobre los documentos en diciembre de 2019. Millones de personas leyeron los artículos, que incluían una base de datos de las entrevistas y los copos de nieve, que el *Post* publicó en la red como servicio público.

El Congreso, que llevaba años prácticamente ignorando la guerra, celebró muchas vistas para comentar los hallazgos. En sus declaraciones, generales, diplomáticos y otros funcionarios reconocieron que el gobierno no había sido honesto. Políticos de todas las ideologías expresaron su rabia y frustración.

Según el representante demócrata por Nueva York Eliot Engel, presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara: «Es una prueba irrefutable. Demuestra que no ha habido un diálogo público y transparente entre el pueblo americano y sus líderes sobre lo que estábamos haciendo en Afganistán». El senador republicano por Kentucky, Rand Paul, tachó la serie del *Post* de «muy inquietante. Plasma un esfuerzo bélico sobredimensionado, con una ausencia total de objetivos claros y abarcables».

Las revelaciones tocaron una fibra. Muchos estadounidenses habían sospechado desde el principio que el gobierno les había mentido en cuanto

a la guerra. El público estaba sediento de pruebas; quería saber lo que había pasado de verdad.

Yo sabía que el Ejército de EE. UU. había realizado algunas entrevistas de historia oral con soldados que habían luchado en Afganistán y que había publicado algunas monografías académicas. Pero enseguida descubrí que el Ejército tenía una mina interminable de esos documentos.

Entre 2005 y 2015, el Proyecto Operational Leadership Experience (Experiencia de Liderazgo Operativo) del Ejército, parte del Instituto de Estudios de Combate en Fort Leavenworth (Kansas), entrevistó a más de 3.000 soldados que habían luchado en la guerra global contra el terrorismo en el extranjero. La mayoría habían peleado en Irak, pero muchos habían sido destinados a Afganistán.

Estuve semanas escudriñando entrevistas no clasificadas transcritas literalmente. Encontré más de seiscientas con veteranos de Afganistán. Las historias orales del Ejército contenían relatos vívidos y en primera persona, sobre todo de oficiales de bajo rango. También accedí a un número menor de entrevistas que había realizado el Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU. en Washington D. C.

Como el Ejército autorizó las entrevistas por su interés histórico, muchos de los combatientes eran más sinceros con sus vivencias de lo que seguramente habrían sido con un periodista en busca de una historia que contar. En su conjunto, brindaban una imagen cruda y honesta de los errores en la guerra, la cara B de la fotografía difundida por los gerifaltes del Pentágono.

Encontré otro alijo de documentos reveladores en la Universidad de Virginia. Desde 2009, el Centro Miller, un instituto imparcial e independiente de la universidad especializado en historia política, ha dirigido un proyecto de historia oral sobre la presidencia de George W. Bush. El Centro Miller entrevistó a unas cien personas que trabajaron para

esa administración, incluidos altos cargos, asesores externos, representantes políticos y líderes extranjeros.

La mayoría accedió a las entrevistas con la condición de que las transcripciones se mantuvieran en secreto durante muchos años, o hasta después de su muerte. A partir de noviembre de 2019, el Centro Miller abrió al público extractos de su archivo sobre George W. Bush. Para mí, no podían haber elegido un momento mejor. Obtuve una docena de transcripciones de entrevistas de historia oral con comandantes militares, miembros de gabinete y otros cargos importantes que gestionaron la guerra en Afganistán.

Las entrevistas de historia oral de la Universidad de Virginia también exudaban un peculiar grado de franqueza. El general de la Marina Peter Pace, que fue presidente y vicepresidente del Estado Mayor Conjunto con Bush, dijo estar arrepentido por no haber podido ser del todo honesto con la gente respecto a la posible duración de las guerras en Afganistán e Irak.

«Tendría que haberle dicho al pueblo americano que no era cuestión de meses o años; era cuestión de décadas», dijo Pace. «Como no lo hice, como el presidente Bush no lo hizo, que yo sepa, creo que el pueblo americano se imaginaba que sería llegar y besar el santo.» [7]

Este libro no quiere ser una crónica exhaustiva de la guerra de Estados Unidos en Afganistán. Tampoco es una historia militar que ponga énfasis en las operaciones de combate. Es más bien un intento de explicar qué hicieron mal y cómo mintieron tres presidentes consecutivos y sus administraciones.

Recapitulando, *Los papeles de Afganistán* se basa en entrevistas con más de mil personas que desempeñaron un papel directo en la guerra. Las entrevistas de Lessons Learned, las historias orales y los copos de nieve de Rumsfeld suman más de 10.000 páginas de documentación. Esos documentos no están editados ni filtrados y revelan la opinión de personas,

desde aquellas que marcaban el compás político en Washington a las que combatían en las montañas y los desiertos afganos, que sabían que la versión oficial de la guerra que se estaba ofreciendo al pueblo americano era falsa, o cuando menos muy edulcorada.

Ahora bien, casi ningún representante del gobierno tuvo el coraje de admitir en público que Estados Unidos estaba perdiendo poco a poco una guerra que, en su día, el pueblo había apoyado casi sin fisuras. Con su silencio cómplice, los líderes militares y políticos evitaron que nadie rindiera cuentas y se reevaluara la situación. Tal vez eso habría cambiado el resultado o habría acortado el conflicto. En vez de eso, optaron por esconder sus errores y dejaron que la guerra siguiera su curso sin nadie al volante.

Primera parte
Un espejismo de victoria
2001-2002

1

Una misión confusa

Hacia las diez de la mañana del 17 de abril de 2002, en una cálida y soleada mañana primaveral, el helicóptero presidencial Marine One, con su franja blanca pintada en la parte superior, aterrizó con suavidad sobre el césped perfectamente segado de la plaza de armas del Instituto Militar de Virginia, en Shenandoah Valley. En el Cameron Hall, la cancha de baloncesto de la academia, se apelotonaban unos 2.000 cadetes. Todos se esforzaban por contener el sudor en sus almidonados uniformes de gala de color blanco y gris. Estaban esperando para dar la bienvenida al comandante en jefe. Cuando el presidente George W. Bush subió al escenario unos minutos más tarde, guiñando el ojo, saludando y enseñando el pulgar, la concurrencia se puso en pie y prorrumpió en un estruendoso aplauso.

Bush tenía motivos para sonreír y disfrutar de la atención. Seis meses antes había ordenado a las fuerzas armadas invadir Afganistán y tomar represalias por los atentados del 11S, que se cobraron 2.977 vidas en la ciudad de Nueva York, en el norte de Virginia y en Shanksville (Pensilvania). Pero esa guerra no se parecía a ninguna otra de la historia de Estados Unidos; había empezado de repente y de improviso, provocada por un enemigo apátrida con base en un país sin acceso al mar en la otra punta del planeta. Pero el éxito inicial de la campaña militar había superado las

expectativas hasta de los comandantes de operaciones más optimistas. La victoria parecía plausible.

Gracias al aplastante poderío aéreo, los señores de la guerra apoyados por la CIA y los equipos de comandos sobre el terreno, Estados Unidos y sus aliados tumbaron el gobierno talibán en Kabul en menos de seis semanas. Asesinaron o capturaron a cientos de combatientes de Al Qaeda y los demás líderes de la red terrorista, incluido Osama bin Laden, se escondieron o huyeron a otros países.

Felizmente, había habido pocas bajas. En el momento en que Bush dio su discurso, habían muerto en Afganistán veinte soldados estadounidenses, uno más de los que habían perecido durante la invasión de cuatro días de la isla caribeña de Granada, en 1983. Los choques con fuerzas hostiles se volvieron tan esporádicos que algunos soldados se quejaban de aburrimiento. Muchas unidades ya habían regresado a casa. Quedaban unos 7.000 efectivos allí.

La guerra transformó el prestigio político de Bush. Aunque ganó por un pelo las elecciones a la presidencia del año 2000, las encuestas indicaban que un 75 % de los ciudadanos apoyaban en ese momento su mandato. En sus declaraciones ante la academia militar, Bush se mostró ilusionado con lo que depararían los meses siguientes. Derrotados los talibanes y con Al Qaeda a la fuga, dijo que la guerra había entrado en una segunda fase. En adelante, Estados Unidos pondría el acento en eliminar células terroristas en otros países. Advirtió de que en Afganistán podía volver a estallar la violencia, pero aplacó los ánimos diciendo que tenía la situación controlada.

Aludiendo a las desastrosas incursiones de Reino Unido y la Unión Soviética durante los últimos dos siglos, Bush prometió que Estados Unidos no correría la misma suerte que las otras grandes potencias que habían invadido Afganistán: «Empezaron con un año de éxito, seguido por largos años de tambaleos hasta llegar a la derrota final. No vamos a repetir ese error».

Pero el discurso de Bush enmascaraba los recelos que circulaban entre los miembros más destacados de su gabinete Esa mañana, mientras el presidente viajaba al suroeste de Virginia, su secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, reflexionaba en voz alta en el Pentágono, donde trabajaba en un escritorio de pie en un despacho de la tercera planta, en el anillo exterior del edificio. Rumsfeld no creía en los mensajes de sosiego que él y Bush habían transmitido públicamente durante meses; tenía mucho miedo de que el Ejército encallara en Afganistán sin una clara estrategia de salida.

A las 9.15 de la mañana, sus pensamientos cristalizaron y dictó un breve memorando, algo a lo que ya estaba habituado desde hacía tiempo. Escribía tantos que su personal los llamaba copos de nieve, hojas de papel blanco del jefe que se apilaban en las mesas. Este se marcó como clasificado e iba dirigido a cuatro altos miembros del Pentágono, incluidos el presidente y el vicepresidente del Estado Mayor Conjunto. En el memorando de una página, Rumsfeld escribió: «Puede que sea impaciente. De hecho, sé que lo soy un poco. [...] Pero nunca sacaremos a las tropas de Afganistán a menos que procuremos construir algo que aporte la estabilidad con la que dejemos de ser necesarios». [1]

«¡Ayudadme!», añadió.

Rumsfeld se cuidaba de no revelar sus dudas y recelos. Semanas antes lo había hecho durante una larga entrevista en la MSNBC. Durante la emisión del 28 de marzo, se jactó de haber arrollado al enemigo y dijo que no tenía sentido negociar con los vestigios de los talibanes, y mucho menos con Al Qaeda: «Lo único que puedes hacer es bombardearlos e intentar acabar con ellos. Es lo que hicimos y ha funcionado. Se han ido y el pueblo afgano está mucho mejor sin ellos». [2]

Como Bush, Rumsfeld cultivaba una imagen de líder valiente y decidido. El presentador de la MSNBC Brian Williams afianzó esta idea adulando al secretario de Defensa, alabando el «paso decidido» de Rumsfeld y sugiriendo que era el «hombre más seguro» [3] de Estados Unidos.

«Supervisa una guerra como ninguna otra. Y seguramente se ha convertido en la cara y la voz más reconocibles de esa guerra», dijo Williams a los espectadores.

La única pregunta incómoda tuvo lugar cuando el periodista quiso saber si alguna vez Rumsfeld había sentido la tentación de mentir acerca de la guerra durante sus habituales ruedas de prensa en el Pentágono. «¿Con qué frecuencia se ve obligado a adornar la realidad en la sala de prensa porque hay vidas estadounidenses en juego?»

«No miento», contestó Rumsfeld: «Creo que nuestra credibilidad es mucho más importante que adornar la realidad». Y añadió: «Haremos justo lo que tenemos que hacer para proteger la vida de los hombres y las mujeres de uniforme y para ver triunfar a nuestro país. Pero eso no implica mentir».

Según los criterios de Washington, Rumsfeld no estaba mintiendo, aunque tampoco estaba siendo honesto. Horas antes de grabar la entrevista con la MSNBC, el secretario de Defensa había dictado un copo de nieve confidencial a dos subordinados. En él había plasmado un punto de vista completamente diferente respecto a cómo iban las cosas en Afganistán: «Me preocupa que se nos esté yendo de las manos». [4]

Al inicio de la guerra, la misión parecía sencilla y concreta: derrotar a Al Qaeda y prevenir otro 11S. El 14 de septiembre de 2001, en una votación casi unánime, el Congreso autorizó rápidamente el uso de la fuerza militar contra Al Qaeda y sus secuaces. [5]

Cuando el Pentágono lanzó los primeros ataques aéreos contra Afganistán el 7 de octubre, nadie esperaba que el bombardeo fuera a prolongarse veinte años. En un discurso televisado, Bush dijo ese día que la guerra tenía dos objetivos específicos: acabar con el uso de Afganistán como base terrorista de operaciones de Al Qaeda y atacar la capacidad militar del régimen talibán.

El comandante en jefe también prometió a las fuerzas armadas claridad en el propósito: «A todos los hombres y mujeres de nuestras tropas les digo

esto: vuestra misión está definida. Los objetivos están claros».

Los estrategas militares aprenden que nunca se debe empezar una guerra sin un plan para ponerle fin. Así y todo, ni Bush ni nadie de su administración articuló públicamente cómo, cuándo ni en qué condiciones pretendían concluir las operaciones militares en Afganistán.

En los primeros compases de la guerra, y durante el resto de su presidencia, Bush esquivó las preguntas sobre cuánto tiempo tendrían que seguir luchando las tropas en Afganistán. No quería disparar las expectativas ni coartar las opciones de sus generales comprometiéndose con un programa. Pero también sabía que los ciudadanos recordaban con dolor la última vez que el país había librado en Asia una guerra interminable. Por eso intentó aplacar el miedo a que la historia pudiera repetirse.

Durante una rueda de prensa del 11 de octubre de 2001, en horario de máxima audiencia, un periodista hizo a Bush una pregunta a bocajarro en la Sala Este de la Casa Blanca: «¿Podrá evitar meterse en Afganistán en un atolladero como el de Vietnam?».

Bush llevaba la respuesta preparada: «En Vietnam aprendimos cosas muy importantes. Quizá lo más importante fue que no se puede librar una guerra de guerrillas con fuerzas convencionales. Por eso le he explicado al pueblo americano que este es otro tipo de guerra».

Y añadió: «La gente me pregunta muchas veces cuánto durará. Este frente de batalla seguirá activo hasta que podamos llevar a Al Qaeda ante la justicia. Puede que sea mañana, puede que sea dentro de un mes, o que tardemos un año o dos, pero venceremos».

Años después, en conversaciones confidenciales con entrevistadores del gobierno, muchos estadounidenses que tuvieron un papel clave en la guerra juzgaron con dureza la toma de decisiones durante las primeras fases del conflicto. Según ellos, los objetivos de la guerra derivaron pronto hacia vericuetos que tenían poco que ver con el 11S. También reconocieron que

Washington no supo definir exactamente qué pretendía lograr en un país que, para la mayoría de los dignatarios, resultaba un enigma.

En una entrevista de Lessons Learned, un ex alto miembro no identificado del Departamento de Estado dijo: «Si fuera a escribir un libro, su consigna sería: “Estados Unidos se va a la guerra sin saber por qué”. Tras el 11S entramos instintivamente en guerra sin saber lo que pretendíamos. Me gustaría escribir un libro sobre la importancia de tener un plan y una meta final antes de empezar». [6]

Otros dijeron que nadie se había molestado en hacer, y mucho menos en contestar, muchas preguntas obvias.

Un dignatario estadounidense no identificado, que trabajó con el representante civil especial de la OTAN en Afganistán entre 2011 y 2013, confesó esto al Lessons Learned: «¿Qué estábamos haciendo realmente en ese país? Lo invadimos tras el 11S para derrotar a Al Qaeda en Afganistán, pero la misión se desdibujó. [...] Los objetivos también eran confusos: ¿cuáles son? ¿Construir una nación? ¿Proteger los derechos de las mujeres?». [7]

Richard Boucher, que al principio de la guerra fue portavoz principal del Departamento de Estado y luego se convirtió en máximo responsable de la diplomacia en Asia Meridional, dijo que Estados Unidos cometió el absurdo de querer abarcar demasiado y nunca se marcó una estrategia realista de salida. En una entrevista de Lessons Learned, declaró: «Si hay un paradigma del sobredimensionamiento bélico, es Afganistán. De decir que íbamos a librarnos de la amenaza de Al Qaeda, pasamos a decir que íbamos a acabar con los talibanes. [Luego dijimos] que íbamos a deshacernos de todos los grupos con los que colaboran los talibanes». [8]

Aparte de eso, Boucher dijo que Estados Unidos se había propuesto un fin «imposible»: crear un gobierno estable y americanizado en Afganistán con elecciones democráticas, un Tribunal Supremo operativo, una autoridad anticorrupción, un ministerio para los derechos de las mujeres y miles de

escuelas de nueva creación con un plan de estudios modernizado. Y añadió: «A ver, intentas crear un gobierno sistemático a lo Washington D. C. en un país que no opera así». [9]

Sin apenas debatirlo públicamente, la administración Bush cambió sus objetivos poco después de iniciar los bombardeos en octubre de 2001. Entre bastidores, las fuerzas armadas estaban urdiendo sus planes sobre la marcha.

El teniente comandante Philip Kapusta, un oficial de la Armada que ayudó a planificar algunas intervenciones de Operaciones Especiales, dijo que las primeras órdenes del Pentágono en otoño de 2001 fueron poco específicas. Por ejemplo, no estaba claro si Washington quería castigar a los talibanes o expulsarlos del poder. Dijo que muchos oficiales del Mando Central de EE. UU., el cuartel general de la guerra, no confiaban en el plan y lo veían como un apaño provisional para ganar tiempo y pulir la estrategia.

En una entrevista de historia oral con el Ejército, Kapusta dijo: «Nos dieron algunas directrices generales, como: "Eh, que queremos ir a luchar contra los talibanes y Al Qaeda en Afganistán". En verdad, en el plan original, el cambio de régimen no era un objetivo primordial. No se descartaba, pero no era el propósito fundamental». [10]

El 16 de octubre, el Consejo de Seguridad Nacional de Bush aprobó un nuevo documento estratégico. El plan secreto de seis páginas, [11] adjuntado a uno de los copos de nieve de Rumsfeld y más tarde desclasificado, consistía en aniquilar Al Qaeda y acabar con el régimen talibán, pero citaba pocos objetivos concretos más allá de eso.

La estrategia concluía que Estados Unidos debía «tomar medidas para contribuir a crear un Afganistán postalibán más estable». Pero anticipaba que las tropas estadounidenses no se quedarían mucho tiempo: «Estados Unidos no debería involucrarse en ninguna campaña militar tras la caída de

los talibanes, porque ya estará totalmente sumido en un esfuerzo antiterrorista en todo el mundo». [12]

Conociendo la historia de Afganistán, pródiga en encerronas a los invasores extranjeros, la administración Bush quiso destinar el menor número posible de soldados al país.

En una entrevista de historia oral con la Universidad de Virginia, Douglas Feith, subsecretario de políticas militares del Pentágono, dijo que, «según Rumsfeld, en Afganistán el plan era usar una fuerza pequeña porque no queríamos tener tanta presencia como los soviéticos. No queríamos provocar una reacción xenófoba de los afganos. Los soviéticos enviaron a 300.000 soldados y cayeron. No queríamos repetir ese error». [13]

El 19 de octubre entraron en Afganistán las primeras fuerzas de Operaciones Especiales. Allí se unieron a un puñado de agentes de la CIA coligados con la Alianza del Norte, un grupo de señores de la guerra antitalibanes. Los aviones estadounidenses con base en la región aportaron una enorme potencia de fuego. Pero a pesar de toda la ayuda exterior, las heterogéneas fuerzas de la Alianza del Norte no consiguieron ganar mucho terreno a los combatientes talibanes ni a Al Qaeda.

El Día de Todos los Santos, Rumsfeld se reunió con la cúpula del Pentágono en su despacho, a última hora de la mañana. En un momento dado se volvió hacia Feith y el general de la Marina Peter Pace, vicepresidente del Estado Mayor Conjunto, y les dijo que había que replantear la estrategia de guerra. Impaciente, el secretario de Defensa pidió un nuevo plan por escrito y dio a Feith y Pace cuatro horas [14] para tramarlo, según la entrevista de historia oral de Feith.

Feith y Pace abandonaron el señorial despacho de Rumsfeld y se dirigieron al trote al despacho del primero, cruzando el pasillo del anillo exterior. Allí se les sumó el general de división de las Fuerzas Aéreas Michael Dunn, que lideraba el equipo de planificación del Estado Mayor Conjunto. Con los dos generales curioseando detrás de él, Feith se sentó

delante del ordenador[15] y redactó un nuevo análisis estratégico para Rumsfeld, algo que normalmente exigiría meses y una barbaridad de personal.

Era una escena curiosa en varios sentidos. Feith era un intelectual licenciado en Harvard de cuarenta y ocho años. Tenía los labios fruncidos, llevaba gafas redondas y nunca había vestido de uniforme. Sacaba de quicio a muchos generales fingiendo saber más de lo que sabía sobre operaciones militares. El arisco general del Ejército de Tierra Tommy Franks, proveniente de Oklahoma y a cargo de la campaña militar, acabaría llamando a Feith «el pendejo más estúpido de la faz de la Tierra».[16] Otro general de cuatro estrellas del Ejército de Tierra, George Casey, dio una entrevista de historia oral en la Universidad de Virginia en la que describió a Feith como «intransigente» y alguien con quien era casi imposible trabajar, añadiendo que: «Siempre tenía que llevar la razón y era tan obstinado en sus argumentos y sus posturas que realmente se volvió muy difícil».[17]

En un curioso capricho del destino, Feith hizo buenas migas con Pace,[18] que había combatido en Vietnam como jefe de un pelotón de fusileros y había estado destinado a Somalia, Corea y otros puntos candentes durante los treinta y cuatro años que había servido en los marines. Juntos, y sin dejar de mirar al reloj, articularon una nueva guía estratégica para Afganistán y se la entregaron a tiempo a Rumsfeld por la tarde. Así lo recuerda Feith: «Estando allí, me volví hacia Pace y le dije algo así como: “Esto es un poco extraño, ¿no? Es como quedarte toda la noche estudiando para un examen en la universidad”».[19]

El documento se replanteaba algunas cuestiones obvias[20] sobre la campaña militar: «¿Dónde estamos? ¿Cuáles son nuestros objetivos? ¿Cuáles son nuestras hipótesis? ¿Qué podemos hacer?». Feith quedó muy contento con el producto final. En su entrevista de historia oral, dio a entender que su jefe también había dado su aprobación. «Era una versión

mini de un buen análisis estratégico desde el prisma de Rumsfeld. Con tanta urgencia, no se puede estudiar algo a fondo.»

Días más tarde, muchos líderes estadounidenses se quedaron de piedra cuando la suerte cambió a su favor. Con la ayuda de Estados Unidos, las fuerzas de la Alianza del Norte tomaron rápidamente el control de varias ciudades importantes: Mazar-e Sarif el 9 de noviembre; Herat el 12 de noviembre; Kabul el día 13; y Jalalabad el día siguiente.

Kapusta, estratega de Operaciones Especiales, estaba presente en una sala de conferencias de Tampa, en el cuartel general del Mando Central. El grupo de oficiales de alta graduación allí presente se maravillaba del progreso. «Justo después de la caída de Kabul, uno de los tipos llegó a decir: "En serio, no creíais que esta locura iba a salir bien". Y todo el mundo asintió en señal de consenso.» [21]

Los jefes del Pentágono tampoco salían de su asombro con el veloz giro de los acontecimientos. «Allá por noviembre nos estábamos preguntando cuánto territorio podríamos recuperar o conquistar antes de las vacaciones? ¿Podemos rascar lo suficiente para sobrevivir al invierno?» [22] Pace, el general de la Marina, dijo esto en una entrevista de historia oral con la Universidad de Virginia: «Ahora todo el país nos pertenece. Y no es Navidad todavía. O sea, lo lógico es pensar: "Joder, está bastante guay"».

Después de expulsar a los talibanes de forma algo inesperada, los comandantes militares demostraron no estar preparados para la siguiente fase ni tener claro qué hacer. Temían que Afganistán se sumiera en el caos, pero también tenían miedo de que, si mandaban más fuerzas terrestres para llenar el vacío, podrían verse obligados a asumir la responsabilidad por los numerosos problemas del país. Por tanto, el Pentágono envió unas cuantas tropas extra para ayudar a cazar a Bin Laden y otros líderes de Al Qaeda, pero limitó al máximo su visibilidad y sus misiones.

Durante un tiempo, fue suficiente para impedir que Afganistán se descosiera. En público, Rumsfeld actuaba como si nunca hubiera dudado ni

por un segundo del plan general.

En una triunfalista conferencia de prensa del 27 de noviembre en el cuartel general del Mando Central en Tampa, Rumsfeld dijo: «Creo que lo que ocurrió en las primeras fases fue justo lo que teníamos pensado. Se estaban gestando las condiciones para lo que había que hacer». Incluso soltó una pulla a los periodistas que habían especulado con el fantasma de Vietnam. «Parecía que no estaba pasando nada. Hasta parecía que estábamos... venga, ¡repetidlo todos juntos!... en un atolladero.»

Al principio, el Ejército tenía tan clara la intención de no prolongar su estancia en Afganistán que optó por no importar conforts básicos para acomodar a las tropas. Los soldados que querían lavar la ropa tenían que enviar la colada sucia por helicóptero a una base de apoyo temporal en el vecino país de Uzbekistán.

El Día de Acción de Gracias, el Ejército hizo una pequeña concesión en aras de la higiene y envió un equipo de dos hombres para instalar la primera ducha en la base aérea de Bagram, en el norte de Afganistán. En ese momento acogía unos doscientos soldados de Fuerzas Especiales y un sinfín de unidades de tropas aliadas.

El mayor Jeremy Smith fue el intendente que supervisó la unidad de lavandería en Uzbekistán. Según dijo en una entrevista de historia oral con el Ejército: «Había hombres que llevaban allí hasta treinta días. Necesitaban una ducha». [23] Sus superiores no querían enviar personal ni equipamiento adicional a Bagram, pero acabaron claudicando: «Al final cedieron, pero dijeron: “No tenemos claro el tiempo que vamos a estar aquí, hay muchas cosas que no vemos claro, así que nuestra presencia aquí será lo más testimonial posible. ¿Cuál es el número mínimo de gente que podéis enviar?”. El número más bajo eran dos personas. “¿Cuál es la ducha más pequeña que podéis mandar?” “Bueno, el diseño es para doce, pero la unidad más pequeña que podemos mandar tiene seis cabezas.” La cabeza, la caldera y las bombas de agua estaban diseñadas para un sistema de duchas

de doce cabezas. Por tanto, si solo se colocaban seis, significaba que iba a haber una estupenda presión del agua. A todo el mundo le pareció bien».

Con el tiempo, Bagram fue ensanchándose hasta convertirse en una de las bases militares más grandes de Estados Unidos en el extranjero. Cuando Smith regresó a Bagram una década más tarde para un segundo período de servicio, se encontró una ciudad plenamente operativa con un centro comercial, un concesionario Harley-Davidson y unos 30.000 soldados, civiles y contratistas: «Reconocí en el acto las montañas, incluso antes de que el avión aterrizara. Y entonces noté el mismo olor. Pero al desembarcar, fue como: "¡Virgen santa! No reconozco casi nada"». [24]

En diciembre de 2001, sin embargo, solo había 2.500 efectivos estadounidenses en todo Afganistán. Rumsfeld permitió que la cifra aumentara un poquito, pero impuso límites estrictos. A finales de enero, había más personal militar realizando labores de vigilancia en los Juegos Olímpicos de Invierno de 2002 [25] en Salt Lake City (4.369) que en Afganistán (4.003).

Muchas de las tropas en el sur de Afganistán no se movían de un aeródromo cerca de Kandahar, donde las condiciones eran aún más deplorables que en Bagram, a unos 500 kilómetros. «Solo había un lugar en el que ducharse en todo el país», [26] dijo en una entrevista de historia oral con el Ejército el mayor David King, del 160.º Regimiento de Aviación de Operaciones Especiales. «Entras sabiendo que vas a mear en un tubo y que vas a cagar en un barril y a prenderle fuego con gasóleo. [...] No había camiones de recogida de residuos, ni inodoros portátiles ni nada por el estilo... al menos de momento.»

Cuando el mayor de infantería Glen Helberg llegó al aeródromo de Kandahar en enero de 2002, tuvo que trasnochar a la intemperie en un saco de dormir, en medio del desierto. Esto dijo en una entrevista de historia oral con el Ejército: «La arena era finísima. Esa noche llovió y el agua empezó a

correr por debajo de la tienda. Me desperté y vi que algunas de mis cosas estaban flotando». [27]

Cuando la unidad de Helberg se fue seis meses más tarde, los soldados ya dormían en camas plegables, no sobre el suelo. Nadie imaginaba que el polvoriento campamento de Kandahar acabaría convirtiéndose en un gigantesco centro militar, al nivel del de Bagram. Alguna vez llegó a ser la pista de aterrizaje más concurrida entre Nueva Deli y Dubái, gestionando 5.000 despegues y aterrizajes a la semana.

En aquel momento, parecía más bien que la guerra había llegado al cénit y que había entrado en una fase de depuración. En una entrevista de historia oral con el Ejército, el mayor Lance Baker de la 10.ª División de Montaña, un oficial de inteligencia, dijo que había rumores de que su unidad no tenía nada más que hacer: «Ya no hay combates, nuestra misión en Afganistán se ha acabado. Volvemos a casa». [28]

En junio de 2002, el mayor del Ejército de Tierra Andrew Steadman y su batallón de paracaidistas aterrizaron en Kandahar. Se morían por empezar a cazar miembros de Al Qaeda, pero acabaron quedándose de brazos cruzados. En una entrevista de historia oral con el Ejército, dijo que «los muchachos no hacían más que jugar a videojuegos. Hacían ejercicio por la mañana y algo de entrenamiento por la tarde». [29]

En el este de Afganistán, cerca de la frontera pakistaní, el pelotón del mayor del Ejército de Tierra Steven Wallace también tuvo dificultades para encontrar alguien con quien combatir. Esto declaró ante los historiadores del Ejército: «Estuvimos allí ocho semanas y no hubo ni una sola reyerta con fuego real. A decir verdad, era un tostón». [30]

Por fuera parecía que Afganistán se estaba estabilizando. En diciembre de 2001, la ONU celebró una cumbre en Bonn (Alemania) para urdir un plan de gobierno. Se eligió como líder provisional a Hamid Karzai, un líder tribal pastún con vínculos con la CIA que hablaba inglés con fluidez. Grupos humanitarios y docenas de países ofrecieron ayuda urgente.

La administración Bush aún temía quedar empantanada en el país. Pero las victorias militares fueron vertiginosas y decisivas y apuntalaron la confianza de los dignatarios estadounidenses, abriendo la puerta a nuevos objetivos.

Stephen Hadley, el entonces subconsejero de Seguridad Nacional de la Casa Blanca, dijo que la guerra había entrado en «una fase ideológica» en que Estados Unidos decidió introducir la libertad y la democracia en Afganistán como alternativa al terrorismo. Para lograrlo, las tropas tenían que prolongar su estancia.

En una entrevista de Lessons Learned, Hadley dijo: «Al principio dijimos que no íbamos a construir una nación. Ahora bien, sin ella es imposible asegurar que Al Qaeda no vaya a volver. No queríamos ser fuerzas de ocupación ni atosigar a los afganos. Por otro lado, una vez expulsados los talibanes, no queríamos dilapidar ese progreso». [31]

Cuando Bush dio ese discurso a los cadetes del Instituto Militar de Virginia en abril de 2002, se había marcado una serie de objetivos mucho más ambiciosos para la guerra. Según dijo, Estados Unidos tenía el deber de ayudar a Afganistán a crear un Estado libre de terrorismo, con un gobierno estable, un nuevo ejército nacional y un sistema educativo que tratara igual a niños y a niñas. Y añadió: «La auténtica paz solo será posible cuando facilitemos al pueblo afgano los medios para cumplir sus propias aspiraciones».

Bush estaba prometiendo entonces que Estados Unidos transformaría un país empobrecido y traumatizado por la guerra y los conflictos étnicos del último cuarto de siglo. Los objetivos eran nobles y magnánimos, pero Bush no concretó ni aportó baremos con los que valorar los resultados. En su discurso también esquivó la cuestión del coste o el tiempo total que se iba a requerir. Se limitó a decir: «Nos quedaremos hasta concluir la misión».

El clásico error de no adherirte a una estrategia clara... con objetivos concisos y asequibles. Aun así, pocas personas expresaron la sospecha de

que Estados Unidos estuviera comprometiéndose con una misión sin final a la vista. Y los que plantearon dudas fueron ignorados. «Cuando invadimos Afganistán, todo el mundo hablaba de quedarnos un año o dos. Yo les dije que tendríamos suerte si salíamos en veinte años.» [32] Así se expresó Robert Finn, el embajador de Estados Unidos en Afganistán entre 2002 y 2003, en una entrevista de Lessons Learned.

Durante años, los altos comandantes del Ejército no quisieron reconocer que habían cometido errores estratégicos de bulto. Tommy Franks, el general que supervisó el inicio de la guerra, creía que había cumplido con su deber: derrotar a Al Qaeda y dejar fuera de combate a los talibanes. En una entrevista de historia oral con la Universidad de Virginia, dijo: «¿Cuántos ataques más ha habido en suelo norteamericano gestados en Afganistán? Un respiro, ¿no? Resolvimos el problema». [33]

En cuanto a resolver el futuro de Afganistán, Franks creía que era responsabilidad de otros: «Vale, creamos otros problemas y no hemos afrontado los siglos, por no decir milenios, de pobreza ni todos los escollos de Afganistán. ¿Tendríamos que habernos marcado eso como objetivo? No soy yo quien debe decirlo. Muchas veces di gracias por que el presidente no me preguntara jamás si debíamos hacer tal o cual cosa. Porque yo le habría dicho que ese era su trabajo, no el mío». [34]

No sería la última vez que Franks encabezaría una invasión sin planificar bien la ocupación posterior.

Seis meses después de estallar la guerra, Estados Unidos cometió un pecado de soberbia: asumió que el conflicto había terminado exitosamente y en los términos que el país había estipulado. Bin Laden seguía suelto, pero por lo general la gente en Washington dejó de prestar mucha atención a Afganistán y se centró en otro país de la región: Irak.

En mayo de 2002, un nuevo general de tres estrellas llegó a Afganistán para hacerse cargo de las fuerzas estadounidenses. Dan McNeill, nacido en

Carolina del Norte en 1946 y veterano de la guerra de Vietnam, dijo que el Pentágono estaba tan sumido en Irak que le daba pocas órdenes.

Esto confesó McNeill en una entrevista de Lessons Learned: «Al principio no había ningún plan de campaña. Rumsfeld se ponía hecho un basilisco cuando aumentaba el número de soldados sobre el terreno». [35]

Cuando llegó el otoño, incluso el comandante en jefe se había distraído y había olvidado detalles cruciales sobre la guerra.

El 21 de octubre por la tarde, Bush estaba trabajando en el Despacho Oval cuando Rumsfeld entró a hacerle una pregunta rápida: ¿quería el presidente reunirse con el general Franks y el general McNeill esa semana?

Si nos guiamos por un copo de nieve que Rumsfeld escribió ese mismo día, Bush se quedó con la mirada perdida: «"¿Quién es el general McNeill?", ha preguntado. Le he dicho que es el general al mando en Afganistán y me ha contestado que, sinceramente, no necesitaba reunirse con él». [36]

2

«¿Quiénes son los malos?»

En agosto de 2002, un peculiar informe llegado del frente llamó la atención de Rumsfeld y otros dirigentes del Pentágono. Era un correo electrónico de catorce páginas escrito por un miembro de un equipo de comandos aliados a la caza de objetivos importantes. Un relato sin filtro y en primera persona de las condiciones que se vivían en el sur de Afganistán.

Empezaba diciendo: «Saludos desde la pintoresca ciudad de Kandahar, antes conocida como "cuna de los talibanes". Ahora conocida como "el triste culo del mundo"». [1]

El autor del correo desclasificado, que transitaba entre un informe de inteligencia y un irónico libro de viajes, era Roger Pardo-Maurer, un boina verde de treinta y ocho años con curiosas referencias. Nacido en Connecticut, se había licenciado en Yale y se había unido a la contra nicaragüense en los ochenta. Durante los noventa había trabajado como asesor de negocios e inversiones. Luego sirvió en el Departamento de Defensa como subsecretario adjunto para asuntos del hemisferio occidental, el equivalente civil de un general de tres estrellas. Su unidad de reserva fue llamada a filas tras el 11S.

Conocido por su sentido del humor en el despacho, las observaciones de Pardo-Maurer desde el frente devinieron lectura obligatoria para sus colegas en el Pentágono. Describía de forma memorable el tórrido verano de

Kandahar como «un ecosistema submarciano y cuasi venusiano de calor, polvo y sequedad que te aturde, te rasga las córneas y te provoca constantes migrañas y hemorragias nasales, acompañadas de congestión. Se te agrieta la piel en las zonas sensibles más raras del cuerpo». [2]

Y añadía: «Si hay territorios más inhóspitos para los humanos en la Tierra, aparte del Sáhara, los polos y la caldera del Kilauea, me cuesta imaginarlos. Y huelga decir que no pienso visitarlos». [3]

En el correo, Pardo-Maurer describía pródigamente a los demás participantes en la guerra. Su unidad estaba apostada en lo que se conocía como Special Forces Village (literalmente, Poblado de las Fuerzas Especiales), en el aeródromo de Kandahar. Era una agrupación de tiendas y chabolas de madera contrachapada en la que residía «un elenco formidable» [4] de comandos barbudos de Estados Unidos y países aliados.

Pardo-Maurer tachaba a los Navy SEAL de «gamberros» conocidos por «su soberbia y sus trifulcas». En una ocasión destrozaron el patio de las Fuerzas Especiales de Nueva Zelanda y liberaron las serpientes que tenía el comandante como mascotas. A los operativos de la CIA, los tildaba de «zoquetes toscos y vanidosos» [5] que desperdiciaban las horas comprando productos artesanales afganos.

Hablaba con respeto de los comandos de Canadá. Decía que «seguramente eran los más letales de todos, pero también los más simpáticos». [6] Se los conocía por compartir pizza de masa gruesa y por el altar dedicado a Elvis que había en su recinto. En cuanto a los afganos, Pardo-Maurer se burlaba de los habitantes de Kandahar y los tildaba de «malhumorados gorrones oprimidos».

Ese verano, los jefes del Pentágono reiteraron en diversas ocasiones al Congreso y al público que se había acabado con los talibanes, que Al Qaeda se había dispersado y que se habían disuelto los campos de formación de terroristas en el país. Pero Pardo-Maurer avisó a sus colegas de que la

guerra no había hecho más que comenzar y que no se había aniquilado al enemigo.

El correo, escrito a lo largo de cinco días de mediados de agosto, señalaba: «El tiempo es oro. La situación en que nos encontramos en estos momentos es que Al Qaeda se ha lamido las heridas y se está reagrupando en el sureste, con la connivencia de unos cuantos señores de la guerra, jóvenes y contrariados, y de los pakistaníes, que juegan a dos bandas. El pulso está más vivo que nunca. En las provincias fronterizas, no puedes ni levantar una piedra sin que los malos acudan en tropel como hormigas, serpientes y escorpiones». [7]

Pero más allá de las coloridas descripciones de Pardo-Maurer, en Afganistán las tropas estadounidenses no acababan de distinguir entre los malos y el resto. Los efectivos talibanes y terroristas de Al Qaeda se movían en pequeños grupos y llevaban los mismos turbantes y pantalones holgados que los civiles, con lo que se confundían perfectamente con la población local. Que alguien llevara un AK-47 no lo convertía automáticamente en un combatiente. Las armas de fuego habían entrado a raudales en el país desde la invasión soviética de 1979 y los afganos las acumulaban para protegerse.

En términos más generales, Estados Unidos se había lanzado a la guerra con una idea vaga de quién era el enemigo: un error garrafal del que nunca se recuperó.

Bin Laden y Al Qaeda habían declarado la guerra a Estados Unidos en 1996, habían bombardeado dos embajadas estadounidenses en África Oriental en 1998 y casi habían hundido el USS Cole en Yemen en el año 2000. Pero las agencias de seguridad nacional habían prestado poca atención a la red terrorista. No la consideraron una amenaza directa.

En una entrevista de historia oral con la Universidad de Virginia, Robert Gates, director de la CIA a principios de los noventa y posterior sustituto de Rumsfeld como secretario de Defensa, dijo: «La realidad es que el 11S no sabíamos ni un carajo de Al Qaeda. Si hubiéramos contado con una gran

base de datos y hubiéramos sabido exactamente qué se traían entre manos, qué capacidades tenían y cosas así, algunas de esas medidas no habrían sido necesarias. Pero el hecho es que nos acababa de atacar un grupo del que no sabíamos nada». [8]

La administración Bush cometió otro error de principiante al no distinguir entre Al Qaeda y los talibanes. Ambos grupos compartían una ideología religiosa integrista y habían acordado apoyarse mutuamente, pero perseguían objetivos diferentes.

Al Qaeda era principalmente una red compuesta por árabes, no por afganos, con presencia y perspectiva global. Bin Laden se pasó la vida maquinando para derrocar a la familia real saudí y otros autócratas de Oriente Medio aliados de Estados Unidos. El líder de Al Qaeda solo residía en Afganistán porque le habían expulsado de su anterior refugio en Sudán.

En cambio, los intereses talibanes eran estrictamente locales. La mayoría de sus seguidores pertenecían a tribus pastunes del sur y el este de Afganistán, que llevaban años guerreando con otros grupos étnicos y oligarcas por el control del país. Los talibanes protegieron a Bin Laden y sellaron una fuerte alianza con Al Qaeda, pero los afganos no participaron en los secuestros del 11S, ni hay indicios de que conocieran de antemano los ataques.

La administración Bush actuó contra ellos porque su líder, el mulá Mohammed Omar, se negó a entregar a Bin Laden después del 11S. Pero en la práctica, el Ejército de EE. UU. diferenciaba poco entre los talibanes y Al Qaeda. Los clasificaba a todos como villanos.

En 2002 quedaban pocos simpatizantes de Al Qaeda en Afganistán. Cientos habían muerto o habían sido capturados, y el resto había huido a Pakistán, Irán y otros países.

Estados Unidos y sus aliados se quedaron luchando contra los talibanes y otros grupos de la región: uzbekos, pakistaníes y chechenos. Así que,

durante las siguientes dos décadas, se libró una guerra en Afganistán contra personas que no tenían ningún vínculo con el 11S.

Jeffrey Eggers, un Navy SEAL que estuvo en Afganistán y trabajó en el Consejo de Seguridad Nacional con Bush y Obama, dijo que casi todo el mundo pensaba que Estados Unidos tenía motivos para actuar militarmente contra Afganistán como respuesta a los ataques del 11S. Pero una vez diluida la presencia de Al Qaeda en el país, los líderes estadounidenses no dieron un paso atrás para replantearse contra quién más estaban luchando o por qué.

En una entrevista de Lessons Learned, Eggers dijo: «Las complejidades tardarán mucho tiempo en salir a la luz. Toda nuestra respuesta post 11S se puede cuestionar debido a esta complejidad creciente. ¿Por qué convertimos a los talibanes en el enemigo cuando quien nos atacó fue Al Qaeda? ¿Por qué queríamos derrotar a los talibanes? ¿Por qué considerábamos necesario crear un Estado hiperfuncional para evitar el regreso de los talibanes?». [9]

«Si estábamos centrados en Al Qaeda, ¿por qué hablábamos de los talibanes? ¿Por qué hablábamos sin parar de los talibanes en vez de concentrar nuestra estrategia en Al Qaeda?» [10]

Un motivo por el que la guerra se enquistó tanto fue que Estados Unidos no comprendió nunca lo que espoleaba a sus enemigos a luchar. Al estallar la guerra, casi ningún líder estadounidense conocía a grandes rasgos la sociedad afgana. Nadie había visitado el país desde que se cerró la Embajada en Kabul en 1989. Para un extranjero desinformado, la historia de Afganistán, su compleja dinámica tribal y las trincheras étnicas y religiosas resultaban desconcertantes. Era mucho más fácil dividir el país en dos facciones: los buenos y los malos.

Cualquier persona dispuesta a ayudar a Estados Unidos a combatir contra Al Qaeda y los talibanes se consideraba buena, independientemente de su altura moral. Seduciéndolos con bolsas de dinero, la CIA reclutó a criminales de guerra, narcotraficantes, contrabandistas y ex comunistas. Y

aunque esos grupos podían ser útiles, normalmente les costaba poco manipular a los estadounidenses.

Uno de los pocos que conocía un poco más a fondo la cultura afgana era Michael Metrinko, un legendario funcionario del Servicio de Exteriores. Visitó por primera vez Afganistán en 1970 como integrante del Cuerpo de Paz. Como él mismo dijo en una entrevista diplomática de historia oral, era un «*hippie* que no hacía más que colocarse». [11] Fue asesor político en la Embajada de Irán durante varios años. De hecho, estaba destinado en la Embajada de Teherán en 1979 cuando los revolucionarios le cogieron como rehenes a él y a docenas de estadounidenses más.

En enero de 2002, el Departamento de Estado envió a Kabul a Metrinko, que por entonces tenía cincuenta y cinco años. Querían que ayudara a reabrir la Embajada y que dirigiera la sección política. Gracias a su estancia en Irán, hablaba con fluidez el farsi, parecido al darí, uno de los idiomas oficiales de Afganistán. Era un diplomático estadounidense peculiar; podía conversar con los afganos en su lengua nativa.

Según Metrinko, si los afganos querían quitarse de encima a un rival en un pulso por el poder, en una expropiación de tierras o en una disputa comercial, sabían que lo único que tenían que hacer era decirles a los americanos que su enemigo era talibán: «Buena parte de lo que denominamos actividad talibán era realmente tribal, o era una rivalidad o una disputa enquistada. Me lo explicaron miles de veces los ancianos de las tribus... sí, esos hombres mayores de barbas blancas largas que llegaban, se sentaban y le daban a la lengua una o dos horas. Se tomaban a broma algunos de los hechos. Siempre decían lo mismo: los soldados no lo entendéis, pero vamos, lo que creéis que es un acto talibán no es más que una disputa que se remonta a hace más de cien años en esa familia concreta». [12]

Metrinko, que fue destinado a Afganistán en dos períodos de servicio en 2002 y 2003, aborrecía especialmente a los numerosos operativos de la CIA

que trataban de integrarse: «Trabajaban con un montón de gente que no hablaba ni pizca del idioma. Llevaban barba y ropa extravagante y pensaban que estaban comprendiendo lo que sucedía. Todos, o el 99 %, eran aficionados. En cuanto a entender lo que se cocía, dónde estaban, qué estaban intentando hacer, el pasado, el presente y el futuro... no entendían ni jota». [13]

Sobre el terreno, muchas veces las tropas tampoco diferenciaban entre amigo y enemigo. En entrevistas de historia oral con el Ejército, se afirma que el problema de definir e identificar al enemigo fue un problema que persistió durante todo el conflicto.

El mayor Stuart Farris, un oficial del 3.er Grupo de Fuerzas Especiales que sirvió en la provincia de Helmand en 2003, dijo que la misión de su unidad era capturar y acabar con la «milicia anticoalición», [14] una descripción ambivalente y confusa del enemigo. Pero muchas veces sus soldados no sabían quién se ajustaba a esa clasificación.

«El crimen campaba a sus anchas. Era difícil determinar si la gente era talibán de pura cepa o si simplemente eran criminales. Allí radicaban muchos de los problemas. Teníamos que dilucidar quiénes eran los malos, si eran objetivos de nuestra misión, y quiénes eran nuestros objetivos y quiénes eran solo criminales y malhechores.» [15]

El mayor Thomas Clinton Jr., un oficial de la Marina que estuvo en Kandahar, dijo que seguramente habría hablado con una docena de afganos a la semana sin darse cuenta de que eran combatientes talibanes.

«En cualquier momento podías encontrarte en medio del salvaje Oeste. De pronto te decían que los talibanes nos estaban disparando. Pero ¿cómo demonios sabes que son los talibanes? Por lo que sabíamos, podían ser simplemente lugareños cabreados.» [16]

El general de división Eric Olson, que estuvo destinado al sur de Afganistán como comandante de la 25.ª División de Infantería, dijo que muchas de las fuerzas hostiles con las que se encontraron sus tropas eran

montañeses pobres de pueblos y aldeas: «No tengo claro que fueran talibanes. Me parece que llevaban toda la vida luchando contra el gobierno central y protegiendo su territorio». [17]

En una entrevista de Lessons Learned, un asesor militar no identificado de un equipo de Fuerzas Especiales aseguró que incluso los soldados de élite, que en teoría poseían un conocimiento minucioso del campo de batalla, no tenían claro quién era el enemigo: «Creían que iba a llegar yo con un mapa para enseñarles dónde vivían los buenos y dónde los malos. Tuve que hablar unas cuantas veces con ellos para que entendieran que no disponía de esa información. Al principio no dejaban de preguntar quiénes eran los malos, ¿dónde estaban?». [18]

En el Pentágono tampoco lo tenían más claro.

Casi dos años después de estallar la guerra, Rumsfeld se quejó en uno de sus copos de nieve: «No veo en absoluto quiénes son los malos. Nuestra inteligencia humana es deplorable». [19]

En diciembre de 2001, Estados Unidos desperdició dos oportunidades de oro para poner fin a la guerra de forma rápida y favorable.

A principios de mes, una cantidad ingente de informes de inteligencia [20] apuntaban a que el enemigo público número uno, Bin Laden, se había refugiado con entre unos 500 a 2.000 combatientes de Al Qaeda en un gran complejo de túneles y cuevas fortificados de Tora Bora, unos 50 kilómetros al sureste de la ciudad de Jalalabad.

El montañoso distrito cercano a la frontera pakistaní era una guarida natural y obvia para el líder de Al Qaeda. Bin Laden había financiado la construcción de carreteras y búnkeres en Tora Bora durante la guerra de los ochenta contra los soviéticos. También había pasado un tiempo allí después de regresar a Afganistán en 1996.

El 3 de diciembre, el general Tommy Franks, jefe del Mando Central de EE. UU., ordenó una campaña de bombardeos contra los combatientes de Al Qaeda en Tora Bora. Durante dos semanas, llovieron bombas las veinticuatro horas del día. Una pequeña fuerza de unos cien comandos estadounidenses y operativos de la CIA dirigían los ataques aéreos desde el terreno. Incluso se reclutó a dos señores de la guerra afganos y sus milicias para perseguir la fuerza de Al Qaeda a pie.

No obstante, las fuerzas afganas contratadas demostraron ser poco fiables y poco dadas a luchar. Y las bombas no encontraron su objetivo tan codiciado. Temiendo que Bin Laden escapara y cruzara la frontera no vigilada, comandantes de la CIA y del Delta Force suplicaron al Mando Central que enviara refuerzos.

Pero Franks, decidido a seguir enviando pocos efectivos, se negó. En una entrevista de historia oral con la Universidad de Virginia, dijo: «Vale, me preguntarás por qué no lo hice. Pero piensa en el contexto político de Estados Unidos en ese momento. ¿Qué ganas había de enviar [...] otros 15.000 o 20.000 estadounidenses a Afganistán? ¿Por qué íbamos a hacer eso?». [21]

Pero nadie había pedido tantas tropas. [22] Según los comandantes de la CIA y del Delta Force, esperaban entre unos 800 y 2.000 efectivos de los Rangers, marines y otros. Sea como fuere, nunca llegó ayuda de tal magnitud y Bin Laden y sus cómplices de Al Qaeda se escabulleron.

Durante el fragor de la batalla en Tora Bora, el mayor del Ejército de Tierra William Rodebaugh, un oficial de logística de la 10.ª División de Montaña, se encontraba a unos 160 kilómetros. [23] Estaba supervisando las comunicaciones de radio desde la base aérea de Bagram. El 11 de diciembre, oyó por la radio que se había producido un avance crucial: habían visto a Bin Laden. Pero para su sorpresa, no movilizaron rápidamente a su unidad. En una entrevista de historia oral con el Ejército, dijo: «Estábamos listos para cuando nos lo pidieran. Siempre me he

preguntado qué habría pasado si lo hubieran encontrado esa noche o si hubieran pedido a nuestro batallón acudir en ayuda de los nuestros. Pero nunca pasó». [24]

Tampoco es seguro que se hubiera podido matar o capturar a Bin Laden enviando más fuerzas estadounidenses a Tora Bora. La altitud y el terreno dificultaban las maniobras y un ataque terrestre a gran escala entrañaba muchos riesgos. Pero no hay duda de que su huida prolongó la guerra. Políticamente, Estados Unidos no podía retirar las tropas mientras el cerebro del 11S deambulara por la región. Era imposible.

Franks y Rumsfeld recibieron críticas por haber desperdiciado su mejor baza para atrapar a Bin Laden. Como respuesta, intentaron sembrar dudas de que el líder de Al Qaeda hubiera estado realmente en Tora Bora en diciembre de 2001, pese a los concluyentes hallazgos en sentido contrario del Mando de Operaciones Especiales, la CIA y la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado.

Tras el daño que este hecho causó a Bush durante su campaña de reelección de 2004, Franks escribió un artículo de opinión en *The New York Times*. Allí dijo que «Bin Laden nunca estuvo a nuestro alcance». [25] Ocho días más tarde, y con el visto bueno de Rumsfeld, el Pentágono distribuyó una sospechosa hoja informativa que afirmaba que «la acusación de que el Ejército de EE. UU. permitió a Osama bin Laden huir de Tora Bora en diciembre de 2001 es rotundamente falsa y ha sido refutada por los comandantes de esa operación». [26]

Años más tarde, en su entrevista, Franks seguía negando las pruebas de que Bin Laden había estado en Tora Bora: «El día que alguien me dijo por primera vez: “Lo de Tora Bora es real, Franks. Está allí”, justo ese mismo día, recibí un informe de inteligencia que decía que el día anterior habían visto a Bin Laden en un lago al noroeste de Kandahar, tan pancho... o que lo habían identificado sin lugar a dudas en uno de los territorios sin gobierno del oeste de Pakistán». [27]

Finalizada la batalla de Tora Bora, pasó una década antes de que Estados Unidos pudiera volver a localizar a Bin Laden. Por entonces, el número de tropas estadounidenses en Afganistán se había disparado hasta las cien mil, cuarenta veces más de las que había en diciembre de 2001.

Al principio, Estados Unidos también desperdició una oportunidad diplomática para terminar la guerra. Mientras Bin Laden se parapetaba en las montañas de Tora Bora, un ecléctico elenco de oligarcas afganos se reunieron en Bonn (Alemania) para trapichear con el futuro de su país con diplomáticos de Estados Unidos, Asia Central y Europa. Abanderada por Estados Unidos, la cumbre tuvo lugar en el Petersberg, un hotel y palacio de congresos. El edificio pertenecía al gobierno alemán y presidía un cerro boscoso con vistas al Rin.

El Petersberg fue el cuartel general de la Alta Comisión Aliada para Alemania después de la segunda guerra mundial y había acogido numerosas cumbres, incluidas las charlas de 1999 para poner fin a la guerra de Kosovo. Las Naciones Unidas invitaron a los afganos a Bonn para departir sobre un acuerdo provisional para repartirse el poder. La idea era concluir la eterna guerra civil de Afganistán sentando a la misma mesa a todos los posibles agitadores, tanto internos como externos.

Asistieron dos docenas de delegados de cuatro facciones afganas distintas: una mezcla de señores de la guerra, expatriados, monárquicos y antiguos comunistas. Tampoco faltaron sus edecanes y chupópteros. Además, participaron representantes de Irán, Pakistán, Rusia, India y otros países de la región.

Como la conferencia se celebró durante el Ramadán, mes sagrado para los musulmanes, la mayoría de los delegados ayunaban durante el día y negociaban a altas horas de la noche. El hotel aseguró a sus huéspedes que había quitado el cerdo del menú, aunque se seguía sirviendo alcohol a quien lo pidiera. [28]

El 5 de diciembre los delegados alcanzaron un pacto, celebrado como un triunfo diplomático. Se nombró a Hamid Karzai líder temporal de Afganistán y se acordó el proceso para redactar una nueva Constitución y celebrar elecciones. Pero el acuerdo de Bonn cometió un error gravísimo que en aquel momento se pasó por alto: excluyó a los talibanes.

En ese punto de la guerra, la mayoría de los líderes estadounidenses veían a los talibanes como un enemigo derrotado, un error de juicio que acabarían lamentando. Algunos líderes talibanes habían expresado su predisposición a rendirse y debatir sobre el futuro de Afganistán. Pero la administración Bush y sus socios, los señores de la guerra de la Alianza del Norte, se negaron a negociar. Los tacharon de terroristas que merecían morir o acabar en una celda.

En una entrevista de Lessons Learned, Barnett Rubin, un politólogo estadounidense especializado en Afganistán que trabajó como asesor de las Naciones Unidas durante la cumbre de Bonn, dijo lo siguiente: «Un error colosal que cometimos fue tratar a los talibanes igual que a Al Qaeda. Había líderes talibanes de peso interesados en dar una oportunidad al nuevo sistema, pero no les dimos la ocasión». [29]

Por muy fácil que fuera demonizar a los talibanes por su brutalidad y fanatismo religioso, se demostró que era una estructura demasiado grande y arraigada en la sociedad afgana como para erradicarla. El movimiento emergió en Kandahar en 1994 y fue cosechando apoyos, sobre todo de los pastunes, porque logró restaurar un cierto orden y expulsó a aborrecidos señores de la guerra que habían arrasado el país para preservar su propio poder y su feudo.

En una segunda entrevista de Lessons Learned, Rubin dijo que «todo el mundo quería que desaparecieran los talibanes. No había muchas ganas de reducir las amenazas, como solíamos llamarlo, ni de intervenir en diplomacia regional ni de involucrar a los talibanes en el proceso de paz».

Todd Greentree, un miembro del Servicio de Exteriores que vivió durante años en Afganistán, dijo que fue otro ejemplo más de la ignorancia de Estados Unidos respecto al país. En una entrevista diplomática de historia oral, dijo: «Uno de los tristes deslices cometidos tras el 11S fue que, con nuestra sed de venganza, violamos el modo afgano de hacer la guerra. Para ellos, cuando un bando gana, el otro depone las armas y se reconcilia con el bando ganador. Y eso es lo que querían hacer los talibanes. El auge de la insurgencia nació más que nada cuando nosotros insistimos en cazarlos como si todos fueran criminales, en vez de tratarlos como justos adversarios que habían perdido». [30]

Lakhdar Brahimi, un diplomático argelino que ejerció como máximo representante de la ONU durante la conferencia de Bonn, acabó reconociendo que había sido un terrible error excluir a los talibanes de las negociaciones. Lo llamó «el pecado original». [31]

James Dobbins, un veterano diplomático estadounidense que dirigió la tabla de negociación en Bonn con Brahimi, admitió en una entrevista de Lessons Learned que Washington no comprendía la gravedad del error: «Creo que se perdió una oportunidad en los meses subsiguientes, cuando unos cuantos líderes y prohombres talibanes, o bien se rindieron, o bien ofrecieron la rendición. Según una fuente, el propio mulá Omar lo ofreció». [32] Y añadió que él mismo había asumido erróneamente que los talibanes «habían perdido mucho crédito y era improbable que regresaran».

No volvería a presentarse otra oportunidad para la reconciliación en años. Estados Unidos y los talibanes no aceptaron negociar cara a cara hasta al cabo de más de una década, durante la cual se libró una guerra de trincheras.

Para el hombre que lideró esas negociaciones, la guerra había completado su círculo. Zalmay Khalilzad, un estadounidense-afgano nacido en Mazar-e Sarif y criado en Kabul, llegó a Estados Unidos siendo adolescente. Trabajó en el Consejo de Seguridad Nacional con Bush durante

la conferencia de Bonn y fue embajador en Afganistán de 2003 a 2005. Trece años más tarde, la administración Trump le llamó otra vez y le nombró enviado especial para las negociaciones con los talibanes. Acabó pasando más tiempo en presencia de los talibanes que cualquier otro dignatario estadounidense.

En una entrevista de Lessons Learned, Khalilzad dijo que la guerra más larga de Estados Unidos podría haber hecho historia como la más breve si la gran potencia se hubiera ofrecido a negociar con los talibanes en diciembre de 2001: «Quizá no fuimos lo bastante ágiles o sabios para sentarnos con los talibanes en un primer momento. Pensamos que estaban derrotados y que había que castigarlos, en lugar de tratar con ellos o lograr algún tipo de reconciliación». [33]

3

El proyecto de construcción nacional

Los dignatarios estadounidenses visitaron Kabul a finales de diciembre de 2001 para celebrar la instauración del gobierno provisional de Afganistán. Los retretes del palacio presidencial no dejaban de arrojar agua; [1] fuera, una densa capa de humo [2] se cernía sobre las ruinas de la capital. La mayoría de los afganos quemaban madera o carbón para mantener el calor. La gente había arrasado con los cristales, los cables de cobre, los cables telefónicos y las bombillas de los escasos edificios públicos que aún se tenían en pie. Aunque tampoco importaba. En Kabul hacía años que no funcionaba el servicio telefónico ni el eléctrico.

Ryan Crocker, un arabista de cincuenta y dos años del Servicio de Exteriores, llegó días después para reabrir la Embajada de EE. UU., que llevaba una eternidad cerrada a cal y canto. Iba a ser embajador en funciones. Como Kabul carecía de un aeropuerto operativo, aterrizó en la base aérea militar de Bagram, a 50 kilómetros.

Crocker se dirigió hacia Kabul «avanzando pesadamente por un paraje desolado». [3] Cruzó un río como pudo porque el puente había desaparecido. Las escenas le recordaban las avenidas berlinesas llenas de escombros allá por 1945. Al llegar a Kabul, vio que el complejo de la embajada había sobrevivido a años de bombardeos, aunque las tuberías estaban rotas y no estaban mejor que las cañerías atascadas del palacio presidencial. En un

edificio, unos cien guardias de la embajada tenían que compartir un solo inodoro.[4] En otra parte del complejo, cincuenta civiles tenían que apañárselas con una sola ducha.

En la primera ronda de reuniones con Hamid Karzai, Crocker se dio cuenta de que Afganistán afrontaba problemas más grandes que la reparación de los destrozos materiales tras años de guerra. En una entrevista de Lessons Learned, dijo: «Me encontré con un líder de la autoridad provisional que no tenía poder real ni nada con lo que trabajar: ni ejército, ni policía, ni funcionariado, ni una sociedad activa».[5]

Cuando Estados Unidos invadió Afganistán, el presidente George W. Bush dijo al pueblo americano que no se iban a enfrascar en la misión y el dispendio de «construir una nación». Pero esa promesa presidencial, reiterada por sus dos sucesores, resultó ser una de las mayores falsedades vertidas sobre la guerra.

Construir una nación fue exactamente lo que se propuso Estados Unidos en un Afganistán arrasado por la guerra. Y lo hizo a una escala colosal. Entre 2001 y 2020, Washington invirtió para dicho fin más recursos que ningún otro país. Asignó hasta 143.000 millones de dólares para la reconstrucción, los programas de ayuda y las fuerzas de seguridad afganas.[6] Teniendo en cuenta la inflación, es más de lo que Estados Unidos gastó en Europa occidental tras la segunda guerra mundial con el Plan Marshall.

Pero el proyecto de construcción nacional para Afganistán fue diferente del Plan Marshall: fue una chapuza desde el principio y fue descontrolándose más y más a medida que avanzó la guerra. En lugar de traer paz y estabilidad, Estados Unidos creó sin quererlo un gobierno corrupto y disfuncional que dependía del poder militar estadounidense para sobrevivir. Incluso en el mejor de los escenarios, nuestros líderes calculaban que el país necesitaría miles de millones de dólares más en ayudas, cada año y durante décadas.

En los cuatro lustros de tutelaje estadounidense, la desdichada campaña para transformar Afganistán en una nación moderna fluctuó entre dos extremos. Al principio, cuando los afganos necesitaban más ayuda, la administración Bush no se apartó de su estrategia frugal, pese a que estaba instando a Afganistán a crear una democracia e instituciones públicas de la nada. Más tarde, la administración Obama lo compensó en exceso, enviando al país más ayuda de la que podía absorber y creando una nueva serie de problemas sin solución. En general, el proyecto estuvo lastrado por la soberbia, la incompetencia, las luchas internas burocráticas y la descuidada planificación.

En una entrevista de Lessons Learned, Michael Callen, un economista de la Universidad de California San Diego especializado en el sector público afgano, dijo lo siguiente: «Pinta mal. Gastamos lo indecible y apenas se ha conseguido nada. ¿Cómo irían las cosas si no hubiéramos gastado nada? No lo sé. Quizá sería peor. Probablemente sería peor, pero ¿cuánto peor?». [7]

Ningún país ha necesitado más construcción que Afganistán en 2001. Era una nación históricamente empobrecida y había vivido en guerra constante desde que los soviéticos invadieran el territorio dos décadas antes. De unos 22 millones de habitantes, unos tres habían abandonado el país como refugiados. La mayoría de los que se quedaron eran analfabetos y padecían desnutrición. Al acercarse el invierno, las organizaciones benéficas alertaron de que uno de cada tres afganos corría el riesgo de pasar hambre.

Pero en ese momento la administración Bush todavía no había decidido si involucrarse en una campaña de construcción nacional a largo plazo o si pasar el problema a otros.

En el año 2000, Bush había llegado a la Casa Blanca proclamando su aversión por los costosos enredos en el extranjero. Durante la campaña, había arremetido contra la administración Clinton por destinar a las fuerzas armadas a «ejercicios de construcción nacional» en Somalia, Haití y los

Balcanes. En un debate con su oponente demócrata, Al Gore, manifestó: «En mi opinión, no deberían usarse nuestras tropas para la llamada construcción nacional. Creo que nuestras tropas deberían usarse para combatir y ganar guerras». Cuando el campechano tejano ordenó al Ejército bombardear Afganistán, consoló al pueblo americano diciendo que la ONU, y no Washington, asumiría «la denominada construcción nacional».

Cuando Crocker llegó a Afganistán en enero de 2002, pensó que pasar la responsabilidad a otros «habría sido bastante difícil de justificar y defender, atendiendo a las condiciones extraordinarias del país y el sufrimiento del pueblo afgano». [8] Pero él no estaba autorizado para hacer grandes promesas durante su fugaz trimestre en Kabul.

En los informes que enviaban a Washington, los representantes de la USAID (Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional) señalaban que los afganos no podrían poner orden en el país sin grandes ayudas. Un alto cargo de la USAID que estaba asesorando al gobierno afgano señaló que el país no tenía bancos ni moneda de curso legal; [9] los señores de la guerra habían emitido su propia moneda, generalmente carente de valor. Había Ministerio de Finanzas, pero el 80 % del personal no sabía leer ni escribir.

En una entrevista de Lessons Learned, un representante no identificado de la USAID confesó: «Cuesta explicar a la gente lo mal que estaba Afganistán en esos primeros compases. Habría sido más fácil si no hubieran tenido nada. Para empezar a construir, teníamos que destruir lo que había». [10]

Richard Boucher, el portavoz principal del Departamento de Estado, visitó Kabul en enero de 2002 con el secretario de Estado Colin Powell. Karzai invitó a los diplomáticos estadounidenses al palacio presidencial para asistir a una reunión de su nuevo gabinete. Parecía una versión peliculera de los consejos celebrados en Washington. El edificio era de piedra y había treinta personas sentadas a una mesa; entre ellas, la ministra

de Asuntos de la Mujer, un cargo recién creado por insistencia de los estadounidenses. [11]

En una entrevista de Lessons Learned, Boucher dijo: «Era como el gabinete de Estados Unidos. Estaban allí sentados de brazos cruzados. El gobernador del banco central decía que había abierto las cajas fuertes, pero que no había nada dentro. No había dinero, ni moneda, ni oro ni nada que pudiera uno imaginarse». [12]

Pero Karzai y su gabinete no perdieron la compostura. Estaban decididos a hacer gala de la hospitalidad afgana. Según Boucher: «No sé cómo, pero los afganos organizaron una comida estupenda. Hubo un gran banquete con pilas de arroz y carne de cabra. Eran personas capaces, pero no tenían nada con lo que dirigir un gobierno, así que empezaban desde cero tanto organizativa como materialmente». [13]

Cuando todo el mundo vio la desesperación del país, Bush suavizó su postura respecto a la construcción nacional. Durante su discurso del estado de la Unión de enero de 2002, el presidente halagó el espíritu del pueblo afgano y prometió: «Seremos aliados en la reconstrucción del país».

Esas palabras provocaron una sonrisa en el barbudo rostro de Karzai. Había acudido al discurso como invitado de honor y se le había concedido un preciado asiento al lado de la primera dama, Laura Bush. Karzai apretó su gorrito de lana de oveja y se inclinó ligeramente mientras los políticos le dedicaban una gran ovación. En el palco de la primera dama les acompañaba también una mujer con gafas y pañuelo blanco: Sima Samar, la nueva ministra afgana de Asuntos de la Mujer.

A pesar de sus nuevas promesas de alianza con los afganos, Bush no se apartó de su instinto mezquino. En una conferencia de donantes internacionales para Afganistán previa al discurso del estado de la Unión, Estados Unidos prometió 296 millones de dólares en ayudas para la reconstrucción y ofreció una línea de crédito de 50 millones. En total, la

suma no llegaba a un 0,5 % de todo lo que acabaría gastando Washington para reconstruir Afganistán a lo largo de las dos décadas siguientes.

Bush también se negó a aportar tropas estadounidenses a una fuerza de paz internacional en Kabul porque no quería que el Pentágono se distrajera de su misión: perseguir a Al Qaeda y los talibanes. El Pentágono aceptó la responsabilidad de formar a un nuevo Ejército afgano, pero solo si la tarea de la construcción nacional se repartía entre los aliados de Estados Unidos.

Con ese pacto, los alemanes aceptaban la obligación de crear una nueva fuerza policial afgana; los italianos convenían en ayudar a los afganos a rearticular su sistema judicial; y los británicos se ofrecían voluntarios para disuadir a los agricultores de cultivar opio (históricamente, el cultivo comercial estrella del país). En los años venideros, cada uno de los aliados marraría en su cometido.

En las entrevistas de Lessons Learned, varios responsables de la administración Bush dijeron que nadie quería abrir el melón: el presidente estaba incumpliendo poco a poco las promesas hechas en campaña sobre la construcción nacional. Sin embargo, afirmaron que Bush y otros miembros de la Casa Blanca tenían miedo de repetir el error que Washington había cometido en los años noventa. Entonces, se había dejado de prestar atención a Afganistán cuando los rebeldes respaldados por Estados Unidos hubieron forzado al Ejército soviético a retirarse, dejando un reguero de caos.

Stephen Hadley, subconsejero de Seguridad Nacional de Bush durante su primer mandato en la Casa Blanca, dijo que crearon un monstruo y se marcharon. [14] Hadley y muchos otros temían que el país volviera a sumirse en una guerra civil y que Al Qaeda regresara si Estados Unidos no conseguía estabilizar Afganistán.

Según un dignatario estadounidense no identificado: «Construir un país no era una prioridad. Pero llegamos y nos dimos cuenta de que no podíamos largarnos». [15] Otro funcionario no identificado dijo que los que estaban metidos en el tinglado detectaron un claro «cambio político: de estar en

contra se pasó a estar a favor de la construcción nacional». [16] Aun así, el cambio de actitud nunca se plasmó en documentos estratégicos.

Pero las expectativas eran bajas. Richard Haass era un alto diplomático de la administración Bush, que ejerció como coordinador especial para Afganistán tras el 11S. Según él, «se palpaba en el ambiente que en Afganistán había pocas posibilidades» y que el gobierno de Estados Unidos «no estaba dispuesto a hacer una gran inversión». [17]

Haass recuerda haber presentado un informe durante otoño de 2001 a Bush, a Powell, a Rumsfeld y a la consejera de Seguridad Nacional Condoleezza Rice. El vicepresidente Dick Cheney se conectó por videollamada desde un lugar desconocido: «A ver, había cero ganas de aplicar una política ambiciosa, que digamos... La sensación era que podías invertir muchísimo y no sacarías gran cosa. Tampoco lo llamaría cinismo; diría que la gente era pesimista respecto a la rentabilidad de la inversión». [18]

Igual que la estrategia bélica en general, la campaña de construcción nacional acusó una falta de metas y cotas claras. «Si vamos a reconstruir, ¿qué teoría y objetivos tenemos?», [19] se preguntaba un alto dignatario de la administración Bush en una entrevista de Lessons Learned: «Necesitamos una teoría, en vez de enviar a un don nadie como yo y decirle: “Ala, a ayudar al presidente Karzai”».

Las divisiones internas se acentuaron. En el Departamento de Estado, los diplomáticos y representantes de la USAID intentaban hacer más, aduciendo que solo Estados Unidos poseía los recursos y la influencia para reconducir Afganistán. En el Pentágono, Rumsfeld y sus acólitos se oponían, rebatiendo que sería un error intentar arreglar todos los problemas del país.

Crocker, que más tarde sería embajador en Bagdad, dijo que Rumsfeld y otros neoconservadores adoptaron una actitud similar en las guerras de Afganistán e Irak. Así resumió la mentalidad de Rumsfeld: «“Nuestro

objetivo es acabar con los malos, y lo haremos. ¿A quién le importa lo que pase después? Eso es problema suyo. Si en una década y media tenemos que volver y acabar con más villanos, podemos hacerlo, pero no nos embarcaremos en una construcción nacional”». [20]

James Dobbins, el diplomático que ayudó a organizar la cumbre de Bonn en 2001, dijo que el resultado de esas disputas filosóficas rara vez variaba. El Pentágono ostentaba todo el arsenal y el poder político y se salía siempre con la suya. En una entrevista de Lessons Learned, Dobbins dijo que «ni por asomo iba el Departamento de Estado a convencer al Departamento de Defensa o al señorito Rumsfeld. A la Casa Blanca ya le costaba lo suyo, así que para el Departamento de Estado era prácticamente imposible». [21]

Muchos miembros del Servicio de Exteriores describían a Rumsfeld como un terco hombre del saco, pero otros consideraban demasiado simplista esta crítica. Según ellos, Rumsfeld no tenía nada en contra de la reconstrucción. Simplemente no quería que las fuerzas armadas tuvieran que asumir una obligación que, en su opinión, debía ser civil.

Sin embargo, la USAID llevaba años sufriendo recortes en su presupuesto y era una agencia mermada que dependía de contratistas para desempeñar su función. El resto del Departamento de Estado y otras ramas del gobierno tampoco eran capaces de resolver la larga lista de problemas de Afganistán. Eso hizo que para Rumsfeld fuera fácil responsabilizar a las otras agencias por la falta de progreso.

En un escrito del 20 de agosto de 2002 dirigido a Bush, Rumsfeld señaló que «el problema de fondo de Afganistán» no era la seguridad: «El problema que se debe abordar es más bien el lento progreso que se está haciendo por la vía civil». [22] Coincidía en que el imberbe ejecutivo de Karzai necesitaba más ayuda, tanto económica como de otros tipos, pero avisaba de que, enviando más tropas para estabilizar y reconstruir Afganistán, podía salirles el tiro por la culata: «El resultado sería un aumento de las fuerzas estadounidenses y aliadas. Podríamos correr el

riesgo de sembrar tanto odio como los soviéticos. En cualquier caso, si no se logra la reconstrucción, cualquier incremento en las fuerzas de seguridad se quedará corto. Los soviéticos enviaron más de 100.000 efectivos y fracasaron». [23]

Marin Strmecki, un consejero civil de Rumsfeld, llamaba «incomprendido» [24] al jefe del Pentágono. Según él, Rumsfeld consideraba crucial reforzar las instituciones públicas afganas, pero no quería que el país dependiera *in aeternum* de Washington. En una entrevista de Lessons Learned, Strmecki dijo: «Muchas veces resulta más fácil hacer las cosas uno mismo que acompañar a la gente mientras aprende a hacerlo. La razón es el ínfimo capital humano que existe tras veinticinco años de guerra». [25] Y añadió que el recelo de Rumsfeld era que Estados Unidos se engastara hasta tal punto en el funcionamiento básico de Afganistán que nunca pudiera liberarse.

Pero ¿Estados Unidos tuvo alguna vez un plan? En su entrevista de Lessons Learned, Stephen Hadley admitió que durante la presidencia de Bush se trabajó para diseñar un modelo eficaz de construcción nacional. Incluso visto en perspectiva, dijo que era complicado concebir un método que hubiera funcionado: «Al principio dijimos que no íbamos a construir una nación. Ahora bien, sin ella es imposible asegurar que Al Qaeda no vaya a volver». Y añadió: «Dicho llanamente, no tenemos un modelo de estabilización que funcione para después de un conflicto. Cada vez que usamos uno, todo peca de cierta improvisación. No tengo nada claro que, si volviéramos a hacerlo, lo fuéramos a hacer mejor». [26]

No hacía falta ser un politólogo licenciado en Harvard ni un miembro del Consejo de Relaciones Exteriores para ver que Afganistán necesitaba un mejor sistema de gobierno. Desgarrado por una serie de tribus en liza y despiadados señores de la guerra, el inestable país había sido testigo de una retahíla inacabable de golpes de Estado, atentados y guerras civiles.

El acuerdo de Bonn de 2001 fijó un calendario para que los afganos convinieran en un nuevo marco político. En principio, una *loya yirga*, una asamblea tradicional de ancianos y próceres, tendría que redactar una Constitución en un plazo de dos años. Técnicamente, los afganos serían quienes deberían decidir cómo querían gobernar el país. Pero la administración Bush les persuadió de adoptar una solución a la americana: una democracia constitucional con un presidente elegido por voto popular.

En muchos aspectos, el nuevo gobierno era como una versión tosca del de Washington. El poder se concentraba en la capital, Kabul. Empezó a brotar una burocracia federal en todas direcciones, regada con dinero y huestes de asesores occidentales.

Pero había una diferencia clave. La administración Bush forzó a los afganos a consolidar el poder en manos de su presidente, que actuaba casi sin supervisión ni contrapeso. En parte, se hizo para limitar la influencia de los numerosos señores de la guerra regionales. Pero por encima de todo, Washington pensaba que había encontrado al hombre perfecto para colocar al frente de Afganistán: Karzai, un líder tribal que hablaba inglés y que los americanos habían tomado bajo su protección.

En las entrevistas de Lessons Learned, muchos dignatarios estadounidenses y europeos que participaron en los debates sobre la construcción nacional lo admitieron: la decisión de confiar tanto poder a un solo hombre fue un terrible error de cálculo. El rígido sistema chocaba con la tradición afgana, caracterizada por una mezcla de autoridad descentralizada y costumbres tribales. Y aunque al principio los estadounidenses se llevaron de fábula con Karzai, en momentos determinantes la relación se quebró y se desmoronó.

Un representante no identificado de la Unión Europea dijo que, «a toro pasado, la peor decisión fue centralizar el poder».[27] Un alto dignatario alemán, también sin identificar, añadió que habría sido más lógico construir poco a poco una democracia desde cero, empezando a nivel municipal:

«Tras la caída de los talibanes, la idea era que necesitábamos un presidente ya, pero no era verdad». [28]

Un alto dignatario estadounidense anónimo dijo que le había asombrado que el Departamento de Estado pensara que en Afganistán funcionaría una presidencia americanizada: «Parecía que nunca hubieran estado en el extranjero. ¿Por qué creamos un gobierno centralizado en un lugar donde nunca lo había habido?». [29]

Incluso algunos miembros del Departamento de Estado reconocieron su pasmo. Un importante diplomático dijo: «En Afganistán, la política fue crear un gobierno central fuerte. Y fue una idiotez, porque el país no había tenido jamás gobiernos centrales fuertes. Para crear uno, normalmente hacen falta cien años. Y no los teníamos». [30]

Richard Boucher, el ex portavoz principal del Departamento de Estado, añadió: «No sabíamos lo que estábamos haciendo. El país solo funcionó cuando fue un hervidero de tribus y señores de la guerra presidido por una persona más o menos insigne que logró apaciguarlos para que al menos no se mataran. Creo que la idea con la que llegamos, la de crear un gobierno estatal como el de un estado americano o así, era un brindis al sol. Y es lo que nos condenó a una guerra de quince años, en vez de una de dos o tres». [31]

Incluso los soldados estadounidenses que no conocían en absoluto la historia y la cultura afganas antes de llegar dijeron que tratar de imponer un gobierno fuerte y centralizado era un evidente absurdo. En entrevistas de historia oral con el Ejército, decían que los afganos eran hostiles por naturaleza con los oligarcas y tenían pocas esperanzas puestas en lo que pudiera conseguir una burocracia en Kabul.

Según el coronel Terry Sellers, comandante de batallón en la provincia de Uruzgán: «Tenías que explicar a un montón de gente por qué les interesaba el gobierno, porque, no te engaño, les era algo muy lejano. El gobierno central no había llegado a muchos sitios, al menos hasta entonces,

así que no entendían del todo ni veían el beneficio de contar con un gobierno central: “Llevo cientos de años cuidando de mis ovejas, cabras y hortalizas en este pedazo de tierra y no ha habido nunca un gobierno central. ¿Por qué necesito uno ahora?”». [32]

Según otros oficiales del Ejército, muchas veces les acababa tocando a ellos explicar a los afganos qué hacía un gobierno y cómo funcionaba una democracia. El coronel David Paschal, un oficial de infantería que estuvo destinado seis meses en la provincia de Gazni al este de Afganistán, dijo que su unidad repartió imágenes de Karzai entre aldeanos que nunca habían visto una foto de su presidente. [33]

Paschal había combatido en los Balcanes durante los noventa. Según él, cuando el Ejército de EE. UU. y sus aliados de la OTAN establecieron la democracia en Bosnia y Kosovo, empezaron con elecciones a líderes de distrito y fueron escalando hasta llegar a comicios regionales y nacionales: «Pero en Afganistán hicimos justo lo contrario. Les hicimos escoger primero al presidente, y la mayoría de esas personas ni siquiera sabía qué significaba votar. Sí, se pringaban el dedo de tinta púrpura», pero no comprendían la importancia del voto. «Creo que en las zonas rurales era muy difícil. Recuerdo que, una vez, una unidad estaba patrullando y la gente preguntaba qué estaban haciendo los rusos otra vez por ahí. Esa gente ni siquiera sabía que los estadounidenses llevaban un par de años en Afganistán.» [34]

El mayor Thomas Clinton Jr., oficial de la Marina, dijo que los soldados afganos que instruyó no eran tan distintos del americano medio: querían carreteras, escuelas, agua y otros servicios básicos. Pero según Clinton, era difícil explicarles cómo el sistema de gobierno americano financiaba esas cosas: «Los afganos creen que a los americanos les sale el dinero de las orejas. Yo les sermoneaba sobre fiscalidad y demás... y ellos me preguntaban qué eran los impuestos. Me puse a contarles que era más o menos como los señores de la guerra que imponían tributos a la gente. “Uy,

no, eso es solo robar”, me decían. Y entonces tenía que explicarles todo el sistema tributario. Los oficiales estaban alucinados porque no tenían ni idea de lo que eran los impuestos». Y añadió: «No existe un concepto real de gobierno central que tenga poder supremo de este a oeste, desde Asadabad a Herat, y desde Kalat y Kandahar al sur a Spin Boldak y Mazar-e Sarif al norte. Hubo que educarlos». [35]

El teniente coronel Todd Guggisberg, un oficial del Ejército destinado al cuartel general de la OTAN en Kabul, dijo que dudaba de que los afganos fueran a aceptar jamás un gobierno moderno y centralizado: «Durante toda su historia han sido leales a la familia y a la tribu, así que al tipo que vive en Changcharan le importa un comino quién sea el presidente Hamid Karzai y que mande en Kabul». [36]

«Me recuerda a esa película de Monty Python en la que el rey pasa cabalgando al lado de un campesino en la mugre y se detiene para decirle: “Soy el rey”. El campesino se da la vuelta y contesta: “¿Qué es un rey?”.» [37]

Segunda parte
La gran distracción
2003-2005

4

Afganistán pasa a segundo plano

Al cabo de seis semanas de invadir Irak, el 1 de mayo de 2003, Bush se subió a otro avión para dar un nuevo discurso triunfalista con un público militar como telón de fondo. Pero a diferencia de su visita al Instituto Militar de Virginia de hacía un año, las cadenas retransmitirían este nuevo discurso en directo durante la hora de máxima audiencia.

En vez de tomar el habitual avión presidencial, Bush se enfundó un traje de piloto verde, se puso un casco blanco y se encaramó a un avión S-3B Viking. Allí esperó a que le llevaran a su destino, a 50 kilómetros de la costa de San Diego. La parte trasera del *jet* llevaba inscrito el texto «Navy 1». Habían pasado más de tres décadas desde que Bush volara con la Guardia Nacional Aérea de Texas. Sin embargo, la tripulación de la Armada le dejó tomar los mandos de la cabina brevemente antes de aterrizar mar adentro en el *USS Abraham Lincoln,* un portaaviones de propulsión nuclear que regresaba de la guerra en el golfo Pérsico.

Miles de marineros ovacionaron a Bush mientras desembarcaba y se saludaba con miembros de la tripulación en la cubierta de vuelo. El presidente se dio un baño de multitudes y posó para la cámara antes de mudarse. Una vez ataviado con su traje oficial de paisano, dio su discurso. El sol se ponía en el océano Pacífico. Delante de un cartel ondulante rojo, blanco y azul que rezaba con orgullo «Misión cumplida», Bush anunció «el

fin de las grandes operaciones de combate» y agradeció a las fuerzas armadas «su trabajo de manual» en la operación Iraqi Freedom (Libertad Iraquí).

Lo cierto es que lo peor en Irak estaba por llegar y la visita de Bush al portaaviones acabaría siendo la mayor metedura de pata de su presidencia a nivel de relaciones públicas. Además, eclipsó una afirmación igual de absurda hecha por su secretario de Defensa horas antes. En su caso, respecto a la guerra de Afganistán.

El enorme avión de transporte militar de Rumsfeld, un C-17 de color gris, aterrizó en Kabul el 1 de mayo por la tarde. Su visita de cuatro horas iba a atraer muchos menos focos que el viaje tan bien orquestado de Bush al portaaviones. El convoy cruzó las decrépitas calles de la capital hasta llegar al palacio presidencial, donde Rumsfeld se reunió con Karzai y su gabinete.

Más tarde dieron una conferencia de prensa conjunta. Lo hicieron en una sala de visitas revestida de madera que parecía no haber sido remodelada en décadas. El presidente afgano empezó observando que le sorprendía ver a tantos periodistas internacionales. En inglés, bromeó diciendo: «Pensaba que se habían ido todos a Irak. Aún están aquí. Bien. Eso significa que al mundo le interesa Afganistán».

Cuando llegó su turno, Rumsfeld leyó un guion parecido al de Bush y afirmó que las grandes operaciones de combate también habían concluido en Afganistán: «Hoy, en la mayor parte del país hay libertad, hay seguridad».

El secretario de Defensa matizó su declaración añadiendo que aún había «focos de resistencia» y otros peligros, una salvedad que Bush reiteró en referencia a Irak. Pero igual que en Irak, la pelea en Afganistán estaba lejos de terminar. Las operaciones de combate se volverían a reintensificar y se harían mucho más letales. Todavía tenían que llegar más del 95 % de las bajas estadounidenses en la guerra más larga de la historia del país.

En entrevistas de historia oral, oficiales del Ejército que estuvieron en Afganistán en 2003 dijeron que la afirmación de Rumsfeld sobre el fin de los combates fue absurda. Según el teniente coronel Mark Schmidt, un oficial de Fuerzas Especiales con formación en operaciones psicológicas: «Nos hacía gracia. Aún había muchos combates... Si tengo que ser sincero, íbamos de un lado a otro matando a gente. Nos llevaban en avión, estábamos de misión unas cuantas semanas y volvían a buscarnos. Y obviamente, en cuanto nos íbamos volvían a aparecer talibanes». [1]

En la conferencia de prensa de Kabul, Rumsfeld aseguró que la misión afgana iba a cambiar: del combate se pasaría a las «operaciones de estabilidad», que en el argot militar es como se conoce el mantenimiento de la paz y la construcción nacional. Pero según oficiales del Ejército, a efectos prácticos no cambió nada.

En palabras del coronel Thomas Snukis, ese verano se trabajó en el Estado Mayor del cuartel general de Bagram: «Casi sin órdenes escritas, ni nos llegó nada más sobre el tema. Y todavía había mucha actividad bélica». [2]

Otros sugirieron que las observaciones de Rumsfeld eran como soñar despierto y querer progresar a la vez. Según el coronel Tucker Mansager, otro miembro del Estado Mayor que llegó en julio de 2003 tras ser agregado militar en Varsovia: «Creo que probablemente en Washington habían perdido algo de interés en Afganistán. Con eso no quiero decir que nos ignoraran, pero es evidente que la gente tenía la mirada puesta en Irak». [3]

Pronto saltó a la vista que la decisión de Bush de invadir Irak fue un error garrafal. Y no solo para Irak, sino también para Afganistán.

La guerra de Irak empezó siendo una campaña bastante más ambiciosa. La invasión requirió una fuerza de 120.000 efectivos, unas trece veces más que las tropas desplegadas en Afganistán. Tras derrotar en un abrir y cerrar de ojos a los talibanes, la administración Bush cayó en un exceso de

confianza y pensó que podría apañárselas con dos guerras a la vez. Fue una suposición temeraria que contradecía la historia y el sentido común.

James Dobbins, el diplomático estadounidense que ayudó a negociar los acuerdos de Bonn, dijo en una entrevista de Lessons Learned: «Hay ciertas máximas de política básica que son difíciles de legislar. Primero, o sea, intenta invadir los países de uno en uno. Lo digo en serio». [4]

Durante los años noventa, Dobbins estuvo destinado como enviado especial a un lugar conflictivo tras otro: Somalia, Haití, Bosnia y Kosovo. Escribió varios libros acerca de sus experiencias, como *The Beginner's Guide to Nation-Building*. Según Dobbins, Bush había cantado las cuarenta a Clinton por enviar el Ejército a países desgarrados por la guerra en misiones de construcción nacional. Pero al menos Clinton no había intentado asumir dos conflictos a la vez: «Si echamos un vistazo a la administración Clinton, tuvo el buen juicio de no invadir Haití hasta que se hubo retirado de Somalia. No movió un dedo en los Balcanes hasta que se hubo retirado de Haití. Y no hizo nada con el tema de Kosovo hasta que Bosnia se estabilizó. Las guerras requieren una gran cantidad de tiempo y atención. Saturaríamos el sistema si acometiéramos más de una a la vez». [5]

Irak fue una distracción gigantesca desde el principio. Las fuerzas armadas empezaron a trazar planes para tomar Bagdad en diciembre de 2001, mientras Bin Laden escapaba de Tora Bora. El día después de Navidad, el general Tommy Franks estaba trabajando en el cuartel general del Mando Central de Tampa cuando Rumsfeld le llamó desde el Pentágono. Según reconoce Franks en su entrevista con la Universidad de Virginia, le convocó a una reunión secreta en el apartado rancho de Bush en el corazón de Texas. Por teléfono, Rumsfeld le dijo a Franks: «El presidente quiere verle en Crawford. Esté preparado para hablar con él sobre sus impresiones acerca de Irak». [6]

En 48 horas, el general partió hacia el pueblecito de Crawford para informar al presidente de las opciones militares para Irak. Entre otras

cuestiones, Bush y Rumsfeld preguntaron a Franks si era demasiado para un comandante supervisar al mismo tiempo una guerra en Irak, si acababa por estallar, y otra en Afganistán. Franks les convenció de que podría gestionar ambas operaciones desde su despacho en el Mando Central de Tampa.

En su historia oral, Franks defendió haber pedido que le dejaran gestionar ambas contiendas. Según él, nunca había descuidado Afganistán y, en realidad, las tropas allí habían aumentado a medida que la guerra de Irak recrudecía: «Por tanto, la idea de que la gente desvió la vista de Afganistán es rotundamente falsa. Eso no significa que lo hiciéramos todo bien, pero nuestros errores no se debieron a un déficit de atención». [7]

No obstante, otros representantes estadounidenses señalaron que era indudable que la administración Bush se había distraído con Afganistán. En la Casa Blanca y el Pentágono, muchos pensaban que no quedaba más que atrapar a Bin Laden y atar algunos cabos sueltos más.

En agosto de 2002, «por muchas razones, la administración Bush ya había llegado a la conclusión de que Afganistán era un capítulo cerrado». [8] Es lo que afirmó en una entrevista de historia oral con la Universidad de Virginia Philip Zelikow, miembro de la junta asesora de inteligencia exterior de Bush.

La mayoría de los líderes asumieron erróneamente que los talibanes jamás volverían a ser una amenaza seria. En su discurso para conmemorar el éxito de la misión, Bush declaró sin medias tintas que habían destruido a los talibanes. Robert Finn, embajador en Afganistán entre 2002 y 2003, dijo en una entrevista de Lessons Learned que podían quedar vestigios de los talibanes, «pero básicamente serían bandidos dando la tabarra en las montañas». [9]

El desliz estratégico fue impregnando poco a poco a toda la cadena de mando. Como el Pentágono estaba concentrado en Irak, la misión en Afganistán, ya de por sí bastante nebulosa, se volvió aún más confusa para las unidades movilizadas.

El mayor Gregory Trahan de la 82.ª División Aerotransportada dijo que las tropas no tenían claros los objetivos. En una entrevista de historia oral con el Ejército, recordó que «antes de salir, mis soldados quisieron saber si íbamos a prestar ayuda humanitaria o si íbamos, como lo diría un soldado, a matar». [10]

El mayor Phil Bergeron, un oficial de artillería destinado a Kandahar en 2003, dijo que nunca llegó a comprender la situación general. Según les comentó a los entrevistadores del Ejército: «En ese momento Irak estaba en el orden del día y eso atrajo toda la atención». [11]

En una entrevista de Lessons Learned, un empleado anónimo que se desempeñó en la Casa Blanca y el Pentágono durante la administración Bush dijo que la labor en Afganistán pasó a un segundo plano cuando estalló la guerra de Irak, en primavera de 2002. En ese momento, los americanos que había operando a todos los niveles en Afganistán recalibraron sus expectativas; su trabajo era simplemente evitar la derrota. Según dijo esa persona: «Tanto material como políticamente, todo parecía ir sobre Irak. Fue difícil asimilar la cruda realidad de que todo tu proyecto era secundario o, en el peor de los casos, una misión de "economizar fuerzas". Tu objetivo no es ganar; es no perder. Emocional y mentalmente, resulta complicado». [12]

En verano de 2003, las fuerzas armadas perdieron rápidamente el control de la guerra en Irak. En las seis semanas posteriores al discurso triunfalista de Bush murieron cincuenta soldados estadounidenses. Y nadie encontraba por ninguna parte las armas de destrucción masiva que presuntamente escondía Saddam Hussein.

Aun así, la administración Bush consolaba al público diciendo que lo tenía todo bajo control. En una rueda de prensa en el Pentágono el 18 de junio, Rumsfeld menospreció la insurgencia iraquí llamándola «reductos de fracasados». También dijo que la coalición militar liderada por Estados Unidos estaba «progresando bien», una frase cuestionable que él y

otros miembros del Pentágono repetirían hasta la saciedad sobre ambas guerras en los años venideros.

Mientras tanto, esos fracasados cogían fuerza. En agosto, los insurgentes atentaron contra la Embajada jordana y la sede de Naciones Unidas en Bagdad. Trabajadores de la ONU y de organizaciones de socorro huyeron del país. En octubre, Al Qaeda metió el dedo en la llaga haciendo circular un video de Bin Laden. Desde su escondite, el cerebro del 11S se burlaba de los americanos por quedar «atrapados en los pantanos del Tigris y el Éufrates».

Ese mismo mes, un nuevo general se hizo cargo de la guerra en Afganistán, cada vez más abandonada. El teniente general David Barno era oriundo de Endicott (Nueva York), un pueblo al suroeste del estado. Tras licenciarse en West Point, había encabezado una compañía de los Rangers que invadió Granada en 1983 y un batallón que se lanzó en paracaídas sobre Panamá durante su invasión en 1989.

Barno recaló en Afganistán en un momento turbulento. El Pentágono había reducido el número de efectivos en el cuartel general de Bagram y, por culpa de una inesperada rotación de personal, Barno fue el cuarto general al mando en seis meses. Las operaciones diplomáticas también se estaban tambaleando. La Embajada de EE. UU. llevaba mucho tiempo sin un embajador permanente.

En una entrevista de historia oral con el Ejército, Barno admitió: «Toda la campaña en Afganistán estaba derrapando un poco. En mi opinión, dentro del país había una tremenda disfuncionalidad en la unidad de mando de las fuerzas armadas». [13]

Barno erigió un nuevo cuartel general, el Mando de Fuerzas Combinadas de Afganistán, y lo trasladó de la base aérea de Bagram al complejo de la embajada en Kabul. Quería trabajar codo con codo con la diplomacia. Se instaló en un semirremolque [14] situado a solo quince metros de la casa prefabricada reservada para el embajador.

Pero más allá de los problemas de hacinamiento, a Barno le costó encontrar personal. Los mandos de personal militar en Estados Unidos decían que había escasez de oficiales debido a la guerra de Irak. Pero según Barno, era obvio que veían la guerra de Afganistán como un callejón sin salida y no querían mandar a sus mejores efectivos. Al general le hervía la sangre: «Ninguna de las personas que me mandó el Ejército iban a llegar jamás al grado de general. No ayudaron mucho, por decirlo suavemente... No cabe duda de que estaban pensando en Irak, pero tampoco mostraban ni el más mínimo interés en darnos nada que no fuera un ínfimo nivel de apoyo». [15]

Al principio, Barno tuvo que apañárselas con oficiales del Estado Mayor de un rango especialmente bajo. Cuando solicitó personas más curtidas, le enviaron reservistas que llevaban años sin vestir uniforme; como dijo Barno, «un fascinante repertorio de individuos que estaban a punto de jubilarse, por así decirlo». [16] Muchos eran mayores que el general de tres estrellas, que tenía cuarenta y nueve años, y el personal se llamaba a sí mismo en tono de broma «los jubilados más próximos a la primera línea».

Aunque en Afganistán no había ni de lejos tanta violencia como en Irak, el conflicto estaba mutando y volviéndose más descarnado. Días después de la llegada de Barno, miembros de la ONU con sede en Kabul le leyeron la cartilla por el deterioro de la seguridad en el sur y el este del país y le conminaron a actuar.

El general ordenó a su esmirriado personal del cuartel general que revisara la estrategia de guerra. Su conclusión fue que, al igual que en Irak, estaba germinando una rebelión popular. Las fuerzas armadas deberían abandonar su cerrada perspectiva. Tendrían que dejar de cazar terroristas y lanzar «una campaña clásica de contrainsurgencia», consagrada a ganarse el apoyo de los civiles atrapados en medio del conflicto.

El problema era que las fuerzas armadas no habían puesto en práctica una campaña así desde la guerra de Vietnam. Para dilucidar los siguientes

pasos, Barno rescató tres libros sobre guerra contrarrevolucionaria que había leído como cadete en West Point hacía más de veinticinco años: «En ese momento no disponíamos de ningún tipo de doctrina militar por la que guiarnos. A ninguno nos habían instruido mucho sobre contrainsurgencia. Estábamos tirando de intuición». [17]

Al mismo tiempo, en los despachos de los mandamases del Pentágono afloraron otras dudas intrínsecas. El 16 de octubre de 2003, Rumsfeld mandó un mensaje a un puñado de generales y asesores y les hizo una pregunta provocadora: «¿Estamos ganando o perdiendo la guerra global contra el terrorismo?». [18]

Rumsfeld era pesimista. El escrito de dos páginas concluía así: «Resulta bastante obvio que la coalición puede terminar ganando en Afganistán e Irak, pero habrá que arrimar el hombro y sudar tinta». [19]

El copo de nieve se filtró a *USA Today* y desencadenó un alud de noticias sobre la posibilidad de que el secretario de Defensa hubiera estado mintiendo sobre las guerras. Rumsfeld se vio obligado a comparecer ante la prensa para abordar la polémica. Al principio trató de tomárselo a broma, diciendo que su esposa, Joyce, le había preguntado por la expresión «sudar tinta»; luego comentó con los periodistas la definición del diccionario. Negó que la administración Bush hubiera estado edulcorando los hechos: «Lo que hemos hecho ha sido presentar lo mejor que hemos podido una perspectiva muy sincera, fiel y equilibrada de lo que vemos».

Desafiando la declaración de Rumsfeld sobre el fin de las hostilidades, los talibanes se fueron reagrupando poco a poco. Durante la segunda mitad de 2003, las fuerzas estadounidenses estimaron oportuno lanzar tres grandes ofensivas: la operación Mountain Viper (Víbora de la Montaña), la operación Mountain Resolve (Resolución Alpina) y la operación Avalanche (Avalancha). Sin moverse de la temática alpina, a comienzos de 2004 las fuerzas estadounidenses iniciaron la operación Mountain Blizzard (Ventisca de Montaña) y la operación Mountain Storm (Tormenta de Montaña).

Pero con la guerra de Irak yendo de mal en peor, la administración Bush decidió que era más importante que nunca minimizar la lucha y jactarse de Afganistán como de un éxito. En diciembre de 2003, Rumsfeld visitó Kabul y de paso fue a la ciudad norteña de Mazar-e Sarif. Cuando un periodista le preguntó si tenía miedo de que los talibanes estuvieran maquinando su regreso, respondió con un rotundo no: «No tendrán esa oportunidad. En cuanto se reúnan en grupos de más de uno o dos... se les matará o capturará». Al regresar a Washington, Rumsfeld dijo a la junta del American Enterprise Institute, un laboratorio de ideas conservador, que había «signos de progreso por todas partes» y que Afganistán había «dado un paso de gigante».

En enero de 2004, Zalmay Khalilzad, el diplomático estadounidense-afgano que se había instalado en la casa prefabricada de la Embajada como nuevo embajador, escribió un artículo de opinión en *The Washington Post*. En él elogió a los afganos por celebrar una *loya yirga*, una asamblea tradicional, y redactar una nueva Constitución que apuntalaba la democracia y los derechos de las mujeres. Al final de la columna, Khalilzad mencionaba como quien no quiere la cosa que las tropas estadounidenses quizá se tuvieran que quedar en Afganistán varios años: «Con todo lo que hay en juego, tenemos que mantener nuestro compromiso el tiempo que sea necesario para vencer». [20]

El artículo causó estupefacción entre los diplomáticos de Kabul. Creían que estaba suavizando al máximo la situación real. Según Thomas Hutson, un asesor político, se topó con un estratega de relaciones públicas en la cafetería de la Embajada de EE. UU. que le confesó que, para escribir la columna de Khalilzad, se habían unido veinte personas. [21] No entendía por qué el gobierno estaba pagando el sueldo de tanta gente para redactar espléndidos comunicados de prensa sobre la guerra.

Hutson creció en el pueblecito de Red Cloud (Nebraska) antes de emprender su carrera en el Servicio de Exteriores, que le llevó a Irán, Rusia,

los Balcanes, Nigeria, Taiwán, Kirguistán y Barbados. Como había visto tanto mundo, se hacía pocas ilusiones con lo que haría falta para transformar Afganistán en un país estable.

Unos días después de publicarse el artículo, Hutson estaba charlando con un oficial británico cuando un periodista les preguntó cuánto creían que tendrían que permanecer las tropas estadounidenses y británicas en el país. En una entrevista de historia oral diplomática, Hutson recordó haber contestado: «Respondimos casi a la vez. El coronel dijo que cuarenta años y yo dije que se lo preguntaría a mi nieto». [22]

A medida que Afganistán se descontrolaba e Irak ardía, dentro del gabinete de guerra de Bush se avivaron las rivalidades latentes. Las peores riñas las solían protagonizar Rumsfeld y Powell. Ambos eran hombres decididos con una personalidad muy fuerte y habían valorado presentarse a la presidencia.

Rumsfeld era el único secretario de Defensa que había ocupado el cargo dos veces. Había practicado lucha libre en Princeton, había pilotado cazas en la Armada, había dirigido compañías de la lista Fortune 500 y mostraba pocos síntomas de chochez pese a haber cumplido los setenta. Por su parte, Powell era un general de cuatro estrellas retirado. Había sido un héroe de la primera guerra de Irak, el único afroamericano en presidir el Estado Mayor Conjunto y, según algunos, la figura política más popular de Estados Unidos.

Cada uno culpaba al otro y al personal respectivo por el fiasco en el campo de batalla. Rumsfeld lamentaba que el Departamento de Estado y la USAID hubieran dinamitado los programas de reconstrucción y estabilización. Powell veía a Rumsfeld y sus secuaces civiles como ideólogos neoconservadores que fagocitaban a las fuerzas armadas.

Según el general de la Marina Peter Pace, durante sus encuentros en la Casa Blanca podían aflorar rifirrafes casi pueriles. Pace, que fue vicepresidente del Estado Mayor Conjunto de 2001 a 2005, dijo que «los

dos secretarios se picaban el uno al otro. El secretario Powell decía "Kabul", y el secretario Rumsfeld se metía con su acento: "Pero ¿es Kabal o Kabul?", solo para chincharle». [23]

Presidiendo la mesa estaba la consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, que solía tener que intervenir. Según recordó Pace en su entrevista de historia oral con la Universidad de Virginia: «Les llamaba la atención: "¡Don, Colin!"... Dios la bendiga. Era como si entrara en el vestuario a separar a sus jugadores». [24]

Rumsfeld promovía una imagen de tirano trabajador e incansable, pero había indicios de que la tensión de las guerras estaba afectando a su salud. Según Pace, aunque el secretario de Defensa lo mantuvo en secreto, en diciembre de 2003 estuvo «muy enfermo» durante tres meses. [25] Cuando en la entrevista le preguntaron a Pace si se refería a que Rumsfeld padecía ansiedad nerviosa, contestó: «No lo sé. Estaba muy mal. Lo intentó tapar y creo que lo consiguió, pero fue durante esa época cuando básicamente se dijo (palabras de Pete Pace, no de Don Rumsfeld): "A la mierda. Si Condi y Colin quieren llevar la batuta, adelante"». [26]

Rumsfeld solía mandar con el miedo. Su estilo de liderazgo generaba rencor entre los generales. En una entrevista de historia oral en la Universidad de Virginia, el teniente general del Ejército de Tierra Douglas Lute dijo que Rumsfeld menospreciaba a la gente de uniforme y no sabía jugar en equipo: «Cuando un líder divide, hiere y es irrespetuoso, te mina la moral». [27]

Al principio, Tommy Franks, otro líder obstinado, también aborrecía a Rumsfeld. [28] Le guardaba rencor por cuestionar sus planes bélicos para Afganistán, aunque acabó admirando al secretario de Defensa por su patriotismo. En una entrevista de historia oral en la Universidad de Virginia, Franks dijo: «Para los mandamases del Ejército, Don Rumsfeld no es el tío más fácil de tratar. Era muy inconformista (tened en cuenta la cuestión de la personalidad); no le gustaba nunca nada automáticamente». [29]

De 2002 hasta mediados de 2004, los oficiales militares en Kabul gozaron de una cierta tregua porque Rumsfeld se obcecó con Irak. Pero en junio de 2004 dijo a sus comandantes que quería hacer una videoconferencia cada semana para hablar de Afganistán. En octubre iban a celebrarse las primeras elecciones a la presidencia de la historia del país, un gran avance en la campaña de construcción nacional, y Rumsfeld quería cerciorarse de que todo iba como la seda.

El rumor sobre el renovado interés del secretario de Defensa hizo cundir el pánico en el cuartel de Barno. [30] Los oficiales del Estado Mayor tenían tanto miedo de despertar la ira de Rumsfeld que pasaban casi toda la semana preparándose para una videoconferencia que acostumbraba a durar menos de una hora.

El general de división Peter Gilchrist, oficial del Ejército británico y subcomandante de Barno, dijo que se quedó estupefacto al ver el miedo que suscitaba Rumsfeld entre sus homólogos estadounidenses. Según dijo en una entrevista de historia oral: «Para mí fue un gran *shock* cultural. Tendríais que ver a esos tíos. Eran hombres extraordinarios, adultos, inteligentes y sensatos. Pero cuando les ponías delante al secretario de Defensa, temblaban como un flan». [31]

En las reuniones también participaba un imponente repertorio de jefazos y subsecretarios del Pentágono. En Kabul, los oficiales esquivaban las preguntas como podían, hablándole a un pequeño monitor colocado tras la caravana de un intérprete de la Embajada. Barno describió las sesiones como «encarnizadas, duras, difíciles y amargas» [32] y dijo que requerían un: «[E]sfuerzo titánico que nos obligaba casi a ponernos de rodillas». Al final, convenció al Pentágono para espaciar las llamadas y hacer dos al mes, aunque dijo que seguía siendo «casi insostenible».

En parte, esas sesiones eran tan atroces porque Rumsfeld hacía preguntas inteligentes que sacaban a la luz problemas de fondo. El coronel Tucker Mansager dijo que el Estado Mayor no podía demostrar que estuviera

funcionando la estrategia militar. Aunque recababan estadísticas de todo tipo, era difícil saber qué conclusiones sacar. En una entrevista de historia oral con el Ejército, Mansager dijo: «El secretario nos daba a base de bien. Rumsfeld siempre preguntaba qué medidas eficaces podíamos aplicar, cómo podíamos avanzar. Yo trabajaba a destajo y no paraba de hacer cosas. Un par de veces hasta me pregunté en mi diario si estábamos haciendo algún progreso. O sea que frustrados, lo estábamos». [33]

Pese a las dudas internas respecto a la guerra, la administración Bush seguía ofreciendo una sonrisa. En agosto de 2004, Rumsfeld dio un discurso en Phoenix y citó una ristra de indicadores que reflejaban el progreso que se estaba haciendo en Afganistán: un auge en la construcción de autopistas, un pico en el registro de votantes, más energía en las calles, etc. Sin embargo, silenció las pruebas de que se estaba propagando la insurgencia: «Es absolutamente imposible que suframos una derrota militar en Afganistán». El mes siguiente, durante la campaña para el segundo mandato en la Casa Blanca, Bush fue más allá y mintió diciendo que los talibanes ya no existían.

En octubre de 2004, las presidenciales afganas se celebraron sin apenas contratiempos. Karzai ganó holgadamente y se aseguró otros cinco años en el palacio. Fue una buena noticia para el gobierno de Estados Unidos, sobre todo en comparación con Irak, donde el Pentágono aún se estaba recuperando del escándalo de las torturas en la prisión de Abu Ghraib y de una masacre sectaria.

En una rueda de prensa en el Pentágono, Rumsfeld celebró el voto como la señal de progreso más clara hasta el momento. También aprovechó la ocasión para cachondearse de los escépticos: «Todo el mundo decía que en Afganistán no funcionaría: “En quinientos años no han votado... Los talibanes se están reorganizando... Aparecerán y matarán a todo el mundo... Estamos en un atolladero”. Y helos aquí, unos comicios en Afganistán. Alucinante».

Tres años después, se había alcanzado el clímax de la guerra.

5

De las cenizas resurgió un ejército

En 2003, Estados Unidos depositó sus esperanzas de concluir la guerra en un estéril pedazo de tierra junto a un cementerio de tanques soviéticos, en el extremo este de la capital. Era el llamado Centro de Instrucción Militar de Kabul. En las destartaladas instalaciones se instaló el campamento para el nuevo Ejército Nacional Afgano. Cada mañana, instructores militares arrancaban a los voluntarios de sus fríos y desangelados barracones para enseñarles el arte de la guerra. Si los reclutas sobrevivían a las deplorables condiciones de saneamiento y esquivaban las viejas minas terrestres enterradas alrededor del complejo, podían llegar a percibir unos 2,50 dólares al día por defender el gobierno afgano. [1]

La carretera que conducía de Kabul al campamento militar estaba tan bacheada [2] que el chófer del general de división Karl Eikenberry tenía que zigzaguear de un lado a otro sin exceder los quince kilómetros por hora. Como jefe de la Oficina de Cooperación Militar en la Embajada de EE. UU., el deber de Eikenberry era crear desde cero un ejército autóctono de 70.000 efectivos para proteger al débil gobierno afgano de una larga sucesión de enemigos: los talibanes, Al Qaeda, otros insurgentes, señores de la guerra renegados...

Eikenberry era general y académico. Hablaba chino mandarín y había cumplido dos períodos de servicio como agregado militar en Pekín. El 11S

burló la muerte por los pelos.[3] El vuelo 77 de American Airlines impactó contra el Pentágono y la onda expansiva le catapultó contra la pared de su despacho, en el anillo exterior. Dos personas que trabajaban cerca de él fallecieron. Cuando llegó al Centro de Instrucción Militar de Kabul, la dantesca escena le recordó lo que sufrió el Ejército Continental[4] de George Washington en Valley Forge durante el invierno de 1777: «Por la noche todos las pasaban canutas. La cantidad de problemas era increíble».[5]

Como los afganos no tenían dinero, recayó sobre Estados Unidos y sus aliados sufragar las nuevas fuerzas armadas y proporcionar los instructores y el equipo. Alemania, aliado de la OTAN, acordó colaborar con el Departamento de Estado y otros países en la supervisión de un programa paralelo para reclutar y formar a sesenta y dos mil oficiales para la policía nacional afgana.

En primavera de 2003, Eikenberry creó una nueva formación para seguir de cerca la ciclópea campaña de instrucción del Ejército afgano. La llamó Task Force Phoenix[6] (Fuerza Operativa Fénix) como tributo al renacimiento del Estado afgano que, según él, se alzaba de «las cenizas tras treinta años de una guerra brutal». Toda la estrategia bélica estadounidense giró alrededor de ese programa. Tan pronto como los afganos dispusieran de unas fuerzas de seguridad competentes para asegurar su propio territorio, el Ejército de EE. UU. y sus aliados podrían regresar a casa.

Año tras año, los líderes tranquilizaron al pueblo americano. Decían que el plan estaba funcionando y hablaban maravillas de las fuerzas afganas. En junio de 2004, el teniente general David Barno, comandante de las fuerzas estadounidenses en Afganistán, se jactó ante la prensa de que los talibanes y Al Qaeda tenían miedo de luchar con el Ejército afgano «porque, cuando lo hacen, los terroristas acaban mordiendo el polvo».

Al cabo de tres meses, el teniente general Walter Sharp testificó ante el Congreso. El director de planes estratégicos y políticas del Estado Mayor en el Pentágono dijo que el Ejército afgano estaba «desempeñándose de

maravilla» y lo llamó la «columna vertebral» de la seguridad en el país. En una hoja informativa publicada en ese mismo momento, el Pentágono se jactó de que el Ejército afgano se había convertido en «una fuerza sumamente profesional y multiétnica». [7]

En realidad, el proyecto fue un fiasco desde el principio. Todos los intentos por hacerlo funcionar cayeron en saco roto. Washington minusvaloró muchísimo lo que costarían las fuerzas de seguridad afganas, cuánto tiempo haría falta para formarlas y cuántos soldados y agentes se necesitarían para combatir la creciente insurgencia del país.

La administración Bush agravó ese error de cálculo tardando demasiado en consolidar las fuerzas de seguridad afganas durante los primeros años de guerra, cuando los talibanes suponían una amenaza minúscula. Luego, cuando los talibanes revivieron, el gobierno de Estados Unidos intentó instruir a toda prisa a demasiados afganos.

En una entrevista de Lessons Learned, Douglas Lute, teniente general y *zar de la guerra* de los presidentes Bush y Obama para la guerra de Afganistán, dijo: «Tenemos las [fuerzas afganas] que nos merecemos». [8] Si el gobierno de Estados Unidos hubiera acelerado la instrucción «cuando los talibanes estaban débiles y desorganizados, las cosas podrían haber sido distintas. Pero en vez de eso, invadimos Irak. Si hubiéramos invertido con cabeza y antes, quizá habríamos logrado otro resultado».

El Pentágono también cometió un error fundamental diseñando el Ejército afgano a imagen y semejanza del estadounidense. Le obligó a adoptar las mismas normas, costumbres y estructuras, pese a las enormes diferencias de cultura y conocimientos.

Casi ningún recluta afgano había recibido educación básica durante las décadas de agitación que habían sacudido el país. Entre un 80 y un 90 % no sabía leer ni escribir. Algunos no sabían contar o no se sabían los colores. Aun así, los estadounidenses esperaban que hicieran presentaciones en PowerPoint y operaran complejos sistemas de armamento.

Hasta las comunicaciones más simples entrañaban un problema. Los instructores y asesores de combate estadounidenses necesitaban intérpretes que supieran traducir del inglés a tres lenguas afganas diferentes: darí, pastún y uzbeko. Cuando fallaban las palabras, las tropas se hacían entender con las manos o dibujando en el suelo. [9]

El mayor Bradd Schultz, que sirvió en la Task Force Phoenix en 2003 y 2004, recordó haber intentado explicar a los soldados afganos recién licenciados cómo era embarcar en un avión militar. En una entrevista de historia oral con el Ejército, Schultz narró cómo se había dirigido a ellos: «Cuando lleguéis allí, habrá una cosa llamada helicóptero. [...] Mirad, esto es un avión. Tocadlo». [10]

En otra entrevista de historia oral con el Ejército, el mayor Brian Doyle, un instructor de geografía de la Academia Militar de West Point, contó cómo había impartido clases a jóvenes oficiales afganos en Kabul. Al explicar la importancia de la marea alta y la marea baja durante el desembarco de Normandía, su intérprete, un médico instruido que Doyle describió como «un hombre muy espabilado», le interrumpió para decir: «¿Mareas? ¿Qué son las mareas?». [11] Sabiendo que Afganistán era un país sin acceso al mar, Doyle les explicó que era la subida y la bajada del nivel del mar. «Parecía que le acabara de decir que el mundo era redondo cuando él creía que era plano. Respondió: "¿Qué quieres decir con que el agua sube y baja?".»

Según Robert Gates, posterior secretario de Defensa con Bush y Obama, durante los primeros años de guerra los objetivos con respecto a las fuerzas de seguridad afganas fueron «ridículamente modestos». [12] El Pentágono y el Departamento de Estado nunca acordaron una estrategia coherente. En una entrevista de historia oral en la Universidad de Virginia, Gates dijo: «Cambiábamos constantemente a los instructores. Y cada tío que venía modificaba el modo en que se formaba a las fuerzas afganas. Lo único que tenían todos en común era que estaban intentando instruir un ejército

occidental, en vez de averiguar los puntos fuertes de los afganos como combatientes y partir de esa base». [13]

Al principio, el Pentágono dejó entrever sus pobres expectativas respecto al Ejército afgano intentando invertir poco dinero. En un copo de nieve de 2002, Rumsfeld tildó de «descabellada» [14] una petición del gobierno provisional afgano de 466 millones de dólares al año para formar y equipar a 200.000 soldados. Tres meses más tarde, envió una inflamada nota a Colin Powell al descubrir que el Departamento de Estado había prometido sufragar el 20 % de los gastos del Ejército afgano. Rumsfeld consideraba que tenían que pagarlo los aliados: «Estados Unidos gastó miles de millones de dólares en liberar Afganistán y dar seguridad. Estamos gastando una fortuna cada día. Nuestra posición debería ser la de no aportar ni un duro. Ya estamos haciendo más que nadie». [15]

Powell respondió en otra nota. Dijo que «obviamente empatizaba» con el argumento de Rumsfeld, pero no iba a retroceder: «Sabemos que seguramente los demás no afrontarán estos gastos a menos que Estados Unidos abra el camino. Por tanto, hemos prometido cumplir con nuestra justa obligación». [16]

A lo largo de las siguientes dos décadas, Washington fue enviando cada vez más ayudas al gobierno afgano en concepto de seguridad: más de 85.000 millones de dólares, el gasto más grande de todo el esperpento de construcción nacional. [17]

Durante la administración Bush, hubo un enconado debate sobre lo grandes que deberían ser las fuerzas de seguridad afganas y quién debería sufragarlas. En una entrevista de Lessons Learned, Marin Strmecki, un influyente consejero civil de Rumsfeld, dijo: «La forma en que se resuelve es la misma en que se resuelve todo en Washington: no resolviéndose». [18]

Zalmay Khalilzad, que trabajó en la Casa Blanca con Bush antes de ser embajador en Kabul de 2003 a 2005, dijo que el gobierno afgano rebajó su petición original e instó a Washington a pagar unas fuerzas de seguridad de

entre 100.000 y 120.000 efectivos armados. Pero según confesó en una entrevista de Lessons Learned, Rumsfeld exigió más recortes y bloqueó el programa de instrucción hasta que los afganos aceptaron reducir el número hasta los cincuenta mil. [19]

Con los años, a medida que los talibanes se fueron afianzando, los estadounidenses y los afganos tuvieron que abrir el grifo una y otra vez para no perder la guerra. Al final, Estados Unidos pagó por instruir y mantener unas fuerzas de seguridad de 352.000 efectivos: unos 227.000 estaban adscritos al Ejército y 125.000, a la policía nacional. Aludiendo al tope de cincuenta mil impuesto por Rumsfeld, Khalilzad dijo: «En 2002 o 2003 estábamos luchando con esas cifras. Y ahora Dios sabe cuántos soldados hay, trescientos mil o así». [20]

Los tira y afloja sobre el tamaño de las fuerzas afganas se recrudecieron por culpa de otro error: el gobierno de Estados Unidos no tenía la destreza ni la capacidad para crear ejércitos extranjeros de la nada. Igual que había olvidado cómo combatir una insurgencia desde Vietnam, las fuerzas armadas no habían creado nada de la dimensión del Ejército afgano en décadas. Los boinas verdes estaban especializados en formar pequeñas unidades en otros países, no ejércitos enteros. El Pentágono intentó aprender sobre la marcha y la falta de preparación se hizo patente.

Según Strmecki: «Uno no descubre cómo van las operaciones de infantería cuando la guerra ya ha empezado. Uno no descubre cómo funciona la artillería cuando la guerra ya ha empezado. Ahora mismo, todo se improvisa. No se sigue ninguna directriz ni ninguna ciencia. Todo se hace de forma muy irregular. Si creas fuerzas de seguridad para otra sociedad, será tu acto político más importante. Hay que darle muchísimas vueltas y pulirlo muy bien». [21]

Para dirigir la Task Force Phoenix, en 2003 el Pentágono empezó nombrando una brigada en servicio activo de la 10.ª División de Montaña. Pero cuando ya se estaba asentando, la administración Bush decidió

declarar la guerra a Irak y tensó de inmediato la cuerda de todas las unidades desplegadas por el mundo. La brigada de la Task Force Phoenix se retiró y fue reemplazada por una abigarrada y parva amalgama de tropas de la Guardia Nacional y reservistas del Ejército. Como dijo Eikenberry: «Nuestra incapacidad para marcar una cadencia [...] empezó a ser un grave problema». [22]

Muchos no tenían experiencia en la formación de soldados extranjeros. Tampoco sabían qué debían hacer en Afganistán hasta que llegaban. El sargento primero Anton Berendsen dijo que, mientras se estaba preparando para ir a Irak en 2003, recibió instrucciones de última hora para desviarse a Afganistán y unirse a la Task Force Phoenix. En una entrevista de historia oral con el Ejército, admitió: «Estás en un país y de repente dices: "¿Ahora qué hacemos?". Nos estaban creciendo los enanos». [23]

El mayor Rick Rabe, un ingeniero de la Guardia Nacional californiana, llegó al Centro de Instrucción Militar de Kabul en verano de 2004 para supervisar la formación básica. Presionado para producir más soldados afganos, triplicó la cifra de reclutas durante el programa de doce semanas. Pero entonces bajó el nivel. De hecho, era muy bajo en general. Los reclutas ya podían suspender los exámenes de certificación o esfumarse, que no los echaban del campamento.

«Era imposible suspender la formación básica», dijo Rabe en una entrevista de historia oral con el Ejército. [24] Las notas bajas empezaron a ser motivo de risa. «Mientras pudieran apretar el gatillo cincuenta veces, no importaba si le daban a algo. Mientras la bala fuera en la dirección correcta, todo bien.»

Incluso en condiciones ideales, las fuerzas armadas previeron que el Ejército afgano tardaría varios años en poder operar solo. En los combates, los batallones afganos iban de la mano de las tropas estadounidenses, pero estas hacían la mayor parte del trabajo. Asesores y mentores se incorporaron a las unidades afganas para brindar consejo, pero muchas

veces descubrían que los afganos carecían de las habilidades básicas para el combate y necesitaban que se les recordara constantemente las cosas.

El mayor Christopher Plummer, un oficial de infantería, llegó al cuartel general de Kabul en 2005 para coordinar la formación y el licenciamiento del Ejército afgano. Tras oír constantes quejas sobre la pobre puntería de las tropas, visitó el Centro de Instrucción Militar para observar a los reclutas en el campo de tiro.

En una entrevista de historia oral con el Ejército, Plummer dijo: «Evidentemente, nadie se sorprendió cuando entregué mi informe. Dije que esos chicos no le darían a un granero de perfil ni estando a diez metros». [25] De los ochocientos reclutas que había en formación básica en ese momento, solo ocho pasaron la prueba de puntería, pero se les permitió a todos licenciarse de todas formas: «Simplemente quemaban etapas».

Al principio, el Pentágono proveyó al Ejército afgano de AK-47 de fabricación rusa: un fusil fácil de usar y casi indestructible. Muchos afganos ya conocían el arma, pero no apuntaban mucho. Usaban un método que los asesores militares estadounidenses llamaban despectivamente *spray and pray* («disparar al tuntún y rezar»). Según el mayor Gerd Schroeder, un instructor itinerante de armas de fuego que fue destinado a Afganistán en 2005, durante los tiroteos, los soldados afganos solían gastar toda la munición, pero no abatían a nadie. [26] Al final, las tropas estadounidenses tenían que sacarles las castañas del fuego.

Una vez, Schroeder llevó a un batallón afgano a un campo de tiro cerca de Kandahar para tratar de corregir la situación. Como creía en la enseñanza a través del ejemplo, clavó una sandía sobre un largo poste y lo hincó en el suelo. En una entrevista de historia oral con el Ejército, Schroeder dijo: «Les pedías: “Venga, soldadito, dispara a la sandía”, y te disparaban desde la cadera». [27] Ni siquiera la rozaban.

Luego, Schroeder le pidió a un soldado estadounidense que hiciera una demostración: «Y te atravesaba de medio a medio la sandía. Primera

ronda». Poco a poco las lecciones fueron calando: «Antes de eso no tenían ni la más remota idea de apuntar. Lo único que hacían era disparar tantas rondas como podían, a ver si le daban a algo». [28]

Algunos soldados afganos eran veteranos que se sabían manejar en el campo de batalla. Pero según el teniente coronel Michael Slusher, un oficial de la Guardia Nacional de Kansas incorporado a una unidad afgana, cuando empezaban a volar las balas, muchos afganos quedaban petrificados y olvidaban lo aprendido. [29] En una entrevista de historia oral con el Ejército, Slusher dijo: «Salen disparados hacia donde suenan los tiros. Es un poco alucinante. [Los enemigos] se quedan tan tranquilos en sus posiciones defensivas y esperan a que vayan corriendo hacia ellos. Les persiguen subiendo la ladera de la montaña, sin dejar de disparar y de gritar. Son muchachos muy valientes, pero esa no es forma de hacer las cosas». [30]

El mayor John Bates, otro miembro de la Guardia Nacional e instructor de una unidad, elogió a su compañía afgana. Dijo que era una «unidad de primera» [31] que había luchado cohesionada durante tres años. Pero algunos conceptos básicos eran difíciles de aprender. Bates dijo que los asesores estadounidenses tuvieron que enseñar a los afganos el concepto de cuidar de su propia arma, en vez de coger la primera que vieran. En una entrevista de historia oral con el Ejército, explicó: «Llegamos a escribirles los nombres en las armas para que cada sargento pudiera recorrer la fila y ver si ese era su nombre en el arma». [32] Otra revelación para los afganos fue que había uniformes de diferentes tallas, y que el zapato izquierdo tenía una forma diferente del derecho: «Nos enviaron un cargamento de botas. Nunca les habían medido los pies y no sabían qué talla de bota necesitaban». Aunque tampoco importaba mucho, porque solían darles calzado defectuoso. Según Bates: «El primer día, a mitad de la misión, la suela de las botas estaba completamente despegada». [33]

Enseñar a los afganos a conducir vehículos militares fue otra aventura. Según el comandante sargento mayor Jeff Janke, instructor de la Guardia

Nacional de Wisconsin: «O pisaban el acelerador a fondo o frenaban al máximo. Una cosa o la otra. Si tenían algún accidente, no había consecuencias. Pensaban: "Bueno, [los instructores] ya traerán un vehículo nuevo, porque este está estropeado"». [34]

Durante la primavera de 2004, el mayor Dan Williamson, instructor de la Task Force Phoenix, tuvo que enseñar a los soldados afganos a conducir un camión de dos toneladas y media de capacidad y transmisión manual de seis marchas. Para que no pudieran llevarse nada por delante, buscó un lugar apartado en una base militar cerca de Kabul. Primero, los afganos intentaron aprender a conducir en línea recta, tanto hacia delante como hacia atrás, mientras los instructores estadounidenses ocupaban el asiento del copiloto y los intérpretes se colocaban en la parte de atrás. Luego practicaron los giros en una pista ovalada de tierra. [35]

En una entrevista de historia oral con el Ejército, Williamson dijo que los afganos eran una amenaza para la sociedad: «Soltaban el volante, agarraban la palanca de cambios con las dos manos y miraban la marcha que llevaban puesta, en vez de mirar a la carretera. Les costaba mucho meter una marcha y los camiones arrasaban con todo». [36] Los intérpretes, que iban montados en la parte de atrás, necesitaban «agallas».

A medida que el Ejército afgano se fue haciendo más grande, Estados Unidos se obsesionó por construir bases y barracones para sus colaboradores. Los proyectos cumplían las especificaciones americanas, pero los diseños occidentales solían dejar boquiabiertos a los afganos. Un oficial militar explicó en una entrevista de Lessons Learned que los afganos confundían los urinarios con fuentes de agua. [37]

Los inodoros eran otra peligrosa novedad. Según confesó en una entrevista el mayor Kevin Lovell, oficial del Cuerpo de Ingenieros: «[Nos] dimos cuenta de que se estaban rompiendo los retretes porque los soldados intentaban sentarse en cuclillas encima, como hacen normalmente. Y había

soldados que se hacían daño porque resbalaban y se daban con la rodilla en la pared». [38]

Los toalleros tampoco duraron mucho. Los afganos ataban y enroscaban la ropa húmeda en la barra para exprimir el agua y acababan arrancando el toallero de la pared. Cubrían las estufas con prendas mojadas y provocaban cortocircuitos. Según Lovell, esos problemas se podrían haber evitado: «Si hubiéramos pecado un poco menos de soberbia, habríamos pensado en cómo suele vivir esa gente y habríamos construido edificios adaptados». [39]

Las cocinas y cantinas de diseño americano tampoco calaron. Los afganos preferían cocinar juntos en una gran olla, hirviendo arroz, carne y otros ingredientes en un solo guisado. En una entrevista de historia oral con el Ejército, el mayor Matthew Little, otro oficial del Cuerpo de Ingenieros, dijo: «Van descalzos y remueven el arroz con un cucharón enorme». [40]

En una base, los cocineros afganos cambiaron de sitio los fogones y los alejaron de los conductos del aire instalados por el contratista porque no sabían para qué servían. Según Little: «Toda la cocina se llenó de humo. Se colaba hasta el comedor y las paredes de color beis se fueron tiñendo de negro. Si entrabas allí, después tenías que lavar el uniforme». [41]

En otra ocasión, aseguró que un líder del Ejército afgano había pedido que se cavara una pequeña zanja en la cocina para que los cocineros pudieran arrojar dentro los desperdicios y el agua se los llevara hacia el sistema de desagüe: «Como un río, supongo, o como un riachuelo como los que debía de haber antaño en Occidente». [42]

Sobre la cuestión más importante, la predisposición a luchar, los asesores e instructores estadounidenses hablaban de los soldados afganos de forma ambivalente. Algunos elogiaban su dedicación y determinación, mientras que otros se quejaban de pereza y apatía. Pero, aunque la estrategia bélica de Estados Unidos dependía del rendimiento del Ejército afgano, es curioso que el Pentágono se preocupara tan poco de si los afganos estaban dispuestos a morir por su gobierno.

El absentismo era un problema crónico. Después del entrenamiento, normalmente los soldados tenían varios días de permiso antes de volver a presentarse al servicio en otro sitio. Muchos cobraban el primer sueldo y se esfumaban. Otros se presentaban, pero lo hacían sin el uniforme, el equipo o el arma porque los habían vendido. Un sinnúmero de soldados se presentaba solo de Pascuas a Ramos, o tarde. Ningún batallón afgano se acercaba siquiera al pleno potencial. Y eso no hacía más que elevar la presión para reclutar y formar sustitutos.

El mayor Charles Abeyawardena era un oficial de planificación estratégica del Centro Militar para el Proyecto Lessons Learned en Fort Leavenworth (Kansas). Llegó a Afganistán en 2005 para entrevistar a asesores de combate estadounidenses y altos cargos afganos acerca de sus experiencias. Aparte de sus funciones, decidió preguntar a soldados rasos por qué se habían alistado. [43] Sus respuestas se asemejaban a las que solían dar las tropas estadounidenses: es un sueldo fijo, quiero proteger a mi país, es una oportunidad para hacer algo nuevo...

Pero después, cuando les preguntaba si permanecerían en el Ejército afgano tras la retirada de Estados Unidos, las respuestas lo dejaron asombrado: «La mayoría, casi todos los que hablaron conmigo, dijeron que no. Volverían a cultivar opio o marihuana o algo por el estilo, porque era lo que daba dinero. Me dejó totalmente descolocado». [44]

Y si formar al Ejército afgano ya costó, los intentos por crear una fuerza de policía nacional fueron una debacle aún mayor. Alemania aceptó supervisar la instrucción a principios de 2002, pero enseguida se vio abrumada. El gobierno alemán invirtió bastante en el programa, pero tuvo problemas para encontrar agentes que quisieran ir a Afganistán a instruir reclutas. Y a los que encontró, los confinó en una zona pacífica al norte. Al final, Estados Unidos intervino y asumió el grueso de la responsabilidad.

De 2002 a 2006, Estados Unidos gastó diez veces más en formación policial que Alemania, pero no consiguió mucho más. El Departamento de

Estado externalizó el programa a contratistas privados que cobraban un dineral, pero conseguían pobres resultados. La formación de reclutas para la policía era breve, apenas de dos o tres semanas, y el salario era paupérrimo.

Los bajos honorarios explican, en parte, por qué muchos agentes de policía se convirtieron en grandes corruptos. Extorsionaban a la gente a la que supuestamente debían proteger. En una entrevista de historia oral con el Ejército, el mayor Del Saam, un miembro de la Guardia Nacional que trabajaba con las fuerzas de seguridad afganas, dijo que eran «tan corruptos que si te entran a robar en casa y llamas a la policía, [...] la policía vendrá y te robará otra vez». [45]

Los líderes del Pentágono protestaron porque el lamentable programa de formación policial del Departamento de Estado estaba menoscabando la estrategia de guerra. En febrero de 2005, Rumsfeld envió un informe confidencial a la secretaria de Estado Condoleezza Rice sobre la Policía Nacional Afgana (ANP, por sus siglas en inglés). El informe se titulaba «ANP Horror Stories» [46] («Cuentos de terror de la PNA») y describía a la mayoría de los agentes como analfabetos, faltos de equipo y de preparación.

En un copo de nieve adjunto al informe, Rumsfeld escribió: «Echad un vistazo. Esta es la situación en la Policía Nacional Afgana. El problema es gordo. Y tengo la impresión de que estas dos páginas se han escrito con la máxima elegancia y benevolencia posible». [47]

En verano de 2005, las fuerzas armadas asumieron casi toda la responsabilidad de instruir a la policía. Aunque el Pentágono tenía más recursos y efectivos que el Departamento de Estado para tratar de reconducir el problema, no pudo deshacer el nudo de expectativas que había creado Washington.

Por una parte, Estados Unidos y sus aliados querían imponer un sistema de fuerzas de seguridad occidentalizado para mantener la estabilidad y el orden. Pero el Pentágono quería que la policía afgana combatiera a los insurgentes, casi como hacía el ejército, y la formó como a una fuerza

paramilitar. De cualquier modo, la idea de que un agente uniformado con placa y arma hiciera cumplir las leyes del Estado era un concepto ajeno para la mayoría de los afganos, sobre todo en las áreas rurales.

El mayor Del Saam, de la Guardia Nacional, dijo que los afganos estaban acostumbrados a resolver las disputas de otra manera: «Si tienes un problema, no vas a la policía. Vas a ver al anciano del pueblo. Él se inventa las reglas sobre la marcha. No hay Estado de derecho. Si le caes bien, te dirá: "Oh, muy bien". Y si le caes mal, te dirá que le entregues algunas cabras u ovejas o te ejecutará allí mismo».[48] En esas situaciones, los códigos tribales o religiosos de conducta que llevaban generaciones implantados solían determinar el veredicto. Añadir agentes de policía a la ecuación avivaba el conflicto y era problemático. Según Del Saam: «Les cuesta mucho ver lo que estamos intentando hacer con las fuerzas de policía. No entienden cómo encaja eso con su cultura. Los americanos queremos imponerles algo que nosotros entendemos, pero que ellos no consiguen ver».[49]

Y ese fue un error que Estados Unidos repetiría sin cesar.

6

Islam para «dummies»

Cuando las fuerzas armadas se instalaron en Afganistán, enviaron equipos de Fuerzas Especiales para llevar a cabo operaciones que influyeran en las emociones, el ideario y el comportamiento de los afganos de a pie y sus líderes. La táctica de estas operaciones, llamadas psicológicas o *psy-ops*, era una forma asentada de guerra no convencional. Su propósito era perfilar la opinión popular para que se amoldara a los objetivos estadounidenses y minar la voluntad de luchar del enemigo. Los boinas verdes y los contratistas militares de esos equipos estudiaban la cultura extranjera para saber qué matices religiosos, lingüísticos y sociales podían explotar en su beneficio.

Pero los especialistas de operaciones psicológicas y los demás soldados que llegaron a Afganistán andaban a tientas. Años después de que estallara la guerra, nuestras fuerzas armadas aún no tenían apenas personal uniformado que hablara darí o pastún con fluidez. Pocas tropas conocían más que una pincelada de la historia de Afganistán, sus costumbres religiosas o dinámicas tribales.

Cuando el mayor Louis Frias, un oficial del 8.º Batallón de Operaciones Psicológicas de Fort Bragg (Carolina del Norte), fue destinado a Afganistán en julio de 2003, se preparó leyendo *Islam for Dummies* en el avión. Aprendió un par de frases en darí, pero pronunciaba tan mal que los afganos

le suplicaron que no se saliera del inglés. En una entrevista de historia oral con el Ejército, dijo que se había sentido como un «imbécil». [1]

Frias encabezaba un pequeño equipo de operaciones psicológicas que trabajaba para la Embajada de EE. UU. distribuyendo guiones de radio y pósteres para conseguir apoyos a los principios democráticos y las fuerzas de seguridad afganas. Pero el proyecto más ambicioso del equipo fue dibujar un cómic. La idea fue de un soldado que Frias conoció en la cantina. [2] Dijo que podía ser una manera de manipular la mente de los jóvenes afganos, así que el equipo decidió diseñar un cómic sobre la importancia de votar. Iba sobre unos niños que jugaban al fútbol, porque según Frias, «el fútbol es el no va más en Afganistán». [3]

En el cómic, una pandilla de niños de diferentes tribus y grupos étnicos se iban pasando el balón alrededor de un sabio anciano que aparecía con el reglamento en la mano. Como símbolo de la nueva Constitución afgana, el reglamento no solo dictaba cómo los niños debían jugar, sino que estipulaba un procedimiento nuevo a la hora de elegir al capitán del equipo: el voto.

Según Frias: «Todos los niños decían que allí mandaban ellos. Entonces el viejo sabio se metía y decía: “Tenéis que votar a una persona para que lidere el equipo”. Eso narraba la historieta». [4] Al parecer, el equipo enseñó borradores del cómic a los niños que había en los bazares y las reacciones fueron «positivas». [5]

Pero el proyecto se topó con obstáculos y rémoras de índole burocrática. Tanto los diplomáticos de la Embajada como los comandantes militares en Kabul y Bagram insistieron en revisar las ilustraciones. Según Frias, «todo el mundo quería decir la suya». [6] Cuando su período de servicio de seis meses terminó, regresó a Fort Bragg y el cómic aún no se había impreso. No llegó a ver jamás la versión final: «Alguien me dijo que al final los sacaron. No sé qué efecto tuvieron».

Otro equipo de operaciones psicológicas con base en Bagram también utilizó el fútbol como medio de propaganda. Desde 2002, el equipo

distribuyó más de mil balones[7] con la bandera negra, roja y verde de Afganistán y el texto «paz y unidad» inscrito en darí y pastún. Los balones causaron sensación entre los jóvenes de todo el país y el equipo de operaciones psicológicas consideró el programa un gran éxito.

Otros tenían sus dudas. El general de división del Ejército de Tierra Jason Kamiya, el comandante de las fuerzas estadounidenses en Bagram entre 2005 y 2006, se encontró con las pelotas un día y decidió hacer un experimento. Se llevó un par a un viaje a la provincia de Paktika, al este de Afganistán, y cuando un grupillo de niños se apelotonó alrededor de su Humvee, sacó una y se la dio.[8] Mientras los niños pateaban el esférico y correteaban de un lado a otro, Kamiya se percató de que ninguno se tomaba la molestia de mirar a la bandera o al texto «paz y unidad» grabado en el balón.

Al regresar a Bagram, aconsejó al equipo de operaciones psicológicas que se replanteara sus tácticas y usara el sentido común: «Les dije: "Mirad, nuestro objetivo en Afganistán no es entrenar a la siguiente selección olímpica afgana de fútbol, ¿estamos? El balón es un medio para mandar un mensaje. No es el mensaje"».[9]

Pero en vez de abandonar la propaganda futbolística, doblaron su apuesta diseñando otro balón con banderas de varios países. Entre ellas había la de Arabia Saudí, donde aparece la profesión de fe coránica en escritura árabe. Los equipos de operaciones psicológicas, creyendo que estos nuevos objetos serían la bomba, distribuyeron los balones por todas partes e incluso los arrojaron desde helicópteros. Pero solo consiguieron provocar airadas protestas de los afganos, que creían que estampar palabras sagradas en un balón era un sacrilegio.

Mirwais Yasini, un parlamentario afgano, dijo a la BBC que «inscribir un verso del Corán en algo que golpeas con el pie sería un insulto en cualquier país musulmán».[10] Las fuerzas armadas tuvieron que pedir disculpas públicamente.

Los equipos de operaciones psicológicas no eran los únicos a los que les costaba comprender Afganistán. La ignorancia cultural y los malentendidos lastraron a las unidades militares estadounidenses durante toda la guerra, minando su capacidad para llevar a término operaciones, recabar inteligencia y tomar decisiones tácticas. La mayoría de las tropas completaban períodos de servicio de seis o doce meses. Para cuando empezaban a sentirse cómodos en ese hábitat, tenían que volver. Y los que ocupaban su puesto repetían el ciclo, un año tras otro.

En teoría, las tropas aprendían cuatro pinceladas sobre las lenguas, las costumbres y las normas culturales afganas antes de abandonar Estados Unidos. Pero en muchas instalaciones militares, los oficiales afirmaban que la formación era inútil, o que estaba diseñada para la gran masa de tropas que iban destinadas a Irak. Todo se basaba en la suposición errónea de que las personas de todos los remotos países musulmanes eran iguales.

En 2005, el mayor Daniel Lovett, un oficial de artillería de campaña de la Guardia Nacional de Tennessee, se presentó para la formación previa a la movilización. La instrucción tenía lugar en Camp Shelby, una base en expansión al sur de Misisipi cuyos orígenes se remontaban a la primera guerra mundial. Durante la clase de formación cultural, el instructor empezó una presentación en PowerPoint diciendo: «Muy bien, cuando lleguéis a Irak...». Lovett lo interrumpió para decir que su unidad iba a otra guerra, pero el instructor espetó: «Ah, bueno, Irak, Afganistán... Es lo mismo». [11]

Esta indiferencia exasperaba a Lovett, al que habían ordenado asesorar al Ejército afgano y se moría por aprender sobre el país. En una entrevista de historia oral con el Ejército, dijo: «Toda nuestra misión se basaba en conocer su cultura. Nuestra misión era entablar relaciones personales [...] para reforzar nuestra legitimidad y credibilidad ante las personas con quienes estábamos intentando trabajar. Ya te digo yo que era difícil. Era una

labor complicada. ¿Estábamos listos? Yo creo que, en ese momento, ni por asomo». [12]

El entrenamiento en otras bases no solía ser mucho mejor. El mayor del Ejército de Tierra James Reese, elegido para servir en un grupo de Operaciones Especiales en Afganistán, contó que los instructores de Fort Benning (Georgia) intentaban enseñar árabe. [13] El árabe se hablaba mucho en Irak, pero en Afganistán no era un idioma propio como lo eran el darí o el pastún: «Toda la formación en general fue una pérdida de tiempo».

El mayor Christian Anderson reconoció que la formación en Fort Riley, un campamento militar en las llanuras de Kansas, «fue horrible» y no le preparó en absoluto para su misión de asesorar a una unidad de policía fronteriza afgana. Ya desde un punto de vista geográfico, pensaba que la formación táctica previa fue absurda. [14] En una entrevista de historia oral con el Ejército, compartió una reflexión: «Yo habría optado por entrenar a las tropas en las condiciones en que iban a luchar. Afganistán tiene mucha montaña, ¿no? Tora Bora, Hindú Kush y todo eso son sierras. Afganistán no tiene pantanos. ¿Por qué entrenamos [a las unidades] en Fort Polk, en Luisiana? ¿Por qué entrenamos [...] en Fort Riley, que es más plano que una tabla?». [15]

Las clases que sí abordaban las peculiaridades culturales de Afganistán, diferenciadas de las de Irak, solían estar obsoletas o eran ridículas.

El mayor Brent Novak, un profesor de West Point que fue instructor invitado en una academia militar de Kabul, recibió formación previa en Fort Benning en 2005. Tuvo que asistir a clases de supervivencia en situaciones de ataque nuclear, químico y biológico, aunque esas amenazas no existían en Afganistán. [16] La cultura afgana solo se mencionaba de paso.

Un PowerPoint en Fort Benning advertía no enseñar el pulgar porque los afganos lo consideraban un gesto ofensivo. Pero en una entrevista de historia oral con el Ejército, Novak comentó: «Cuando llegué allí, los niños me alzaban el pulgar y yo pensaba: “Virgen santa, ¿estos chicos me están

mandando al carajo?”». [17] Después de tener que presenciar con temple un aluvión de pulgares, el estadounidense, pasmado, preguntó a un intérprete qué había hecho para ofenderlos. El traductor le explicó con serenidad que el pulgar significaba «buen trabajo» o «bien hecho».

Al reflexionar sobre ello, los oficiales admitieron que les habría gustado que alguien les hubiera enseñado protocolo afgano: a entablar vínculos personales, a decir cuatro palabras en su idioma, a no gritar ni perder los estribos y a aceptar los ofrecimientos para tomar té.

El mayor del Ejército de Tierra Rich Garey, que lideró una compañía en el este de Afganistán entre 2003 y 2004, dijo que tardó un tiempo en aprender a calmarse: «Entrábamos arramblando con todo. Buscábamos al anciano del poblado y le preguntábamos dónde estaban los villanos. Siempre nos decían que allí no había gente mala, aunque estábamos muy cerca de la frontera con Pakistán. Obviamente que los había, pero no pedíamos bien la información». [18]

En otra entrevista de historia oral con el Ejército, el mayor Nikolai Andresky dijo que se arrepentía de no haber aprendido más acerca del ritmo vital de la sociedad afgana antes de llegar al país en 2003 para instruir a soldados locales. Al final, se le ocurrió que tenía que trabajar al ritmo de los afganos, [19] en vez de esperar que fueran ellos quienes se adaptaran al estilo americano de hacer las cosas: «Si me hubieran dicho que en Afganistán no existían las reuniones de una hora, no lo habría creído. Ahora que he estado allí, sé que es cierto. No existen. Si te reúnes, vas a estar por lo menos tres horas. Empiezan dando las gracias a Alá y luego dan las gracias a todas las personas de la cadena de mando que hay entre Alá y ellos. Lo hace cada persona que habla, o sea que si quitaras eso probablemente te ahorrarías un par de horas. Solo me gustaría haber entendido mejor su cultura». [20]

Las tropas estadounidenses normalmente iban apuradas de tiempo. Les costaba tener paciencia y morderse la lengua. En una entrevista de historia oral con el Ejército, el mayor William Woodring, un oficial de la Guardia

Nacional de Alaska, dijo: «El tiempo para los estadounidenses es vital. Pero allí el tiempo no significa nada. Intentamos forzarles a hacer las cosas a nuestro ritmo y ellos no lo entienden. Muchos no tienen relojes y no saben la hora que es. Si les intentamos obligar a presentarse a cierta hora para una misión, no lo entienden y preguntan: "¿Por qué tenemos que irnos a esa hora?"». [21]

A nivel institucional, las fuerzas armadas estadounidenses subrayaron la importancia de respetar la religión oficial de Afganistán, donde cerca de un 85 % de la población es musulmana suní. No obstante, la falta sistemática de educación cultural y religiosa se traducía en que algunos soldados estadounidenses albergaban una serie de opiniones estereotipadas o sesgadas de los afganos.

En una entrevista de historia oral con el Ejército, el mayor Christopher Plummer, que fue oficial de formación y movilización del Ejército afgano en 2005, dijo: «Hay una cultura de falsedad y corrupción que parece impregnar las culturas musulmanas y que se remonta a hace miles de años». [22]

Otros veían el islam como una fe intolerante y eran incapaces de diferenciar. En su entrevista de historia oral con el Ejército, John Davis, un oficial retirado del Ejército que fue mentor del Ministerio de Defensa afgano, dijo: «En el mundo islámico debes elegir entre mi ley o la muerte. Según Mahoma, todo aquel que no es musulmán es un infiel. Tenemos que vencer la vertiente religiosa de eso, pero la vertiente religiosa está ligada a los talibanes, que dicen querer regir y controlar el país con una estrategia islámica purista y fundamentalista, y que quieren librarse de los infieles». [23]

Pero muchos soldados aprendieron a matizar un poco más. Aunque los afganos se identificaban férreamente con el islam, Thomas Clinton, un mayor de la Marina, reparó en que eso no quería decir necesariamente que fueran muy devotos. En una entrevista de historia oral con el Ejército, dijo

que eran como cualquier otra religión de Estados Unidos: «Aquí hay radicales católicos, bautistas, protestantes, y después están otros que dicen que fueron criados en una religión, pero que ya no van a misa». [24] De los jóvenes soldados afganos que instruyó, dijo que solo unos pocos rezaban cinco veces al día o iban a la mezquita con regularidad.

Con la destacada excepción de Zalmay Khalilzad, el estadounidense-afgano que fue embajador durante casi dos años, la mayor parte de los diplomáticos del país también pisaban territorio desconocido. Como la Embajada del país había estado cerrada entre 1989 y 2002, casi nadie había visitado Afganistán antes de la invasión de Estados Unidos.

El Departamento de Estado tenía entre sus filas a muchos expertos regionales que habían estado en otras partes de Asia Meridional y Central, pero pocos se habían prestado voluntarios para ir a Kabul. Para llenar las vacantes, se había recurrido a una combinación de novatos del Servicio de Exteriores y una vieja guardia rescatada de la jubilación.

En una entrevista de historia oral con el Ejército, el teniente general David Barno, comandante militar de EE. UU. entre 2003 y 2005, dijo que «la Embajada en sí era una organización pequeña y muy joven. Eran cuatro gatos sin una experiencia muy dilatada». [25] Igual que las tropas, los diplomáticos solían rotar cada seis o doce meses. En consecuencia, siempre había escasez de conocimiento y experiencia.

Muchos afganos sentían una desconexión cultural igual de tremenda, sobre todo los que vivían en zonas rurales. Casi no habían visto cómo era el mundo exterior y nunca habían visto la televisión americana ni películas de Hollywood. Las tropas acorazadas o vestidas de camuflaje, con gafas y cables saliéndoles de la cabeza, podían parecerles un ejército extraterrestre.

El mayor Clint Cox, un oficial destinado a Kandahar, dijo: «Seguramente, el 90 o el 95 % de los afganos con los que interactué debían de pensar que éramos alienígenas. Pensaban que con las gafas de sol veíamos a través de las paredes». [26]

El mayor Keller Durkin, destinado dos veces a Afganistán con la 82.ª División Aerotransportada, declaró que era difícil causar una buena primera impresión. Según confesó en una entrevista de historia oral con el Ejército: «No me cabe duda: si ves un estadounidense totalmente equipado para la guerra, se parece muchísimo a un soldado de asalto de *La guerra de las galaxias*. Y tal vez no sea la mejor imagen para intentar seducirlos y convencerlos». [27]

El mayor Alvin Tilley, un soldado afroamericano, recordó haber pasado por aldeas en que la gente nunca había visto a una persona de piel negra: «Los niños me miraban como diciendo: "Dios mío, ¿qué es eso?". Como se estaban frotando la cara, le pregunté al intérprete qué estaban haciendo. Me dijo que pensaban que mi color se iba al frotar». [28]

Tilley, que en Estados Unidos vivía en una ciudad, dijo haberse quedado de una pieza al ver tantas cabañas de barro rudimentarias sin electricidad ni agua: «Cuando estás allí, casi te parece que vas a ver a Moisés andando por la calle. Ese fue el mayor *shock* cultural». [29]

Entre los parajes que inspiraban imágenes del Antiguo Testamento en los soldados estadounidenses estaba la provincia de Uruzgán, en la zona sur central de Afganistán. Rodeada por una cadena montañosa y un terreno árido, en Uruzgán hacía un calor infernal en verano y un frío gélido en invierno. Los agricultores se ganaban la vida como podían cultivando parcelas de opio, un producto resistente a las sequías. Era hogar de tribus pastunes conservadoras. El mulá Mohammed Omar, el tuerto líder espiritual de los talibanes, era el hijo pródigo de la provincia.

En 2005 el mayor del Ejército de Tierra William Burley, líder de un equipo de asuntos civiles, prestó ayuda humanitaria en Shin Kay, una región rural de Uruzgán. Dijo que los pobres aldeanos tenían pocas fuentes de agua y estaban tan aislados los unos de los otros que era habitual que jóvenes primos hermanos se casaran entre sí. [30] En una entrevista de historia oral

con el Ejército, admitió: «Me duele mucho decirlo, pero había mucha endogamia. El jefe del distrito tenía tres pulgares». [31]

Como oficial de Fuerzas Especiales, Burley no tenía que cumplir las normas habituales de acicalamiento del Ejército, así que se dejó crecer la barba al máximo para encajar con los locales: «Habría sido un grave desliz cultural no llevar barba. Me podían agarrar de la barbilla, y en su cultura, si puedes coger a alguien de la barba, significa que puedes confiar en él». [32]

Otras prácticas para reforzar la confianza eran más complicadas para los americanos. En todo el país, los ancianos de las tribus y los oficiales militares afganos demostraban su amistad y fidelidad paseándose de la mano con otros hombres. Las tropas estadounidenses tenían que aceptar el gesto cuando se les ofrecía. Si no, corrían el riesgo de ofender a sus huéspedes.

Según dijo el mayor del Ejército de Tierra Christian Anderson, el oficial que entrenaba a agentes afganos en la frontera, «para un hombre americano, pasearse por el pueblo de la mano de otro hombre era... en fin», parándose para buscar el término indicado y dejando la frase inacabada: «Pero lo hacía porque era una especie de insulto no aceptar». [33]

Desde un prisma americano, resultaba difícil cuando la práctica era platónica o podía representar otra cosa. La homosexualidad fue prohibida por los talibanes y se consideraba tabú entre los adultos, pero no era tan extraño que los hombres afganos con recursos cometieran una forma de abuso sexual llamada *bacha bazi*, o «juego con niños».

Los oficiales, los señores de la guerra y otros oligarcas afganos presumían de estatus explotando sexualmente a chicos de los recados u otros criados adolescentes. Las tropas estadounidenses se referían a esta práctica como *man-love Thursday* («jueves homoerótico»), porque los pederastas afganos obligaban a los chicos a vestirse o bailar los jueves por la noche, antes de que empezara el fin de semana afgano. Aunque los soldados estadounidenses consideraban asqueroso el abuso, sus

comandantes les ordenaban mirar a otra parte porque no querían disgustar a los aliados en la lucha antitalibán.

El mayor Woodring, el oficial de la Guardia Nacional de Alaska, dijo que los jueves homoeróticos le causaron estupor[34] cuando los descubrió durante el año que fue instructor. Le costó «entender el modo de vivir de los afganos». A los soldados estadounidenses no les fue fácil hacerse a la idea de que los hombres afganos pudieran tener opiniones extremadamente conservadoras respecto a las mujeres y, aun así, flirtear con otros hombres y alardear de sus relaciones sexuales con chiquillos. Según Woodring: «Tienes que dejar a un lado tus sentimientos y entender que ese no es tu país. Tienes que aceptar lo que hacen y no dejarte llevar por tus opiniones sobre su cultura. Está prohibido mirar a las mujeres. Si un chico de diecisiete años se queda observando a una mujer, le pueden ejecutar. Pero en nuestra formación no nos lo enseñaron para nada. Tienes que aceptar la posibilidad de que intenten seducirte».[35]

Era más plausible recibir proposiciones sexuales si uno tenía aspecto joven e iba bien afeitado, rasgos que reunían casi todos los soldados estadounidenses (casi el 90 % eran hombres).[36]

El mayor Randy James, un oficial de inteligencia aérea, recordó un momento de tensión en 2003, cuando un hombre afgano se acercó a un soldado de su unidad con facciones de niño: «Eres mi esposa»,[37] le dijo. Por suerte, el incidente no acabó violentamente.

En una entrevista de historia oral con el Ejército, James dijo: «La cosa no pasó a mayores; no se llegó a las manos. Pero no fue un momento agradable ni para él ni para ninguno de los presentes».[38]

7

Juego a dos bandas

En 2003, los talibanes y Al Qaeda incrementaron el número de ataques relámpago a las fuerzas estadounidenses y aliadas. ¿De dónde venían los guerrilleros? Era *vox populi*: se habían reagrupado al otro lado de los más de 2.600 kilómetros de frontera entre Afganistán y Pakistán.

La mayoría se escondían en las remotas áreas tribales pastunes que habían resistido a la autoridad del gobierno de Islamabad y, previamente, a los virreyes coloniales británicos. Para los insurgentes era un refugio perfecto, protegido por montañas y desiertos. También estaba fuera del alcance de las tropas estadounidenses, que tenían prohibido cruzar a territorio soberano pakistaní.

Para las fuerzas estadounidenses apostadas en la frontera, las restricciones les ataban de pies y manos en un juego interminable del gato y el ratón. Pero había un problema más de fondo: ¿de qué lado estaban los pakistaníes?

La respuesta se hizo meridianamente clara el 25 de abril de 2003, un soleado día de primavera en que una docena de hombres armados hasta los dientes y vestidos de negro cruzaron el pueblo pakistaní de Angur Ada, a 2.200 metros de altitud. Los guerrilleros penetraron en el bajo pinar que empezaba en la cresta y que marcaba la entrada a territorio afgano. A unos seis kilómetros había un minúsculo puesto avanzado del Ejército llamado

Shkin, una base de apoyo de fuego de artillería. El entonces capitán Gregory Trahan, comandante de compañía con la 82.ª División Aerotransportada, estaba leyendo un libro en el barracón. [1]

Estaba siendo un día tranquilo. Shkin llevaba ese nombre por un pueblo afgano cercano, localizado estratégicamente cerca de un punto de control fronterizo de la provincia de Paktika. La base de apoyo de fuego de artillería se cernía sobre una ladera para que los cerca de cien efectivos estadounidenses allí apostados pudieran vigilar a los talibanes que quisieran infiltrarse desde el Waziristán del Sur. La base era cuadrada y ocupaba una parcela de tierra equivalente a la mitad de un campo de fútbol. Había torres de vigilancia en las esquinas y el complejo estaba protegido por un terraplén de un metro de grosor hecho con barro seco. También tenía un alambre de espinos triple [2] y paredes de protección llenas de piedras, conocidas como barreras HESCO.

Trahan y sus soldados de la Compañía Bravo, 3.er Batallón, llevaban seis semanas en Shkin y solían salir a patrullar. Después de comer, un soldado se asomó a los aposentos de Trahan para avisarle de que lo llamaban del centro táctico de operaciones. El capitán dejó el libro y fue a ver qué sucedía. [3]

Desde lo alto, un dron Predator de la CIA había detectado a los hombres armados vestidos de negro. [4] Los analistas de inteligencia supusieron que eran agentes hostiles. Trahan dedujo que serían los mismos guerrilleros que, hacía varios días, habían lanzado cohetes de 107 mm contra Shkin desde una cumbre muy próxima al lado afgano de la frontera. Los cohetes habían pasado tan cerca que habían roto algunas ventanas. Por suerte, nadie había resultado herido. Sabían que sería difícil atrapar a los insurgentes, pero decidieron intentarlo de todas formas.

Trahan organizó una patrulla de unos veinte soldados estadounidenses y veinte combatientes aliados [5] de una milicia local afgana y salió en un convoy de Humvees y camiones. Fueron hasta el punto de control

fronterizo y pararon en algunos hogares de la zona, pero ninguno de los locales dijo haber visto nada.

En una entrevista de historia oral con el Ejército, Trahan dijo: «Desde que salimos hasta que buscamos en esas casas, había pasado cerca de una hora y media. Estaba a punto de tirar la toalla; pensaba que era inútil». [6] El sol iba a ponerse pronto, pero decidió que la patrulla reconociera el terreno desde el que habían lanzado los cohetes los insurgentes la última vez: «El terreno era bastante abrupto, pero pudimos subir con los vehículos».

Mientras la patrulla enfilaba [7] el serpenteante camino ladera arriba, uno de los camiones se averió. Los otros tres vehículos siguieron avanzando hasta la cumbre. La patrulla salió y empezó a moverse lentamente en tres direcciones. Los arbustos y los hoyos del terreno les obstruían la visión. Liderando uno de los grupos, Trahan vislumbró los restos de un campamento con cantimploras, mochilas de arpillera y un alijo de cohetes de 107 mm. [8] De repente, se produjo una gran descarga de armas ligeras: «Parecía que estábamos completamente rodeados y no tenía ni idea de dónde venían los disparos».

Los estadounidenses y sus aliados afganos trataron de ponerse a cubierto mientras el enemigo los acorralaba desde varias direcciones con AK-47, granadas y al menos una ametralladora. [9] Trahan esquivó una granada, pero recibió el impacto de varias balas de AK-47: una en el casco rozándole el cráneo, dos en la pierna derecha y una en la pierna izquierda. Cuando le alcanzaron los proyectiles, sus compañeros vieron como le salía un chorro de sangre por la espalda. [10]

Las tropas estadounidenses solicitaron ayuda por radio [11] a la base de Shkin para que dispararan obuses y, así, intentar escapar de la emboscada. La situación era delicada porque los enemigos se habían acercado a menos de diez metros de los vehículos.

La ayuda de la artillería surtió efecto y obligó a los atacantes a retirarse, con lo que la patrulla logró reagruparse. Una vez a salvo, después de reunir

a los caídos y bajar del cerro, vieron que siete estadounidenses habían resultado gravemente heridos.

Trahan sobrevivió, pero dos acabarían perdiendo la vida. Uno era el soldado Jerod Dennis, un chico de diecinueve años recién salido del instituto y natural de Antlers (Oklahoma), un villorrio con un solo semáforo. Y el otro era el aviador primero Raymond Losano, un controlador aéreo táctico de Del Rio (Texas) que acababa de celebrar los veinticuatro años en Shkin. Dejó atrás una esposa embarazada y una hija de dos años.

Los helicópteros evacuaron a Trahan y a los demás heridos de Shkin. Trahan tuvo que pasar por el quirófano varias veces, pero un penoso recuerdo de la emboscada se le quedó grabado durante mucho tiempo: el hostil papel que Pakistán había desempeñado extraoficialmente en la guerra.

Cuando se armó la de Troya en la cima de la colina, los guardias fronterizos pakistaníes apostados en el punto de control a menos de dos kilómetros se metieron en la escaramuza disparando con lanzacohetes. Trataron a los insurgentes como amigos y a las fuerzas estadounidenses como enemigos. Según Trahan: «En mi opinión, los pakistaníes pensaron que les estábamos disparando y empezaron a atacar a nuestra formación». [12]

¿De qué lado estaban los pakistaníes? Fue una duda que asedió a los estadounidenses durante dos décadas. Poco importaba cuántas tropas enviara el Pentágono a Afganistán o cuántas bases de fuego de apoyo construyera, el flujo de insurgentes y armas desde Pakistán a la zona de guerra no dejaba de aumentar. La frontera entre ambos países era tan larga como la distancia que separa Washington de Denver. Era imposible de sellar. El terreno era un paraíso para los contrabandistas, porque las montañas de Hindú Kush superaban en altitud a las Rocosas.

Y más allá de las complicaciones geográficas, a los analistas de las fuerzas armadas y de la CIA les costaba Dios y ayuda concretar las raíces

de la insurgencia en Pakistán. No sabían quién era exactamente el que proporcionaba dinero, armas y formación a los talibanes. Pero la entrada de combatientes no cesó jamás y el gobierno pakistaní no pudo, o no quiso, pararlo.

Para Trahan, «si íbamos a destruir o capturar restos del régimen talibán y de Al Qaeda, el mayor desafío era obtener información precisa a tiempo». [13] Y añadió que los informes de inteligencia del cuartel general «siempre señalaban que parecía haber una zona al otro lado de la frontera a la que regresaban esos tipos. Eso no pasa porque sí. Se les financia de algún modo, obtienen equipo de alguna parte, tienen que comer. Dicho de otra manera, es un sistema. ¿Cómo vamos a atacar ese sistema? No creo que encontremos jamás respuestas a esas preguntas».

En el caso del tiroteo de abril de 2003, en el que Trahan resultó herido y murieron dos soldados estadounidenses, las respuestas sobre quién había sido responsable tardaron casi una década en encontrarse. Y solo afloraron por casualidad.

En 2011, las autoridades italianas arrestaron a un refugiado de África del Norte con un pasado tornadizo que admitía ser agente de Al Qaeda. Ibrahim Suleiman Adnan Harun, de cuarenta años, había viajado a Afganistán antes del 11S y había pasado por una serie de campos de instrucción del grupo terrorista. Con la invasión estadounidense, cruzó la frontera y entró al Waziristán pakistaní. Allí se puso a las órdenes de Abdul Hadi al-Iraqi, un destacado esbirro de Bin Laden, y ayudó a dirigir la emboscada a las tropas estadounidenses cerca de Shkin. Harun quedó herido tras el ataque y huyó de nuevo a Pakistán. Pero se dejó un Corán de bolsillo y un diario en la colina. [14] Más tarde, los investigadores confirmaron que las huellas dactilares encontradas en el libro sagrado eran suyas.

Italia extraditó a Harun a Estados Unidos en 2012. En 2017 se le juzgó en un juicio federal en Nueva York. Gracias a eso se supieron nuevos detalles de cómo los primeros espadas de Al Qaeda se habían refugiado en

Pakistán y habían reconstruido allí sus operaciones. Varios testigos narraron cómo los comandantes de Al Qaeda recompensaron a Harun por el éxito de la emboscada de Shkin concediéndole una misión más ambiciosa: crear una red de Al Qaeda en África Occidental y atacar la Embajada de EE. UU. en Nigeria. El plan para atacar la Embajada fracasó. Aun así, el jurado condenó a Harun por varios delitos relacionados con el terrorismo, incluida la conspiración para asesinar a americanos en Shkin. La sentencia fue de cadena perpetua. [15]

A lo largo de la frontera, las sospechas de la contribución de Pakistán a la insurgencia se acentuaron cuando la compañía de Trahan y otras unidades de la 82.ª División Aerotransportada acabaron su período de servicio en 2003 y fueron sustituidas por la 10.ª División de Montaña.

En agosto de 2003, dos soldados estadounidenses más murieron cerca de Shkin durante una reyerta con insurgentes que habían cruzado la frontera. En septiembre, otro soldado estadounidense murió durante un tiroteo de doce horas con decenas de guerrilleros talibanes y de Al Qaeda; otra vez, las fuerzas gubernamentales pakistaníes que protegían la frontera entraron en acción lanzando cohetes a los estadounidenses. En octubre, dos contratistas que trabajaban para la CIA murieron en una emboscada cerca de Shkin. Otro grupo de combatientes que había cruzado la frontera desde Pakistán...

El Ejército pakistaní y su potente agencia de espionaje, la Inter-Services Intelligence (ISI), llevaban mucho tiempo apoyando a los insurgentes en Afganistán.

Durante los años ochenta, la ISI se alió con la CIA en una operación encubierta para proporcionar armas a los rebeldes afganos que luchaban contra el Ejército soviético. Cuando los rusos perdieron y se retiraron, la ISI siguió apoyando a muchos de esos guerrilleros durante la guerra civil afgana y ayudó a los talibanes a hacerse con el poder. Cuando se produjeron los secuestros del 11S, Pakistán era uno de los tres países que mantenían

relaciones diplomáticas con el gobierno talibán de Kabul, junto con Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos.

Después de los atentados en Estados Unidos, Washington coaccionó al caudillo militar de Pakistán, el general Pervez Musharraf, para que cortara lazos con los talibanes. Y este, de puertas afuera, hizo una virtuosa pirueta y se convirtió en un aliado vital de la administración Bush.

Musharraf permitió a las fuerzas militares estadounidenses usar los puertos marítimos, las rutas terrestres y el espacio aéreo pakistaníes para llegar a Afganistán. Bajo su mando, la ISI trabajó codo con codo con la CIA para atrapar a varios líderes de Al Qaeda en Pakistán, incluidos los autores intelectuales del 11S Ramzi Binalshibh y Khalid Sheikh Mohammed. A cambio de las recompensas estadounidenses, Pakistán también detuvo y entregó a cientos de sospechosos talibanes. Aunque a muchos los habían detenido por razones dudosas, los americanos los transportaron en masa a la base naval de Guantánamo (Cuba).

Los estadounidenses sabían que Musharraf estaba recibiendo presiones en su país para dejar de cooperar tanto, pero pensaron que podían comprarle con dinero. El 25 de junio de 2002, Rumsfeld escribió un copo de nieve para Doug Feith, el responsable de política del Pentágono, para decirle: «Si queremos que los “pakis” combatan en la guerra contra el terrorismo donde se está librando realmente, que es en su país, ¿no crees que deberíamos ofrecerles un dineral para que Musharraf se decida a dar el paso? Así abandonaría su postura actual y le tendríamos donde queremos». [16]

Para deleite de Islamabad, el pago resultó ser generoso: unos diez mil millones de dólares en ayudas durante seis años, buena parte en forma de asistencia militar y antiterrorista.

Pero la administración Bush tardó en percatarse de que Musharraf y la ISI jugaban a dos bandas. En entrevistas de Lessons Learned, algunos dignatarios confesaron que Bush había confiado demasiado en Musharraf como persona, y que quitaban importancia a los abrumadores indicios de

que el Ejército pakistaní seguía respaldando a los talibanes, usando los mismos canales y tácticas encubiertos que había ideado para ayudar a los guerrilleros antisoviéticos durante los años ochenta.

Pakistán no quería enemistar a Washington, pero sus cuadros militares estaban decididos a influir en Afganistán a largo plazo. Y considerando la política regional y los factores étnicos, veían a los talibanes como el mejor medio para ejercer el control.

Los talibanes se componían sobre todo de pastunes afganos que tenían vínculos culturales, religiosos y económicos con los veintiocho millones de pastunes que vivían en las áreas tribales de Pakistán. En cambio, Islamabad desconfiaba de los señores de la guerra uzbekos, tayikos y hazaras que formaban la Alianza del Norte afgana por su estrecha relación con el archienemigo: India.

En una entrevista de Lessons Learned, Marin Strmecki, consejero civil de Rumsfeld, dijo: «Por culpa de la confianza depositada en Musharraf y por sus continuas diligencias para detener a combatientes de Al Qaeda en Pakistán, no detectamos el doble juego que empezó a practicar a finales de 2002 y principios de 2003. De repente ves que empiezan a dispararse los problemas de seguridad en sitios teóricamente seguros. Creo que los afganos y el propio Karzai lo mencionan constantemente ya a principios de 2002. Pero nadie quiso escucharlos porque creíamos que Pakistán nos estaba ayudando mucho con Al Qaeda». [17]

Otros líderes admitieron haber ignorado las intenciones pakistaníes porque asumieron erróneamente que ya se había derrotado del todo a los talibanes. James Dobbins, el diplomático que ayudó a organizar la cumbre de Bonn en 2001, dijo: «Eso resultó ser falso, básicamente porque no se tuvo en cuenta la probabilidad de que Pakistán siguiera considerando a los talibanes un activo útil y, en esencia, ayudara a resucitar el movimiento. Me parece que nadie lo vio venir en ese momento. En Washington tardaron siete u ocho años en reconocer de verdad el papel de Pakistán». [18]

Según los pakistaníes, estaban haciendo grandes sacrificios para Washington y, con eso, estaban arriesgando la estabilidad de su país. En diciembre de 2003, Musharraf sobrevivió a dos intentos de asesinato que Pakistán achacó a Al Qaeda. Más o menos por esa época, y cediendo a las presiones de Estados Unidos, envió 80.000 efectivos a las áreas tribales para proteger la frontera. Cientos de soldados pakistaníes perecieron en reyertas con las milicias, cosa que provocó una tormenta política en su propio país. Los sacrificios y desafíos de Musharraf eran reales, pero también hacían que fuera fácil para él y sus líderes militares negar las acusaciones de que estaban siendo hipócritas o no estaban ayudando lo suficiente a Estados Unidos.

Todo el mundo tenía una teoría sobre quién era el responsable de la insurgencia transfronteriza. [19] El general de división Eric Olson sirvió en Afganistán de 2004 a 2005 como general comandante de la 25.ª División de Infantería. En una entrevista de historia oral con el Ejército, explicó que había dos «escuelas de pensamiento». Una, decía, «argüía que todos los problemas de Afganistán estaban relacionados con Pakistán y con su incapacidad para controlar las provincias fronterizas. La otra defendía que todos los problemas en Pakistán tenían su origen en los talibanes que dejamos salir de Afganistán».

El mayor Stuart Farris, un oficial de Fuerzas Especiales que cumplió tres períodos de servicio en Afganistán durante los años dos mil, asistía con regularidad a cumbres a tres bandas con oficiales de los Ejércitos estadounidense, afgano y pakistaní para hablar de los problemas de seguridad en la frontera: «La percepción de los estadounidenses y los afganos era que los pakistaníes no estaban haciendo todo lo posible en su país para perseguir y atacar a esos terroristas, los talibanes y miembros de Al Qaeda que, en nuestra opinión, están ahí. Los pakistaníes respondían: “No se esconden en nuestro país. Se esconden en Afganistán”. Tengo la impresión de que todos sabemos la verdad. Era una provocación». [20]

Los comandantes pakistaníes eran militares curtidos, hombres cuyo porte y ademán profesional les confería un aura de credibilidad. Muchos habían realizado programas militares de intercambio en Estados Unidos y hablaban un inglés con acento británico que, para los americanos que lo oían, sonaba distinguido y sofisticado. En ese sentido, distaban mucho de los oficiales afganos que carecían de educación y experiencia y colaboraban con los americanos a diario.

Según Farris: «Los generales pakistaníes eran leídos, iban bien vestidos y eran elocuentes. Y luego estaban sus homólogos [afganos], que llevaban un uniforme tres tallas demasiado grande, un par de botas que les quedaban holgadas y unos guantes que no les cabían. [...] Nos reuníamos una vez al mes. Daba la sensación de que todos éramos muy buenos amigos. Nos dábamos palmaditas en la espalda y nos decíamos los unos a los otros que lo conseguiríamos. Pero cuando todo el mundo se había ido, se reasentaba el *statu quo* y no cambiaba nada. Terminé con la impresión de que todo el proceso era una pérdida de tiempo. Mucho ruido y pocas nueces». [21]

Pese a las dudas de las tropas en activo, en público los altos comandantes de EE. UU. colmaban de elogios a los pakistaníes. En junio de 2004, el general Barno, comandante de las fuerzas estadounidenses en Afganistán, comentó a los periodistas: «Quisiera alabar especialmente los denodados y continuos esfuerzos del gobierno y el Ejército pakistaní para erradicar los santuarios terroristas».

Siete meses después, en una entrevista con la National Public Radio, Barno aseguró que era poco plausible que Bin Laden estuviera escondido en Pakistán, y menos aún que el gobierno de ese país pudiera estar protegiéndolo: «Creo que decir que está ahí sería especular mucho. Lo que puedo asegurar es que el gobierno pakistaní ha demostrado ser un gran aliado». [22]

Rumsfeld era aún más efusivo. En un discurso en Phoenix de agosto de 2004, el secretario de Defensa encomió a Musharraf y tildó al dictador de

«valiente», «atento» y «un aliado soberbio en la guerra global contra el terrorismo». Dijo que en Washington tenían «mucha suerte» y estaban «muy contentos» con que Musharraf estuviera al mando, añadiendo: «Tiene sin duda una de las obligaciones más difíciles de cualquier líder estatal que se me ocurra».

En privado, los consejeros de Rumsfeld le advirtieron que no fuera tan crédulo. En junio de 2006, el secretario de Defensa recibió un memorando de un general retirado del Ejército de Tierra, Barry McCaffrey, que acababa de regresar de un viaje a Afganistán y Pakistán. Había ido a recabar información. McCaffrey afirmaba que había mucha especulación sobre los verdaderos motivos de Islamabad: «La gran duda parece ser si los pakistaníes están cometiendo una estafa mayúscula. Es decir, si están recibiendo mil millones de dólares al año de Estados Unidos por fingir apoyar los objetivos de nuestro país en crear un Afganistán estable, a la vez que apoyan las operaciones transfronterizas de los talibanes (que ellos mismos crearon)». [23]

El general no respondía categóricamente a su propia pregunta, pero decía sentirse obligado a conceder el beneficio de la duda a Musharraf. Añadía: «Cuesta discernir entre la telaraña de paranoia e insinuaciones a ambos lados de la frontera. Aun así, no creo que el presidente Musharaff [*sic*] esté jugando adrede con dos barajas». [24]

Otros discrepaban. [25] Dos meses después del informe de McCaffrey, Rumsfeld recibió otro memorando clasificado de cuarenta páginas de Strmecki, que acababa de volver de su visita al país para evaluar la situación de la guerra. En su texto, Strmecki no se andaba con medias tintas: «Estratégicamente, el presidente Pervez Musharraf ha decidido no cooperar al cien por cien con Estados Unidos y Afganistán para acabar con los talibanes. Desde 2002, los talibanes han tenido un remanso de paz en Pakistán con el que han podido reclutar, instruir, financiar, equipar e infiltrar combatientes. La ISI pakistaní presta cierto apoyo operativo a los

talibanes, aunque no está claro hasta qué punto el gobierno permite esa asistencia». [26]

En la mayoría de los encuentros oficiales, Pakistán siguió negando la complicidad con los talibanes. Pero, a veces, a algunos pakistaníes se les vio el plumero.

Ryan Crocker, que había sido embajador en Afganistán brevemente en 2002, regresó a la región al cabo de dos años para ser embajador en Pakistán. En una entrevista de Lessons Learned, [27] dijo que sus interlocutores pakistaníes solían quejarse de que Washington hubiera abandonado la región con la retirada soviética de Afganistán en 1989, con lo que Islamabad había tenido que gestionar la guerra civil que estalló a sus puertas. Según le comentaban a Crocker, ese era el motivo por el que Pakistán había apoyado a los talibanes previamente, aunque le aseguraban que eso era agua pasada.

No obstante, en una ocasión Crocker mantuvo una conversación peculiarmente honesta con el jefe de la ISI: el teniente general Ashfaq Kayani. Kayani fumaba como un carretero. Tenía los ojos oscuros y las cejas caídas y solía hablar entre dientes. El jefe del espionaje pakistaní era un viejo conocido de los estadounidenses. Había estado en la escuela de infantería del Ejército de EE. UU. en Fort Benning (Georgia) y en la academia militar de Fort Leavenworth (Kansas) como oficial de intercambio.

Crocker solía animar a sus interlocutores a que tomaran represalias contra los líderes talibanes que, según se creía, estaban refugiados en Pakistán. Un día se acercó a Kayani. En lugar de negar su presencia, por una vez el espía pakistaní respondió con sinceridad: «A ver, ya sé que pensáis que nos estamos cubriendo las espaldas. Y no os equivocáis. Llegará un día en que os volveréis a ir y en Afganistán pasará lo mismo que la otra vez. Os hartaréis de nosotros, pero nosotros seguiremos aquí. No podemos mover el país. Y con todos los problemas que ya tenemos, lo

último que queremos es convertir a los talibanes en un enemigo mortal. O sea que sí, nos estamos cubriendo las espaldas». [28]

Tercera parte
El regreso de los talibanes
2006-2008

8

Mentiras y manipulaciones

Bien entrada la mañana del 27 de febrero de 2007, un terrorista suicida llegó a la base aérea de Bagram en un Toyota Corolla.[1] Maniobró para dejar atrás a la policía afgana en el primer punto de control, avanzó 400 metros por la carretera hacia la puerta principal y se acercó al segundo punto de control, ocupado por soldados estadounidenses. Entre charcos de barro y una maraña de transeúntes y coches parados, activó el cinturón de explosivos.

La explosión se cobró la vida de veinte obreros afganos que ese día habían ido a la base a buscar trabajo. Además, la onda expansiva mató a dos estadounidenses y un surcoreano de la coalición militar internacional: el soldado de primera clase del Ejército de EE. UU. Daniel Zizumbo, un joven de veintisiete años de Chicago amante de las piruletas; el sargento primero Yoon Jang-Ho, el primer soldado surcoreano en morir en un conflicto extranjero desde Vietnam; y Geraldine Marquez, una contratista americana de Lockheed Martin que acababa de cumplir treinta y un años.

Quien salió sin un rasguño fue un invitado de lujo de Bagram que había estado intentando pasar desapercibido: el vicepresidente Dick Cheney.

Cheney había llegado a la zona de guerra el día anterior, en un viaje sorpresa a la región. Llegó en el Air Force Two desde Islamabad y solo tenía previsto pasar unas horas en Afganistán para reunirse con Hamid

Karzai. Sin embargo, el mal tiempo le impidió llegar a Kabul y pernoctó en Bagram, a unos 50 kilómetros de la capital. La propia base era un símbolo de la presencia cada vez mayor de su administración en Afganistán: desde 2001, se había ido haciendo cada más grande hasta convertirse en una gran instalación con 9.000 efectivos, contratistas y otros trabajadores.

Pasadas unas horas del atentado, los talibanes citaron a los periodistas para reivindicar el ataque y decir que el objetivo había sido Cheney. Los mandos militares estadounidenses se rieron y acusaron a los insurgentes de difundir falsedades como parte de una campaña de guerra psicológica. Decían que el vicepresidente estaba a un kilómetro y medio, al otro extremo de la base, y que no había corrido peligro en ningún momento. Además, subrayaron que los talibanes no podrían haber planificado un ataque contra Cheney con tan poca antelación, porque su visita no se había anunciado y sus planes habían cambiado a última hora. El coronel del Ejército de Tierra Tom Collins, portavoz de las fuerzas estadounidenses y de la OTAN, dijo a los periodistas que «la afirmación talibana de que habían ido a por el vicepresidente era absurda». [2]

Pero eran los oficiales militares estadounidenses quienes estaban ocultando la verdad.

En una entrevista de historia oral con el Ejército, el entonces capitán Shawn Dalrymple, un comandante de compañía con la 82.ª División Aerotransportada y responsable de seguridad en Bagram, dijo que se había filtrado que Cheney estaba allí. [3] El terrorista, añadió, había visto un convoy de vehículos salir por la puerta principal y se había inmolado porque pensó que Cheney iría de pasajero.

El atacante no iba del todo desencaminado. [4] Según Dalrymple, que había trabajado con el Servicio Secreto para planificar los movimientos de Cheney, en teoría el vicepresidente tenía que salir hacia Kabul en otro convoy al cabo de unos treinta minutos: [5] «Los insurgentes lo sabían. Estaba en todas las noticias, por más que se intentó mantener en secreto. Vieron un

convoy salir por la puerta con un SUV blindado y pensaron que era él... Eso abrió los ojos a mucha gente. Se vio que Bagram no era un lugar seguro. Era un objetivo directo de los insurgentes». [6]

Pese a sus declaraciones públicas, los militares habían temido tanto un posible ataque talibán a Cheney durante el traslado a Kabul que habían maquinado una estratagema. [7] Su plan era salir de Bagram por una puerta que apenas se usaba. Los miembros del séquito con el que viajaría Cheney circularían como señuelos en los SUV normalmente reservados para altos dignatarios. [8] Cheney iría con Dalrymple en un pesado vehículo militar equipado con ametralladora: «Nadie se esperaría que viajara en el furgón armado». [9]

El plan se desechó tras el ataque suicida. Líderes militares decidieron que era demasiado peligroso viajar por carretera. Esperaron a que escampara y luego fueron por aire a Kabul a reunirse con Karzai. Cheney se fue finalmente de Afganistán esa tarde. Lo hizo en un avión militar C-17, sin mayores incidentes.

Pero el episodio supuso una escalada del conflicto en dos aspectos. Al atacar al vicepresidente en la protegidísima base de Bagram, los talibanes demostraron ser capaces de infligir ataques de alto nivel y con muchas bajas lejos de los bastiones insurgentes del sur y el este.

Y al mentir con lo cerca que habían estado los insurgentes de herir a Cheney, las fuerzas armadas ahondaron aún más en su estrategia de engañar al pueblo sobre muchas facetas de la guerra, desde cuestiones específicas hasta la situación general. Lo que empezó como una divulgación selectiva e interesada de información se consolidó y desembocó en tergiversaciones espontáneas y, al final, en mentiras sin paliativos.

Para Estados Unidos y sus aliados afganos y de la OTAN, el año anterior había sido terrible en todos los sentidos. Durante 2006, el número de atentados suicidas se había casi quintuplicado y el número de bombas camineras se había duplicado en comparación con 2005. Los refugios

transfronterizos talibanes en Pakistán echaban leña al fuego y Washington podía hacer poca cosa para resolverlo. Antes de llegar a Bagram, Cheney se reunió con el presidente de Pakistán, Pervez Musharraf, para animarle a tomar medidas. El dictador no ofreció ninguna ayuda y dijo que su gobierno ya había «hecho el máximo».

A la vez, Estados Unidos sumaba un fracaso tras otro en Irak, una guerra mucho mayor a la que ya habían quedado atados 150.000 efectivos del Ejército, que sextuplicaban los que había desplegados en Afganistán. En enero de 2007, Bush anunció que enviaría 21.500 soldados más a Irak y pidió al Congreso que aprobara una partida de emergencia de 94.000 millones de dólares para la campaña. Viendo lo calamitosa que era la situación en Irak, la administración Bush deseó evitar por todos los medios que también pareciera estar perdiendo en Afganistán.

En consecuencia, con el inicio del nuevo año, los comandantes estadounidenses en Afganistán irradiaron nuevos niveles de optimismo. Sus declaraciones públicas fueron tan gratuitas e infundadas que bien podrían considerarse una campaña de desinformación.

El 9 de enero de 2007, el general de división del Ejército de Tierra Robert Durbin, el comandante a cargo de formar las fuerzas de seguridad afganas, dijo a los periodistas que se estaban imponiendo. Y añadió que el ejército y la policía locales seguían «progresando día tras día».

Unas semanas después, el general de división del Ejército de Tierra Benjamin Freakley, comandante de la 10.ª División de Montaña, valoró la situación con más benignidad todavía. Durante una rueda de prensa del 27 de enero, dijo que estaban ganando. Pese al aumento de ataques del año anterior, declaró que las fuerzas estadounidenses y afganas habían hecho «muchos avances» y estaban «derrotando una y otra vez a los talibanes y los terroristas» que se oponían a esta nación. En cuanto a los insurgentes, Freakley dijo que los rebeldes no habían «logrado ninguno de sus

objetivos» y se estaban quedando «sin tiempo». Del incremento del número de ataques suicidas, dijo que era señal de la «desesperación» talibana.

Karl Eikenberry, entonces un general de tres estrellas que estaba cumpliendo el segundo período de servicio en Afganistán, visitó Berlín al cabo de tres días. Estaba intentando cosechar apoyos en Europa para las fuerzas de la OTAN. Como comandante militar de EE. UU., dijo que en 2007 los aliados iban «bien encaminados para lograr el triunfo» y sugirió que los talibanes estaban entrando en pánico: «Nuestra valoración es que se están dando cuenta de que el tiempo corre en contra de sus intereses».

El rebosante optimismo de los generales contrastaba con un año de valoraciones de inteligencia que advertían del fortalecimiento de la insurgencia. La cantinela sobre la presunta desesperación talibana contradecía los informes que señalaban que los guerrilleros creían que el viento soplaba y el tiempo corría inexorablemente a su favor.

En febrero de 2006, Ronald Neumann, embajador de Estados Unidos en Afganistán, envió a los líderes de Washington un cable diplomático clasificado. En él decía que un confiado líder talibán había avisado de lo siguiente: «Tenéis todos los relojes, pero nosotros tenemos todo el tiempo». [10]

En una entrevista de Lessons Learned, un miembro no identificado de la administración Bush confesó que el aluvión de ataques suicidas y bombas camineras, dos tácticas de insurgencia importadas desde Irak, hizo que los dignatarios estadounidenses en Afganistán temieran [11] una posible ofensiva del Tet [12] en Kandahar: «El clímax llegó a finales de 2005 o principios de 2006, cuando por fin nos dimos cuenta de que había una insurgencia que podía frustrar nuestro empeño. Al término de 2005, todo estaba cogiendo un cariz negativo». [13]

Neumann llegó a Kabul como embajador en julio de 2005. Era hijo de otro exembajador en el país y en 1967 había pasado un agradable verano allí como recién casado. Había viajado por todo el territorio, acampando y

montando a caballo y yak. [14] Eran tiempos de paz. Regresó treinta y ocho años más tarde, cuando Afganistán llevaba un cuarto de siglo en guerra constante. Enseguida avisó a sus superiores en Washington de que, obviamente, la violencia estaba a punto de recrudecerse aún más.

En una entrevista diplomática de historia oral, Neumann dijo: «En otoño de 2005, el general Eikenberry y yo avisamos de que íbamos a ver un incremento desbocado de la insurgencia al año siguiente, en 2006, y que iba a ser mucho más sangrienta y grave». [15] A pesar de su funesta previsión, Washington se resistió a enviar más tropas y recursos. Neumann dijo que había pedido seiscientos millones de dólares en ayuda económica adicional para el gobierno afgano, pero la administración Bush solo aprobó 43: «Nunca me dijeron que no nos podían dar el dinero porque se necesitaba para Irak. Pero esa era la verdad». [16]

Al principio, muchos dirigentes de Washington no quisieron creer que los talibanes pudieran entrañar un riesgo considerable. Incluso algunos líderes militares movilizados minusvaloraban a los talibanes y pensaban que podían controlar fracciones de territorio rural, pero no eran una amenaza para el gobierno en Kabul. En una entrevista de historia oral con el Ejército, el general de brigada Bernard Champoux, subcomandante de una fuerza operativa de EE. UU. entre 2004 y 2005, dijo: «Creíamos que la capacidad talibán estaba muy mermada». [17]

Paul Toolan, un capitán de Fuerzas Especiales que estuvo en la provincia de Helmand en 2005, dijo que muchos líderes se equivocaban al ver la guerra como una misión de paz y reconstrucción. Intentaba explicar a todo el que le escuchara que los combates se habían intensificado y que los talibanes habían afianzado su potencia de fuego: «Si la pifiamos, esos tíos nos van a tener aquí atados durante muchos años». [18]

Pero la administración Bush silenció los avisos internos y, en público, edulcoró el avance de la guerra. En una entrevista de diciembre de 2005 con el presentador de la CNN Larry King, Rumsfeld dijo que las cosas iban tan

bien que el Pentágono retiraría pronto entre 2.000 y 3.000 efectivos estadounidenses, cerca de un 10 % de las fuerzas que había en Afganistán: «Es fruto directo del progreso que se está haciendo en el país». [19]

Sin embargo, dos meses más tarde Rumsfeld y otros líderes de Washington recibieron otra advertencia clasificada de su embajador en Kabul. En un pesimista cable del 21 de febrero de 2006, Neumann predijo que la violencia iba a «aumentar a lo largo de los meses siguientes» [20] y que iba a haber más atentados suicidas en Kabul y otras ciudades importantes. Lo achacó a las bases talibanas en Pakistán y advirtió que, si no se abordaba la cuestión, podría «terminar reapareciendo la misma amenaza estratégica para Estados Unidos que había dado pie a [...] la intervención» hacía más de cuatro años. En otras palabras, otro 11S.

En el despacho, Neumann expresó su miedo a que se desvaneciera el apoyo popular si no se cumplían las expectativas. [21] En su entrevista diplomática de historia oral, dijo: «Para mí, era importante preparar al público americano para que no se sorprendiera y lo viera todo como un fracaso». [22]

Pero la administración Bush no fue sincera con la gente. En una visita presidencial a Afganistán poco después de que el embajador enviara el cable, Bush no mencionó el aumento de la violencia ni el resurgimiento talibán. En vez de eso, celebró los progresos: se había creado una democracia y una prensa libre, había escuelas para las niñas y la clase emprendedora era cada vez mayor. En la rueda de prensa del 1 de marzo, Bush le dijo a Karzai: «Estamos impresionados con el progreso que está haciendo su país».

Dos semanas más tarde, en una teleconferencia con el cuerpo de prensa del Pentágono, el general de división Freakley negó desde la base aérea de Bagram que los talibanes y Al Qaeda se estuvieran haciendo fuertes. Según el general, los picos de violencia se debían al clima más cálido y a que sus fuerzas estaban pasando al ataque. El comandante de la 10.ª División de

Montaña afirmó: «Estamos haciendo recular al enemigo. Si veis un incremento en la violencia durante las próximas semanas o los próximos meses, seguramente sea por las operaciones ofensivas que están llevando a cabo el Ejército Nacional Afgano, la Policía Nacional Afgana y las fuerzas de la coalición», añadiendo: «Les aseguro que el progreso en Afganistán es constante y que se ve claramente».

En otra conferencia de prensa del Pentágono en mayo, el general de división Durbin presentó un informe muy optimista sobre el estado de las fuerzas de seguridad afganas. Dijo que habían «logrado poner palos en las ruedas y destruir» a sus enemigos y que el Ejército afgano había hecho «grandes» progresos en el reclutamiento.

El general de dos estrellas acabó con una guinda: elogió a las fuerzas de seguridad afganas e invitó a los periodistas a ir al país y comprobarlo en persona. «Creo que, si lo hacen, se quedarán tan impresionados como yo con su progreso.»

Ese mismo mayo, alguien acabaría yendo a comprobarlo en persona. El ex general del Ejército de Tierra Barry McCaffrey, un héroe de la primera guerra del Golfo y antiguo director de la Oficina para el Control de las Drogas con Clinton, llevaba una década retirado, pero los mandos militares le pidieron que visitara Afganistán y Pakistán y presentara un análisis independiente. La misión no se divulgó.

McCaffrey entrevistó a unos cincuenta altos dignatarios en el transcurso de una semana. En su informe de nueve páginas, alabó a los comandantes estadounidenses y destacó varios éxitos, pero no endulzó su veredicto: los talibanes estaban lejísimos de desaparecer y la guerra se estaba «encarnizando». [23] Decía de los talibanes que eran luchadores bien entrenados, «muy agresivos y dotados de tácticas inteligentes». [24] Además, poseían «un armamento excelente». Los insurgentes no iban a entrar en pánico ni a dejarse vencer por la sensación de urgencia; pronto iban «a adoptar una estrategia basada en “la espera”».

En cambio, McCaffrey decía que el Ejército afgano tenía «recursos terriblemente insuficientes» y que sus soldados tenían poca munición y armas de peor calidad que los talibanes. De la policía afgana, decía sin rodeos que era deplorable: «Su condición es desastrosa: mal equipados, corruptos, incompetentes, mal liderados y entrenados, afectados por el consumo de sustancias». [25] Incluso en el mejor de los casos, McCaffrey predecía que las fuerzas de seguridad afganas tardarían otros catorce años, hasta 2020, en poder operar sin ayuda estadounidense.

El informe fue ascendiendo por la cadena de mando hasta llegar a Rumsfeld y el Estado Mayor Conjunto. Avisaba de lo siguiente: «Nos vamos a encontrar sorpresas muy desagradables en los próximos veinticuatro meses. Los líderes nacionales afganos están todos aterrorizados de que vayamos a salir de puntillas del país en los años venideros. Creen que dejaremos el mochuelo a la OTAN y que todo volverá a sumirse en el caos». [26]

Por si las conclusiones de McCaffrey no dieran lo bastante que pensar, Rumsfeld recibiría pronto otro duro baño de realidad. El 17 de agosto de 2006, Marin Strmecki, su fiel consejero civil, entregó un informe clasificado de cuarenta páginas titulado «Afghanistan at a Crossroads» («La encrucijada de Afganistán»). Strmecki hizo otra visita a la zona de guerra después de McCaffrey para indagar en la situación real y llegó a muchas de las mismas conclusiones. Pero sembró aún más dudas sobre la fiabilidad y viabilidad de los aliados de Washington en Kabul.

Según Strmecki, el gobierno afgano era corrupto, torpe y había dejado un vacío de poder en muchas zonas del país que los talibanes podían explotar. Repitiendo un comentario que había oído en diversas ocasiones durante su visita, Strmecki añadió: «No es que el enemigo sea poderosísimo, sino que el gobierno afgano es muy débil». [27]

Entretanto, la Embajada de EE. UU. en Kabul fue testigo de una nueva oleada de pesimismo interno. Neumann, el embajador, envió otro sombrío

cable clasificado a Washington el 29 de agosto, que empezaba con la declaración: «No estamos venciendo en Afganistán». [28]

Dos semanas después de la advertencia del embajador, Eikenberry dio una entrevista en ABC News por el quinto aniversario del 11S y ofreció otra versión masticada para el consumo del público: «Estamos ganando, pero también diré que no hemos ganado aún». [29] Al preguntarle si Estados Unidos podía perder, Eikenberry dijo: «Perder no es una opción en Afganistán».

Ese otoño, quienes redactaban los discursos de Rumsfeld aceleraron en su campaña de manipulación con una nueva hoja informativa titulada «Afghanistan: Five Years Later» [30] («Afganistán: cinco años después»). Rebosante de optimismo, el texto destacaba más de cincuenta sucesos y guarismos prometedores, desde el número de mujeres afganas a las que se había formado en «una mejor crianza de las aves de corral» (más de 19.000) a «la velocidad media en la mayoría de las carreteras» (que había subido un 300 %): «Cinco años después, hay un pilón de buenas noticias. Aunque se ha puesto de moda en ciertos círculos tildar de olvidada la guerra de Afganistán, o decir que Estados Unidos ha perdido de vista sus objetivos, los hechos desmienten esos mitos». [31]

Para Rumsfeld, era brillante. En un copo de nieve del 16 de octubre, dijo: «El documento es magistral. ¿Cómo lo usamos? ¿Lo convertimos en un artículo? ¿Una columna de opinión? ¿Un folleto? ¿Una conferencia de prensa? ¿Todo lo anterior? Creo que debería llegar a mucha gente». [32] Mandó una copia a la Casa Blanca y sus subordinados enviaron una versión a los periodistas y la subieron al sitio web del Pentágono.

Si los líderes en el Pentágono o los generales en Kabul y Bagram hubieran escuchado a sus soldados sobre el terreno, habrían oído un mensaje muy distinto. El sargento primero John Bickford, un soldado de veintiséis años de Lake Placid (Nueva York), pasó buena parte de 2006 en la provincia de Paktika, en el este de Afganistán. Estaba apostado con otros

soldados de la 10.ª División de Montaña en la base de apoyo de fuego de artillería Tillman, bautizada en honor a Pat Tillman, el jugador de la NFL que se alistó en el Ejército después del 11S y murió por fuego amigo al cabo de dos años. La aislada base estaba situada unos 65 kilómetros al norte de Shkin, en una escarpada lengüeta de territorio afgano que penetra en Pakistán. Se encontraba a un kilómetro y medio de la frontera, entre dos rutas enemigas de infiltración desde Waziristán del Norte.

Bickford dijo que los combates eran «casi diez veces peores» [33] que durante su primer período de servicio al este de Afganistán, hacía tres años. En verano de 2006, su unidad llegó a entrar en lid con los insurgentes hasta cuatro o cinco veces a la semana. El enemigo congregó a doscientos combatientes para intentar desbordar los puestos de vigilancia estadounidenses.

En una entrevista de historia oral con el Ejército, dijo lo siguiente: «Decíamos que habíamos derrotado a los talibanes, pero estuvieron siempre en Pakistán reagrupándose y maquinando. Y ahora han vuelto más fuertes que nunca. Siempre que atacaban o tendían una emboscada, estaban bien organizados y sabían lo que hacían». [34]

En agosto de 2006, Bickford estaba liderando una patrulla en un Humvee blindado cuando unos insurgentes les tendieron una emboscada con lanzacohetes. Uno de los proyectiles se cargó una parte del blindado del vehículo. Luego, otro obús impactó en el mismo sitio y penetró en el Humvee. La metralla le destrozó a Bickford el muslo, la pantorrilla, el tobillo y el pie derecho. El convoy repelió el ataque, pero sus días como soldado de infantería habían terminado.

Bickford pasó tres meses en una silla de ruedas y en muletas, recuperándose en el Centro Médico Militar Walter Reed de Washington. Todavía convaleciente, reflexionó sobre lo que Afganistán le deparaba a Estados Unidos: «Son muy inteligentes. Son el enemigo, pero merecen un gran respeto y nunca, nunca, nunca deberíamos subestimarlos». [35]

No obstante, transcurridos cinco años desde el inicio de la guerra, las fuerzas armadas seguían sin comprender a su enemigo ni qué les impulsaba a luchar.

Según Paul Toolan, el capitán de Fuerzas Especiales que estuvo destinado en la provincia de Helmand, muchas veces las tropas no entendían quién les disparaba ni por qué. En una zona, podían ser narcotraficantes que estaban protegiendo sus tierras. En otra, podían ser «fundamentalistas que estaban en contra del gobierno y tenían un único propósito». [36] Y en otro lugar, podía ser una milicia hostil que seguía las instrucciones de un representante local corrupto. «Esa es una gran pregunta en Afganistán: contra quién estás luchando y si estás luchando con quien toca»

Algunos ataques eran producto de rencillas que existían desde hacía generaciones o siglos. El mayor Darryl Schroeder, un oficial de operaciones psicológicas de Redding (California), fue asesor de la policía afgana en 2006. Según dijo, sus fuerzas podían circular por todo Kandahar sin que las atacaran. Pero sí atacaban a las tropas británicas que iban detrás siguiendo su misma ruta.

En una entrevista de historia oral con el Ejército, Schroeder explicó: «Cuando les preguntábamos a los afganos por qué, decían: “Porque los británicos mataron a mi abuelo y a mi bisabuelo”. Luchan por tantas razones diferentes...». [37]

Pero incluso cuando les explicaban los motivos, los americanos no comprendían qué fuerzas había detrás de la insurgencia. Esta incapacidad fue su principal cortapisa durante los años de guerra incesante.

Cuando el general de brigada James Terry, subcomandante de la 10.ª División de Montaña, llegó a Afganistán en 2006, pensó que su procedencia le ayudaría a comprender las complejidades del Afganistán rural. Originario

de las montañas del norte de Georgia, contaba a la gente que su bisabuela era cheroqui, que uno de sus abuelos era granjero y el otro, contrabandista.[38] Él había crecido durante los agitados años sesenta y setenta. Lester Maddox, un demagogo populista, era gobernador de Georgia y George Wallace, otro desaforado racista, gobernaba el estado de Alabama. En una entrevista de historia oral con el Ejército, Terry dijo: «En teoría, yo debería saber más o menos cómo funcionaban los clanes, las tribus, el tráfico ilegal de sustancias y la corrupción».[39]

Pero para Terry, el enemigo era un enigma. Un día, se reunió con un general afgano y le pidió que le iluminara: «Le dije: "A ver, cuénteme cosas de los talibanes". Él me miró y con la ayuda del intérprete me dijo: "¿De qué talibanes habla?". Le dije que de los talibanes».[40]

«Me respondió que había de tres tipos: "¿De cuáles quiere oír hablar?". Le contesté que de los tres, que quería saber qué eran.»[41]

El general afgano explicó a su aliado que un perfil de talibán era el del «terrorista radical». Otro grupo solo miraba por sí mismo. El resto eran «los pobres y los ignorantes, que simplemente caen bajo la influencia de los otros dos grupos». Según el general afgano: «Para conseguir algo de verdad, debes separar a los dos grupos de los pobres y los ignorantes. Entonces habrá estabilidad y prosperidad en Afganistán».

Era una explicación demasiado simplificada, pero Terry pensó que hasta entonces no había oído nada más sensato. «Un tipo bastante perspicaz», dijo.

9

Una estrategia incoherente

El veterano de la guerra fría se despertó cuando el reloj no marcaba ni las cinco de la madrugada.[1] Era 5 de noviembre de 2006, un domingo, y su misión clandestina estaba empezando. Robert Gates, el decano de la Universidad de Texas A&M, no había trabajado para el gobierno desde que fuera director de la CIA hacía trece años. Pero la Casa Blanca lo había pedido a él en persona y se sintió obligado a ayudar.

Gates era un hombre impenetrable del Medio Oeste doctorado en historia rusa y soviética. Tomando todas las precauciones posibles, salió de su casa de ladrillos en el campus de College Station sin llamar la atención. Condujo en dirección noroeste durante dos horas, cruzando el Texas profundo hasta llegar a McGregor, un pueblecito ordinario. Siguiendo las instrucciones que le habían dado, se detuvo en el aparcamiento de un supermercado de Brookshire Brothers. Su contacto estaba esperándole en un Dodge Durango blanco con las lunas tintadas.[2] Gates se subió al vehículo y ambos fueron en dirección norte otros 25 kilómetros hasta el rancho Prairie Chapel, donde se reunieron con el hombre que lo había llamado: el presidente Bush.

El Durango cruzó los diferentes puntos de control hasta llegar a un edificio bajo, alejado de la residencia principal del rancho. Gates se apeó. Bush quería esconderlo[3] de los demás invitados que estaban celebrando en el rancho el sesenta cumpleaños de su esposa. Faltaban dos días para las

elecciones al Congreso de noviembre de 2006. Si se filtraba la presencia de Gates, el presidente temía que la gente dedujera su plan de revolucionar el gabinete. Los votantes podrían verlo como un reconocimiento de que las guerras iban mal.

En secreto, Bush había decidido cargarse a Donald Rumsfeld y necesitaba un nuevo secretario de Defensa. Rumsfeld había agotado la paciencia del Congreso y de los aliados de la OTAN con su pobre gestión en Irak y la gente estaba cansada de su agresividad. Bush tenía buenas referencias de Gates, que había trabajado para la administración de su padre, y quería oír qué ideas se le ocurrían para arreglar las guerras de Irak y Afganistán.

Charlaron durante una hora, sobre todo de Irak. [4] Gates se mostró a favor del plan oculto de Bush de enviar una hornada adicional de 25.000 o 40.000 efectivos a Irak, aunque la ampliación de la guerra chocaría con el deseo popular. Pero Gates también dijo al presidente que había intentado abarcar demasiado en Afganistán y que necesitaba una nueva estrategia.

En una entrevista de historia oral en la Universidad de Virginia, Gates confesó: «Para mí, nuestros objetivos en Afganistán eran demasiado ambiciosos, estábamos siendo negligentes y había que concretarlos». [5] Gates pensaba que las aspiraciones democráticas y el plan de construcción nacional de la administración Bush eran «una quimera» que tardaría generaciones en hacerse realidad.

Estaba a favor de una estrategia menos ambiciosa: «Aplastar a los talibanes, debilitarlos en la medida de lo posible, apuntalar las fuerzas de seguridad afganas para que puedan controlar o someter a los talibanes por sí mismas e impedir a nadie usar el país como plataforma desde la que atacarnos otra vez. Y punto». [6]

Al acabar, llevaron a Gates en coche de vuelta hasta el supermercado y él regresó solo a College Station. Esa misma tarde recibió una llamada de Joshua Bolten, el jefe de gabinete de Bush. [7] Le pedía que cogiera un avión

hacia Washington. El presidente quería dar una conferencia de prensa el día después de las elecciones para presentar a Gates como el nuevo mandamás del Pentágono.

El taciturno ex jefe de espionaje fue una bocanada de aire fresco. Su personalidad era diferente de la de Rumsfeld, que era impetuoso y un foco de polarización. Pero a Gates le costó lo mismo sacar a las tropas de Afganistán. Incluso acabó mandando muchas más unidades a luchar y morir de las que Rumsfeld jamás hubiera ponderado.

A pesar de las palabras reconfortantes que ofrecían en público, Bush y su equipo de seguridad nacional sabían que su estrategia en Afganistán no estaba funcionando. Nadie tenía una idea clara de lo que estaban tratando de conseguir, y aún había más dudas sobre la agenda o los objetivos.

Totalmente absorbido por Irak, en 2006 Estados Unidos instó a sus aliados de la OTAN a que aceptaran más responsabilidad en Afganistán. Los militares estadounidenses conservaron el control de las operaciones en el este, a lo largo de la frontera pakistaní, pero la OTAN aceptó tomar las riendas en el sur, donde los talibanes estaban afianzándose. Los británicos desplazaron fuerzas a los desiertos de la provincia de Helmand, los neerlandeses mandaron tropas a Uruzgán y los canadienses se apoderaron de Kandahar, la cuna de los talibanes.

En mayo, el teniente general británico David Richards llegó a Kabul para coger el timón de las fuerzas de la OTAN. Unos meses después, también asumió el mando de las tropas estadounidenses del este. Era la primera vez que los americanos y sus aliados de la OTAN peleaban bajo la misma bandera en Afganistán. Richards, veterano de conflictos tan variopintos y remotos como Sierra Leona, Timor Oriental e Irlanda del Norte, supervisaba una fuerza combinada de 35.000 soldados de 37 países, una presencia *a priori* formidable.

En público, Richards se mostraba enardecido con su papel de comandante de la primera misión de combate de la OTAN fuera de Europa.

Pero, en privado, estaba pasmado por la falta de estrategia de la coalición y por su incapacidad para acordar las metas de la guerra.

En una entrevista de Lessons Learned, dijo: «No había una estrategia coherente a largo plazo. Intentábamos conseguir un único plan coherente a largo plazo, una estrategia como Dios manda, pero en vez de eso nos daban un rimero de tácticas». [8]

Richards, de cincuenta y cuatro años, quería probar una estrategia de contrainsurgencia para conseguir apoyo popular para el gobierno afgano. Con esa filosofía, la OTAN actuaría en distritos específicos, expulsaría a los guerrilleros y ayudaría a los afganos a estabilizar la zona con proyectos de reconstrucción. Pero todo resultó ser más difícil de lo esperado.

En septiembre de 2006, siguiendo órdenes de Richards, las fuerzas canadienses y aliadas iniciaron la operación Medusa, una ofensiva para hacerse con el control del distrito de Panjwai, una fortaleza talibán en la provincia de Kandahar. La operación naufragó enseguida.

El primer día, los talibanes tendieron una emboscada a los canadienses y les obligaron a retirarse. El día siguiente, un A-10 Warthog de las Fuerzas Aéreas de EE. UU., un avión de ataque de vuelo bajo con una temible dentadura pintada en el morro, ametralló por error a un pelotón canadiense con fuego de cañón. Según Richards, «les dieron un buen meneo». [9] Los canadienses quisieron cancelar la operación, pero Richards les dijo que sería una humillación para la OTAN y les convenció para seguir adelante.

Al cabo de dos semanas, la fuerza liderada por los canadienses se alzó al fin con la victoria y acabó con varios cientos de combatientes talibanes. Pero los aliados sufrieron un número de bajas más elevado de lo habitual: diecinueve efectivos canadienses y británicos murieron y muchos más resultaron heridos. Por si fuera poco, los aliados no lograron mantener la seguridad en Panjwai y los insurgentes regresaron poco a poco. Richards dijo que los canadienses «estaban agotados» [10] y tenían pocas fuerzas porque también tenían que proteger la ciudad de Kandahar, que era una

prioridad mayor. Según Richards, «los canadienses libraron una batalla tremenda y casi perdieron, así que en general estaban exhaustos». [11]

Para que la estrategia de contrainsurgencia prosperara, Richards dijo que requería más tropas, más apoyo económico y más personal para la reconstrucción. Pero la alianza no aportó lo bastante de ninguna de esas cosas.

En su entrevista de Lessons Learned, Richards recordó un encuentro tenso con Rumsfeld durante la época de la debacle de Panjwai. Sin tacto alguno, el jefe del Pentágono preguntó por qué la guerra se estaba recrudeciendo en el sur. Richards contestó que no tenía suficiente dinero ni personal: «Rummy me preguntó qué quería decir y le respondí: "No tenemos tropas ni recursos suficientes y hemos generado expectativas". Y me dijo: "General, no estoy de acuerdo. Proceda"». [12]

Washington se llevó muchas decepciones de sus aliados. Cada miembro de la OTAN imponía restricciones diferentes a sus tropas como condición para unirse a la coalición en Afganistán. Algunas rayaban en lo ridículo.

Alemania no permitía a sus soldados formar parte de misiones de combate, patrullar de noche ni abandonar el norte de Afganistán, donde reinaba bastante la paz. Lo que sí les permitía era tomar ingentes cantidades de alcohol. [13] Durante 2007, el gobierno alemán envió 990.000 litros de cerveza casera y 69.000 litros de vino para sus 3.500 efectivos.

En cambio, las tropas estadounidenses eran las principales encargadas de hacer la guerra y apenas bebían. La orden general número uno, la regla de oro de las fuerzas armadas, era que no se podía consumir alcohol en las bases para no ofender a los musulmanes abstemios de Afganistán.

En una entrevista de Lessons Learned, Nicholas Burns, el embajador de Estados Unidos en la OTAN con Bush, dijo: «Teníamos la sensación de estar dándolo todo y no siempre teníamos la misma impresión con algunos de nuestros aliados. Era un asunto espinoso para la OTAN». [14]

La coalición liderada por la OTAN, formalmente llamada ISAF (siglas en inglés de Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad), tenía la sede en un gran edificio amarillo adyacente a la Embajada de EE. UU., en el barrio Wazir Akbar Khan de Kabul. El complejo de la ISAF se alzaba tras unos altos muros de hormigón a prueba de explosiones y, en la capital, sobresalía como un encantador oasis con un jardín bien cuidado.

Pero dentro del cuartel general, la coalición adolecía de pugnas burocráticas. Los representantes de los 37 países tenían que coordinar sus operaciones, tomar decisiones en materia de personal y limar asperezas de índole política. Los cambios constantes de su composición dificultaban las cosas. Los miembros de la coalición limitaban los períodos de servicio de sus efectivos, que normalmente duraban allí entre tres y seis meses. Para cuando los recién llegados se ponían al día, tenían que instruir a alguien que les reemplazara.

El mayor Brian Patterson, un piloto de cazas estadounidense, estuvo cuatro meses en el cuartel general de la ISAF en 2007 dirigiendo el centro de operaciones de apoyo aéreo por la noche. Podía activar Harrier británicos, F-16 neerlandeses, Mirage y Rafale franceses, además de cazas y bombarderos estadounidenses. Pero manejar ese mejunje de capacidades y restricciones exigía valor y paciencia. Un cazabombardero Tornado alemán, por ejemplo, solo se podía utilizar en ciertas emergencias.

Patterson comparó el cuartel general con «una organización Frankenstein» [15] que anteponía la inclusión a la eficiencia. En una entrevista de historia oral con el Ejército, confesó: «Nos gustan las líneas rectas, pero si entras en un cuartel de la OTAN, las líneas son como espaguetis. Todo está enroscado. Parece un jardín de infancia: todo el mundo puede jugar y todos hablan al unísono». (Aunque trabajar para la OTAN tenía un lado bueno: los americanos podían beber. Patterson reconoció que «había varios bares en la base; eso era bastante agradable».)

Mientras los americanos se quejaban de la coalición, y con razón, los demás socios abrigaban sus propios resentimientos contra Estados Unidos. Tras el 11S, Canadá y los países europeos de la OTAN enviaron tropas a Afganistán como muestra de solidaridad. Pero los miembros de la alianza pensaban que Washington no los valoraba lo suficiente y menospreciaba sus contribuciones, en especial porque la guerra se iba alargando sin final a la vista y el Pentágono se empezaba a preocupar más de Irak.

En diciembre de 2006, el secretario de Defensa británico Desmond Browne envió una carta a Rumsfeld en la que subrayaba la ausencia de una estrategia bélica y pedía una reunión de los ministros aliados «para perfilar mejor políticamente» [16] la misión militar. Rumsfeld, que seguía ocupando el cargo a la espera de ser sustituido, dijo que era una idea «loable», [17] pero que la dejaría en manos de Gates, no confirmado aún por el Senado. Los ministros de la OTAN se reunieron dos meses más tarde, pero no cambió nada. Como recordó luego Gates, él tenía tres prioridades: «Irak, Irak e Irak». Sin el liderazgo de Estados Unidos, la misión afgana se atascó. En una entrevista de Lessons Learned, un representante no identificado de la OTAN dijo que «no había centro. No daba la sensación de que hubiera un propósito común. En realidad, la estrategia no se trataba con urgencia». [18]

En 2007, los líderes estadounidenses esperaban un año difícil. Sabían que sería complicado contener la galopante insurgencia. Escaseaban los refuerzos. Los aliados de la OTAN habían denegado las peticiones para enviar más tropas y el Pentágono estaba seco por culpa de Irak. Según dijo Gates en su entrevista de historia oral: «Como se solía decir en ese momento en el ejército, estaba desvalijado. No tenía nada más que enviar». [19]

Pero, en público, los líderes estadounidenses expresaban una confianza ciega en el plan. En febrero de 2007, en un discurso al American Enterprise Institute, el laboratorio de ideas conservador, Bush comunicó que su administración había hecho «un análisis minucioso» de su estrategia y

anunció una nueva «estrategia de éxito». Con todo, más allá del compromiso de aumentar el tamaño del ejército y la policía afganos, la nueva estrategia era más de lo mismo. Bush no dio ningún indicio de haber seguido el consejo que Gates le había dado en el rancho tres meses antes: truncar los objetivos de la guerra. Lo que hizo fue declarar que su ambicioso objetivo no era solo «derrotar a los terroristas», sino transformar Afganistán en «un Estado estable, moderado y democrático» que respetara los derechos de la ciudadanía. Como dijo Bush: «Para algunos, eso puede parecer un imposible. Pero no es imposible. En los últimos cinco años, hemos hecho auténticos avances». Pero incluso al nuevo comandante militar le costó lo indecible comprender esa presunta «estrategia de éxito».

El canoso general Dan McNeill llegó a Kabul para hacerse cargo de las fuerzas estadounidenses y de la OTAN unos días después del discurso de Bush. Era el segundo período de mando en Afganistán para el militar del este de Carolina del Norte. Igual que Richards, su predecesor británico, McNeill vio enseguida que Estados Unidos y la OTAN no seguían una estrategia de guerra coherente. El conflicto había entrado en barrena y avanzaba sin mapa ni destino. En una entrevista de Lessons Learned, McNeill confesó: «En 2007 no había ningún plan de campaña de la OTAN. Hablaban y metían fajina, pero no había plan. Las instrucciones eran acabar con terroristas y crear el Ejército [afgano]. Y también no quebrar la alianza. Pero eso era todo». [20]

Seis años después de iniciarse el conflicto, seguía sin haber consenso sobre las metas. Algunos dignatarios pensaban que los objetivos debían ser luchar contra la pobreza y la mortalidad infantil. Otros, como Bush, hablaban de libertad y democracia. El moralismo y la falta de claridad dejaron anonadado al general de cuatro estrellas: «Intenté que alguien me especificara qué significaba ganar, incluso antes de ir, pero nadie supo cómo hacerlo». [21]

Los soldados rasos movilizados también tenían la sensación de que la estrategia brillaba por su ausencia. Según decían, la misión extraoficial era echar un velo sobre Afganistán e impedir que las cosas se salieran de madre mientras se invadía Irak. En 2007 el teniente coronel Richard Phillips dirigía un hospital de campaña en el este de Afganistán. Según confesó en una entrevista de historia oral con el Ejército: «Irak absorbía todos los recursos, todo el tiempo y toda la atención. Afganistán no pintaba nada. [...] Era un proyecto secundario para todo el mundo». [22]

El mayor Stephen Boesen, un oficial de la Guardia Nacional de Iowa, fue consejero de combate de las fuerzas de infantería afganas en 2007. Boesen dijo del plan bélico de Estados Unidos que era «como Juan y Manuela» y que no había «ningún tipo de estrategia». [23] Los altos mandos, dijo, no articulaban expectativas ni objetivos de referencia.

Cuando volvió a casa, predijo con acierto que la guerra seguiría sin rumbo durante años. A los historiadores del Ejército, Boesen les confesó: «Me duele decirlo, pero si no acordamos un plan, creo que, cuando tengan la edad para ello, seguramente mis hijos repetirán mi misión». [24]

En primavera de 2007, la Casa Blanca reconoció que necesitaba un mejor asesoramiento estratégico. El consejero de Seguridad Nacional Stephen Hadley convenció a Bush para que nombrara un *zar de la guerra* de la Casa Blanca que coordinara la estrategia y la política para Irak y Afganistán. Bush eligió al teniente general Douglas Lute, director de operaciones del Estado Mayor Conjunto en el Pentágono. Era un hombre procedente de Indiana y licenciado en West Point que había luchado en Kosovo y en la primera guerra de Irak.

Reflexionando sobre las prioridades de la administración Bush, Lute estimó que había dedicado el 85 % del tiempo en su nuevo cargo a Irak y solo un 15 % a Afganistán. [25] En su vista de confirmación en el Senado, los representantes políticos le hicieron una única pregunta sobre la guerra en Afganistán, relativa a las guaridas talibanas en Pakistán. Pese a las

proclamas públicas de Bush referentes a su «estrategia de éxito», Lute reparó en que pocos miembros de la Casa Blanca habían meditado realmente sobre la estrategia en Afganistán.

En una entrevista de Lessons Learned, Lute evocó estos pensamientos: «No entendíamos nada de Afganistán, no sabíamos lo que estábamos haciendo. ¿Qué estábamos intentando conseguir? No teníamos ni la más remota idea de qué misión nos habíamos propuesto». [26] Lute recalcó que no estaba exagerando: «Lo digo en serio: es mucho peor de lo que te esperas. Llegamos ya a la guerra con una falta de comprensión importante, con objetivos inalcanzables, con una dependencia excesiva del ejército y sin conocer los recursos que serían necesarios». [27]

A medida que se acercó el fin de 2007, las noticias desde el frente empeoraron. Las muertes de soldados estadounidenses marcaron un nuevo máximo anual. Las bajas civiles por atentados suicidas aumentaron un 50 %. La producción de opio batió récords y Afganistán llegó a generar cerca del 90 % del opio del mundo.

Pero los políticos, la Casa Blanca, los periodistas y otros americanos estaban obcecados con Irak, así que la guerra en Afganistán siguió cayendo en espiral sin que nadie le prestara demasiada atención. Cuando Afganistán sí era noticia, los comandantes militares quitaban hierro a la resurgencia talibana hasta casi ridiculizarla.

En una comparecencia televisiva de diciembre de 2007 en la cadena pública PBS, el general McNeill rescató el viejo mantra de que la violencia no estaba empeorando porque los talibanes se estuvieran haciendo más fuertes, sino porque las fuerzas estadounidenses y de la OTAN estaban acosando al enemigo: «Simplemente nos dijimos: se acabó, no les esperaremos más; vamos a ir tras ellos».

La entrevistadora de PBS, Gwen Ifill, se mostró escéptica: «Pero en su momento, o eso nos dijeron, los talibanes habían desaparecido, se les había erradicado. ¿Ahora resulta que están vivos?». [28]

McNeill contestó que él no se había pronunciado en ese sentido: «Se habían dispersado en algunas zonas fuera de nuestro alcance. Y ahora estamos entrando en esas zonas». [29]

Aunque la guerra en Irak había consumido las fuerzas disponibles, en enero de 2008 el Pentágono se las ingenió para encontrar algunas más. Anunció que enviaría 3.000 efectivos más a Afganistán, con lo que el total llegaría a los 28.000 soldados.

En una conferencia de prensa de febrero, McNeill tergiversó las sombrías noticias que llegaban del frente. Dijo a los periodistas del Pentágono que la decisión de mandar más tropas demostraba que Estados Unidos y la OTAN estaban ganando, no perdiendo: «Hay un dicho básico en el ejército que dice que tienes que reforzar tu posición cuando estás teniendo un cierto éxito. Y esperamos prolongar ese éxito en 2008». Recalcó que la insurgencia se había estancado, aunque todos los cálculos de inteligencia militar indicaban que estaba metastatizando.

El comandante en jefe recalcó el mensaje en un discurso político dos días más tarde. Ante la Conservative Political Action Conference, Bush volvió a burlarse de los críticos que decían que Afganistán había caído en un atolladero: «Nos mantuvimos firmes y hemos visto los resultados. Los talibanes, Al Qaeda y sus aliados están huyendo».

Pero, en privado, Bush se mostraba preocupado. Aunque quedaba menos de un año para que acabara su segundo mandato, decidió que era hora de volver a valorar la estrategia de guerra. Lute, su *zar de la guerra*, y un equipo de asistentes viajaron a Afganistán en mayo de 2008 para realizar un estudio para la Casa Blanca. Entretanto, el Departamento de Estado y el Estado Mayor Conjunto en el Pentágono analizaron la estrategia por su cuenta.

Ninguna de las agencias pensaba que las fuerzas armadas estuvieran a punto de caer derrotadas. Los talibanes se estaban lamiendo las heridas, pero seguían siendo demasiado débiles para conquistar una gran ciudad o marchar sobre Kabul. Aun así, Lute creía que las condiciones no eran favorables a Estados Unidos. Las cosas estaban empeorando. La escala de los ataques insurgentes, su dispersión geográfica y los niveles generales de violencia llevaban tres años consecutivos en alza.

En un informe redactado después del viaje, Lute atribuyó muchos de los defectos al solapamiento de las cadenas de mando entre los aliados. [30] En una diapositiva de PowerPoint mostró lo que él llamaba «el problema de las diez guerras». El equipo de Lute había visitado Kandahar, un feudo talibán, y había encontrado un pilón de fuerzas de coalición diferentes que trabajaban sin entenderse: tropas convencionales de Estados Unidos y de la OTAN, la CIA, fuerzas de Operaciones Especiales, fuerzas militares y policiales afganas, asesores e instructores de combate y varias personas más.

En una entrevista de historia oral en la Universidad de Virginia, Lute señaló: «En total eran diez y el problema era que nadie hablaba con el resto. La mano izquierda no hablaba con la derecha». [31]

Como ejemplo, citó el hecho de que los comandos de los Navy SEAL o la Delta Force del Ejército podían «llegar una noche, hacer una redada en un complejo y el Ejército convencional ni siquiera sabía que iban a venir. Salía el sol y se encontraban un complejo en llamas. Entonces una unidad de infantería convencional tenía que ir y averiguar qué había pasado, hacer las paces con los locales, etc. Y así iba siempre la cosa». [32]

En términos más generales, las revisiones de la estrategia de guerra de 2008 llegaron a muchas de las mismas conclusiones a las que habían llegado otras revisiones en 2003, 2006 y 2007. Todas descubrieron que se había olvidado el conflicto por culpa de Irak y recomendaban al gobierno

de Estados Unidos invertir más tiempo, dinero y otros recursos en Afganistán.

Mientras se revisaba la estrategia, los generales siguieron lanzando mensajes esperanzadores. En junio de 2008, cuando su período de servicio de dieciséis meses como comandante de guerra terminó, McNeill se mostró muy optimista con todo lo que habían logrado Estados Unidos y la OTAN bajo su mando. Citó «muchos signos de progreso visible»: nuevas carreteras, una mejor atención sanitaria y escuelas mejores y más grandes.

En una conferencia de prensa de despedida en el Pentágono, dijo: «Solo intento afirmar que ha habido un progreso. Y en materia de seguridad, lo ha habido sin duda. Ha habido progreso en la reconstrucción. O sea que, repito, me parece que todas las proyecciones son buenas y que el progreso va a continuar».

Pero los meses fueron pasando y la estrategia de guerra siguió igual de indefinida. El contraste entre la euforia de los generales y la cruda realidad sobre el terreno era cada vez más difícil de ignorar.

En verano de 2008, los comandantes estadounidenses movilizados decidieron que los 3.000 efectivos adicionales que habían llegado ese mismo año eran insuficientes. Pidieron al Pentágono más refuerzos. Como se acercaban las elecciones a la presidencia, la administración Bush optó por dejar la decisión en manos del siguiente inquilino de la Casa Blanca.

Pero ningún general quería admitir que no podía derrotar a los talibanes.

En septiembre, el general de división del Ejército de Tierra Jeffrey Schloesser, comandante de las fuerzas estadounidenses en el este de Afganistán, dio una conferencia de prensa para subrayar el «progreso constante» que estaban haciendo sus tropas. Eligiendo las palabras con tiento, dijo que necesitaba más soldados «para seguir progresando bien e inexorablemente».

Cuando un periodista le preguntó a bocajarro si estaba ganando la guerra, Schloesser vaciló: «Ejem, bueno... la verdad es que, creo... que

estamos progresando poco a poco. Será una victoria lenta, supongo».

Ese mes, el secretario de Defensa Gates visitó Kabul y se reunió con el general David McKiernan, el comandante de las fuerzas estadounidenses y de la OTAN, de cincuenta y siete años. Procedente de Georgia, McKiernan había sido el comandante de las fuerzas terrestres estadounidenses durante la invasión de Irak cinco años antes. También él se sumó a la petición de más tropas para Afganistán.

En una conferencia de prensa, McKiernan dijo que los talibanes eran incapaces de ganar la guerra. Pero con una franqueza inusual, dijo que Estados Unidos tampoco tenía garantizada la victoria: «No estamos perdiendo, pero en algunas zonas estamos ganando más lentamente que en otras».

En cuestión de semanas, sus manifestaciones públicas se volvieron aún más pesimistas. Durante una visita a Washington en octubre, dijo a los periodistas que «en grandes porciones de Afganistán no estamos viendo progreso. No voy a decir que todo va viento en popa. [...] Estamos en una dura pugna. Por tanto, la idea de que pueda empeorar antes de mejorar es indudablemente una posibilidad».

El cambio de tono de McKiernan fue muy revelador. Por primera vez, un comandante militar en Afganistán había ofrecido al pueblo una versión franca y honesta de cómo había cambiado el rumbo de la batalla.

No duraría mucho en el cargo.

10

Los señores de la guerra

En diciembre de 2006, el observatorio Human Rights Watch instó públicamente a Afganistán a abordar su convulso pasado. [1] Pidió que se creara un tribunal especial para investigar a los señores de la guerra sospechosos de haber cometido atrocidades durante la guerra civil de los años noventa. La organización con sede en Nueva York incluso nombró y censuró a diez presuntos criminales de guerra que seguían libres.

El llamamiento a que se les impartiera justicia y se les responsabilizara hurgó en una herida que Washington llevaba mucho tiempo tratando de ignorar. Varios señores de la guerra de la lista ocupaban puestos destacados en el gobierno afgano y tenían una estrecha relación con Estados Unidos. Sus terribles antecedentes eran bien conocidos en Afganistán, pero la lista sacó los colores a la administración Bush y sirvió como recordatorio de que se había aliado con una banda de despreciables individuos para luchar contra los talibanes y Al Qaeda.

Pero en vez de distanciarse de los señores de la guerra por su mala imagen, los líderes estadounidenses intentaron consolarlos. Dos días antes de Navidad, Richard Norland, el número dos en la jerarquía diplomática de la Embajada en Kabul, visitó en privado a uno de los individuos más ilustres de la lista, el general Abdul Rashid Dostum, para jurarle que Estados Unidos aún valoraba su amistad. [2]

Dostum era un autócrata despiadado de cincuenta y dos años apasionado del whisky. Comandaba una milicia uzbeka que había bombardeado y saqueado Kabul a principios de los años noventa y había arrasado la capital. En 2001, sus secuaces asesinaron a cientos de prisioneros talibanes sofocándolos en contenedores de transporte. A Dostum, lo acusaban personalmente de secuestrar y abusar sexualmente de sus rivales políticos. Pero también cumplía a pies juntillas los designios de la CIA y del Pentágono, así que los líderes americanos no querían que la alianza decayera.

Dostum vivía en el barrio capitalino de Sherpur, un vecindario de nuevos ricos que se habían lucrado gracias a la guerra. Cuando Norland y otros diplomáticos estadounidenses llegaron a su nueva mansión de mármol, encontraron al señor de la guerra en estado melancólico. [3] Dolido por las críticas del Human Rights Watch, Dostum se quejó porque sus rivales también estaban difundiendo rumores. Decían que estaba planeando un golpe contra el gobierno central y maquinando en secreto con los talibanes.

Según un cable diplomático clasificado que Norland escribió para resumir la visita, Dostum dijo: «Me han llamado de todo. Ya no me pueden insultar de ninguna otra forma. Mi pecado fue luchar por mi país». [4]

Norland, que había hecho carrera en el Servicio de Exteriores, se sentó en una silla acolchada e hizo todo lo posible para calmar la «semiparanoia» [5] de Dostum. Le dijo al señor de la guerra que «le podía convenir desempeñar un papel positivo en los temas de actualidad». Sin embargo, en el cable contó a los representantes de Washington que Dostum seguía igual de odioso que siempre. También les hizo partícipes de otros rumores. Al parecer, se comentaba que recientemente había violado a alguien que trabajaba como criado en su casa y había ordenado a sus guardias apalear y violar a un miembro del Parlamento afgano. «Las habladurías sobre su alcoholismo son constantes», añadió el diplomático.

Aunque Dostum lo negaba, se trataba de otro extraño episodio que implicaba un giro más en la larga, tóxica y codependiente relación entre los señores de la guerra afganos y el gobierno de Estados Unidos.

El inicio de la alianza se remontaba a los ochenta, cuando la CIA entregó en secreto armas y suministros a los comandantes de los muyahidines, los guerrilleros islamistas que combatieron al Ejército Rojo y el régimen comunista afgano. La alianza entre la CIA y los muyahidines forzó a los soviéticos a retirarse en 1989. Después, en 1992, el Estado afgano se derrumbó y el país cayó en una guerra civil.

Los líderes muyahidines se volvieron los unos contra los otros y las facciones armadas desgarraron aún más el país. Fue un sálvase quien pueda. Los comandantes de los diferentes grupos, normalmente unidos en razón de su tribu o etnia, acabaron convertidos en señores de la guerra y gobernaban como dictadores regionales. Aunque la CIA enfrió los contactos durante los noventa, el gobierno de Estados Unidos volvió a hacer las paces con muchos de ellos tras el 11S con el objetivo de combatir a los talibanes.

Después de expulsar a los talibanes del poder, la administración Bush quiso que los señores de la guerra respaldaran el nuevo gobierno afgano. Por eso se calló sus recelos respecto a los delictivos antecedentes de sus aliados. No obstante, la tolerancia de Washington ofendió y encolerizó a muchos afganos, que creían que los señores de la guerra eran corruptos, incorregibles y la raíz de los problemas del país.

Los talibanes eran igual de crueles y tiránicos. Durante su régimen de 1996 a 2001, el grupo masacró a miles, trató a las mujeres como bienes muebles y decapitó a gente en actos públicos. Pero al lado de los señores de la guerra, un número considerable de afganos veían a los talibanes como el mal menor. Además, les reconocían su devoción religiosa y una administración de la justicia coherente, aunque drástica, basada en la ley islámica.

Sarah Chayes, una periodista que vivió en Kandahar durante los años dos mil y posteriormente fue consejera civil de las fuerzas armadas estadounidenses, dijo que Estados Unidos estaba tan «obsesionado con cazar» a los talibanes después del 11S que no comprendió el inconveniente de asociarse con bandidos como Dostum. «Siguiendo la regla de tres de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo, confiamos en los señores de la guerra y les ayudamos a hacerse con el poder», [6] dijo en una entrevista de Lessons Learned. «No sabíamos que la población estaba encantada con que los talibanes hubieran echado a los señores de la guerra.»

Dentro de la administración Bush, las opiniones sobre los señores de la guerra divergían muchísimo. La mayoría de los diplomáticos, si no todos, hacían de tripas corazón cuando tenían que interactuar con ellos. La CIA no tenía tantos escrúpulos en términos de moralidad y derechos humanos. Trataba a los señores de la guerra como socios vitales y afianzaba su lealtad con dinero contante y sonante. Algunos comandantes militares estadounidenses admiraban a los señores de la guerra más atroces por su destreza a la hora de imponer orden en sus regiones. Otros decían que merecían la cárcel o la muerte.

Andre Hollis, que fue máximo responsable del Pentágono en temas de política antidrogas con Bush, dijo que el gobierno de Estados Unidos adoptó una táctica «esquizofrénica» [7] con los señores de la guerra desde el principio. Y nunca la corrigió. En una entrevista de Lessons Learned, dijo que «había incoherencias entre las agencias y dentro de cada agencia en sí».

Dostum ocupaba un lugar destacado en el panteón de los señores de la guerra. Había sido luchador de lucha libre. Era fornido, tenía unas cejas pobladas y un bigote espeso y durante los años ochenta había luchado con los soviéticos y los comunistas afganos contra los muyahidines. Cuando los rusos se marcharon, se mantuvo al mando de decenas de miles de combatientes uzbekos. Poseía tanques y una pequeña flota de aviones. Amplió su zona de influencia hasta abarcar las ciudades norteñas de

Šibarġan y Mazar-e Sarif y promovió un culto a la personalidad estampando su imagen en vallas publicitarias.

Durante la guerra civil de los años noventa, estuvo aliado con prácticamente todas las demás facciones en un momento u otro. También las traicionó a todas. Huyó del país hasta en dos ocasiones para no ser capturado por los talibanes. En mayo de 2001, volvió para unirse a la coalición de señores de la guerra conocida como Alianza del Norte, en un intento desesperado por impedir que los talibanes conquistaran las pocas zonas de Afganistán que todavía no estaban en su poder.

Dostum tuvo suerte eligiendo el momento. Unos meses después, pequeños operativos paramilitares de la CIA y equipos de las Fuerzas Especiales llegaron al norte de Afganistán buscando venganza por el 11S. Integrados en las fuerzas sitiadas de Dostum como asesores de combate y apoyados por una potencia aérea abrumadora, orquestaron una ofensiva que obligó a los talibanes a abandonar Mazar-e Sarif y Kunduz, otra ciudad clave del norte.

Miles de combatientes talibanes se rindieron a la milicia de Dostum a finales de noviembre de 2001, pero eso dio pie a otros problemas. Unos cientos de talibanes que Dostum había encerrado en una fortaleza decrépita cerca de Mazar-e Sarif organizaron una revuelta. Corrió la sangre durante varios días. En el levantamiento perdieron la vida docenas de hombres de Dostum y un agente de la CIA, Johnny Micheal Spann, además de al menos doscientos talibanes.

Una vez sofocada la revuelta, los comandantes de Dostum metieron en contenedores prácticamente sellados a otros 2.000 talibanes atrapados cerca de Kunduz. El convoy recorrió con ellos 360 kilómetros hasta otra prisión en Šibarġan. Cuando llegaron los contenedores, la mayoría de los prisioneros se habían asfixiado o habían sido ejecutados por las fuerzas de Dostum. Sus muertes permanecieron en secreto hasta principios de 2002. [8] Entonces, periodistas y grupos de defensa de los derechos humanos

hallaron pruebas de que se había enterrado a los prisioneros en fosas comunes en el desierto próximo a Šibarġan. Las ONG reclamaron al gobierno afgano y estadounidense que investigaran los crímenes de guerra. El segundo abrió una investigación cuando Bush dejó la Casa Blanca, pero no se responsabilizó a nadie. [9]

Hubo líderes que dijeron públicamente no haber sabido de las muertes del convoy hasta que los medios contaron la historia. Y eso que el personal de la CIA y las Fuerzas Especiales tenían una estrecha relación con Dostum y su equipo. Pero los documentos demuestran que la administración Bush y Dostum hicieron todo lo posible por mantener líneas de comunicación al más alto nivel. Unas semanas después de las muertes de los prisioneros, Dostum mandó una amable carta de felicitación desde su puesto de mando a la Casa Blanca.

En la dirección del remitente de la nota mecanografiada aparecía un código postal militar estadounidense. Dostum escribió: «Querido presidente de Estados Unidos, George W. Bush: ¡Le extiendo mis mejores deseos por el Día de Año Nuevo! El pueblo afgano, en paz después de un período tan largo de sufrimiento, le agradece sus esfuerzos en este sentido». Y añadió: «Le deseo a Su Excelencia buena salud, grandes éxitos y la mejor de las suertes». [10]

En vez de interceptar la misiva del señor de la guerra, el Pentágono se cuidó especialmente de entregarla. [11] El 9 de enero, el general Tommy Franks, el jefe del Mando Central de EE. UU., envió por fax la carta al mismísimo Donald Rumsfeld. Este, a su vez, dictó una orden para que su personal se cerciorara de que el saludo de Dostum llegara al despacho de Bush. Uno de los ayudantes de Rumsfeld garabateó lo siguiente en el documento: «Dostum es uno de los comandantes de la Alianza del Norte. Ha resultado ser un guerrero digno y nuestras fuerzas han trabajado muy bien con él». [12]

Sin embargo, mientras los afganos intentaban afianzar su nuevo gobierno en 2002 y 2003, Dostum maniobraba en su contra. Sus fuerzas pugnaron con las milicias rivales por el poder en las provincias del norte. También desoyó los llamamientos internacionales para que desmovilizara las tropas y entregara su armamento pesado al gobierno de Kabul.

Pese a sus maneras disruptivas, Estados Unidos siguió apoyando incondicionalmente a Dostum. En abril de 2003, el congresista republicano Dana Rohrabacher del sur de California visitó a Hamid Karzai en el palacio presidencial y le instó a que diera más poder a Dostum en el nuevo gobierno.[13] Por curioso que parezca, según un cable diplomático clasificado de Estados Unidos, el político estadounidense también aprovechó la reunión para pedir a Karzai que dejara de referirse a Dostum y a su calaña como «señores de la guerra». Le sugirió que usara un término menos peyorativo como «líder étnico».

Karzai no se lo podía creer.[14] Llamó a Dostum «bandido» y señaló que, apenas unos días antes, sus hombres habían participado en un tiroteo y habían matado a diecisiete personas. También advirtió que si Dostum y otros señores de la guerra no dejaban de matar, violar y saquear, los afganos empezarían a anhelar el regreso de los talibanes. El cable concluía: «Según Karzai, lo que quiere realmente la gente es vivir en un Estado de derecho. Y empiezan a quejarse porque, con los talibanes, al menos había ley y orden».[15]

Otros diplomáticos estadounidenses intentaron en vano convencer a Dostum para que no fuera tan beligerante. Thomas Hutson, hablante de darí y asesor político en Mazar-e Sarif en 2003 y 2004, se propuso verse con Dostum cada dos semanas. Le llevaba puros para ganarse su confianza y le describía como «un Tito estalinista con cara de bebé».[16]

Hutson tenía la esperanza de convencer a Dostum para que se fuera de Afganistán voluntariamente. El diplomático le sugirió varias ideas a medio concretar.[17] Se ofreció a contratarlo como productor ejecutivo para un par

de películas en las que estaba colaborando. Cuando vio que la idea no cuajaba, sugirió que Dostum, un reconocido hipocondriaco, viajara a la isla de Granada para recibir tratamiento médico. Su esperanza era que el señor de la guerra quedara prendado del clima caribeño y no regresara.

En otras ocasiones, Hutson adoptaba una postura más intransigente y le decía a Dostum que tenía que ser realista [18] y pensar en lo que les había pasado a otros que, como él, habían sido aliados de Estados Unidos en el pasado. Como ejemplo, citó al sah de Irán y al presidente de Haití, Jean-Bertrand Aristide.

En una entrevista diplomática de historia oral, Hutson recordó así los hechos: «Dostum no había oído hablar nunca de Aristide. Ni de Haití, ya puestos... [19] Le dije que había llegado a un acuerdo con Estados Unidos y que sobreviviría. Luego dejé entrever un posible pacto con el que pudiera abandonar el mundillo de los señores de la guerra. Tengo la sensación de que no se tomaba muy en serio ninguna de mis sugerencias. Aun así, yo se lo repetía por activa y por pasiva a la Embajada (y en cierta medida a Washington): hacedle a Dostum una oferta que no pueda rechazar».

En abril de 2004, Dostum agotó la paciencia de los estadounidenses. Su milicia desafió al gobierno de Kabul y tomó el control de la provincia norteña de Faryab durante un breve lapso de tiempo, obligando a huir al gobernador nombrado por Karzai. El mando militar estadounidense ordenó que un bombardero B-1 sobrevolara varias veces la casa de Dostum en Šibarġan. [20] Así entendería que se había pasado de la raya.

Con todo, varios meses más tarde los americanos sintieron la necesidad imperiosa de arrojar un salvavidas a su viejo aliado. En invierno de 2004, uno de los ayudantes del señor de la guerra llamó por teléfono, desesperado, al coronel David Lamm, el jefe del Estado Mayor en el cuartel general de Kabul. [21] Presa del pánico, anunció que Dostum estaba muy enfermo. Sus médicos pensaban que estaba al borde de la muerte y necesitaban la ayuda de los americanos.

Lamm pensó en negarse.[22] Sabía que la muerte de Dostum podía solventar un montón de problemas. Pero al final aceptó trasladar a Dostum desde Mazar-e Sarif al centro de heridos de combate de la base aérea de Bagram para hacerle pruebas. Un coronel de Bagram llamó a Lamm para darle los resultados: el alcoholismo del uzbeko le había dejado el hígado hecho papilla. Se estaba muriendo y la única esperanza era trasladarlo a un hospital moderno. El coronel de Bagram recomendó el Centro Médico Militar Walter Reed en Washington. En una entrevista de historia oral con el Ejército, Lamm dijo: «Le pregunté si de verdad lo mandaría a Washington: "¿Vamos a tratar a un señor de la guerra en el Walter Reed? El embajador no estará muy de acuerdo"».[23] Al final optaron por una alternativa: el Centro Médico Regional Landstuhl, un pionero hospital del Ejército de EE. UU. en Alemania: «Así pues, enviamos a Dostum a Landstuhl y lo trataron. Lo curaron y encontraron el equipo que necesitaba para sobrevivir».

Cuando Dostum volvió a casa, invitó a Lamm y otros estadounidenses a su hogar en Kabul para celebrar un banquete y agradecerles que le hubieran salvado la vida.[24] Pero al cabo de poco volvió a las andadas. Siguió siendo una fuerza desestabilizadora en la política afgana durante años.[25]

En entrevistas de Lessons Learned, altos cargos de la administración Bush defendieron su política con los señores de la guerra. Dijeron que habían jugado lo mejor posible sus cartas, que tampoco eran muy buenas.

Después de derrotar a los talibanes en 2001, comentaron que lo más complicado había sido persuadirlos para que disolvieran sus milicias y prometieran lealtad al nuevo gobierno liderado por Karzai. Los ejércitos y arsenales de los señores de la guerra eran su fuente de poder y eran claves para su supervivencia personal.

La campaña de desarme tuvo resultados bastante buenos, pero hubo que hacer pedagogía durante años. La administración Bush no quería desarmar a la fuerza a los señores de la guerra, porque eso habría requerido una entrada masiva de tropas y habría fracturado Afganistán aún más.

Robert Finn, embajador de Estados Unidos entre 2002 y 2003, dijo que los señores de la guerra «llevaban treinta años de guerra civil a sus espaldas. No iban a deponer todas las armas porque los americanos dijeran que era una buena idea». [26]

El plan tenía una dura pega. A cambio del desarme, Estados Unidos y Karzai tenían que garantizar a los señores de la guerra un rol en el nuevo gobierno y concederles legitimidad política.

Marin Strmecki, el consejero civil de Rumsfeld, dijo que el Pentágono y el Departamento de Estado no se engañaban respecto a la moralidad de los señores de la guerra. Admitían que eran «una amenaza letal para la legitimidad del régimen que estaban ayudando a establecer. [...] Creo que la gente que minusvalora lo que se logró en esta fase no es del todo justa. Eliminar los ejércitos privados fue una proeza importante para normalizar la política del país». [27] Dostum y otros señores de la guerra, apuntó Strmecki, tenían «auténticos arsenales». Tenían hasta misiles soviéticos de corto alcance: «Que no tengan ejércitos privados es algo bueno en sí mismo. Entonces puedes castigarlos si se siguen portando mal».

Pero al abrirles la puerta del gobierno, los americanos los convirtieron en un elemento troncal del nuevo sistema político, además de un problema perpetuo. Muchos señores de la guerra ingresaban grandes sumas de dinero por medios ilícitos, como el tráfico de drogas y los sobornos, y la cosa fue a más cuando se convirtieron en altos funcionarios. En consecuencia, la corrupción se volvió enseguida un atributo característico del gobierno afgano.

En 2005, algunos estadounidenses empezaron a ver que habían contribuido a crear un monstruo de Frankenstein. En septiembre, el embajador Ronald Neumann envió un cable clasificado a Washington para avisar de que Afganistán se enfrentaba a una «crisis de corrupción» que amenazaba «gravemente al futuro del país». [28] Neumann admitió que el gobierno de Estados Unidos tenía parte de la culpa por haberse «codeado

con algunos personajes de mala vida», pero quería que Karzai tuviera altura moral y expulsara a «algunos de los miembros más corruptos de su gobierno».

Presidiendo la lista de los más ilustres de Neumann estaban Ahmed Wali Karzai, un poderoso sujeto de Kandahar que curiosamente era hermanastro del presidente, y Gul Agha Sherzai, un antiguo comandante muyahidín conocido con el sobrenombre de la Excavadora.

Pero ambos hombres eran políticamente intocables.[29] Además de ser hermano del presidente, Ahmed Wali Karzai colaboraba codo con codo con la CIA y recibió jugosos contratos de las fuerzas armadas estadounidenses.[30]

Sherzai ayudó a Estados Unidos a capturar Kandahar en 2001 y luego fue gobernador de Nangahar, la provincia oriental donde se encontraba la ciudad clave de Jalalabad. Como gobernador, amasó una fortuna desfalcando impuestos y cobrando mordidas, pero también tenía una red de padrinos en el gobierno de Estados Unidos.

Entre sus partidarios estaba el jefe de Neumann en el Departamento de Estado: Richard Boucher, ex portavoz principal y por entonces ayudante del secretario de Estado para Asia Meridional y Central. Boucher admiraba a Sherzai[31] por cómo sabía mantener la paz en su provincia consiguiendo trabajos a cambio de apoyos y ganando licitaciones públicas. Recordaba haber visitado Jalalabad en una ocasión y haber preguntado a Sherzai si necesitaba más ayuda para proyectos de construcción.

En una entrevista de Lessons Learned, Boucher explicó: «Me dijo que necesitaba cinco escuelas, cinco universidades, cinco presas y cinco autopistas. Le dije que vale, bueno, pero que ¿por qué cinco? Y me dijo: “Tengo esta tribu, esta otra, esta y esta, y luego una para todos los demás”. Me pareció una de las cosas más extrañas que he oído nunca, pero ahora pienso que es una de las más inteligentes».[32]

Boucher dijo que era mejor conceder los contratos a los afganos, que «seguramente se embolsarían el 20 % para sí o para su familia extensa o sus amigos», [33] que dar el dinero a «un puñado de costosos expertos americanos», que destinarían el 80 o el 90 % de los fondos a gastos generales y beneficios. «Prefiero que desaparezca en Afganistán que en Washington. Probablemente, buena parte del dinero acabará llegando a algún aldeano, aunque tenga que pasar por cinco capas de funcionarios corruptos, pero acabará llegando.» [34]

Sin embargo, otros decían que Estados Unidos y sus aliados cometían un error al idolatrar a señores de la guerra como Sherzai y estimular la corrupción. En una entrevista de Lessons Learned, Nils Taxell, un experto sueco anticorrupción que estaba trabajando en Afganistán, se burló de los funcionarios del Servicio de Exteriores por justificar a Sherzai y decir que era «cabrón, pero buena gente» [35] porque «no lo robaba ni se lo quedaba todo, sino que dejaba un poquito para los demás». [36]

Igual que con Sherzai, los estadounidenses tuvieron una relación de amor-odio con otro señor de la guerra: Sher Mohammad Akhundzada, el gobernador de la provincia de Helmand entre 2001 y 2005. Bautizado como «SMA» por los americanos, era conocido por imponer el orden de forma implacable, pero lo era igual o más por su participación en el próspero sector del opio de Helmand.

El teniente coronel de la Marina Eugene Augustine, destinado a Helmand en 2004 y 2005, confesó que las sospechas respecto al papel de SMA y sus principales agentes de seguridad en el narcotráfico complicaron el avance de los proyectos de reconstrucción patrocinados por Estados Unidos. En una entrevista de historia oral con el Ejército, explicó: «Siempre aparecía el problema de la corrupción. Y con todas las drogas y toda la producción de amapola en Helmand, esos hombres siempre llevaban un interrogante colgado en la espalda. Y no solo dudaba yo, sino también mis superiores y los agentes de inteligencia. Todo el mundo se preguntaba

siempre si estaban metidos en drogas. Era el tema que se escondía tras cada conversación, la partida de ajedrez eterna de la corrupción. ¿Quién se estaba lucrando?». [37]

En 2005, agentes de narcóticos estadounidenses y afganos asaltaron las instalaciones de Akhundzada y encontraron un alijo enorme de opio: nueve toneladas. Pero él negó cualquier responsabilidad. Ante la presión internacional, Karzai lo destituyó como gobernador. Sin la mano de hierro de SMA, la provincia devino enseguida un imán para los insurgentes. El problema con el tráfico de drogas se agravó y algunos estadounidenses acabaron lamentando su partida.

McNeill, el dos veces comandante militar de EE. UU. en Afganistán, describió a SMA como «un tirano simplón», [38] pero dijo que era un gobernador capaz porque «mantenía a raya a los villanos». En una entrevista de Lessons Learned, tildó la expulsión de Akhundzada de «grave error». Dijo que los británicos exigieron el cese de SMA antes de asumir las tareas de seguridad en Helmand con arreglo a la nueva estructura de mando de la OTAN.

McNeill añadiría: «SMA era sucio, pero mantenía la estabilidad porque la gente le tenía miedo. [39] No es bueno y yo no defiendo pactar con el diablo, pero sí quizá con alguno de sus discípulos, como SMA». [40]

Puede que el señor de la guerra más poderoso y problemático para los americanos fuera Mohammed Qasim Fahim Khan, comandante de una milicia tayika. Como general comandante de la Alianza del Norte, Fahim Khan fue clave para ayudar al Ejército de EE. UU. a derrocar a los talibanes en 2001. Más tarde, se procuró un puesto en el nuevo gobierno afgano como ministro de Defensa.

En público, la administración Bush trataba a Fahim Khan como una persona eminente. Hasta se le hizo un pasillo de honor en el Pentágono. En privado, los dignatarios estadounidenses le veían como una presencia

corrupta y desestabilizadora y tenían miedo de que fraguara un violento golpe de Estado.

Este señor de la guerra de negras barbas había tenido varios encontronazos con Karzai.[41] En 1994, Fahim Khan había supervisado la policía secreta del gobierno afgano y había ordenado el arresto de Karzai, por entonces viceministro de Exteriores, bajo sospecha de espionaje. Detuvieron e interrogaron a Karzai y su futuro parecía funesto. Pero por providencia, un cohete impactó contra el edificio donde lo tenían recluso y pudo escapar.

Como ministro de Defensa entre 2001 y 2004, Fahim Khan colocó a personas de su confianza en la jerarquía militar afgana. Además, controlaba las fuerzas de seguridad en Kabul. Los estadounidenses tenían tanto miedo de que intentara deponer a Karzai, quien carecía de milicia propia para protegerle, que proporcionaron al líder afgano guardaespaldas americanos.

Fahim Khan disfrutaba de su fama de tipo peligroso y no se esforzaba mucho por ocultar su rol en el tráfico de drogas. Según Russell Thaden, un coronel retirado del Ejército de EE. UU. que lideró la inteligencia de las fuerzas de la OTAN en Kabul de 2003 a 2004, el ministro de Defensa se puso hecho un basilisco al descubrir que fuerzas estadounidenses y británicas habían bombardeado un gigantesco laboratorio en el norte de Afganistán.[42]

En una entrevista de historia oral con el Ejército, Thaden dijo: «Fahim Khan estuvo muy molesto hasta que supo qué laboratorio había sido. Como no era de los suyos, no le pareció mal».[43]

Ryan Crocker, el embajador en funciones de Afganistán a principios de 2002, recordaba un encuentro horripilante en el cual Fahim Khan le contó con suma naturalidad que otro ministro del gobierno afgano había sido asesinado por una turba de gente en el aeropuerto de Kabul.

En una entrevista de Lessons Learned, Crocker confesó que «se reía mientras lo contaba. Después, mucho después, salió a la luz... no sé si se llegó a corroborar o no... pero salió a la luz que Khan había mandado asesinar al ministro. Pero esos primeros meses tuve la sensación de que, incluso para lo que era habitual en Afganistán, estaba en presencia de una persona totalmente maligna». [44]

Crocker regresó al país años después para una segunda etapa como embajador. Fue durante la administración Obama. Por entonces, Fahim Khan había vuelto al poder como vicepresidente de Afganistán y todavía le ponía la piel de gallina: «Cuando volví, tuve la impresión de que no participaba en grandes decisiones estratégicas u operativas. Estaba más interesado en amasar aún más millones de forma ilícita. Pero Karzai tenía que andarse con pies de plomo con él, porque podía ser peligroso. De eso no tengo dudas: podía ser peligroso. Le consideraba capaz de cualquier exceso». [45]

Fahim Khan murió por causas naturales en 2014. En su entrevista de Lessons Learned de dos años más tarde, el embajador admitió que aún le atosigaban los recuerdos del señor de la guerra: «Lo compruebo cada dos días. Pero de momento sigue muerto, que yo sepa». [46]

11

Una guerra contra el opio

En marzo de 2006, una flota de tractores Massey Ferguson [1] invadió las áridas llanuras de la provincia de Helmand, hogar de los campos de amapola más fértiles del mundo. Los tractores arrastraban pesados rastrilladores de metal con los que aplastaron hileras de amapolas frescas que habían crecido hasta la altura de la rodilla, pero que aún estaban a unas semanas de la cosecha. Un pequeño equipo de jornaleros con palos cubrió el terreno al que los Massey Ferguson no llegaban. Cruzaban campos regados con canales y sacudían los tallos uno por uno.

La invasión de los campos marcó el inicio de la operación River Dance (Danza fluvial), pregonada por Estados Unidos como un avance en su guerra contra el opio. Sobre el papel, la campaña de erradicación duraría dos meses y sería una misión conjunta de los gobiernos de Estados Unidos y de Afganistán. Pero la labor y sus costes no se repartieron por igual. Las fuerzas de seguridad afganas y los contratistas privados atacaron las cosechas y se ensuciaron las manos mientras los consultores militares y agentes del Departamento de Estado y de la DEA (el organismo de lucha antidroga) vigilaban y orientaban. Por su parte, los contribuyentes estadounidenses corrían con los gastos de la operación.

La amapola afgana, la planta de la que se extrae el opio para producir heroína, llevaba décadas dominando el mercado internacional. Pero después

de la invasión liderada por Estados Unidos en 2001, su producción alcanzó nuevas cotas. Los agricultores, que trabajaban tierras casi estériles, se aprovecharon del descalabro talibán y sembraron tanto cultivo comercial como pudieron. En 2006, los estadounidenses calculaban que la amapola suponía un tercio de toda la producción económica de Afganistán y representaba el 80 o el 90 % de toda la oferta de opio mundial.

El auge de las drogas coincidió con el resurgimiento talibán y la administración Bush concluyó que los narcodólares estaban nutriendo el despertar de la insurgencia. De resultas, la administración exigió una ofensiva contra el opio en Helmand, la provincia sureña donde los agricultores cultivaban el grueso de la planta.

En cuanto empezó la operación, dignatarios estadounidenses y afganos proclamaron su tremendo éxito. Mohammed Daud, el recién nombrado gobernador de Helmand, prometió que en dos meses no quedaría «opio en la provincia». [2] El general de división Benjamin Freakley, el comandante de la 10.ª División de Montaña, dijo que la campaña pintaba bien y presagiaba «un buen porvenir».

John Walters, el director de la Oficina para el Control de las Drogas con Bush, visitó Afganistán en plena operación. Al regresar a Washington, dijo a los periodistas en el Departamento de Estado que el país estaba «haciendo grandes progresos» y que la situación estaba «mejorando día a día». Alabó al gobernador de Helmand por «abanderar» la guerra contra el opio y declaró que todos los agricultores, líderes religiosos y representantes locales de la provincia estaban a favor de la campaña de erradicación.

No había ni rastro de verdad en sus palabras.

La operación River Dance fue un fiasco en todos los aspectos. En cables diplomáticos y entrevistas con el Ejército, representantes estadounidenses la describieron como una calamidad mal planificada que se tambaleó desde el principio. Según el teniente coronel Michael Slusher, un oficial de la Guardia Nacional de Kentucky que asesoró a soldados afganos durante la

campaña: «Dicen que fue un gran éxito. A mí me parece una trola».[3] Y añadió que toda la operación no había «servido para nada».

Los tractores se atascaban en las acequias y los campos. Las excavadoras y los vehículos militares se averiaban constantemente. El método de azotar las plantas con los báculos resultó ser tan ineficaz que los líderes la desecharon enseguida.

El 24 de abril, la campaña sufrió otro varapalo. Un avión arrendado por el Departamento de Estado con dieciséis personas a bordo, la mayoría de ellas estadounidenses expertos en la lucha antidroga, se estrelló en Helmand. Impactó contra una hilera de casas hechas con ladrillo de adobe. En ese momento, representantes de Estados Unidos y de la OTAN dijeron que solo habían muerto dos pilotos ucranianos, pero los noticieros aseguraron que también habían perdido la vida dos niñas afganas.

Mike Winstead, un coronel del Ejército de EE. UU. que ayudó a coordinar la operación River Dance, dijo que la devastación había sido mucho peor. En una entrevista de historia oral con el Ejército, explicó que había ido rápidamente a ayudar a extraer los cuerpos de unos quince afganos de sus casas, destrozadas.[4] Del lugar del siniestro también recuperó un maletín con documentos clasificados y una bolsa con 250.000 dólares en efectivo,[5] enviados por el Departamento de Estado para sufragar las medidas contra la amapola.

El accidente fue el emblema de la futilidad de la campaña. «No tengo claro que la situación fuera mucho mejor al final de la campaña. Sufrimos muchísimo»,[6] dijo Winstead.

Para más inri, a medida que la temporada de floración avanzaba y las amapolas pintaban una espectacular estampa con flores rosas y blancas, muchos afganos de los equipos de erradicación desertaron.[7]

Según un cable diplomático estadounidense, la mayoría de los bastoneros «abandonaron sus puestos» cuando supieron que podían ganar mucho más cultivando opio para los agricultores que acabando con las

plantaciones para el gobierno afgano. Los labradores ofrecían sueldos que quintuplicaban los del gobierno, en efectivo o en especie (drogas). Al concluir la operación River Dance, el personal antidroga había pasado de tener quinientos efectivos a menos de cien. [8]

Para encubrir la debacle, los representantes afganos mintieron en sus informes respecto al número de hectáreas de amapolas desmanteladas. [9] Exageraron las cifras con unos cuantos ceros. En un par de cables diplomáticos enviados a Washington en mayo, la Embajada de EE. UU. en Kabul admitió que solo se había destruido «una cantidad simbólica» [10] del cultivo de amapola y arrojó dudas sobre las estadísticas oficiales afganas. Con todo, el Departamento de Estado avaló las falseadas cifras ante el Congreso y las citó como prueba del éxito de la misión. [11]

Lo que sí consiguió la operación River Dance fue enfurecer a los agricultores de amapola de Helmand. Para sabotear a los erradicadores, enterraron bombas caseras y otras trampas cazabobos e inundaron los campos para que los tractores quedaran atascados. Muchos acusaban a los americanos de quitarles el sustento. Estaban especialmente indignados por que destruyeran un producto que se consumía en gran medida en Occidente. Según Winstead: «Muchos lugareños me preguntaban: “Coronel, ¿por qué os estáis cargando un producto que los vuestros consumen y desean?”. No lo entendían». [12]

Cuando resultó evidente que sus aliados del gobierno afgano estaban embolsándose gran parte de los beneficios del opio de Helmand y que estaban usando la operación River Dance para castigar a la competencia, los estadounidenses se ruborizaron. Bien entrada la operación, se dieron cuenta de que los estaban utilizando.

Un cable diplomático del 3 de mayo firmado por el embajador Ronald Neumann destacó al gobernador adjunto y al jefe de policía de Helmand como «individuos especialmente corruptos». [13] El cable admitía que los cultivos principales de amapola de la provincia habían salido indemnes

porque estaban bajo el control de «poderosos líderes tribales» y funcionarios con «considerables intereses y un buen grado de influencia». La policía afgana también recibía pagos de los agricultores a cambio de perdonar sus campos del arrasamiento. Visto lo visto, los estadounidenses corrían el riesgo de colaborar con una extorsión a gran escala.

El mayor Douglas Ross, un consejero militar integrado en una unidad de soldados afganos, tildó la River Dance de «operación ilegal» y temió que pudiera provocar una revuelta colosal contra las fuerzas estadounidenses y afganas. En una entrevista de historia oral con el Ejército, dijo: «Si hay alguien allí desplumando a la gente y nosotros garantizamos la seguridad, estamos enviando un mensaje incorrecto. Ya te digo que al final de la operación, el pelo se me había vuelto blanco». [14]

La campaña contra la amapola afectó sobre todo a agricultores pobres que no tenían conexiones políticas o dinero para los sobornos. Desolados y en la más extrema pobreza, se convirtieron en reclutas perfectos de los talibanes.

En una entrevista de historia oral con el Ejército, el coronel Dominic Cariello, un oficial de la Guardia Nacional de Wisconsin que asesoró a una unidad del Ejército afgano durante la operación, dijo: «El 90 % de los ingresos de la gente en la provincia de Helmand provienen de la venta de amapola. Ahora se lo estamos quitando. Pues claro que cogerán las armas y te dispararán. Les estás robando el sustento. Tienen una familia que alimentar». [15]

Los labradores que no se presentaban voluntarios para la insurgencia solían ser reclutados de todas formas. Antes de la siembra, muchos habían firmado pactos con los narcotraficantes y habían prometido entregar una cantidad fija de resina seca, o «goma», al final de la estación. Arrasados sus cultivos, tenían una presión enorme por pagar la deuda.

En una entrevista de historia oral con el Ejército, el mayor John Bates, edecán del subcomandante de las fuerzas estadounidenses en Afganistán,

declaró que «al narcotraficante no le importa de dónde venga la goma, pero te dirá: “En invierno te di 2.000 dólares y me debes 18 kilos. Si no me puedes entregar la goma, te mataré a ti, a tu esposa y a tus hijos. O también puedes coger esta arma y ayudarme a luchar contra los americanos”». [16] Y añadió: «Estábamos fastidiando a toda la provincia. Helmand estalló». [17]

Antes de la operación River Dance, Helmand fue un frente relativamente tranquilo en la guerra con los talibanes. Pero una vez iniciada la operación, los insurgentes entraron en tromba. En un cable del 3 de mayo, Neumann informó de lo siguiente: «Parece que la campaña también ha atraído más talibanes a Helmand. Quizá estén intentando proteger su propio interés financiero y ganarse el favor de la población local protegiendo de algún modo sus cosechas de amapola». [18] Dos semanas después, otro cable de la Embajada de EE. UU. señaló que la seguridad en Laškar Gāh, la capital de la provincia, era muy mala y seguía deteriorándose. [19]

El pico de violencia de mayo coincidió con la llegada de tropas británicas a Helmand, consecuencia de una remodelación en la distribución de fuerzas de la OTAN. Los británicos demostraron falta de preparación y se vieron desbordados. Slusher, el miembro de la Guardia Nacional de Kentucky, dijo esto de las tropas caídas o heridas en combate: «En cuanto traspasamos el mando a los británicos, en menos de una semana se dispararon los caídos y heridos en combate. Los señores de la guerra intervinieron, los talibanes intervinieron y la cosa se puso fea». [20]

Pese a las alabanzas públicas de los representantes estadounidenses y afganos, la operación River Dance se convirtió en uno de los desaciertos estratégicos más grandes de la guerra. En vez de generar confianza en el gobierno afgano y cortar las fuentes de ingresos talibanes, la campaña en Helmand de 2006 ayudó a transformar la región en un bastión letal de los insurgentes.

Las fuerzas de Estados Unidos, de la OTAN y de Afganistán pagarían un alto precio por el error durante el resto de la guerra.

Los plantadores afganos llevan generaciones plantando variedades de la amapola, la *Papaver somniferum*. En el valle del río Helmand crece particularmente bien gracias a la extensa red de canales financiados por los contribuyentes americanos. En los años sesenta, en plena guerra fría, la USAID construyó los canales para estimular la producción de algodón y otros cultivos en el sur de Afganistán.

En plena floración, las flores de la amapola irradian majestuosos e incandescentes tonos de blanco, rosa, rojo y morado. Cuando caen los pétalos, en el extremo superior del tallo queda una cápsula del tamaño de un huevo. Durante la cosecha, los labriegos cortan las cápsulas para drenar un látex blanco lechoso, que se seca y se convierte en resina. Es un cultivo comercial ideal para Afganistán. A diferencia de las frutas, las verduras y los granos, la resina no se pudre ni atrae plagas. Es fácil de almacenar y se puede transportar a grandes distancias.

Los traficantes llevan la resina del opio a laboratorios o refinerías, donde se procesa para fabricar morfina y heroína. El opio afgano satisface la demanda de heroína en Europa, Irán y otras partes de Asia. Uno de los pocos mercados que no domina es el de Estados Unidos, que obtiene la mayor parte de la droga de México.

Es irónico, pero la única fuerza capaz de poner límite al sector de la droga afgano han sido los talibanes.

En julio de 2000, cuando los talibanes controlaban la mayor parte del país, su ermitaño y tuerto líder, el mulá Mohammed Omar, declaró que el opio contravenía las normas islámicas y prohibió el cultivo de amapola. El resto del mundo se quedó de piedra, pero la prohibición funcionó. Por miedo a irritar a los talibanes, los agricultores afganos dejaron de plantar amapola de inmediato. Naciones Unidas calculó que el cultivo de la planta se desplomó un 90 % del año 2000 al 2001.

La declaración provocó un terremoto en el mercado global de heroína y fue un mazazo para la economía afgana. Años más tarde, los afganos recordaban el momento con asombro y decían que evidenciaba la impotencia de Estados Unidos y sus aliados del gobierno afgano en las batallas contra el opio.

En una entrevista de Lessons Learned, Tooryalai Wesa, ex gobernador de la provincia de Kandahar, dijo que «cuando los talibanes ordenaron parar el cultivo de amapola, el mulá podía hacer cumplir el decreto con un solo ojo. Una vez aprobada la norma, nadie cultivó amapola. [...] Cuando llovieron miles de millones de dólares para el Ministerio Antidroga, lo cierto es que no menguó [nada] el cultivo de amapola. Incluso aumentó». [21]

Los talibanes habían esperado que la prohibición del opio les ganara el favor de Washington e instara a Estados Unidos a prestar ayuda humanitaria. Pero esas esperanzas se diluyeron con los ataques del 11S de Al Qaeda, organización a la que los talibanes habían concedido refugio.

En cuanto las fuerzas armadas estadounidenses invadieron el país y expulsaron del poder a los talibanes en 2001, los agricultores afganos volvieron a sembrar las semillas. Los estadounidenses y sus aliados reconocían que seguramente el problema se iba a agravar, pero no lograron acordar ningún plan.

Estados Unidos estaba obcecado con cazar líderes de Al Qaeda. El Departamento de Estado ya tenía suficiente con intentar consolidar el nuevo Estado afgano. Aunque la amapola no tenía nada que ver con el motivo por el que se había declarado la guerra, algunos congresistas y senadores presionaron a la administración Bush para que se priorizara la cuestión.

En 2002, Michael Metrinko, el diplomático estadounidense que sobrevivió al cautiverio durante la crisis de rehenes en Irán, visitó el abandonado complejo de la Embajada en Kabul y dijo que «en el Congreso todo el mundo se subió al carro en el acto». [22] En una entrevista diplomática de historia oral, recordó una conversación con un político no identificado

que estaba consumido por el proyecto: «Miré al congresista y le dije: “Señor, aún no tenemos ni un retrete operativo en la Embajada. Comparto uno con unos cien hombres más. ¿Qué prioridad quiere que le dé a intentar acabar con la producción de droga en el otro extremo del país?”». [23]

El presidente George Bush convenció a la ONU y a los aliados europeos para urdir una estrategia antiamapola. En la primavera de 2002, los británicos, que habían aceptado la misión, hicieron una oferta irresistible. Convinieron en pagar a los agricultores de amapola 700 dólares por acre [24] (unos 1.700 por hectárea) por destruir sus cosechas, lo cual era un dineral en un país empobrecido y desolado por la guerra. El rumor sobre el inicio de un programa de treinta millones de dólares provocó un rapto de cultivo de amapola. Los agricultores plantaron tanta como pudieron, ofreciendo parte de su cultivo a los británicos para que lo destruyeran y vendiendo el resto. Otros cosecharon el látex justo antes de destruir las plantas y cobraron igualmente. Según Metrinko: «Los afganos son como la mayoría: están encantados de aceptar grandes sumas y prometer cualquier cosa sabiendo que te vas a marchar. Los británicos llegaban y entregaban cantidades de dinero. Los afganos decían: “Sí, sí, sí, lo quemaremos ahora mismo”. Y entonces se iban. Ingresaban dinero de dos sitios por la misma cosecha». [25]

En una entrevista de Lessons Learned, Anthony Fitzherbert, un experto agrícola británico, señaló que el programa de dar dinero a cambio de destruir los cultivos fue «una espantosa muestra de total ingenuidad». [26] Afirmó que la gente al mando no conocía en absoluto los pormenores: «Y no sé si les importaba ni un comino».

En 2004, mientras los afganos labraban más y más tierras y los británicos se veían desbordados, la administración Bush empezó a reconsiderar su rol. Pero la burocracia estadounidense carecía de consenso y dirección para abordar el problema. La INL (Oficina Internacional de Estupefacientes y Aplicación de la Ley) del Departamento de Estado debía

supervisar la política. Pero según el teniente general David Barno, comandante de las fuerzas estadounidenses entre 2003 y 2005, en ese momento la INL solo tenía un empleado destinado a la Embajada de Kabul. [27]

Comparativamente al Departamento de Estado, el Ejército de EE. UU. poseía más recursos, pero los comandantes no veían claro meterse en ese embrollo. No pensaban que luchar contra los narcotraficantes fuera parte de la misión y estaban preocupados. Atacar a los agricultores podía amenazar a sus tropas. La CIA era reacia a poner en peligro sus relaciones con los señores de la guerra por el tema de las drogas. Los aliados de la OTAN tampoco se ponían de acuerdo en lo que había que hacer.

El general de división británico Peter Gilchrist, que fue subcomandante de Barno entre 2004 y 2005, dijo en una entrevista de historia oral con el Ejército que «no había literalmente ninguna coordinación. Pero había muchas pugnas entre agencias. Y no solo entre sus agencias, sino entre las suyas y las nuestras, las británicas. Era un galimatías. No funcionaba y punto. No estábamos nada engrasados». [28]

En noviembre de 2004, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld envió un copo de nieve a Doug Feith, el responsable de política del Pentágono. En él protestaba por la falta de rumbo estratégico de la administración Bush: «Con respecto a la estrategia antidroga para Afganistán, parece que no está sincronizada y que no hay nadie al volante». [29]

Entre 2004 y 2006 aumentaron los atentados suicidas y otros tipos de ataques. Miembros del Congreso y agentes de la DEA y la INL alegaban que los beneficios del opio estaban alimentando la insurgencia. Otras voces argumentaban que las fuentes de financiación y las motivaciones detrás de la insurgencia eran más complejas, pero perdieron el debate. La administración Bush decidió ser más intransigente con los labradores afganos de amapola y reservó 1.000 millones de dólares al año para programas como la operación River Dance.

Al declarar el opio el enemigo, Estados Unidos abrió un segundo frente en la guerra de Afganistán.

Barnett Rubin, experto académico en Afganistán y antiguo asesor de la ONU, dijo que la administración Bush había malinterpretado los factores del resurgimiento talibán. En una entrevista de Lessons Learned, dijo: «Por algún motivo se nos ocurrió la explicación de las drogas: los talibanes se benefician de las drogas y, por tanto, las drogas son la causa de los talibanes». [30]

Pero aparte de los talibanes, había más gente que se estaba lucrando con el comercio de las drogas. Gobernadores, señores de la guerra y otros altos dignatarios afganos, supuestamente aliados de Washington, se volvieron dependientes del negocio, llevándose una mordida de agricultores y traficantes que operaban en sus áreas de influencia. Estados Unidos y la OTAN tardaron mucho en reconocer que la corrupción relacionada con el narcotráfico estaba entorpeciendo el esfuerzo bélico y amenazaba con convertir Afganistán en un «narcoestado».

En un copo de nieve de octubre de 2004, Rumsfeld notificó a varios miembros destacados del Pentágono que la ministra de Defensa francesa, Michèle Alliot-Marie, estaba inquieta por que el sector del opio debilitara el control sobre el país del presidente Hamid Karzai: «Cree que es importante actuar pronto para evitar que los narcodólares elijan al Parlamento afgano y, luego, este se oponga a Karzai y corrompa el gobierno». [31]

Un año después, Neumann hizo sonar la misma alarma. En un cable clasificado de septiembre de 2005 para Washington, dijo: «Muchos de nuestros contactos temen, lógicamente, que el floreciente sector de los narcóticos dispare la corrupción en el país y escape a cualquier control. Tienen miedo de que la ingente cantidad de dinero ilegal procedente del cultivo, el procesamiento y el tráfico de opio asfixie al legítimo Estado de Afganistán justo cuando acaba de nacer». [32]

Pero los líderes estadounidenses seguían sin saber qué hacer.

Cuando la operación River Dance demostró lo absurdo que era atacar los campos de amapola con tractores y palos, algunos miembros de la administración Bush y políticos presionaron para adoptar un plan más agresivo, como el que Washington había apoyado en Colombia para combatir el tráfico de cocaína. Una parte esencial de ese programa, conocido como Plan Colombia, era la fumigación aérea con herbicidas para erradicar las plantas de coca. La administración Bush celebró como un éxito el Plan Colombia, a pesar de que se decía que los herbicidas podían provocar cáncer.

Algunos líderes dudaban de que pudiera funcionar en Afganistán, por esos motivos y por otros. John Wood, un miembro del Consejo de Seguridad Nacional con Bush, dijo en una entrevista de Lessons Learned que el entonces presidente de Colombia, Álvaro Uribe, era un aliado fiable que apoyaba la fumigación aérea: «Uribe era un líder creíble y veía un vínculo entre la insurgencia y las drogas. Además, el Ejército colombiano era competente». [33]

En cambio, las fuerzas de seguridad afganas eran mucho más débiles y el presidente Karzai estaba menos por la labor. En público, Karzai declaró una «guerra santa» a la amapola y dijo que el negocio era «más peligroso que el terrorismo». Pero, en privado, albergaba serias dudas.

Karzai y los ministros de su gabinete rechazaron la propuesta de fumigación estadounidense. Les asustaba que los herbicidas pudieran contaminar el agua y los suministros de comida, y que los afganos de las zonas rurales se rebelaran si su gobierno permitía a extranjeros soltar extrañas sustancias desde el cielo. En una entrevista de Lessons Learned, Zalmay Khalilzad, embajador de Estados Unidos en Kabul de 2003 a 2005, dijo que «Karzai pensaba que los afganos verían la medida como un ataque químico contra ellos». [34]

Además, los dignatarios afganos sabían que si la fumigación funcionaba, aplastaría el único retal de la economía nacional que iba viento en popa. Y

eso desilusionaría aún más a los habitantes de las zonas rurales.

En una entrevista diplomática de historia oral, Ronald McMullen, que dirigía la oficina afgano-pakistaní de la INL, dijo: «Alentar a Karzai a organizar una campaña efectiva contra el narcotráfico era como pedir a un presidente americano que paralizara toda la actividad económica de Estados Unidos al oeste del Misisipi. Esa era la magnitud de lo que les estábamos pidiendo a los afganos». [35]

Los militares estadounidenses eran igual de recelosos de la fumigación, pese a que la administración Bush respaldaba la idea. Para la mayoría de los comandantes, el opio era un problema de orden público. También les daban miedo los posibles riesgos para la salud de sus tropas. Y la situación les devolvía a la guerra de Vietnam, cuando las fuerzas estadounidenses arrojaron agente naranja, un defoliante tóxico, sobre las selvas tropicales.

La reticencia de los cuadros militares irritó a algunos congresistas y senadores. Políticamente, era difícil explicar a los votantes por qué los americanos estaban librando una guerra para rescatar al mayor productor de opio del mundo. La cosa se puso aún más fea cuando los periódicos publicaron fotos de soldados estadounidenses patrullando a pie por campos de amapola en plena floración, pues la mayoría de las unidades tenían órdenes de no involucrarse en el hacer de los agricultores.

Poco después de iniciarse la operación River Dance en marzo de 2006, una delegación del Congreso liderada por el representante republicano Michigan Peter Hoekstra visitó Afganistán. Su misión era comentar los planes contra la amapola con agentes americanos, afganos y británicos. La INL organizó un vuelo en helicóptero por la zona central de Helmand para que los políticos lo vieran en primera persona.

Los congresistas vieron amapola creciendo por todas partes. No daban crédito. [36] Según un cable diplomático que resumió la visita, había plantaciones cerca de caseríos, en campos rodeados por muros de adobe e incluso alrededor de la capital provincial de Laškar Gāh: «De veras, había

campos de amapola por todas partes. Desde el helicóptero se apreciaban sin dificultad cientos de sembrados gigantescos, con plantas en diferentes estadios de crecimiento. Muchos estaban en plena floración».

Con todo, algunos altos diplomáticos estadounidenses dijeron comprender la reticencia militar de enemistar a los agricultores y jornaleros. Según Richard Boucher, que supervisó la política en Asia Meridional para el Departamento de Estado de 2004 a 2008: «Empatizo con las tropas. Si yo llevara un chaleco táctico y hubiera amapolas, simplemente diría: "Mira qué flores más bonitas". No estaban ahí para podar flores y esperar a que alguien les empezara a disparar de repente». [37]

Durante la etapa de Neumann como embajador, entre 2005 y 2007, él y otros miembros de la Embajada de EE. UU. en Kabul intentaron convencer a los miembros del Congreso de que el país tenía que pensar a largo plazo. Según Neumann, tendrían que pasar muchos años antes de que los afganos pudieran transformar su economía rural y encontrar alternativas realistas al cultivo de la amapola.

En una entrevista de Lessons Learned, dijo que había «una presión enorme por lograr resultados a corto plazo». [38] Añadió que la erradicación terrestre y la fumigación aérea eran «iniciativas del Congreso, que quería ver algo tangible», aunque era obvio que no era una solución sencilla. «Washington no lo entendía. Para que una campaña contra la droga fuera un éxito, tendría que ir acompañada de una colosal campaña de desarrollo rural.»

A finales de 2006, nadie dudaba de que la operación River Dance no había servido para mucho. Ese año, Afganistán recolectó un volumen récord de opio. Según las estimaciones de la ONU, el número de acres cultivados creció un 59 %. Y el año siguiente la cosecha fue todavía más abundante, incrementándose otro 16 %.

En 2007 la Casa Blanca nombró a otro embajador: William Wood, antiguo delegado del gobierno en Colombia y ferviente partidario de la

fumigación aérea. Apodado Bill el Químico, Wood presionó a Karzai para que aceptara una gran campaña de fumigación. Pero por entonces el líder afgano andaba ya con la mosca detrás de la oreja y dudaba de las garantías de Washington respecto a la seguridad de los herbicidas. Se negó incluso ante las súplicas de Bush. Ya había dictado sentencia.

En enero de 2008, Richard Holbrooke, un ex embajador de Estados Unidos en las Naciones Unidas, arremetió duramente contra la guerra del opio de la administración Bush en un artículo de opinión en *The Washington Post*. Dijo que el énfasis en la erradicación «podía ser el programa más ineficaz en la historia de la política exterior americana». [39]

«No solo es tirar el dinero, sino que refuerza a los talibanes y a Al Qaeda», [40] escribió Holbrooke. Al final, exigía una puesta al día de las «desastrosas políticas antidroga» del gobierno de Estados Unidos en Afganistán.

Pronto tendría la ocasión de probar sus métodos.

Cuarta parte
La extralimitación de Obama
2009-2010

12

Doblar la apuesta

Con su habitual cara de póquer, el 11 de mayo de 2009 el secretario de Defensa Robert Gates entró con paso firme en la sala de reuniones del Pentágono para ofrecer a una rueda de prensa organizada a toda prisa. Con la mano izquierda agarraba una declaración de cuatro páginas doblada por la mitad para ponerla a salvo de miradas curiosas. Se sentó a una mesa junto al almirante Mike Mullen, jefe del Estado Mayor Conjunto, para enfrentarse a unas tres docenas de periodistas que no tenían la menor idea de por qué habían sido convocados. Un silencio solo alterado por el clic de las cámaras fotográficas invadió la sala.

Gates, poco amigo de hablar por hablar, fue directo al grano. Hizo una breve alusión a la noticia del día —inexplicablemente, un sargento del Ejército de EE. UU. había acribillado a balazos a cinco compañeros militares en un centro de salud iraquí— y, sin alterar su semblante sombrío, empezó a leer su declaración. Dijo que tras una cuidadosa revisión de las operaciones en Afganistán había llegado a la conclusión de que el Ejército de EE. UU. «puede y debe hacerlo mejor», y que la guerra requería «nuevas ideas y nuevos enfoques».

Entonces soltó el notición: cinco días antes había despedido al general del ejército David McKiernan, comandante de las tropas de Estados Unidos y la OTAN en Afganistán. A pesar de la notoria propensión del Pentágono a

las filtraciones, Gates había mantenido el bombazo en secreto. Hasta los periodistas que habían viajado con él a Afganistán la semana anterior y se habían reunido con McKiernan no tenían ni idea.

Tras dos años y medio de ejercicio en el Pentágono, Gates se había ganado una reputación de jefe poco escrupuloso que trataba a los mandos a toque de campana. Pero destituir a un comandante de guerra era una cosa muy distinta. El último caso destacado se había producido en 1951, cuando el presidente Truman relevó al general Douglas MacArthur por insubordinación durante la guerra de Corea.

Finalmente, Gates optó por salvaguardar su secreto antes que explicar por qué había tomado una medida tan drástica y dijo que McKiernan no se había negado a cumplir ninguna orden ni había hecho nada malo. «No ha sido por nada en concreto», dijo, simplemente era «el momento de un nuevo liderazgo y una mirada distinta».

El almirante Mullen fue igualmente críptico. Dijo que se sentía «muy animado por los progresos que se están haciendo» en algunas zonas de Afganistán, pero también pensaba que, no obstante, había llegado «la hora de un cambio».

Los periodistas miraron a Gates y a Mullen con escepticismo. Barbara Starr, corresponsal de la CNN de lengua afilada y asidua en los pasillos del Pentágono, les incitó a que dieran una respuesta más elaborada. «¿Es solo una pérdida de confianza?», preguntó. «Ustedes me perdonarán, pero todavía no he escuchado nada sobre por qué los dos piensan que [McKiernan] no podría hacer su trabajo.»

Gates repitió la consigna de que había llegado la hora de un cambio. Señaló que el presidente Barack Obama, el nuevo comandante en jefe, había revelado su «estrategia integral» para la guerra hacía seis semanas y había acordado enviar 21.000 soldados más a Afganistán, con lo que el total de efectivos estadounidenses se elevaría a unos 60.000. Debido a esos cambios, dijo Gates, él y Mullen querían un nuevo comandante de guerra:

el general del Ejército Stanley McChrystal, un guerrero avezado en operaciones especiales que había trabajado para Mullen en el Estado Mayor Conjunto.

A primera vista, la abrupta destitución de McKiernan no tenía mucho sentido. Habían sido los propios Gates y Mullen quienes lo habían elegido para el puesto hacía once meses. Desde que aterrizó en Afganistán, McKiernan había estado pidiendo más tropas y equipos, y ahora que los refuerzos por fin llegaban, le daban la patada.

Pero McKiernan había violado una regla tácita. En los últimos días de la administración Bush se había convertido en el primer general en Afganistán que admitió que la guerra no iba bien. A diferencia de otros oficiales al mando, no engañaba al público con retórica falaz y habló sin rodeos hasta el final.

El 6 de mayo de 2009, en la que acabó siendo su última rueda de prensa en Kabul, McKiernan describió la guerra como en «punto muerto» en el sur y como «una lucha muy dura» en el este. Horas después, durante una cena privada en el cuartel general, Gates le dio el finiquito.

De forma intencionada o no, tanto Gates como Mullen habían enviado un mensaje al resto de las fuerzas armadas estadounidenses: habían despedido al comandante general por decir la verdad.

Días antes de su cese, McKiernan confió a otros oficiales destinados en Afganistán que sus valoraciones sinceras y sus repetidas peticiones de más tropas habían molestado a los altos funcionarios del Pentágono. En una reunión con el general de brigada del Ejército John Nicholson, comandante en la región de Kandahar, McKiernan dijo: «Puede que hayamos hecho demasiado bien al explicar lo mal que van las cosas aquí», según explicó el mayor Fred Tanner, asistente militar de Nicholson. [1]

Rememorando los hechos en una entrevista de historia oral del ejército, Tanner apunta a que McKiernan ya debía de conocer su destino: «Lo dijo

con mucha profesionalidad. No estaba enfadado. Pero, mirando atrás, puedo pensar que acababa de recibir la noticia». [2]

El cambio en la cúpula militar generó titulares, pero no consiguió resolver los problemas subyacentes. Por el contrario, provocó más dudas e incertidumbre sobre la errática estrategia bélica de Estados Unidos.

Obama ganó las elecciones en 2008 después de haber prometido poner fin a la impopular guerra de Irak y prestar más atención a la de Afganistán. En ese momento, debido al 11S, la mayoría de los estadounidenses todavía consideraban la guerra de Afganistán una causa justa.

Después de tomar posesión de su cargo, Obama retuvo a Gates —republicano— como secretario de Defensa y lo puso al frente de lo que el presidente denominó una nueva «estrategia integral» para Afganistán. Obama dijo que haría hincapié en aumentar la diplomacia con Pakistán, donde los líderes talibanes y de Al Qaeda habían encontrado refugio y rejuvenecido sus redes. Pero la nueva estrategia se parecía en gran medida a la anterior. Obama siguió a rajatabla el plan de Bush de contención de la insurgencia y fortalecimiento del gobierno afgano hasta que pudiera valerse por sí mismo.

Sobre el terreno, las tropas estadounidenses siguieron lidiando con muchas de las preguntas que habían quedado sin respuesta desde 2001. ¿Cuáles eran sus metas, puntos de referencia y objetivos específicos? En otras palabras, ¿para qué estaban combatiendo?

En 2009, muchos soldados, marinos, aviadores y miembros del Cuerpo de Marines ya habían pasado varios períodos de servicio en Afganistán y cada vez que se reincorporaban encontraban menos sentido a la guerra. Años de persecución de presuntos terroristas no los habían llevado a ninguna parte. Los talibanes seguían resistiendo. «En aquel momento, miraba a Afganistán y pensaba que tenía que haber otra manera de resolver el problema que no fuera matando a la gente, porque eso era lo que estábamos haciendo, y cada vez que volvía, la seguridad había empeorado»,

dijo en una entrevista de Lessons Learned el general de división del Ejército Edward Reeder Jr., un comandante de Operaciones Especiales que sirvió en seis misiones de combate en Afganistán. [3]

El mayor George Lachicotte, nacido en Caribou (Maine), fue destinado por primera vez a Afganistán en 2004 como oficial de infantería. Cinco años después regresó como jefe de equipo del 7.º Grupo de las Fuerzas Especiales a las órdenes de Reeder. «Era mucho más enrevesado. Era mucho más difícil saber quién era el enemigo y quién no», dijo en una entrevista de historia oral del Ejército. «Los tipos que un día eran el enemigo, al día siguiente ya no lo eran.» [4]

En la mitad de su despliegue en 2009, mientras los estadounidenses trasladaban tropas para reforzar las asediadas fuerzas de la OTAN en el sur de Afganistán, el equipo de las Fuerzas Especiales de Lachicotte fue redesplegado repentinamente de la provincia de Helmand a la vecina Kandahar sin recibir muchas explicaciones. «No había una estrategia clara», dijo. [5]

Joseph Claburn, nacido en Alabama, era un joven teniente primero del Ejército en la 101.ª División Aerotransportada cuando fue destinado por primera vez a la zona de guerra en 2001. Su unidad luchó en la operación Anaconda, la última gran batalla contra las fuerzas de Al Qaeda, en marzo de 2002. Cuando regresó a Afganistán seis años después, lo habían ascendido a mayor. Como oficial de brigada del Estado Mayor con fuerzas británicas en Kandahar, le resultaba difícil visualizar cómo o cuándo podrían terminar los combates. «¿Cómo deberán ser las cosas cuando llegue el momento de irnos?», preguntó Claburn en una entrevista de historia oral del Ejército. «Si tuviera que escribirle ahora mismo en un papel "así deben estar para que podamos irnos", diría que podríamos seguir allí por un tiempo extremadamente largo.» [6]

La nueva estrategia de Obama apenas duró unos meses. Tan pronto como McChrystal asumió el mando de la guerra en junio de 2009, ordenó una

nueva revisión de la estrategia bélica; una clara señal de que el conflicto se había deteriorado más si cabe y de que no creía que el plan del presidente fuera a funcionar.

Hijo de un general de dos estrellas del Ejército, McChrystal había servido anteriormente en Afganistán, pero se había hecho notar en Irak, donde dirigió un grupo de Operaciones Especiales que persiguió y mató a cientos de líderes insurgentes. Había establecido un vínculo muy estrecho con el general del Ejército David Petraeus, comandante de las tropas estadounidenses en Irak y arquitecto de la estrategia de contrainsurgencia del Pentágono en ese país. Desde entonces, Petraeus había sido ascendido a jefe del Mando Central de Estados Unidos, desde donde supervisaba las operaciones militares en Oriente Medio y Afganistán. Había recomendado a McChrystal para el puesto de comandante de guerra en Afganistán.

Ambos generales alimentaban una imagen pública de superhombres cerebrales, adictos al trabajo, capaces de llevar a cabo varias tareas a la vez.

Petraeus, de 56 años, se había doctorado en Princeton y le encantaba retar a los periodistas a torneos de flexiones. Y si estos podían seguirle el ritmo durante sus carreras diarias de ocho kilómetros, respondía a sus preguntas.

McChrystal, de 54 años, transmitía la imagen de un capataz asceta que consumía audiolibros mientras corría trayectos de trece kilómetros. No tenía tiempo para desayunar o almorzar. «Se presiona a sí mismo sin piedad, duerme cuatro o cinco horas por la noche y solo come una vez al día», dijo de él *The New York Times Magazine* en una reseña. [7]

Recién llegados de su experiencia en Irak, McChrystal y Petraeus querían adoptar una estrategia de contrainsurgencia en Afganistán. Otros generales llevaban desde 2004 tratando de poner en práctica un enfoque similar, pero solo disponían de una pequeña parte de los efectivos que McChrystal y Petraeus consideraban necesarios.

Algunos oficiales del Ejército con experiencia en Afganistán pensaron que McChrystal, Petraeus y sus ayudantes eran unos arrogantes al asumir que podrían implementar su versión de la contrainsurgencia ignorando las lecciones aprendidas por los comandantes anteriores. «Fue decepcionante volver en 2009 y escuchar a una gente ebria de sus éxitos en Irak decir que "ahora voy a arreglar las cosas en Afganistán"», dijo en una entrevista de historia oral del Ejército el mayor John Popiak, oficial de inteligencia de la Agencia de Seguridad Nacional destinado tres veces en Afganistán entre 2005 y 2010. «Personalmente, creo que es erróneo afirmar que la buena contrainsurgencia comenzó cuando el general McChrystal llegó a Afganistán.» [8]

McChrystal terminó su revisión de la estrategia en agosto de 2009. Su informe clasificado de sesenta y seis páginas pedía una campaña de contrainsurgencia con «recursos adecuados». [9] Como parte de estos recursos quería hasta 60.000 soldados más, casi el doble de los que ya tenía. El nuevo comandante de guerra también reclamaba una inyección masiva de ayudas para construir el gobierno afgano y ampliar el tamaño de su ejército y fuerza policial. Al mismo tiempo, presionó para restringir las normas de combate de las fuerzas estadounidenses para limitar las bajas civiles en los ataques aéreos y las incursiones, un problema recurrente que enfurecía a muchos afganos.

Pero la nueva estrategia de McChrystal no abordaba otros defectos básicos que socavaban los esfuerzos en Afganistán. Desde su alarmante falta de conexión, Estados Unidos y sus aliados no se ponían de acuerdo sobre si estaban luchando realmente en una guerra en Afganistán, participando en una operación de mantenimiento de la paz, dirigiendo una misión de entrenamiento o haciendo otra cosa distinta. Estas diferencias eran importantes porque algunos aliados de la OTAN solo estaban autorizados a entrar en combate si era en defensa propia.

«Llamar a esto una guerra tiene grandes implicaciones», dijo en una entrevista de Lessons Learned un alto funcionario de la OTAN no identificado que ayudó a McChrystal con su revisión. «Desde el punto de vista del derecho internacional, esto tiene graves implicaciones, así que lo consultamos con el equipo jurídico y están de acuerdo en que no es una guerra.» [10] Para disimular el problema, McChrystal añadió una línea en su informe que describía el conflicto como «no una guerra en el sentido convencional». [11]

La declaración oficial de la misión de Estados Unidos y la OTAN era aún más enrevesada. Decía que el objetivo era «reducir la capacidad y la voluntad de la insurgencia, apoyar el crecimiento de la capacidad y las posibilidades de las Fuerzas Nacionales de Seguridad Afganas (ANSF, por sus siglas en inglés), y facilitar las mejoras en la gobernanza y el desarrollo socioeconómico con el fin de proporcionar un entorno seguro para una estabilidad sostenible que sea perceptible por la población».

La estrategia de McChrystal pasó por alto otra cuestión fundamental: ¿quién era el enemigo?

El primer borrador del informe de McChrystal no mencionaba a Al Qaeda porque el grupo prácticamente había desaparecido de Afganistán, según el funcionario de la OTAN que colaboró en la revisión de la estrategia. «En 2009, la percepción era que Al Qaeda ya no era un problema», dijo el funcionario. «Pero el motivo principal de estar en Afganistán era Al Qaeda, así que el segundo borrador la incluyó.» [12]

Hasta a los líderes afganos les resultaba difícil seguir la lógica de las veleidosas estrategias de guerra de Estados Unidos.

«Estoy confundido», dijo Hamid Karzai a la secretaria de Estado Hillary Clinton durante una reunión en Kabul en 2009. «Entiendo lo que se suponía que hacíamos entre 2001 a 2005. Era una guerra contra el terrorismo. Y entonces, de repente, empecé a oír a gente de su gobierno decir que no

necesitábamos matar a Bin Laden ni al mulá Omar. Y yo no sabía qué quería decir eso.»

McChrystal basó su nueva estrategia de contrainsurgencia en algunos supuestos cuestionables. Daba por hecho que la mayoría de los afganos veían a los talibanes como opresores y que se pondrían del lado del gobierno afgano si este proporcionaba seguridad y servicios públicos fiables. Sin embargo, un número considerable de afganos, especialmente en las regiones pastunes del sur y el este, simpatizaban con los talibanes. Muchos se unieron a la insurgencia porque veían a los estadounidenses como invasores infieles y al gobierno afgano como una marioneta movida desde el extranjero.

«La presencia de talibanes era un síntoma, pero rara vez tratábamos de entender cuál era la enfermedad», dijo un funcionario anónimo de la USAID en una entrevista de Lessons Learned. Cuando las fuerzas estadounidenses y afganas intentaban tomar bastiones insurgentes, a veces solo empeoraban «el cáncer porque no sabíamos por qué estaban allí los talibanes». [13]

En su revisión de la estrategia, McChrystal también minimizó la influencia decisiva de Pakistán en la guerra. Su informe reconocía la presencia de los refugios de los talibanes en Pakistán, pero concluía que Estados Unidos y la OTAN podían ganar la guerra a pesar de la protección y la ayuda que los talibanes recibían de los servicios de inteligencia pakistaníes.

Esta apreciación enfrentaba a McChrystal con otros altos funcionarios estadounidenses. Entre ellos estaba Richard Holbrooke, el veterano diplomático que había malogrado la guerra contra el opio de la administración Bush. Tras las elecciones, Obama nombró a Holbrooke como su representante especial para Afganistán y Pakistán.

Holbrooke había servido como civil en Vietnam y veía paralelismos entre esa guerra y la de Afganistán. «La similitud más importante es el

hecho de que, en ambos casos, el enemigo tenía un santuario seguro en un país vecino», declaró a la National Public Radio estadounidense.

Dejando a un lado Pakistán, Holbrooke dudaba de que la estrategia de McChrystal funcionara. «No creía [en la contrainsurgencia], pero sabía que se metería en problemas si lo decía», dijo Barnett Rubin, el experto en Afganistán que se unió al equipo de Holbrooke en el Departamento de Estado, en una entrevista de Lessons Learned. [14]

El nuevo embajador de Estados Unidos en Afganistán también albergaba serias dudas acerca de los méritos del plan de McChrystal. Karl Eikenberry, el general que habla mandarín, se había retirado del Ejército en la primavera de 2009 para convertirse en el principal diplomático de Obama en Afganistán. Después de servir dos veces en la zona de guerra, se había vuelto pesimista sobre lo que Estados Unidos pudiera lograr.

En noviembre de 2009, Eikenberry envió dos cables clasificados en los que instaba a la administración Obama a rechazar el plan de contrainsurgencia de McChrystal. En dichos cables, Eikenberry advertía que «Pakistán seguirá siendo la mayor fuente de inestabilidad afgana mientras se mantengan los santuarios fronterizos». [15] También predijo que si Obama aprobaba la petición de McChrystal de decenas de miles de efectivos adicionales, solo provocaría más violencia y «nos hundiría más». [16]

Ante la disensión en las filas, el comandante en jefe trató de encontrar una solución. En un discurso pronunciado en diciembre de 2009 en la Academia Militar de West Point, Obama anunció que desplegaría 30.000 soldados más en Afganistán. Sumados a las tropas que él y Bush ya habían autorizado, McChrystal tendría 100.000 soldados estadounidenses bajo su mando. Por otro lado, los miembros de la OTAN y otros aliados acordaron incrementar sus fuerzas hasta 50.000 efectivos.

Pero la oferta de Obama tenía gato encerrado. El presidente impuso un calendario estricto a la misión y dijo que las tropas adicionales empezarían

a volver a casa al cabo de dieciocho meses. El plazo sorprendió a muchos altos cargos del Pentágono y del Departamento de Estado, pues consideraban que era un grave error estratégico comprometerse por adelantado con una fecha de retirada y hacerla pública. Lo único que tenían que hacer entonces los talibanes era tumbarse a la bartola hasta que las fuerzas estadounidenses y de la OTAN se retiraran.

«El calendario nos fue comunicado de sopetón», dijo Petraeus en una entrevista de Lessons Learned. «Un domingo, dos días antes de que el presidente pronunciara su discurso, nos llamaron a todos y nos dijeron que nos presentáramos en el Despacho Oval esa misma noche para que el presidente nos dijera lo que iba a anunciar dos noches después. Nos quedamos de piedra.» Petraeus añadió: «Ninguno de los convocados lo sabíamos». [17]

«Y entonces nos preguntó: ¿estáis todos de acuerdo? Recorrió la sala y todos dijimos que sí. Era eso o nada.»

Barnett Rubin, el experto en Afganistán que trabajaba para Holbrooke, no coincidía con muchas de las posturas de los generales, pero, al igual que Petraeus, dijo que se quedó «estupefacto» [18] cuando escuchó a Obama revelar su calendario durante el discurso de West Point. Rubin entendía que Obama quisiera advertir al gobierno afgano y al Pentágono que Estados Unidos no lucharía en la guerra por siempre, «pero había una disparidad entre el plazo y la estrategia», dijo Rubin en una entrevista de Lessons Learned. «Con ese plazo no se podía utilizar esa estrategia.» [19]

En lugar de resolver las contradicciones internas, los funcionarios de la administración Obama dejaron de lado sus reparos y se mostraron en público como un frente unido. Prometieron que Estados Unidos no se empantanaría en Afganistán y algunos garantizaron una victoria rotunda.

«Los próximos dieciocho meses serán probablemente decisivos y, en última instancia, posibilitarán el éxito», declaró McChrystal en una

comparecencia en el Senado en diciembre de 2009. «De hecho, vamos a ganar. Nosotros y el gobierno afgano vamos a ganar.»

Pero las dudas persistían entre las tropas en el frente.

El mayor Jeremy Smith, intendente del Ejército cuya unidad instaló las primeras duchas en la base aérea de Bagram poco después de que comenzara la guerra, volvió en febrero de 2010 para cumplir un año de servicio. Apenas reconoció Bagram, que se había transformado en una ciudad de tamaño medio, pero seguía desprendiendo el mismo aroma «único». «No puedo describir el olor, hay que estar allí para conocerlo», dijo en una entrevista de historia oral del Ejército. [20]

Sin embargo, tras casi una década de guerra, Smith no apreció ningún cambio estratégico. «Más de lo mismo», [21] dijo que pensó para sus adentros. «Ya estuve al principio. Ahora vuelvo y ¡menudo panorama! Las cosas tendrían que estar más avanzadas de lo que están.»

El mayor Jason Liddell, oficial de inteligencia del Ejército que sirvió en Bagram desde noviembre de 2009 hasta junio de 2010, dijo que él y sus soldados seguían órdenes y hacían su trabajo sin rechistar, pero también que ni él ni los altos mandos estadounidenses pudieron dar ninguna explicación satisfactoria sobre por qué ponían vidas estadounidenses en peligro y qué intentaban conseguir.

«He tenido el placer de trabajar con un montón de soldados, grandes patriotas estadounidenses, y la gran pregunta que se hacen esos jóvenes es: “Oiga, señor, ¿por qué demonios estamos haciendo esto?”», explicó Liddell en una entrevista de historia oral del Ejército. [22]

«Me resulta difícil responder, porque puedo darles la respuesta escrita, pero cuando la releo y la someto a una prueba de cordura, no siempre tiene sentido», añadió. «Si como líder no puedo dar un sentido a la situación después de hacer un examen de conciencia serio, aplicando el pensamiento crítico desde la lógica, entonces tengo que poner en duda que nuestros líderes también estén aplicando el pensamiento crítico desde la lógica.» [23]

Al principio, los funcionarios de la administración Obama aconsejaron paciencia y dijeron que se necesitaría al menos un año para determinar si el aumento de tropas y la estrategia de McChrystal estaban funcionando, pero a los pocos meses ya no se resistían a pregonar el éxito de la medida.

«Las pruebas apuntan a que nuestro cambio de enfoque está empezando a dar resultados», dijo Michèle Flournoy, subsecretaria de Defensa de Obama para políticas militares, ante la Comisión de Servicios Armados de la Cámara de Representantes en mayo de 2010. Habló de «síntomas de progreso» con las fuerzas de seguridad afganas y dijo que era «cautelosamente optimista». La insurgencia, añadió, estaba «perdiendo impulso».

«¿Cuándo declararemos la victoria?», preguntó Ike Skelton, representante demócrata por Misuri y presidente de la comisión.

«Creo que estamos logrando éxitos», respondió Flournoy. «Por primera vez en mucho tiempo vamos por el camino correcto.»

Fue una muestra de optimismo prematura. Las bajas estadounidenses se dispararon y pronto alcanzarían un nivel récord, con 496 en 2010, más que en los dos años anteriores juntos.

Mientras tanto, una gran ofensiva llevada a cabo esa primavera por quince mil soldados estadounidenses, de la OTAN y afganos para tomar el control de la ciudad de Marja, un centro de contrabando de drogas situado en la provincia de Helmand, se topó con la inesperada y feroz resistencia de una fuerza mucho más pequeña de combatientes talibanes. Fue una larga campaña que McChrystal calificó de «úlcera sangrante». Los planes para asegurar la provincia de Kandahar —bastión histórico de los talibanes— sufrieron continuos retrasos.

En junio de 2010, Flournoy volvió al Congreso para declarar ante la Comisión de Servicios Armados del Senado. Reconoció los «desafíos» de la guerra, pero se mantuvo firmemente positiva. «Creemos que hemos hecho un progreso gradual pero importante», dijo.

En la sesión del Senado también testificó Petraeus. El vicepresidente del comité, el senador John McCain (republicano de Arizona), preguntó al general si estaba de acuerdo con el plazo de dieciocho meses de Obama para una retirada de las tropas. Petraeus empezó a responder, pero de repente se desplomó y se dio de cabeza sobre la mesa de comparecientes.

«Dios mío», exclamó McCain.

Petraeus perdió el conocimiento, pero se recuperó al cabo de unos instantes. Dijo que solo estaba deshidratado y volvió al día siguiente para retomar su declaración. Pareció una metáfora de cómo iba realmente la guerra.

A la semana siguiente, otro general cayó de bruces.

La revista *Rolling Stone* publicó una extensa reseña sobre McChrystal titulada «The Runaway General» («El general fugitivo») en la que incluyó citas del comandante y su personal y referencias mordaces y maliciosas a Obama, Holbrooke y otros altos funcionarios de la administración.[24] Un asesor anónimo de McChrystal se burló del vicepresidente Joseph Biden refiriéndose a él como «*Bite Me*» («Muérdeme»). Obama despidió a McChrystal por insubordinación y lo convirtió así en el segundo comandante de guerra que perdía el puesto en trece meses.

El presidente lo sustituyó por Petraeus. Por tercera vez en dos semanas, Petraeus compareció ante la Comisión de Servicios Armados del Senado para responder a preguntas sobre la guerra, esta vez para su audiencia de confirmación como nuevo comandante de las fuerzas estadounidenses y de la OTAN en Afganistán.

Petraeus dijo que seguía creyendo que estaban haciendo progresos. Sin embargo, su voz parecía apagada cuando reconoció los recientes contratiempos. «Es como vivir en una montaña rusa», comentó.

13

«Un oscuro pozo sin fondo»

Barack Obama sabía que su discurso del 1 de diciembre de 2009 sobre Afganistán sería uno de los más importantes de su presidencia. Tras meses de agónicas deliberaciones había decidido aumentar a cien mil el número de efectivos estadounidenses en la zona de guerra, el triple que cuando asumió el cargo. Necesitaba un marco solemne para pronunciar su discurso y eligió la Academia Militar de West Point, plantel de oficiales del Ejército con más de dos siglos de antigüedad, situada al norte del estado de Nueva York.

Después de la cena, unos cuatro mil cadetes enfundados en sus uniformes de lana gris entraron en el tenuemente iluminado Eisenhower Hall, el centro de artes escénicas de la academia, situado en la orilla oeste del río Hudson, para escuchar lo que su comandante en jefe les tenía preparado. En su discurso de treinta y tres minutos, Obama anunció el aumento de tropas y trató de ser franco sin parecer desesperado.

«Afganistán no está perdido, pero durante algunos años se ha ido alejando», dijo a los cadetes. «Sé que esta decisión os exige todavía más, a vosotros, como soldados, y a vuestras familias, que han tenido que soportar la peor de las cargas.»

Al mismo tiempo, Obama tenía otro mensaje destinado a un público distinto: las decenas de millones de estadounidenses que estaban escuchando su discurso en directo por la televisión nacional.

Económicamente frágil, Estados Unidos estaba recuperándose de su recesión más brutal desde la década de 1930, y la tasa de desempleo se había hundido ese otoño hasta un crítico 10 %. Obama estaba ampliando la guerra, pero trató de asegurar a la audiencia que era consciente del coste.

«No podemos permitirnos ignorar sin más el precio de estas guerras», dijo, y señaló que la administración Bush había gastado un billón de dólares en Irak y Afganistán. «El pueblo estadounidense está comprensiblemente centrado en reconstruir su economía y poner a la gente a trabajar aquí, en casa.»

Obama dijo que se oponía a un «proyecto de construcción nacional» interminable en Afganistán y prometió poner fin a la avalancha de gastos de guerra lo antes posible. «La época de firmar cheques en blanco ha terminado», declaró. «Nuestro compromiso de movilización en Afganistán no puede ser indefinido, porque la nación que más me interesa construir es la nuestra.»

Pero Estados Unidos seguiría firmando cheques en blanco.

La piedra angular de la estrategia de contrainsurgencia propuesta por la administración Obama era fortalecer el gobierno y la economía afganos. El presidente y sus generales esperaban que el pueblo afgano dejaría de apoyar a los talibanes si creía que el gobierno de Hamid Karzai podía protegerlos y prestarles servicios básicos.

Sin embargo, dos grandes obstáculos se interponían. En primer lugar, dieciocho meses no era mucho tiempo para que la estrategia de contrainsurgencia tuviera éxito. En segundo lugar, el gobierno afgano no tenía presencia en gran parte del país. Por ello, la administración Obama y el Congreso ordenaron al Ejército, al Departamento de Estado, a la USAID y a sus contratistas que reforzaran y ampliaran el alcance del gobierno afgano lo antes posible. Las tropas y los trabajadores humanitarios construyeron escuelas, hospitales, carreteras, campos de fútbol..., lo que

fuera con tal de ganarse la lealtad de la población. Y lo hicieron sin reparar en gastos.

El gasto en este país completamente desahuciado se disparó hasta límites inimaginables. En dos años, la ayuda anual de Estados Unidos para la reconstrucción de Afganistán casi se triplicó, pasando de 6.000 millones de dólares en 2008 a 17.000 millones en 2010. En ese momento, el gobierno estadounidense estaba inyectando en Afganistán tanto dinero como el que la subdesarrollada economía del país producía por sí misma.

Los trabajadores humanitarios y los oficiales militares dijeron después que aquello había sido una colosal equivocación. En sus prisas por gastar, el gobierno estadounidense inyectó mucho más dinero del que Afganistán podía asimilar.

«Durante el período de aumento de las tropas entraron en Afganistán cantidades ingentes de personas y dinero», dijo David Marsden, antiguo funcionario de la USAID, en una entrevista de Lessons Learned. «Es como cuando viertes agua por un embudo: si vas demasiado rápido, el agua rebosa del embudo y va a parar al suelo. Estábamos provocando una inundación.» [1]

Los funcionarios estadounidenses dilapidaron enormes sumas en proyectos que los afganos no necesitaban o no querían. Gran parte del dinero acabó en los bolsillos de contratistas que inflaban excesivamente los precios o de funcionarios afganos corruptos, mientras que las escuelas, clínicas y carreteras financiadas por Estados Unidos —cuando llegaban a hacerse— se deterioraban debido a una construcción o un mantenimiento deficientes.

Un funcionario anónimo de la USAID calculó que el 90 % de lo que habían gastado era sobrante. «Perdimos la objetividad. Nos dieron dinero, nos dijeron que lo gastáramos y lo hicimos, sin más», dijo en una entrevista de Lessons Learned. [2]

Otro contratista de ayudas para el desarrollo dijo que los funcionarios de Washington esperaban de él que repartiera unos tres millones de dólares diarios en proyectos para un único distrito afgano del tamaño aproximado de un condado estadounidense.[3] En una entrevista de Lessons Learned, el contratista recordó que una vez preguntó a un congresista de visita si este podría gastar responsablemente esa cantidad de dinero en Estados Unidos. «Me dijo que ni por asomo. "Bueno, eso es lo que ustedes nos han obligado a gastar, y lo estoy haciendo en comunidades que viven en chozas de barro sin ventanas."»[4]

El teniente general Douglas Lute, que trabajó en la Casa Blanca como tecnócrata militar de Obama, dijo que Estados Unidos derrochó dinero en presas y carreteras solo «para demostrar que podíamos gastarlo» y plenamente consciente de que los afganos, que son uno de los pueblos más pobres y menos formados del mundo, no serían capaces de mantener unos proyectos tan enormes una vez terminados.[5] «De vez en cuando, vale, podemos gastar de más», dijo Lute en una entrevista de Lessons Learned. «Somos un país rico y podemos tirar el dinero por un agujero sin hacer saltar la banca. Pero ¿debemos hacerlo? ¿No podemos ser un poco más racionales?»[6]

Lute también recordó haber asistido a una ceremonia de inauguración —las tijeras que utilizaron para cortar la cinta eran de tamaño gigante— de una nueva y lujosa sede policial de distrito que Estados Unidos había construido «en una provincia dejada de la mano de Dios».[7] El Cuerpo de Ingenieros del Ejército de EE. UU. supervisó la construcción del edificio, provisto de fachada de cristal y atrio. Enseguida quedó claro que los estadounidenses no se habían molestado en preguntar a los afganos qué les parecía el diseño.

«El jefe de policía no sabía abrir la puerta», dijo Lute. «Nunca había visto un pomo como aquel. Para mí, esto resume toda la experiencia de Afganistán.»[8]

El gobierno de Estados Unidos aprobó tantos proyectos que no pudo hacer un seguimiento de todos ellos. Las rotaciones de personal en la USAID y sus contratistas eran tan frecuentes que quien diseñaba los planos rara vez seguía allí para verlos construidos. Las visitas de obra eran esporádicas, en parte porque los cooperantes civiles necesitaban escoltas militares para desplazarse por el país.

En cuanto a la economía, Estados Unidos trató a menudo Afganistán como un caso de estudio teórico en vez de aplicar el sentido común. Los donantes gubernamentales insistieron en que una gran parte de la ayuda se destinara a la educación a pesar de que Afganistán —una nación de agricultores de subsistencia— tenía pocos puestos de trabajo para titulados universitarios.

«Construíamos escuelas al lado de escuelas vacías, y eso no tenía ningún sentido», dijo un asesor anónimo de un equipo de las Fuerzas Especiales en una entrevista de Lessons Learned. Este asesor explicó que los afganos locales dejaron claro que «de verdad no querían escuelas. Decían que lo que querían era que sus hijos salieran a pastorear cabras». [9]

En algunos casos, las agencias estadounidenses despilfarraron dinero en proyectos fantasmas.

En octubre de 2009, el teniente de la reserva de la Armada Tim Graczewski dejó su trabajo civil a tiempo completo en Intuit, una empresa de software empresarial de Silicon Valley, y fue destinado al aeródromo de Kandahar para supervisar proyectos de desarrollo económico en el sur de Afganistán. Una de sus tareas fue buscar un proyecto de quince hectáreas que solo aparecía sobre el papel.

Antes de su llegada, el gobierno estadounidense había firmado contratos por un valor de ocho millones de dólares para construir cerca de Kandahar un parque industrial para 48 empresas. Sin embargo, después de revisar los archivos, Graczewski fue incapaz de saber dónde estaba el parque industrial, o ni siquiera si existía. «Aluciné de lo poco que sabíamos del

parque cuando nos embarcamos en el proyecto», dijo en una entrevista de Lessons Learned. [10] «Era imposible conseguir información sobre él, incluso sobre su ubicación. Tal era el desconocimiento. Nadie sabía nada.» Tardó unos meses en localizar la propiedad y organizar una visita. No había edificios, solo algunas calles vacías y tuberías de alcantarillado. «No sé quién lo hizo, pero pensé que ya que estaba ahí, había que aprovecharlo», recordó. [11] A pesar de los esfuerzos por recuperarlo, el proyecto «se desmoronó» tras la marcha de Graczewski en 2010. Los auditores estadounidenses visitaron el emplazamiento cuatro años después y se lo encontraron prácticamente desierto. [12] Solo había una empresa en funcionamiento, una envasadora de helados.

La idea del gobierno de Estados Unidos había sido que el parque industrial se beneficiara de un proyecto de construcción nacional aún más ambicioso: la electrificación de Kandahar, la segunda ciudad más grande de Afganistán, y sus alrededores.

Kandahar sufría de escasez energética debido a unas infraestructuras eléctricas arcaicas y los comandantes militares estadounidenses vieron ahí una oportunidad. Tenían la teoría de que si generaban un suministro fiable de electricidad, los kandaharíes, agradecidos, apoyarían al gobierno afgano y se volverían en contra los talibanes.

Para ello, el Ejército de EE. UU. quería reconstruir la envejecida central hidroeléctrica de la presa de Kajaki, situada a unos 160 kilómetros al norte de Kandahar. La USAID había construido la presa en la década de 1950 e instalado turbinas en la década de 1970, pero la central se había desmoronado a consecuencia de los años de guerra y el abandono.

Desde 2004, el gobierno de Estados Unidos había intentado poner en marcha el proyecto y aumentar su capacidad, pero había hecho pocos progresos. Los talibanes controlaban la zona que rodea la presa, así como algunas líneas de transmisión. Los equipos de reparación necesitaban convoyes armados o helicópteros para acceder al lugar.

A pesar de los riesgos, en 2010 los generales estadounidenses presionaron para que se invirtieran cientos de millones de dólares adicionales en el proyecto, pues lo consideraban una parte fundamental de su estrategia de contrainsurgencia. Algunos expertos en desarrollo argumentaron que no tenía sentido financiar un proyecto de construcción gigantesco en territorio enemigo y señalaron que los afganos carecían de los conocimientos técnicos necesarios para realizar un mantenimiento a largo plazo. También pusieron en duda que el proyecto realmente ayudara a ganarse los corazones y las mentes de los afganos, acostumbrados a vivir sin energía eléctrica central.

«¿Por qué pensamos que proporcionar electricidad a las comunidades de Kandahar, que no tenían ni idea de qué hacer con ella, les convencería de abandonar a los talibanes?», dijo un alto funcionario de la USAID en una entrevista de Lessons Learned. [13]

Los generales se llevaron finalmente el gato al agua. Ryan Crocker, que había servido brevemente en Afganistán al comienzo de la administración Bush, regresó en 2011 para convertirse en embajador de Estados Unidos. Abrigaba profundos recelos sobre el proyecto de la presa, [14] pero de todos modos aprobó una parte del mismo. «Tomé la decisión de llevarlo adelante, pero estaba seguro de que nunca iba a funcionar», [15] dijo Crocker en una entrevista de Lessons Learned. «La lección más importante que aprendí es que nunca hay que hacer grandes proyectos de infraestructura.»

Pero los generales no quisieron aprender esa lección. De hecho, el proyecto de la presa solo fue el principio.

Las turbinas y la central eléctrica iban a tardar años en ser reparadas. Como el final de la estrategia de contrainsurgencia se echaba encima y los comandantes estadounidenses querían suministrar electricidad a los kandaharíes de inmediato, elaboraron un plan provisional para adquirir gigantescos generadores alimentados con diésel que pudieran empezar a funcionar en cuestión de meses en lugar de años. Era una forma

terriblemente ineficiente y costosa de generar electricidad para una ciudad entera. Los gastos ascenderían a 256 millones de dólares en cinco años, sobre todo en combustible. Una vez más, los críticos se quejaron de que el plan desafiaba cualquier lógica.

En una entrevista de Lessons Learned, un funcionario de la OTAN no identificado dijo que se le encomendó la tarea de tratar de asegurar la financiación de los generadores por parte de los donantes internacionales, pero que no consiguió nada. «Cualquiera que hiciera un análisis más detenido habría visto que las cuentas no salían, que todo era un disparate», dijo. [16] «Fuimos al Banco Mundial [y] no quisieron ni tocarlo [...] Lo miraban y pensaban que era una locura.»

Hasta diciembre de 2018, el gobierno estadounidense se había gastado 775 millones de dólares en la presa, los generadores diésel y otros proyectos eléctricos en Kandahar y la vecina provincia de Helmand, según una auditoría federal. [17]

La energía generada por la presa casi se triplicó, pero el proyecto nunca tuvo sentido desde el punto de vista económico. En 2018, la USAID admitió que la empresa pública afgana de Kandahar siempre necesitaría subvenciones extranjeras.

Jeffrey Eggers, un Navy SEAL que sirvió en Afganistán y trabajó como empleado de la Casa Blanca para Bush y Obama, dijo que esa clase de proyectos no logró el objetivo deseado. En una entrevista de Lessons Learned planteó lo que denominó la «gran» [18] pregunta: «¿Por qué Estados Unidos emprende acciones que están por encima de sus posibilidades?», dijo. [19] «La pregunta atañe a la estrategia y a la psicología humana, y es difícil de responder.»

Tanto con Bush como con Obama, los funcionarios estadounidenses evitaron a toda costa el término «construir una nación». Todo el mundo sabía que lo estaban haciendo, pero existía la consigna tácita de no

admitirlo en público. Uno de los pocos que lo hizo fue el general David Petraeus.

Seis meses después del discurso de Obama en West Point, Petraeus compareció ante la Comisión de Servicios Armados de la Cámara de Representantes para responder a preguntas sobre la marcha de la guerra. Carol Shea-Porter, representante demócrata por New Hampshire, preguntó a bocajarro al general si Estados Unidos estaba construyendo una nación en Afganistán.

«En efecto, lo estamos haciendo», respondió Petraeus.

La congresista pareció desconcertada por la confesión: «Bueno, permítanme decir que lo que he escuchado una y otra vez es que no estamos construyendo ninguna nación, que estamos aquí, ya saben, en Afganistán, por una razón diferente», dijo.

Pero Petraeus mantuvo su postura y dijo que una parte clave de la estrategia «puede describirse claramente como construcción de la nación. No voy a eludirlo ni recurrir a juegos retóricos».

La doctrina de la contrainsurgencia de las fuerzas armadas estadounidenses trataba el dinero —el ingrediente más importante para construir una nación— como una poderosa arma de guerra. Los comandantes del campo de batalla pensaban que podrían ganarse el apoyo de los afganos financiando proyectos de obras públicas o contratando a la población local mediante programas de trabajo remunerado.

En 2009, el Ejército publicó un manual titulado *Commander's Guide to Money as a Weapons System* («Guía para comandantes sobre el dinero como sistema de armamento»). La introducción incluía una cita de Petraeus de cuando era general de dos estrellas destinado en Irak: «El dinero es mi munición más importante en esta guerra».

Desde el punto de vista de un comandante, era mejor gastar esa munición rápidamente que con prudencia. Normalmente, la USAID estudiaba las propuestas de proyectos durante meses o años para asegurarse

de que aportarían beneficios duraderos. Pero las fuerzas estadounidenses no podían permitirse esperar tanto tiempo. Se trataba de ganar la guerra. «Petraeus estaba empeñado en meterle billetes al problema»,[20] dijo un funcionario militar estadounidense no identificado en una entrevista de Lessons Learned. «Cuando estaba Petraeus, lo único que importaba era gastar. Él quería poner a los afganos a trabajar.»

En una entrevista de Lessons Learned, Petraeus reconoció la estrategia de despilfarro, pero también dijo que la orden de Obama de comenzar a revertir el aumento de tropas después de dieciocho meses no daba otra opción a los militares estadounidenses.

«Lo que impulsó el gasto fue la necesidad de asegurar beneficios tan rápido como pudiéramos sabiendo que teníamos un calendario de retirada muy ajustado», dijo. «Y al final gastamos más rápido de lo que habríamos gastado si hubiéramos sabido que tendríamos más tiempo.»[21]

La campaña de construcción nacional dependía de que el personal militar y civil del gobierno de Estados Unidos, así como los subcontratistas privados, trabajaran juntos para coordinar los proyectos. En la práctica, los diferentes grupos chocaron constantemente.

La insistencia del Pentágono en la rapidez de actuación lo enfrentó con la USAID y otros organismos del Departamento de Estado, los cuales tenían dificultades para encontrar suficiente personal dispuesto a ir a Afganistán. Sobre el terreno, los mandos militares veían al personal de la USAID y a los contratistas como burócratas sin prisas que se contentaban con cobrar un cheque mientras las tropas hacían la mayor parte del trabajo.

En la provincia de Khost, en el este de Afganistán, el coronel del Ejército Brian Copes dirigió un equipo formado por miembros de la Guardia Nacional de Indiana que trabajó en proyectos agroindustriales y enseñó a los aldeanos técnicas modernas de poda de árboles frutales. Dijo Copes que los agricultores afganos llevaban un siglo de retraso,[22] pero que lo que más le frustraba era el rechazo, la resistencia y las críticas que recibía de los

cooperantes civiles estadounidenses. «Algunos tenían verdaderos prejuicios elitistas y miraban por encima del hombro a la gente de uniforme, como si fueran un puñado de neandertales que se arrastraban apoyándose con los nudillos en el suelo», [23] dijo en una entrevista de historia oral del Ejército.

Por su parte, los civiles se quejaban de que los militares los veían como asustadizos chupatintas que no entendían la urgencia de la misión. «Lo hacíamos todo mal, siempre estábamos detrás, nunca lo suficientemente buenos a los ojos de los militares», [24] dijo en una entrevista de Lessons Learned un alto funcionario de la USAID no identificado.

También se quejaban de que los uniformados desestimaran sus opiniones sobre el valor de determinados proyectos. Un ex funcionario anónimo del Departamento de Estado dijo que los funcionarios militares lo «pusieron a parir» [25] después de que cuestionara la conveniencia de construir una autopista en un distrito hostil de Kandahar. «Íbamos a ver el lugar, volábamos hasta allí y nos disparaban», dijo en una entrevista de Lessons Learned. «¿Se imagina? Teníamos que construir carreteras en una zona tan peligrosa que ni los helicópteros militares estadounidenses armados podían aterrizar cerca de allí.»

Los funcionarios afganos también explicaron que los desconcertaba la insistencia de los mandos militares en construir proyectos en zonas de difícil acceso que seguían bajo la influencia de los talibanes.

Barna Karimi, ex viceministro afgano de Gobernanza local, dijo que los estadounidenses lo presionaron para que enviara equipos de funcionarios locales a Garmsir, un distrito de Helmand, después de que los Marines estadounidenses limpiaran la zona de insurgentes. Explicó que a los Marines no les importaba que los talibanes siguieran controlando las principales carreteras que conducían al distrito. «Nos gritaban: “Hemos despejado Garmsir, venid y montad la administración del gobierno”», [26] dijo Karimi en una entrevista de Lessons Learned. «Yo les decía que no iba a ir porque no se podía viajar hasta allí por carretera.

Vosotros vais en helicóptero, pero yo no puedo llevar a todo mi personal en avión. ¿Cómo va a ir [hasta allí] mi recepcionista? Lo secuestrarán por el camino.»

Safiullah Baran, un afgano que trabajó como gestor de proyectos para la USAID, dijo que los estadounidenses estaban tan empeñados en construir cosas que no se fijaban en quiénes eran los beneficiarios.[27] Explicó que los talibanes sabotearon una vez un puente en Laghman, una provincia rural del este de Afganistán, y los funcionarios estadounidenses estaban ansiosos por reemplazarlo. En una semana contrataron a una empresa constructora afgana para que levantara otro.

Resultó que el propietario de la empresa de construcción tenía un hermano que estaba metido en la facción local de los talibanes[28] y juntos habían construido un próspero negocio: el hermano talibán volaba los proyectos de Estados Unidos y, después, los incautos estadounidenses pagaban al otro hermano para que los reconstruyera.

Los funcionarios de la USAID culparon a los militares estadounidenses de ir con prisas y dijeron que todos sus planteamientos eran ingenuos. Dijeron que habría tenido más sentido centrarse primero en proyectos ubicados en provincias pacíficas para consolidar su adhesión al gobierno central y, después, ampliar gradualmente la actividad a zonas más turbulentas.

«¿Por qué no se daba ejemplo en las zonas estables para provocar envidia en las otras?», se preguntaba en una entrevista de Lessons Learned un funcionario estadounidense no identificado. «Los afganos son de las personas más envidiosas que he conocido, pero no nos aprovechamos de eso ni lo explotamos. En cambio, construimos escuelas en zonas demasiado peligrosas como para que los niños salieran de sus casas.»[29]

Las mastodónticas construcciones civiles contribuyeron al fracaso de la campaña de construcción de la nación. Pero los proyectos más pequeños también alimentaron el frenesí del gasto. Muchos se originaron en un

programa militar llamado Programa de Respuesta de Emergencia de los Comandantes (CERP, por sus siglas en inglés).

Autorizado por el Congreso, el CERP permitía a los mandos militares sobre el terreno saltarse las normas de contratación habituales y gastar hasta un millón de dólares en proyectos de infraestructuras, si bien el coste de la mayoría de los proyectos era inferior a 50.000 dólares cada uno. Los mandos estaban tan presionados para gastar que copiaban a ciegas la documentación del CERP de proyectos anteriores, pues sabían que era improbable que alguien se diera cuenta. Un funcionario militar dijo que aparecía la misma fotografía de la misma clínica en un centenar de informes distintos para proyectos de centros de salud en todo el país.

Un oficial de asuntos civiles del Ejército que sirvió en el este de Afganistán dijo en una entrevista de Lessons Learned que a menudo veía propuestas del CERP en las que se hablaba de «jeques», lo que indicaba que habían cortado y pegado textos de proyectos de reconstrucción en Irak. [30] Jeque es un tratamiento árabe de respeto, pero generalmente no se utiliza en Afganistán.

En un momento dado, el mismo oficial recordó haber dicho a los soldados de su brigada que si no podían demostrar que un proyecto del CERP era beneficioso, «entonces, lo más inteligente que se puede hacer, es no hacer nada». [31] Como respuesta, dijo: «Me dieron largas. “No podemos construir *nada*”, decían. Les dije que era mejor tirar el dinero».

Copes, el oficial de la Guardia Nacional de Indiana que sirvió como comandante de asuntos civiles en la provincia de Khost, en el este de Afganistán, comparó la avalancha de ayuda con el «crack», [32] calificándola de «adicción que afectó a todas las agencias». En una entrevista de Lessons Learned dijo que se encontró con un invernadero construido por Estados Unidos que había costado 30.000 dólares y que había caído en desuso porque los afganos no podían mantenerlo. Su unidad construyó otro invernadero con barras de hierro [33] que funcionaba mejor y apenas costó 55

dólares, a pesar de las presiones para gastar mucho más. «El Congreso nos da dinero para gastar y espera que lo gastemos todo», [34] dijo Copes. «La actitud era: “No nos importa lo que hagas con el dinero, mientras lo gastes”.»

A pesar del empeño que pusieron, [35] las fuerzas armadas estadounidenses solo gastaron dos tercios de los 3.700 millones de dólares que el Congreso destinó al CERP, según las cifras del Departamento de Defensa. De los 2.300 millones de dólares que gastó, el Pentágono solo pudo proporcionar datos financieros por un valor de 890 millones de dólares en proyectos, según una auditoría de 2015.

Las entrevistas de Lessons Learned reflejan la consternación de funcionarios de otros organismos ante el despilfarro y la mala gestión. «El CERP era simplemente dinero para ir tirando», dijo Ken Yamashita, director de la misión de la USAID para Afganistán de 2011 a 2014, refiriéndose a que eran donativos en metálico a cambio de votos. [36] Un funcionario de la OTAN no identificado describió el programa como «un oscuro pozo sin fondo para cualquier cosa sin necesidad de rendir cuentas». [37]

De todos los defectos de la campaña de construcción nacional en Afganistán —despilfarro, ineficacia, ideas no maduradas—, nada confundió más a los funcionarios estadounidenses que el hecho de no saber si algo de eso les estaba ayudando, y de qué modo, a ganar la guerra.

Un oficial del Ejército destinado en el cuartel general de Estados Unidos en Kabul durante el aumento de tropas dijo que era bastante difícil controlar si los proyectos del CERP se construían en realidad. «Queríamos parámetros cuantitativos concretos que nos dijeran que un proyecto X estaba generando los resultados deseados, pero nos costó mucho definir esos parámetros», dijo el oficial en una entrevista de Lessons Learned. [38] «No teníamos la menor idea de cómo medir si la existencia de un hospital estaba reduciendo el apoyo a los talibanes. Eso eran siempre como los últimos diez metros de una carrera que no podíamos correr.»

El desconocimiento de la cultura afgana por parte del gobierno de Estados Unidos también condenó al fracaso proyectos que habían sido ideados con la mejor de las intenciones. Tooryalai Wesa, que fue gobernador de la provincia de Kandahar de 2008 a 2015, explicó que, una vez, los cooperantes estadounidenses insistieron en llevar a cabo un proyecto de salud pública para enseñar a los afganos a lavarse las manos. «Fue un insulto para la gente. Aquí se lavan las manos cinco veces al día para rezar», dijo Wesa en una entrevista de Lessons Learned. [39] «Además, no se necesita ningún proyecto de lavado de manos.» Para el gobernador, un buen programa debía proporcionar puestos de trabajo o formar en habilidades útiles para ganar un sueldo. Sin embargo, en ese tipo de proyectos el tiro también podía salir por la culata.

Según Thomas Johnson, profesor de la Naval Postgraduate School y experto en Afganistán que trabajó de asesor en contrainsurgencia para los canadienses, en un proyecto en Kandahar las tropas estadounidenses y canadienses pagaban a aldeanos entre 90 y 100 dólares al mes para que limpiaran los canales de riego. Con el tiempo, las tropas se dieron cuenta de que su programa estaba perturbando indirectamente las escuelas locales. Los profesores de la zona ganaban mucho menos, apenas entre 60 y 80 dólares al mes. «Al principio, todos los maestros de escuela dejaron sus trabajos y se unieron a las cuadrillas de cavadores de zanjas», dijo Johnson en una entrevista de Lessons Learned. [40]

En el este de Afganistán, una entusiasta brigada del Ejército estaba tan decidida a mejorar la educación pública que prometió construir cincuenta escuelas, pero acabó ayudando a los talibanes sin querer, según explicó un funcionario que había participado en el proyecto. «No había suficientes maestros para llenarlas, así que los edificios se echaron a perder», dijo en una entrevista de Lessons Learned el funcionario militar estadounidense anónimo, «y algunos incluso se convirtieron en fábricas de bombas». [41]

14

De amigos a enemigos

Ataviado con una capa uzbeka de seda verdiazul y gorro de piel de oveja gris, Hamid Karzai lucía espléndido, como de costumbre, con motivo de su investidura el 19 de noviembre de 2009 en el palacio presidencial de Kabul. Su barba, cuidadosamente recortada, se había plateado por completo desde su anterior toma de posesión, cinco años antes. Pero el hombre de 51 años se mostró como el mismo estadista modélico en su discurso de aceptación del cargo de presidente, en el que ensalzó el buen gobierno, los derechos de las mujeres y los lazos de amistad entre su país y Estados Unidos.

«El pueblo de Afganistán nunca olvidará los sacrificios hechos por los soldados estadounidenses para traer la paz a Afganistán», dijo. «Con la ayuda de Dios Todopoderoso, Afganistán dispondrá de un orden democrático fuerte durante los próximos cinco años.»

Unos ochocientos diplomáticos y otras destacadas personalidades se dieron cita en el palacio para celebrar el histórico momento. Una vez más, millones de afganos habían desafiado la amenaza de la violencia saliendo a votar por un gobierno democrático. En la primera fila, la secretaria de Estado Hillary Clinton también se veía muy elegante envuelta en un abrigo con estampado floral bordado en negro y rojo que había comprado en Afganistán. Radiante, asintió con la cabeza en señal de aprobación cuando Karzai le hizo una reverencia al terminar su discurso. Después, Clinton dijo

a los periodistas que se sentía «reconfortada» por los comentarios de Karzai. «Muchos estadounidenses valerosos están sirviendo aquí porque creemos que podemos hacer progresos», dijo.

Sin embargo, las sonrisas y los buenos deseos solo eran de cara a la galería. Entre bambalinas, Karzai y los estadounidenses se habían enfrentado con furia.

Como sabían todos los asistentes a la toma de posesión, Karzai había robado las elecciones tres meses antes. Aunque el presidente entrante fue alabado en su día por Washington como un dechado de libertades, sus partidarios habían cometido un fraude de dimensiones épicas llenando urnas de papeletas falsas y amañando resultados. Un grupo de investigación respaldado por la ONU determinó que Karzai había obtenido alrededor de un millón de votos ilegales, una cuarta parte del total emitido.

La ruptura entre Karzai y Estados Unidos puso en peligro la alianza y llegó en el peor momento de la guerra: justo cuando Obama se preparaba para enviar treinta mil soldados más a Afganistán.

Ya era difícil justificar una ampliación del conflicto después de ocho años de lucha, y ahora Obama quería que las tropas y los contribuyentes estadounidenses hicieran más sacrificios en favor de un líder extranjero resentido que había hecho trampas para ser reelegido. Sin embargo, el presidente estadounidense y su administración habían contribuido a crear el fiasco electoral.

Cuando Obama tomó posesión de su cargo en enero de 2009, muchos funcionarios estadounidenses, tanto demócratas como republicanos, se habían enemistado con Karzai. Culpaban al líder afgano de permitir que la corrupción se agravara y lo menospreciaban por su debilidad e indecisión.

Richard Holbrooke, el enviado especial de Obama para Afganistán y Pakistán, no sentía una especial simpatía por Karzai y apenas disimuló su desprecio desde el principio. «Richard Holbrooke odiaba a Hamid Karzai. Pensaba que era endiabladamente corrupto», dijo en una entrevista de

Lessons Learned Barnett Rubin, el intelectual experto en cuestiones afganas que Holbrooke había contratado como asesor. [1]

Karzai conservaba un amplio atractivo entre el pueblo afgano y era favorito para ganar la reelección. Sin embargo, Holbrooke y otros funcionarios estadounidenses removieron las aguas al reunirse abiertamente con los rivales de Karzai y animándolos a presentarse también a la presidencia. Holbrooke esperaba que la afluencia de candidatos impediría una mayoría y forzaría una segunda vuelta en la que Karzai se mostraría más vulnerable frente a un único segundo aspirante.

La estrategia de Estados Unidos irritó a Karzai, que la consideró una traición. Al darse cuenta de que ya no podía confiar en los estadounidenses, se apresuró a ampliar su base política y a cerrar acuerdos con viejos enemigos de diferentes grupos étnicos.

Para consternación de los grupos de derechos humanos, Karzai eligió al general Mohammed Fahim Khan, el risueño señor de la guerra tayiko, como compañero de fórmula para la vicepresidencia. También negoció el apoyo del general Abdul Rashid Dostum, acusado de crímenes de guerra, que controlaba un gran bloque de votos uzbekos. Como garantía adicional de victoria, Karzai llenó de compinches la junta de supervisión electoral afgana.

Algunos funcionarios estadounidenses dijeron que la administración Obama debería haberse dado cuenta de que sus astutas maniobras con Karzai serían contraproducentes. «La razón por la que Karzai hizo tratos con los señores de la guerra y cometió fraude en las elecciones fue que, a diferencia de las elecciones anteriores, en las que lo habíamos apoyado, sabía que nos habíamos alejado de él, así que básicamente dijo que al diablo con nosotros», explicó Robert Gates, secretario de Defensa, en su entrevista de historia oral en la Universidad de Virginia. [2]

Un mes después de la toma de posesión de Karzai, Gates asistió a una reunión de ministros de Defensa de la OTAN en Bruselas. Se sentó al lado

de Kai Eide, un diplomático noruego que ejercía de representante especial en Afganistán del secretario general de la ONU. Ambos eran amigos y se conocían desde hacía años. Antes de que Eide presentara su informe sobre la situación en Afganistán, se inclinó y susurró un mensaje a Gates: [3] «Voy a decir a los ministros que hubo una flagrante injerencia extranjera en las elecciones afganas», dijo Eide. [4] «Lo que no diré es que fueron Estados Unidos y Richard Holbrooke.»

Al principio, la afinidad de Washington con Karzai parecía no tener límites. Hijo de un parlamentario afgano, Hamid Karzai pertenecía a la tribu popalzai, un clan de los montes bajos de la provincia de Kandahar. Cursó estudios secundarios en Kabul con otras élites afganas en la década de 1970 y amplió su educación en la India, donde pulió su inglés. Entró en política y ejerció brevemente de viceministro de Asuntos Exteriores a principios de la década de 1990, pero este intelectual liviano, encalvecido y amante de la poesía evitó en gran medida el campo de batalla durante las guerras civiles de Afganistán.

El 11S, Karzai vivía exiliado en Pakistán. Previamente, debido a su oposición a los talibanes, la CIA había cultivado con él una tímida relación y su vínculo pronto se intensificó.

Karzai carecía de credenciales como guerrillero, pero la agencia de espionaje lo animó a cruzar la frontera y dirigirse al sur de Afganistán en octubre de 2001 para liderar un levantamiento contra los talibanes mientras las fuerzas aéreas estadounidenses comenzaban a lanzar bombas. [5] Semanas después, la CIA envió un helicóptero para rescatar a Karzai cuando quedó acorralado en una escaramuza. Un agente paramilitar de la CIA y un equipo de las Fuerzas Especiales permanecieron después a su lado.

Tras la caída de los talibanes ese invierno, Afganistán necesitaba desesperadamente un líder que pudiera unir a las facciones beligerantes.

Karzai surgió como la opción de consenso dentro y fuera del país. A pesar de ser pastún, era aceptado por los líderes tayikos, uzbekos y hazaras que dirigían la Alianza del Norte.

También obtuvo el apoyo de todas las potencias extranjeras que se reunieron en Alemania en la Conferencia de Bonn para ayudar a los afganos a trazar su futuro. James Dobbins, el diplomático estadounidense que dirigió la cumbre, dijo que la ISI, el servicio de inteligencia pakistaní, fue la primera en proponer el nombre de Karzai como posible líder. [6] Rusia, Irán y Estados Unidos también lo aprobaron en lo que fue un raro momento de acuerdo entre rivales históricos.

«Karzai era telegénico, colaborador, moderado y muy popular», dijo Dobbins en una entrevista de historia oral diplomática. [7] «Por ello tenía una capacidad inusual para ganarse la confianza de una amplia variedad de gobiernos e individuos de todo tipo.»

También se mostró cada vez más comprometido con los estadounidenses. Mientras se desarrollaba la Conferencia de Bonn, Karzai se quedó en el sur de Afganistán para ayudar en las operaciones de limpieza contra los talibanes. El 5 de diciembre de 2001, un B-52 de la Fuerza Aérea estadounidense lanzó por error una bomba sobre su campamento en Kandahar. Un oficial de la CIA, Greg *Spider* Vogle, se abalanzó sobre Karzai para protegerlo de la explosión. [8] Ambos sobrevivieron, aunque tres soldados estadounidenses y cinco afganos murieron.

Horas después de la explosión sonó el teléfono satélite de Karzai. [9] Era Lyse Doucet, una periodista de la BBC en Kabul a la que conocía desde hacía años. La BBC había emitido un boletín de noticias en el que se informaba de que los delegados de Bonn habían nombrado a Karzai jefe interino del gobierno de afgano.

«Hamid, ¿cuál es tu reacción al ser elegido como nuevo líder?», [10] gritó la periodista a través de la conexión cargada de electricidad estática.

Karzai se acababa de enterar. «¿Estás segura?», preguntó. Doucet le aseguró que sí.

«Qué bien», respondió Karzai. No le dijo que acababa de escapar de la muerte por los pelos.

Unas semanas después, Karzai se trasladó al palacio presidencial. Sabía que dependía totalmente de los estadounidenses. Lo habían puesto al cargo de un país en ruinas, sin fuerzas de seguridad, ni burocracia, ni recursos. «Solo un palacio frío y con corrientes de aire en el que intentar presidir», dijo Ryan Crocker, embajador en funciones de Estados Unidos a principios de 2002, en una entrevista de historia oral de la Universidad de Virginia. [11]

Prácticamente a diario, Karzai invitaba a Crocker a desayunar copiosamente en el palacio a base de pan recién horneado, queso, miel y aceitunas. El embajador nunca desaprovechaba la ocasión de saborear comida casera; [12] en la Embajada estadounidense solo les daban paquetes de raciones militares no perecederas. Pero también sabía que Karzai debía lidiar con miles de decisiones —importantes y accesorias— y que necesitaba orientación.

Una mañana, Karzai puso sobre la mesa algo inesperado.

«Necesitamos una bandera», dijo. [13] «¿Cómo crees que debería ser?»

«Eso depende de ti», respondió Crocker. [14]

Karzai sacó una servilleta y empezó a dibujar una bandera negra, roja y verde con el emblema nacional —una imagen de una mezquita— en el centro. «Los colores tradicionales son importantes para la gente», explicó Karzai mientras dibujaba. «Debemos aceptar que somos la República Islámica de Afganistán, así que tenemos que meter a Dios por algún sitio.»

En un pispás, dibujada en una servilleta, el país renacido ya tenía bandera nueva.

Crocker admiraba a Karzai por su valentía personal y su determinación por gobernar Afganistán como una nación y no como un conjunto de tribus

enfrentadas. Pero se preguntaba si el presidente interino tenía el olfato político y la capacidad necesarios para gobernar con eficacia.

Entre sus muchas obligaciones, Karzai tenía que elegir a los nuevos gobernadores de cada una de las treinta y cuatro provincias del país. «Él me preguntaba: "¿Quién debería ser el gobernador de Ghazni?", como si yo tuviera alguna idea», dijo Crocker. [15] «Y tomó algunas decisiones realmente malas.»

Karzai confió su vida a los estadounidenses. Unos pistoleros talibanes habían asesinado a su padre en 1999 a la salida de una mezquita en Quetta, Pakistán. Sabía que los talibanes redoblarían sus esfuerzos para matarle también a él, pero carecía de una fuerza de seguridad propia de confianza. Durante sus primeros años en el cargo, el gobierno de Estados Unidos le asignó un destacamento de seguridad para vigilarlo las veinticuatro horas del día.

Sus enemigos lo tenían constantemente en el punto de mira. En septiembre de 2002, un infiltrado talibán vestido con un uniforme de la policía afgana apuntó a Karzai cuando se asomó de un vehículo para saludar a sus partidarios en Kandahar. El potencial asesino disparó cuatro veces antes de ser abatido por los miembros de las Fuerzas Especiales estadounidenses. Karzai no salió herido, pero, una vez más, poco le faltó.

En octubre de 2004, Afganistán se había estabilizado lo suficiente como para celebrar sus primeras elecciones nacionales para elegir un jefe de Estado. Más de ocho millones de personas desafiaron las amenazas de los talibanes y una gigantesca tormenta de arena en Kabul para ir a votar. Karzai ganó con facilidad, con el 55 % de los votos, superando a un nutrido grupo de otros diecisiete candidatos.

Los observadores internacionales estimaron que las elecciones habían sido libres y justas. Desde la perspectiva de Estados Unidos, la administración Bush no podía esperar un mejor resultado político para la guerra que esa misma administración había iniciado tres años antes. El

malogrado Afganistán, antaño un estado vasallo comunista, se había transformado en una democracia y su agradecido líder se sentía en deuda con Estados Unidos.

En diciembre de 2004, Rumsfeld y Cheney volaron a Kabul para asistir a la ceremonia de investidura de Karzai. Después, Rumsfeld describió el acto con exagerado entusiasmo en uno de sus copos de nieve a Bush. «Nunca olvidaré ese día», [16] escribió Rumsfeld recordando el encuentro que él y Cheney mantuvieron con un arrobado Karzai justo antes de la toma de posesión. «Dijo: "Ahora la vida está funcionando. Antes de que Estados Unidos llegara a Afganistán, éramos como un cuadro de naturaleza muerta; cuando llegasteis, todo cobró vida. Con vuestra ayuda, hemos llegado muy lejos".»

La administración Bush eligió a Zalmay Khalilzad, el diplomático afgano-estadounidense, como su principal valedor ante Karzai. También era pastún y ambos se conocían desde la década de 1990. La relación se intensificó cuando Bush designó a Khalilzad como su enviado especial en Afganistán en 2002 y lo nombró embajador de Estados Unidos un año después.

Khalilzad hablaba con Karzai varias veces al día y cenaba con él en el palacio casi todas las noches. A diferencia de la mayoría de los afganos, Karzai era puntual. La cena empezaba a las 19.30 en punto y esperaba que sus invitados llegaran treinta minutos antes. El menú rara vez cambiaba: pollo o cordero con arroz y dos verduras. [17] Después, charlaban durante horas. Cuando Khalilzad regresaba a la embajada ya solía ser medianoche pasada.

En 2005, la administración Bush decidió enviar a Khalilzad a Bagdad para que se ocupara de la agitación política en Irak en calidad de embajador de Estados Unidos. Karzai suplicó personalmente a los funcionarios de la Casa Blanca que mantuvieran a Khalilzad en su puesto en Afganistán, pero sus ruegos cayeron en saco roto. Por entonces, los funcionarios

estadounidenses confiaban mucho en Karzai y lo veían como un líder arquetípico. «Cuando fui a Irak, Karzai era muy popular», recordó Khalilzad en una entrevista de Lessons Learned.[18] Dijo que los funcionarios de la Casa Blanca le preguntaron medio en broma: «¿Por qué no intentas encontrar a un personaje como Karzai en Irak?».

Karzai se sintió abandonado. Estaba acostumbrado a la tranquilidad que los americanos le daban en todo momento. La administración Bush, por su parte, quería normalizar la relación con un embajador que no tuviera que cenar con Karzai todos los días. Ambas partes se esforzaron por adaptarse.

Marin Strmecki, el asesor del Pentágono, explicó que Karzai tenía que pasarse horas hablando de sus dilemas de liderazgo para poder sentirse cómodo antes de tomar decisiones difíciles, y ello requería un apoyo constante.[19]

Los sucesores de Khalilzad carecían de su paciencia y a veces planteaban exigencias poco meditadas. Cuando Ronald Neumann llegó como embajador de Estados Unidos en 2005, instó a Karzai a destituir a los funcionarios corruptos, incluido su hermanastro, Ahmed Wali Karzai, jefe del consejo provincial de Kandahar. En enero de 2006, *Newsweek* publicó un artículo en el que se acusaba a Ahmed Wali Karzai de controlar el tráfico de drogas en el sur de Afganistán.[20] Enfurecido, Hamid convocó a Neumann y al embajador británico en el palacio. Amenazó con presentar una demanda por difamación y exigió saber si los funcionarios estadounidenses o británicos tenían alguna prueba sólida contra su hermano.

«Todos hemos dicho que sabíamos de numerosos rumores y acusaciones que apuntaban a que su hermano es un corrupto y un narcotraficante, pero que nunca hemos tenido ninguna prueba clara que se pueda presentar ante un tribunal», informó en un cable clasificado a Washington Richard Norland, subjefe de misión de la Embajada.[21] Los estadounidenses no

dieron el brazo a torcer y dijeron a Karzai que la percepción que tenían era la realidad y que debía enfrentarse al problema.

Pero el gobierno de Estados Unidos estaba pidiendo a Karzai que solucionara un lío que él mismo había creado. Entre bastidores, la CIA trabajaba estrechamente con Ahmed Wali Karzai y había ayudado a convertirlo en un negociador regional. Durante años, la Agencia le había pagado para que reclutara y apoyara una fuerza de ataque paramilitar secreta, casi seguramente con el conocimiento de Hamid Karzai. [22] Teniendo en cuenta esa relación sostenida, era una desfachatez que los funcionarios de la Embajada de EE. UU. instaran al presidente afgano a castigar a su hermano basándose en vagas acusaciones de irregularidades. Karzai nunca lo olvidó.

«Al tenerlo en el punto de mira, estábamos dañando nuestras relaciones», dijo Todd Greentree, funcionario del Servicio de Exteriores que sirvió durante varios años en Afganistán, en una entrevista de historia oral diplomática. [23] «El sentido común que había detrás de aquello siempre fue muy cuestionable.»

A medida que la insurgencia se recrudecía, los funcionarios de la administración Bush fueron cada vez más críticos con el estilo de gobierno *ad hoc* de Karzai. Se quejaban de que actuara más como un líder tribal que como el presidente de una nación moderna. También les preocupaba que los talibanes estuvieran explotando el descontento popular con la corrupción y la incompetencia de su gobierno.

Los funcionarios estadounidenses habían trabajado duro con Karzai para marginar la influencia de los señores de la guerra afganos. Por ello se exasperaron cuando trajo a los hombres fuertes de vuelta al redil para forjar alianzas. El que para la Casa Blanca había sido quien mejor podía encarnar la democracia estaba perdiendo ahora todo su encanto.

«A Karzai nunca se le vendió democracia y él tampoco se apoyó en las instituciones democráticas, sino en el clientelismo», dijo Stephen Hadley,

asesor de seguridad nacional de Bush durante su segundo mandato, en una entrevista de Lessons Learned.[24] «Mi impresión fue que los señores de la guerra volvieron porque Karzai los quería.»

Pero Karzai también tenía sus propios y legítimos agravios contra Estados Unidos.

Las fuerzas estadounidenses controlaban los cielos de Afganistán con escuadrones de aviones de combate, helicópteros de ataque y drones armados. Sin embargo, incluso con cámaras y sensores avanzados, localizar objetivos individuales sobre el terreno era intrínsecamente difícil. Los insurgentes disimulaban su presencia moviéndose en pequeños grupos y escondiéndose en los pueblos.

A medida que se intensificaban los combates con los talibanes, también aumentaba el número de ataques aéreos estadounidenses que mataban o herían a civiles inocentes. Los comandantes estadounidenses a menudo empeoraron las cosas al tachar instintivamente a civiles de terroristas cuando había claras pruebas de lo contrario. Karzai había protestado durante años por los ataques aéreos erróneos. Pero sus objeciones se hicieron más contundentes y públicas en 2008, cuando Estados Unidos trató de encubrir una serie de catástrofes.

El 6 de julio, testigos afganos informaron de que unos aviones de combate estadounidenses habían bombardeado por error una celebración de una boda cerca de una apartada población de la provincia de Nangahar, en el este de Afganistán, con el resultado de decenas de mujeres y niños muertos. Las fuerzas armadas estadounidenses emitieron un rápido desmentido público alegando que habían abatido a «un gran grupo de combatientes enemigos» en una cordillera mediante un ataque de «precisión».

«Cada vez que hacemos un ataque aéreo, lo primero que dicen es que “el ataque aéreo ha matado a civiles”, cuando en realidad el misil alcanzó a los militantes extremistas que teníamos como objetivo en primer lugar», dijo

entonces a Associated Press el teniente primero del Ejército y portavoz militar Nathan Perry. [25]

Karzai ordenó a una comisión gubernamental que investigara el caso y esta confirmó que, efectivamente, el grupo estaba formado por los asistentes a un banquete de boda. Murieron cuarenta y siete personas, la mayoría niños y mujeres, incluida la novia. Los funcionarios militares estadounidenses se retractaron ligeramente. Dijeron que lamentaban las víctimas civiles y prometieron llevar a cabo su propia investigación. Nunca hicieron públicas las conclusiones de la misma.

Al mes siguiente, una nueva chapuza militar agudizó la desconfianza de Karzai. Una fuerza combinada de tropas terrestres estadounidenses y afganas, un avión AC-130 con armamento pesado volando a baja altura y un vehículo aéreo no tripulado Reaper arrasaron la aldea de Azizabad en la provincia de Herat, en el oeste de Afganistán.

El mando estadounidense dijo que la operación tenía como objetivo un «valioso» líder talibán y declaró que no hubo víctimas civiles. Pero pronto se hizo evidente que algo había ido muy mal. En cosa de un día, los funcionarios militares dieron marcha atrás y admitieron que hubo cinco bajas civiles. Pero incluso resultó que el recuento se realizó funestamente a la baja.

Los testigos declararon que en el ataque, que duró horas, murieron y quedaron enterrados bajo los escombros sesenta niños. [26] Naciones Unidas, el gobierno afgano y una comisión afgana de derechos humanos realizaron investigaciones por separado a partir de fotografías, vídeos y declaraciones de los supervivientes. Llegaron a la conclusión de que entre 78 y 92 civiles, la mayoría niños, habían muerto.

Un furioso Karzai visitó la zona y arremetió contra el gobierno estadounidense por despreciar la vida de los afganos. «He trabajado día y noche en los últimos cinco años para evitar este tipo de incidentes, pero no

he tenido éxito», dijo. «Si hubiera tenido éxito, la gente de Azizabad no habría vivido ningún baño de sangre.»

Aun así, los militares estadounidenses defendieron la operación y acusaron a los funcionarios afganos de difundir propaganda talibán. El Pentágono realizó su propia investigación y, al cabo de unas semanas, concluyó que habían muerto 22 insurgentes y 33 civiles, pero justificó el ataque diciendo que fue «en defensa propia, necesario y proporcionado». [27]

La investigación estadounidense descartó sumariamente las pruebas reunidas por los afganos y Naciones Unidas por considerarlas no contrastadas o contaminadas por personas con «intenciones financieras, políticas y/o de supervivencia». [28] Sin embargo, los militares basaron una parte de sus conclusiones en un vídeo filmado por un equipo de Fox News —encabezado por el presentador y teniente coronel retirado del Cuerpo de Marines Oliver North, implicado en el caso de venta de armas a Irán, conocido como Irangate— que se había incorporado a las fuerzas estadounidenses durante el ataque a Azizabad. [29]

Además de los ataques aéreos fallidos, Karzai criticó a las fuerzas estadounidenses y de la OTAN por realizar cientos de incursiones nocturnas en hogares afganos como parte de sus operaciones de caza de insurgentes. Al igual que los ataques aéreos, las incursiones nocturnas en ocasiones salieron mal y las fuerzas de Operaciones Especiales mataron a objetivos erróneos.

En una entrevista de Lessons Learned, un funcionario militar estadounidense no identificado dijo que los errores eran tan habituales que algunas unidades del Ejército estuvieron «centradas en la gestión de las consecuencias, pagando a los afganos por los daños y perjuicios». El funcionario, que en 2008 sirvió en la provincia de Khost, en el este de Afganistán, recordó un incidente en el que los Rangers del Ejército asaltaron por error la casa de un coronel del Ejército afgano y lo mataron a

él y a su esposa, maestra de escuela. «Matábamos a nuestros aliados», dijo el funcionario estadounidense. [30]

En público, los funcionarios de la administración Bush expresaban su pesar por las víctimas civiles. En privado, echaban humo por los comentarios de Karzai y lo presionaban para que moderara sus críticas.

Pero Karzai quería demostrar su independencia, en parte porque sabía perfectamente que los talibanes se burlaban de él llamándolo marioneta de Estados Unidos. En sus manifestaciones también abordaba otras cuestiones delicadas que los militares estadounidenses habían minimizado o ignorado.

Por ejemplo, reprendió a Washington por adoptar una línea blanda con Pakistán y no eliminar los refugios de los talibanes del otro lado de la frontera. Las críticas tenían una base real, pero sus ataques públicos indignaron a los funcionarios estadounidenses.

«Cada vez que nos peleábamos con Karzai o que él perdía los estribos en público, previamente siempre habíamos estado hablando en privado con él durante meses sobre el problema en cuestión», dijo Gates. [31] «No prestábamos atención. [...] Muchas de esas cosas se podrían haber evitado si hubiéramos escuchado mejor.» Por un lado, los funcionarios estadounidenses esperaban que Karzai fuera un líder autosuficiente y decidido. Por otro, querían un socio servil que cumpliera sus órdenes. «No dejé de repetirlo dentro de la administración», añadió Gates. «La gente se choteaba de Karzai: “Está chiflado”, “depende de nosotros para todo”, “es un aliado terrible”. Yo les decía: “Nosotros tampoco somos un gran aliado. Si lo fuéramos, le prestaríamos más atención, porque siempre nos ha estado explicando todo esto”.» [32]

Cuando Obama llegó a la Casa Blanca, su administración ya había decidido adoptar la actitud de hacerse la dura en el idilio con el presidente afgano.

A principios de enero de 2009, el vicepresidente electo Joe Biden visitó Kabul y se reunió con Karzai y su gabinete en el palacio para cenar. Biden y

otros funcionarios estadounidenses provocaron a Karzai hablándole de sus cuestionables nombramientos políticos, la corrupción del gobierno y las conexiones de su hermano con el bajo mundo. Karzai devolvió el golpe hablando de los ataques nocturnos y las víctimas civiles. En un momento dado, Biden tiró su servilleta al suelo y la velada acabó en bronca. [33]

Un mes después, Holbrooke voló a Kabul y se reunió con Karzai en su despacho del segundo piso del palacio presidencial. En lugar de tratar de suavizar las cosas después de la rencillosa actitud de Biden en aquella cena, Holbrooke insinuó que las espadas estaban en alto. Karzai dio rienda suelta a su rencor. Al poco de irse Holbrooke, Karzai convocó en su despacho a Kai Eide, el diplomático noruego de la ONU, y le dijo: «Quiere deshacerse de ti y de mí». [34]

Holbrooke no era el único diplomático estadounidense que pensaba que Karzai ya no estaba a la altura del cargo. En julio de 2009, Karl Eikenberry, el nuevo embajador de Estados Unidos, envió un telegrama a Washington en el que presentaba «dos retratos contrapuestos» de Karzai, [35] y ambos presagiaban problemas. «El primero es el de un individuo paranoico y débil que no está familiarizado con los fundamentos de la construcción de una nación y que sabe perfectamente que su época de ser el centro de los comentarios entusiastas de la comunidad internacional ha pasado», escribió Eikenberry. [36] «El otro [retrato] es el del político siempre astuto que se ve a sí mismo como un héroe nacionalista.»

La disputa en ciernes no tardó en estallar. El 20 de agosto de 2009, los afganos volvieron a las urnas con motivo de las segundas elecciones presidenciales de la historia del país. Pero la participación cayó en picado y la credibilidad del voto se puso en duda de inmediato. En pocas horas, se difundió la información de que los partidarios de Karzai estaban rellenando sistemáticamente las urnas. La violencia estalló en todo el país y más de dos docenas de civiles murieron.

Al día siguiente de las elecciones, Holbrooke se reunió con Karzai y sugirió que sería necesaria una segunda vuelta incluso antes de que se contaran los resultados. Karzai acusó a Holbrooke de querer desautorizarlo y se marchó. [37]

Pasaron dos meses antes de que la comisión electoral afgana publicara el recuento definitivo. Karzai lideró en el escrutinio con el 49,67 % de los votos, justo por debajo del umbral del 50 % necesario para evitar la segunda vuelta.

Pocos creyeron las cifras. Karzai afirmó que había obtenido la mayoría y se resistió a una segunda vuelta. Sus oponentes lo acusaron de fraude a nivel industrial. Los funcionarios estadounidenses trataron desesperadamente de negociar una salida a la crisis. Finalmente, Karzai fue declarado ganador después de la retirada de su principal rival.

Pero el resentimiento persistió.

Antes de su toma de posesión en noviembre, Karzai invitó a su palacio a la cadena pública estadounidense PBS para una ofrecer una entrevista televisiva. En ella acusó a Estados Unidos de abandonar Afganistán tras la retirada soviética en 1989 y dijo que le preocupaba que aquello pudiera volver a ocurrir. «Estados Unidos nos sigue dando garantías, pero estamos, como se suele decir, como gato escaldado. Tenemos que vigilar y andar con cuidado.» [38]

Por la misma época, Eikenberry envió un cable a Hillary Clinton en el que le planteaba nuevas dudas sobre la conveniencia de contar con Karzai como socio estratégico. «Es muy poco creíble esperar que Karzai cambie radicalmente a estas alturas de su vida y de nuestra relación», escribió Eikenberry. [39] Era un cable clasificado, pero alguien lo filtró a *The New York Times*.

Las críticas públicas de Karzai se volvieron cada vez más incendiarias y conspirativas. En un discurso pronunciado en abril de 2010 culpó de las elecciones presidenciales fraudulentas a «extranjeros» a los que acusó de

intentar desacreditarlo. Unos días después, en una reunión con legisladores afganos, amenazó con unirse a los talibanes si los extranjeros no dejaban de presionarlo.

Marc Grossman, que fue representante especial de Estados Unidos en Afganistán y Pakistán de 2011 a 2012, dijo que los arrebatos de Karzai atendían a sus propios y mezquinos intereses, pero sacaban de quicio a la administración Obama. «Utilizó el comportamiento errático como una técnica», dijo Grossman en una entrevista de historia oral diplomática.[40] «Así era como despistaba a todo el mundo. Era extremadamente eficaz en ello, aunque había momentos en los que nos sacaba de quicio.»

15

Consumidos por la corrupción

La fraudulenta reelección de Hamid Karzai agravó una avalancha de corrupción que arrasó Afganistán en 2009 y 2010. El dinero negro se extendió por todo el país. Los blanqueadores cargaban con maletas cargadas con un millón de dólares, o más, en vuelos que salían de Kabul para que empresarios y políticos corruptos pudieran esconder sus fortunas ilícitas en el extranjero. Gran parte del dinero aterrizó en el emirato de Dubái, [1] donde los afganos podían comprar villas de lujo en el golfo Pérsico en efectivo sin que nadie les hiciera demasiadas preguntas.

En casa, de los escombros de Kabul surgieron las mansiones conocidas como «palacios de la amapola» para albergar a los reyes del opio y los señores de la guerra. [2] Estas estridentes propiedades tenían granito rosa, mármol de cal, fuentes en los tejados y piscinas interiores climatizadas. Los arquitectos ocultaban pequeños bares privados en los sótanos para que los moralizantes mulás no los detectaran. Algunos palacios de la amapola se alquilaban por 12.000 dólares al mes, una suma incomprensible para los empobrecidos afganos que vivían con lo justo.

En agosto de 2010, el mayor banco privado de Afganistán se convirtió en la cloaca del fraude. Casi 1.000 millones de dólares en préstamos falsificados —el equivalente a una doceava parte de la producción económica del país ese año— desaparecieron en los bolsillos de inversores

con conexiones políticas que habían gestionado el banco como un sistema piramidal. El pánico se instaló cuando ciudadanos afganos de a pie acudieron en masa a las sucursales bancarias para retirar sus ahorros.

Washington se había mostrado preocupado durante años por la influencia de la corrupción en Afganistán, pero cuando el chanchullo se convirtió en moneda corriente, los funcionarios de la administración Obama temieron que su estrategia de guerra peligrara en el peor de los momentos, con el aumento de la presencia de tropas estadounidenses en el país. En público, los funcionarios estadounidenses prometieron arrancar de raíz el problema y exigir responsabilidades a los líderes afganos.

«Voy a ser claro: no podemos hacer la vista gorda ante una corrupción que hace que los afganos pierdan la fe en sus propios líderes», declaró Obama en marzo de 2009 cuando anunció la ampliación de la guerra. «Buscaremos un nuevo pacto con el gobierno afgano para tratar con mano dura el comportamiento corrupto.»

Unos días más tarde, la secretaria de Estado Hillary Clinton dijo: «La corrupción es un cáncer tan peligroso para el éxito a largo plazo como los talibanes o Al Qaeda».

En agosto de 2009, el general del Ejército Stanley McChrystal advirtió: «Las acciones malévolas de los agentes del poder, la corrupción generalizada y el abuso de poder [...] han dado a los afganos pocas razones para apoyar a su gobierno». [3]

Pero era una retórica hueca. Los funcionarios estadounidenses se echaron atrás y miraban a otro lado mientras el robo se consolidaba más que nunca. Toleraban a los peores delincuentes —políticos, señores de la guerra, narcotraficantes, contratistas de la industria de defensa— porque eran aliados de Estados Unidos. Al final llegaron a la conclusión de que limpiar la ensuciada estructura de poder de Afganistán era una misión imposible.

Al igual que la Casa Blanca de Bush, la administración Obama no se enfrentó a una realidad más angustiosa. Desde la invasión de 2001, Estados

Unidos había alimentado la corrupción repartiendo enormes sumas de dinero para la protección y reconstrucción de Afganistán sin tener en cuenta las consecuencias. Surgieron oportunidades ilimitadas para el soborno y el fraude porque el gasto estadounidense en ayudas y contratos de defensa superaba con creces lo que el hambriento Afganistán podía digerir.

«La premisa básica era que la corrupción es un problema afgano y nosotros somos la solución», dijo Barnett Rubin, el asesor del Departamento de Estado, en una entrevista de Lessons Learned.[4] «Pero hay un ingrediente indispensable para la corrupción, el dinero, y nosotros éramos quienes lo teníamos.»

Ryan Crocker, que fue el principal diplomático de Estados Unidos en Kabul tanto con Bush como con Obama, dijo que la avalancha de contratos para apoyar a las tropas de Estados Unidos y de la OTAN en Afganistán prácticamente garantizaba que la extorsión, los sobornos y las comisiones ilegales echaran raíces. Y que la corrupción se extendió tanto que representaba una amenaza mayor para la misión de Estados Unidos que los propios talibanes.

«Nuestro mayor proyecto, desgraciadamente y sin quererlo, por supuesto, puede que haya sido el desarrollo de la corrupción masiva», dijo Crocker en una entrevista de Lessons Learned.[5] Lo llamó «la pieza fundamental del fracaso de nuestros esfuerzos». Lo fácil era culpar a los afganos de aceptar mordidas, pero los funcionarios estadounidenses también tenían las manos manchadas. Tan pronto como comenzó la guerra en 2001 adoptaron el soborno como táctica cuando les convenía. Para comprar lealtad e información, la CIA canalizó dinero en efectivo a los señores de la guerra, gobernadores, parlamentarios e incluso líderes religiosos. En una búsqueda desacertada de la estabilidad, las fuerzas armadas estadounidenses y otras agencias también fomentaron la corrupción repartiendo pagos o contratos a los indeseables agentes del poder local.

En 2002 y 2003, cuando los líderes afganos convocaron una asamblea tradicional para redactar una nueva Constitución, el gobierno de Estados Unidos entregó «bonitos paquetes» [6] —pilas de billetes— a los delegados que apoyaron la postura preferida por Washington en materia de derechos humanos y derechos de la mujer, según un funcionario alemán no identificado que prestó sus servicios en Kabul en aquella época. «En ese período comenzó a imponerse la percepción de que si ibas a votar por una posición que les gustaba más [a los de Washington], eras un estúpido si no recibías un paquete por hacerlo», dijo el funcionario alemán en una entrevista de Lessons Learned. [7]

Cuando Afganistán celebró elecciones en 2005 para elegir a los 352 miembros de su parlamento, esa percepción se había asentado. Los legisladores se dieron cuenta de que sus votos podían valer miles de dólares para los estadounidenses, incluso para leyes que estos habrían apoyado de todos modos, según el funcionario alemán.

«Alguien contaba que fulano acababa de ir a la Embajada de EE. UU. y había conseguido tanto. Entonces iba otro y decía: “Vale, ahora me toca a mí”», explicó el funcionario alemán. [8] «Desde el comienzo, su experiencia con la democracia fue que el dinero estaba profundamente arraigado en ella.»

En 2006, el gobierno afgano se había «autoorganizado en una cleptocracia» bajo la cual las personas en el poder podían saquear la economía sin limitaciones, según Christopher Kolenda, un coronel del Ejército que asesoró a varios comandantes estadounidenses durante la guerra. [9]

«Con el tiempo, la cleptocracia se fortaleció hasta el punto de que la prioridad del gobierno afgano no fue la buena gobernanza, sino el mantenimiento de esa cleptocracia», dijo Kolenda en una entrevista de Lessons Learned. [10] «Fue por pura ingenuidad, y quizá por descuido, que ayudamos a crear el sistema.»

Kolenda dijo que los funcionarios estadounidenses no reconocieron la amenaza letal que suponía la corrupción para su estrategia de guerra. «Me gusta utilizar una analogía con el cáncer», dijo. «La corrupción a pequeña escala es como el cáncer de piel; hay formas de tratarla y probablemente te cures. La corrupción en los ministerios, en un nivel más alto, es como el cáncer de colon; es peor, pero si lo detectas a tiempo, probablemente te cures. La cleptocracia, sin embargo, es como el cáncer de cerebro; es letal.» [11]

Al permitir que el tumor de la corrupción se reprodujera, Estados Unidos contribuyó a destruir la legitimidad del tambaleante gobierno afgano que estaban intentando apuntalar. Con jueces, jefes de policía y burócratas exigiendo sobornos, muchos afganos se cansaron de la democracia y recurrieron a los talibanes para imponer el orden.

En 2009, los mandos militares estadounidenses iniciaron con retraso una campaña de erradicación de la corrupción y limpieza del gobierno afgano como parte de la ampliación de la estrategia de contrainsurgencia del Pentágono. Esta reacción desanimó a muchos funcionarios civiles estadounidenses que sintieron que los mandos uniformados habían restado importancia al problema desde el inicio de la guerra. «Era como si acabaran de descubrir algo nuevo sobre los efectos perniciosos de la corrupción», dijo un antiguo miembro no identificado del Consejo de Seguridad Nacional en una entrevista de Lessons Learned. [12] Durante años, «la gente sobre el terreno se quejaba de las concesiones que hacían los militares al trabajar con los actores corruptos, pero se les hacía callar».

El gobierno de Estados Unidos reclutó a un pequeño ejército de abogados, asesores, investigadores y auditores anticorrupción para ir a Kabul. Lo que encontraron los abrumó.

El mayor generador de corrupción era la desbocada cadena de suministro de los militares estadounidenses. El Pentágono pagaba a contratistas afganos extranjeros para que llevaran cada mes a la zona de guerra entre

6.000 y 8.000 camiones llenos de combustible, agua, munición, alimentos y otros suministros.[13] Los gastos de transporte eran exorbitados. La mayoría de los convoyes tenía que recorrer los cerca de 1.500 kilómetros que separaban el puerto marítimo más cercano, en Karachi, Pakistán, de Torkham, el principal cruce fronterizo del Paso del Jáiber. Después tenían que atravesar las áreas de territorio afgano hostil para llegar a las bases estadounidenses repartidas por todo el país.

Un convoy de 300 camiones necesitaba una media de 500 guardias armados como protección básica.[14] Además, las empresas de transporte pagaban generosos sobornos a los señores de la guerra, a los jefes de policía y a los comandantes talibanes para garantizar un paso seguro por su territorio. Un informe del Congreso de 2010 calificó el sistema de «inmenso chanchullo de protección» financiado por los contribuyentes estadounidenses. Gert Berthold, un contable judicial que sirvió en un grupo de trabajo militar en Afganistán entre 2010 y 2012, participó en el análisis de 3.000 contratos del Departamento de Defensa por valor de 106.000 millones de dólares para determinar quiénes eran los beneficiarios. El grupo de trabajo concluyó que alrededor del 18 % del dinero iba a parar a los talibanes y otros grupos insurgentes.[15] «Y a menudo era un porcentaje mayor», dijo Berthold en una entrevista de Lessons Learned.[16] «Hablamos con muchos ex ministros [afganos] y nos dijeron: “Estáis contando por lo bajo”.»

El grupo de trabajo estimó que los funcionarios afganos corruptos y las organizaciones criminales se llevaron otro 15 %.[17] Berthold dijo que las pruebas eran tan incriminatorias que pocos funcionarios estadounidenses querían oír hablar de ellas. «Nadie quería rendir cuentas», dijo. «Si vas a luchar contra la corrupción, alguien tiene que asumirla. [...] Nadie está dispuesto a asumirla.»

Thomas Creal, otro contable judicial del grupo de trabajo militar, dijo que las agencias estadounidenses dudaron en tomar medidas por diferentes

razones. La CIA no quería enemistarse con los contratistas afganos ni con los hombres fuertes que estaban en la nómina de la agencia de espionaje. Los mandos militares tenían sentimientos encontrados a la hora de buscar pelea con los aliados afganos corruptos.

Creal dijo que llevó casos a la Embajada de Estados Unidos en Kabul para ver si el Departamento de Justicia podía iniciar procedimientos judiciales civiles para incautar los activos de los contratistas de defensa corruptos, pero rara vez se tomaron medidas. «Cuando teníamos la visibilidad de los flujos de dinero, la pregunta era: ¿qué hacemos ahora?», dijo en una entrevista de Lessons Learned. «Los políticos se iban a interponer.» [18]

Incluso los intentos de imponer castigos leves a los implicados topaban con reticencias. Un año, durante el primer mandato de Obama, los diplomáticos elaboraron una lista negra de «villanos afganos » y propusieron quitarlos de la lista de invitados a la fiesta anual del 4 de julio en la Embajada de EE. UU. Algunos funcionarios se opusieron. Siempre había «un motivo por el que no se podía incluir a alguien en la lista», dijo un funcionario estadounidense no identificado en una entrevista de Lessons Learned. [19] Al final, la Embajada solo excluyó de la fiesta a una persona. «Era demasiado tarde, el sistema estaba demasiado arraigado», dijo un alto diplomático estadounidense no identificado en otra entrevista de Lessons Learned. [20]

En enero de 2010, agentes anticorrupción afganos formados por Estados Unidos hicieron una redada en la sede de la New Ansari Money Exchange, una de las mayores instituciones financieras del país, y se llevaron decenas de miles de documentos.

Las autoridades estadounidenses sospechaban que la red con conexiones políticas blanqueaba dinero para narcotraficantes e insurgentes

transportando montones de dinero en efectivo a Dubái y otros destinos extranjeros. Los investigadores calcularon que los mensajeros de New Ansari sacaron del país hasta 2.780 millones de dólares entre 2007 y 2010. Según el teniente general del Ejército Michael Flynn, jefe de la inteligencia militar de Estados Unidos y la OTAN en Afganistán en ese momento, las fuerzas estadounidenses desempeñaron un papel fundamental en la redada y examinaron minuciosamente los documentos y datos incautados.

«Fuimos literalmente allí, rodeamos el banco y no hubo ningún enfrentamiento. Tomamos todos los datos», dijo Flynn en 2015 en una entrevista de Lessons Learned.[21] «Fue increíble. Me pareció un éxito enorme. Llevamos a cabo la redada y en tres días aprovechamos muchos datos. Con mucha calma trajimos como a cuarenta y cinco personas de todo el país.»

«New Ansari era increíblemente corrupta», dijo. «Tenían doble contabilidad y nos estaban robando a manos llenas.»[22]

Los funcionarios estadounidenses supusieron que el enorme cúmulo de pruebas incriminatorias daría lugar a enjuiciamientos, pero la investigación criminal afgana pronto se topó con un muro. «¿Rindió alguien cuentas?» preguntó Flynn.[23] «No, nadie rindió cuentas.»[24]

Ese muro estaba dentro del propio palacio presidencial.

Meses después de la redada, los investigadores grabaron una conversación en la que un alto asesor de Karzai supuestamente accedía a bloquear la investigación de New Ansari a cambio de una mordida. Las fuerzas del orden afganas detuvieron al asesor, Mohammad Zia Salehi, en julio de 2010. Sin embargo, a las pocas horas, Karzai intervino personalmente y ordenó la puesta en libertad de Salehi alegando que los investigadores se habían extralimitado en sus funciones. Posteriormente, el gobierno afgano retiró todos los cargos. Una vez más, la administración Obama se echó atrás mientras la campaña anticorrupción impulsada por Estados Unidos se tambaleaba.

«El punto de inflexión fue el caso Salehi», dijo un funcionario anónimo del Departamento de Justicia, destinado en Kabul en aquella época, en una entrevista de Lessons Learned. [25] Explicó que la detención había provocado «la reacción de un avispón» por parte del palacio presidencial, que ordenó a los agentes de las fuerzas del orden afganas que dejaran de cooperar con los estadounidenses. Gert Berthold, el contable judicial, añadió: «Después de Salehi parecía que el interés y el entusiasmo se habían desvanecido». [26]

El presidente afgano planteaba un problema aún mayor. Karzai estaba resentido por la ofensiva anticorrupción de Estados Unidos y la veía como una intromisión extranjera. Tras su lucha por la reelección, no estaba de humor para apaciguar a los estadounidenses. El fiscal general afgano, nombrado por Karzai, bloqueó numerosas investigaciones públicas sobre corrupción. Varios funcionarios estadounidenses pusieron el grito en el cielo y dijeron que había llegado el momento de ajustar cuentas. Otros argumentaron que era más importante ablandar a Karzai y conservar su menguante apoyo a las operaciones militares de Estados Unidos y la OTAN.

El coronel Kolenda dijo que algunos funcionarios de la administración Obama consideraban la corrupción como algo «molesto» [27] y menos preocupante que la necesidad de reforzar las fuerzas de seguridad afganas y diezmar a los talibanes. Pero poco después de la captura y liberación de Salehi, un escándalo aún mayor puso a prueba la postura dudosa de la administración Obama sobre la corrupción.

Un día de ese verano, un jugador de póquer de talla mundial llamado Sherkhan Farnood brindó una visita clandestina a la Embajada de Estados Unidos en Kabul. Más allá de su talento para el juego, Farnood era el presidente del Kabul Bank, la mayor institución financiera privada del país. Este hombre de 49 años había creado la entidad seis años antes, cuando Afganistán era un páramo bancario y carecía de prestamistas regulados.

El Kabul Bank creció rápidamente gracias a una brillante campaña de marketing. En vez de pagar intereses, el banco repartía billetes de lotería.

Los clientes que depositaban 100 dólares recibían una oportunidad única de ganar premios que iban desde lavadoras hasta coches y apartamentos. La rifa mensual se convirtió en un éxito sin precedentes y el Kabul Bank abrió sucursales en todo Afganistán.

El negocio bancario convirtió a Farnood en un magnate. Derrochó en propiedades inmobiliarias en Dubái, adquirió una aerolínea privada afgana y se convirtió en un asiduo de los casinos de Las Vegas, Londres y Macao. «Lo que hago no es correcto, no es exactamente lo que debería hacer. Pero esto es Afganistán», se jactó una vez ante un periodista de *The Washington Post*.[28]

Pero cuando Farnood entró en el recinto de la Embajada de Estados Unidos aquel día del mes de julio de 2010, llevaba consigo un alijo de documentos que revelaban que el Kabul Bank era un castillo de naipes a punto de desmoronarse.[29] Unos cuantos accionistas de la empresa —Farnood entre ellos— se habían prestado a sí mismos cientos de millones de dólares a costa de los depósitos de sus clientes, cegados por la lotería.[30] La mayor parte del dinero había desaparecido y el banco estaba a punto de quebrar. Farnood se había visto envuelto en una lucha de poder con los copropietarios del banco.[31] Dijo a los diplomáticos estadounidenses que quería denunciar toda la operación.

Los funcionarios estadounidenses entraron en pánico ante las revelaciones de Sherkhan Farnood. Si el banco quebraba, las pérdidas podrían hacer zozobrar el sistema financiero afgano y provocar una revuelta popular, ya que el Kabul Bank, que ejercía de agente pagador de las nóminas del gobierno afgano,[32] gestionaba las cuentas de 250.000 soldados, policías y funcionarios. Mucha gente podía perder todos sus ahorros.

También existía el riesgo de un derrumbe político. Los documentos de Farnood ponían de relieve hasta qué punto la familia Karzai y otras élites

afganas estaban profundamente vinculadas a las operaciones y la estructura de propiedad del Kabul Bank.

El tercer mayor accionista del Kabul Bank era Mahmoud Karzai, el hermano mayor del presidente.[33] Otro accionista importante era Haseen Fahim, hermano del general Mohammed Fahim Khan, señor de la guerra tayiko y compañero de fórmula de Karzai en las elecciones presidenciales.[34]

Farnood acusó a ambos de conspirar con él para saquear los activos del banco. Además, afirmó que el banco había desembolsado veinte millones de dólares para la campaña de reelección de Karzai.

«En una escala del uno al diez, fue un veinte», dijo un alto funcionario no identificado del Departamento del Tesoro de Estados Unidos en una entrevista de Lessons Learned.[35] «Tenía elementos que eran de novela de espías, había conexiones entre la gente que poseía el Kabul Bank y los que dirigen el país.»

En pocas semanas, Farnood y el director general del Kabul Bank se vieron obligados a dimitir. Las noticias que ponían en duda la solvencia de la empresa provocaron un aluvión de personas hacia el banco. Decenas de miles de afganos acudieron a las sucursales para rescatar sus ahorros.

El presidente Karzai ofreció una rueda de prensa e intentó mitigar el pánico. Declaró que su gobierno garantizaría la totalidad de los depósitos del Kabul Bank cuando el banco central asumiera el control de sus operaciones. Sin embargo, lo que el gobierno hizo entre bastidores fue salir en desbandada a buscar dinero para cumplir la promesa de Karzai. Los funcionarios afganos hicieron gestiones de emergencia para enviar por avión 300 millones en divisa estadounidense desde un banco alemán en Frankfurt para aliviar la crisis.[36]

Al principio, tanto en público como en privado, la administración Obama se apoyó en Karzai para investigar a fondo el escándalo del Kabul Bank, y lo hizo no solo para recuperar el dinero robado, sino también para

demostrar al pueblo afgano que nadie estaba por encima de la ley. Los funcionarios estadounidenses consideraron el episodio un momento crucial en la campaña anticorrupción y en la propia guerra.

«Había millones de cosas que intentábamos hacer, y todas dependían de que el régimen de Karzai fuera un socio eficaz», dijo en una entrevista de Lessons Learned un ex alto funcionario estadounidense no identificado.[37] «Pero si se permitía que aquello [el escándalo del Kabul Bank] continuara, ¿significaba que lo demás era irrelevante? Había mucha rabia e indignación personal. Sentir que no podíamos hacer nada.»

El escándalo también avergonzó al gobierno estadounidense. Había desplegado legiones de asesores y consultores financieros en Kabul para ayudar a los funcionarios bancarios afganos a regular su incipiente industria financiera, pero pasó por alto el gigantesco esquema Ponzi que se desarrollaba en sus propias narices.

Era difícil no darse cuenta de las señales de alarma. En octubre de 2009, la Embajada de Estados Unidos envió un cable al Departamento de Estado para informar de que los repartidores de efectivo estaban transportando grandes sumas de dinero a Dubái con la aerolínea de Farnood. Las agencias de espionaje estadounidenses sabían de las actividades ilícitas en el seno del Kabul Bank aproximadamente un año antes del colapso, según explicó en una entrevista de Lessons Learned un alto funcionario estadounidense no identificado.[38] Según contó, los funcionarios de inteligencia estadounidenses habían rastreado los flujos de dinero del banco hacia los talibanes y otros insurgentes, y habían compartido la información con sus homólogos de los servicios de información afganos. Pero ninguna de las agencias de inteligencia alertó a las fuerzas del orden[39] «porque no estaba en su mandato», añadió el funcionario.[40]

En febrero de 2010, los funcionarios estadounidenses y afganos se dieron cuenta de la necesidad de actuar después de que *The Washington Post* publicara su entrevista con Farnood en un reportaje sobre las

sospechosas operaciones del banco. Las conclusiones del artículo conmocionaron a Abdul Qadeer Fitrat, gobernador del banco central de Afganistán. [41] Como los organismos reguladores afganos tenían un poder y unos recursos limitados, Fitrat pidió a los funcionarios del Departamento del Tesoro de Estados Unidos que realizaran una auditoría judicial del Kabul Bank.

Los estadounidenses dijeron que necesitaban que Karzai aprobara la petición, pero este se negó durante meses a reunirse con el gobernador del banco central para discutir el asunto alegando que estaba demasiado ocupado. [42] Cuando el presidente afgano aceptó la auditoría, ya era demasiado tarde.

El gobierno de Estados Unidos no se percató del alcance del fraude del Kabul Bank a pesar de haber contratado a numerosos consultores del sector privado para incorporarlos como asesores en el banco central de Afganistán.

Un segundo funcionario anónimo del Departamento del Tesoro dijo que, poco después de llegar a Afganistán en el verano de 2010, se reunió con un ciudadano estadounidense que había trabajado contratado por el banco central durante al menos tres años. El funcionario del Tesoro quería recabar más información sobre el Kabul Bank. Ninguno de los dos tenía la menor idea de que la entidad estaba al borde de la quiebra. [43]

«Tuvimos una conversación de una hora», dijo este segundo funcionario en una entrevista de Lessons Learned. «Le pregunté: ¿crees que es un banco financieramente sólido? Me contestó que sí. Y, literalmente, treinta días después, el castillo de naipes se vino abajo. Fue uno de los mayores fracasos de mi carrera. Un banco de mil millones de dólares se había derrumbado y el asesor de Estados Unidos me había jurado que era financieramente sólido.» [44]

La absorción del banco por parte del gobierno afgano desencadenó una guerra de recriminaciones entre los reguladores y los inversores de la empresa, los cuales tenían conexiones políticas. Las reuniones para

desentrañar las finanzas del banco subieron de tono y los participantes llegaron a lanzarse platos y sillas. Fitrat, el gobernador del banco central, dijo que su oficina tuvo que dejar de servir té caliente para que los beligerantes no se escaldaran unos a otros. [45]

En abril de 2011, Fitrat declaró ante el parlamento afgano que los préstamos dudosos del Kabul Bank ascendían a casi mil millones de dólares. Afirmó que muchos legisladores y funcionarios del ejecutivo habían recibido pagos cuestionables del banco, pero que los funcionarios afganos encargados de hacer cumplir la ley se habían negado a perseguirlos. También anunció que el banco central intentaría congelar los activos de los accionistas del Kabul Bank.

Los agentes del poder afgano se rebelaron ante los intentos de recuperar el dinero desaparecido. Dos meses después, temiendo por su vida, Fitrat huyó a Estados Unidos. En sus memorias escribió que Afganistán era «rehén de un grupo de políticos controlados por la mafia que saqueaban la valiosa ayuda internacional destinada a mejorar la vida de la población». [46]

Durante aproximadamente un año después de que el escándalo se hiciera público, la Embajada de Estados Unidos en Kabul, dirigida por Karl Eikenberry, dio prioridad al caso y presionó a Karzai para que tomara medidas, según explicaron tres ex funcionarios estadounidenses en entrevistas de Lessons Learned. Pero dijeron que la embajada dio marcha atrás después de que Ryan Crocker sustituyera a Eikenberry en julio de 2011.

«Fue un caso de estudio de lo frágil y precaria que puede ser la política de Estados Unidos. Toda nuestra política cambió, literalmente, de la noche a la mañana», dijo el segundo funcionario del Departamento del Tesoro. [47] «La actitud de Crocker fue hacer desaparecer el tema, enterrarlo lo más hondo posible y silenciar cualquier voz que, desde dentro de la embajada, quisiera convertirlo en un problema.»

Crocker, el general David Petraeus y otros funcionarios de la administración Obama no querían arriesgarse a ofender aún más a Karzai porque necesitaban su apoyo en el momento álgido de la oleada de 100.000 soldados estadounidenses en el país. Crocker y sus aliados tampoco querían que el Congreso o los donantes internacionales utilizaran el escándalo bancario como excusa para cortar las ayudas a Kabul.

«Estados Unidos empezó a aflojar la presión debido al cambio en la dirección de la embajada», dijo un ex funcionario no identificado del Fondo Monetario Internacional en una entrevista de Lessons Learned. «Vi cómo cambiaron las tornas cuando la situación se puso difícil.» [48]

En una entrevista de Lessons Learned, Crocker dijo que estaba de acuerdo en que la corrupción era un enorme problema que había saboteado la guerra. Pero cuando se produjo el escándalo del Kabul Bank, dijo que ya era demasiado tarde. También se mostró comprensivo con el argumento contrario del presidente afgano, que repartió la culpa de la ola de corrupción de forma más amplia. [49]

«Me llamó la atención algo que Karzai dijo y repitió varias veces durante mi mandato, y es que Occidente, liderado por Estados Unidos, en su clara opinión, tenía una importante responsabilidad en todo el tema de la corrupción», dijo Crocker. [50]

Después de que Karzai dejara el cargo en 2014, su sucesor, Ashraf Ghani, reabrió una investigación sobre el escándalo del Kabul Bank. En ella se descubrió que aún no habían sido devueltos 633 millones de dólares en préstamos indebidos.

Farnood, el fundador del banco y tahúr del póker, fue condenado a quince años. Murió en prisión en 2018.

Pocos más se enfrentaron a la justicia. La sentencia para el director general también fue de quince años, pero la condena se hizo cumplir con poco rigor; el gobierno le permitió salir de la cárcel a diario para ocuparse

de un gran proyecto de inversión inmobiliaria. Otros nueve acusados pagaron multas o cumplieron menos de un año de cárcel.

Quinta parte
Todo se desmorona
2011-2016

16

En guerra con la verdad

Sentado en una sala de reuniones de la CIA en Langley, Virginia, Leon Panetta pasaba las cuentas de un rosario con su mirada de setenta y tres años pegada a un enlace de vídeo seguro que mostraba helicópteros estadounidenses volando en la oscuridad sobre terreno pakistaní.[1] En la misa de esa mañana —1 de mayo de 2011—, había rezado para que la audaz misión secreta que había tramado saliera bien.

Ex congresista y jefe de gabinete de la Casa Blanca, Panetta había trabajado en el gobierno el tiempo suficiente como para saber que su cargo y su reputación estaban en juego. Como director de la CIA durante los dos años anteriores, había supervisado la indecisa caza de Osama bin Laden, el terrorista más buscado del mundo. Acababa de pedir una autorización presidencial para enviar dos docenas de fuerzas de Operaciones Especiales a Pakistán —una potencia nuclear bastante enojadiza— basándose en la suposición de la CIA de que un ermitaño que vivía recluido tras los muros de un complejo de un millón de dólares en la ciudad de Abbottabad era en realidad Bin Laden. Si la operación fracasaba, las consecuencias serían imprevisibles.

Panetta vio como dos de los helicópteros aterrizaban en las instalaciones a través de una transmisión de vídeo en directo realizada por drones invisibles que sobrevolaban Abbottabad. Sin embargo, las cámaras aéreas

no podían ver el interior de los muros del complejo. Cuando un equipo de los Navy SEAL irrumpió en el edificio, lo único que pudo hacer Panetta fue escuchar y esperar. Después de quince minutos interminables, el equipo respondió por radio: habían encontrado al objetivo y lo habían eliminado.

El jefe de los servicios de espionaje contuvo las ganas de celebración hasta que las fuerzas de Operaciones Especiales regresaron sanas y salvas a su base de operaciones en Afganistán y confirmaron la identidad de Bin Laden. Panetta sonrió y se acordó de su viejo amigo Ted Balestreri, un restaurador de Monterey, California, que una vez le había prometido abrir la joya más preciada de su bodega, un Chateau Lafite Rothschild de 1870, si Leon atrapaba al cerebro del 11S. [2] Panetta telefoneó a casa y habló con su esposa, Sylvia. «Llama a Ted y dile que ponga la CNN», dijo, «me debe una botella de vino.»

La muerte de Bin Laden parecía marcar un verdadero punto de inflexión en la infortunada guerra de Afganistán. El único propósito había sido eliminar a Bin Laden y su red. Mientras el líder de Al Qaeda siguiera libre, ningún presidente podía plantearse de manera realista el fin de las operaciones militares estadounidenses en Afganistán. Ahora, después de diez largos años, Estados Unidos se había vengado por fin del 11S y parecía que la oportunidad estaba al alcance de la mano.

Dos meses después, Panetta viajó a Kabul. El presidente Obama acababa de nombrarlo secretario de Defensa y era su primer viaje al extranjero para reunirse con las tropas. Tenía buenas noticias que compartir.

Obama había decidido empezar a traer a las tropas estadounidenses a casa. De un máximo de 100.000, el número de efectivos se reduciría a 90.000 a finales de año y a 67.000 en el verano de 2012. A primera vista, la estrategia de guerra de Estados Unidos parecía que podía dar resultado. Panetta se sentía relajado y a gusto.

A diferencia de sus predecesores, que sopesaban cada palabra por sus posibles repercusiones, Panetta hizo gala de un don especial para los

comentarios contundentes y espontáneos durante su visita a Afganistán y la región. [3] Habló sin tapujos de la presencia clandestina de la CIA en el país, llamó «hijo de perra» a Bin Laden y en cada parada se maravillaba ante las tropas de lo improbable que había sido para él, hijo de inmigrantes italianos pobres y plantador de nogales a tiempo parcial, acabar al mando de las fuerzas armadas más poderosas del mundo.

En un debate más serio con los periodistas que lo acompañaban, Panetta calificó la muerte de Bin Laden como el principio del fin de la llamada guerra contra el terrorismo. Gracias a la incesante campaña de ataques con drones de la CIA, Panetta estimó que a Al Qaeda solo le quedaban entre diez y veinte «líderes clave» vivos en Pakistán, Somalia, el norte de África y la península Arábiga. No había ninguno en Afganistán, donde los militares estadounidenses calculaban que Al Qaeda solo tendría entre cincuenta y cien combatientes de bajo nivel. «Estamos a punto de derrotar estratégicamente a Al Qaeda», dijo Panetta. «Creo que ha llegado el momento. [...] Podemos realmente inutilizar a Al Qaeda como amenaza para este país.»

El éxito de la redada contra Bin Laden supuso un acicate político para Obama, pero también hizo crecer las expectativas del público y aumentó la presión para demostrar que las políticas en Afganistán estaban funcionando. Siendo candidato para ocupar la Casa Blanca en 2009, Obama había prometido dar un giro a la guerra. Ahora le quedaba un año para volver a someterse al veredicto de los votantes.

«Nos reconforta saber que la marea de la guerra está bajando», declaró Obama en junio de 2011 cuando anunció la reducción de tropas. Según su calendario de retirada, 33.000 soldados volverían a casa en agosto de 2012, tres meses antes del día de las elecciones.

La reputación de sus altos mandos militares también estaba en juego. Dos años antes habían vendido su estrategia de contrainsurgencia al

presidente y al pueblo estadounidense. Siempre confiados, siguieron augurando el éxito.

«Hemos progresado mucho», dijo el almirante Mike Mullen, jefe del Estado Mayor Conjunto, al presentador de televisión Charlie Rose en junio de 2011. «Desde el punto de vista de la estrategia, parece que ha funcionado realmente como esperábamos.»

Pero la retórica optimista y tranquilizadora ocultaba la verdad: a pesar de las enormes inversiones, la estrategia bélica de Obama estaba fracasando. Estados Unidos y sus aliados no podían solucionar algunos problemas fundamentales. Las fuerzas de seguridad afganas daban pocas señales de poder salvaguardar su propio país mientras los líderes talibanes dormían a pierna suelta en sus santuarios de Pakistán esperando a que las fuerzas extranjeras decidieran marcharse. La corrupción intensificó su capacidad para controlar un gobierno que marginaba e indignaba al pueblo al que supuestamente servía.

Las autoridades estadounidenses querían retirarse, pero temían que el Estado afgano se derrumbara si lo hacían. Era precisamente el escenario que Bin Laden había esperado cuando planeó el 11S: atraer a la superpotencia estadounidense a un conflicto de guerrillas que no podría ganar, esquilmaría su tesoro público y menoscabaría su influencia global.

«Después de la muerte de Osama bin Laden, dije que probablemente estaría riéndose en su tumba oceánica al ver lo que nos hemos gastado en Afganistán», dijo Jeffrey Eggers, el oficial de la Armada que sirvió como miembro del Consejo de Seguridad Nacional para Bush y Obama, en una entrevista de Lessons Learned. [4]

Para correr un tupido velo sobre los problemas, los funcionarios estadounidenses minimizaron repetidamente las malas noticias del frente, llevándolas a veces hasta niveles absurdos.

En septiembre de 2011, una lluvia de titulares desoladores se cernió sobre Panetta cuando acudió al Capitolio para testificar ante una comisión

del Senado. Un sicario había matado a un ex presidente afgano encargado de las negociaciones de paz, y los talibanes también habían llevado a cabo una serie de atentados suicidas y ataques coordinados contra objetivos de alto nivel en Kabul —supuestamente la zona más protegida del país—, incluidas la Embajada de EE. UU. y la sede de la OTAN.

Pero hasta el lenguaraz Panetta tuvo que secundar el espejismo del éxito y describió un panorama halagüeño para los legisladores alegando «progresos innegables» y diciendo que la guerra «iba en la dirección correcta». Calificó los asesinatos y los atentados suicidas de «signo de debilidad de la insurgencia», argumentando que los talibanes recurrían a estas tácticas solo porque estaban perdiendo territorio frente a las fuerzas estadounidenses.

Cuando Panetta regresó a Afganistán de nuevo en marzo de 2012, se produjo otra serie de desastres de protocolo. Momentos después de que el Boeing C-17 del secretario de Defensa aterrizara en una base de la OTAN en la provincia de Helmand, un asaltante afgano condujo un camión robado hasta la pista e intentó atropellar a un general de la Armada estadounidense y a otros miembros del grupo de bienvenida de Panetta. El atacante se prendió fuego y estrelló el camión; murió posteriormente a causa de las heridas. Panetta aún no había desembarcado de su avión y nadie más resultó herido, pero se había mascado la tragedia. Al igual que cinco años antes, cuando un terrorista suicida había atentado contra el vicepresidente Cheney en otra base de Afganistán, las autoridades militares estadounidenses trataron de tapar el incidente. Durante diez horas ocultaron los hechos a los periodistas que viajaban en el mismo avión que Panetta y solo informaron, sin mencionar demasiados detalles, después de que los medios de comunicación británicos dieran la noticia.

Al principio, Panetta y otras autoridades insinuaron que el momento del ataque había sido pura coincidencia y dijeron que no tenían motivos para pensar que el objetivo fuera el secretario de Defensa. Pero posteriormente

reconocieron que si el incidente hubiera ocurrido cinco minutos más tarde, el camión que iba a toda velocidad podría haber impactado con Panetta a su bajada del avión.

Durante la visita al país, Panetta también tuvo que lidiar con las consecuencias de una de las peores atrocidades de la guerra. Pocos días antes de su llegada, un soldado estadounidense en solitario, el sargento primero Robert Bales, se adentró en dos pueblos afganos de la provincia de Kandahar en plena noche y masacró inexplicablemente a dieciséis aldeanos que dormían, la mayoría de ellos mujeres y niños. El asesinato masivo soliviantó a los afganos y los talibanes lo explotaron como alimento propagandístico.

A pesar de todo, Panetta calificó la visita de «muy alentadora» y dijo que Estados Unidos estaba «muy cerca de cumplir» su misión. «La campaña, como he señalado antes, creo que ha hecho progresos significativos», dijo a los periodistas en Kabul. «Estamos en el camino correcto. Estoy absolutamente convencido de ello.»

Para reforzar el mensaje, los funcionarios de la administración Obama pregonaron estadísticas que distorsionaban lo que realmente estaba ocurriendo sobre el terreno. La administración Bush había hecho lo mismo, pero los funcionarios de Obama en la Casa Blanca, el Pentágono y el Departamento de Estado fueron más allá y dieron bombo a unas cifras que eran engañosas, espurias o directamente falsas. «Hemos atajado el empuje talibán», dijo la secretaria de Estado Hillary Clinton ante una comisión del Senado en junio de 2011. Como prueba, citó una retahíla de datos: en las escuelas afganas se habían matriculado 7,1 millones de estudiantes, un aumento de siete veces desde la caída de los talibanes; la mortalidad infantil había disminuido en un 22 %; la producción de opio se había reducido; cientos de miles de agricultores habían sido «formados y provistos de semillas nuevas y técnicas distintas»; y las mujeres afganas habían recibido más de 100.000 microcréditos. «Por consiguiente, ¿qué nos dicen estas

cifras y otras que podría aportar?», dijo Clinton. «Que la vida es mejor para la mayoría de los afganos.»

Sin embargo, los auditores del gobierno de Estados Unidos concluirían años más tarde que la administración Obama había basado muchas de sus estadísticas sobre mortalidad infantil, esperanza de vida y matriculación escolar en datos inexactos o no contrastados. [5]

John Sopko, el inspector general especial para la reconstrucción de Afganistán, dijo ante el Congreso en enero de 2020 que los funcionarios estadounidenses «sabían que los datos eran malos» y, sin embargo, alardeaban de las cifras. Afirmó que las mentiras formaban parte de «un hedor a mendacidad» que se extendía sobre el retrato que hacía el gobierno sobre la guerra.

En entrevistas de Lessons Learned, funcionarios y asesores militares estadounidenses describieron esfuerzos explícitos y sostenidos para confundir deliberadamente a la opinión pública. Afirmaron que, sobre el terreno, en el cuartel general de Kabul, en el Pentágono y en la Casa Blanca era práctica habitual falsear las estadísticas para hacer creer que Estados Unidos estaba ganando la guerra, cuando no era así. «Todos los datos eran alterados para presentar la mejor imagen posible», dijo Bob Crowley, un coronel del Ejército que sirvió como asesor principal de contrainsurgencia para los comandantes estadounidenses en 2013 y 2014, en una entrevista de Lessons Learned. [6] «Las encuestas, por ejemplo, no eran nada fiables, pero reforzaban que todo lo que hacíamos era correcto y nos regodeábamos con nuestras propias mentiras.»

En los cuarteles militares «la verdad rara vez era bienvenida» y «las malas noticias eran reprimidas a menudo», dijo Crowley. «Había más libertad para compartir malas noticias si eran de poca envergadura —niños atropellados por nuestros [vehículos blindados] MRAPS— porque esas cosas podían cambiarse con directivas políticas. Pero cuando tratábamos de airear problemas estratégicos de mayor envergadura sobre la

predisposición, la capacidad o la corrupción del gobierno afgano, estaba claro que eso no era bienvenido.»

John Garofano, un estratega del Naval War College que asesoró a los Marines en la provincia de Helmand en 2011, dijo que los funcionarios militares sobre el terreno dedicaron una cantidad desmesurada de recursos a producir gráficos con códigos de colores que auspiciaban resultados positivos. «Tenían una máquina carísima que imprimía láminas realmente grandes, como en una imprenta», dijo en una entrevista de Lessons Learned.[7] «Había una advertencia que decía que las cifras no eran realmente científicas, o que no había un procedimiento científico detrás.»

Pero, según Garofano, nadie se atrevía a preguntar si los gráficos o las cifras eran creíbles o tenían sentido. «No había voluntad de responder a preguntas como: ¿qué significa este número de escuelas construidas?, ¿cómo ha progresado esto hacia su objetivo?», dijo.[8] «¿Cómo es que muestran eso como una prueba de éxito y no como una prueba del esfuerzo o una prueba de que simplemente se está haciendo algo bueno?»

Los funcionarios militares y diplomáticos dudaban a la hora de trasladar las evaluaciones negativas a la cadena de mando por otra razón: el arribismo. Nadie quería que se le culpara de los problemas o los fallos que se produjeran en el ejercicio de su cargo. Por ello, independientemente de la gravedad, aseguraban que estaban haciendo progresos.

«Desde los embajadores hasta el nivel más bajo, [todos dicen que] estamos haciendo un gran trabajo», aseguró en una entrevista de Lessons Learned el teniente general Michael Flynn, encargado de supervisar la inteligencia militar durante el aumento de tropas de Obama. «¿Seguro? Entonces, si lo estamos haciendo tan bien, ¿por qué da la impresión de que estamos perdiendo?»[9]

Mientras duró la guerra, a los comandantes de brigada y de batallón del Ejército de EE. UU. se les asignó la misma misión básica a su llegada a Afganistán: proteger a la población y derrotar al enemigo. «Llegaban para

el período que tuvieran asignado, nueve o seis meses, recibían esa misión, la aceptaban y la ejecutaban», dijo Flynn.[10] «Después, cuando partían, todos decían que habían cumplido la misión; todos los comandantes. Ninguno se iba a ir de Afganistán [...] diciendo:"¿Sabes?, no cumplimos nuestra misión".»

Los datos relativos a bombardeos, atentados y otros enfrentamientos violentos se volvían más desalentadores cada vez que Bush u Obama revisaban la estrategia de guerra. Era imposible cuadrar las tendencias negativas con los mensajes públicos optimistas sobre el progreso, por lo que los funcionarios estadounidenses mantuvieron la confidencialidad de la totalidad de los registros de datos. «Cada vez que se compartían datos quedaba claro que todo estaba empeorando, especialmente con las revisiones de la estrategia», dijo en una entrevista de Lessons Learned un alto funcionario estadounidense no identificado que trabajó para Bush y Obama.[11]

En otra entrevista de Lessons Learned, un miembro anónimo del Consejo de Seguridad Nacional dijo que el Pentágono y la Casa Blanca de Obama presionaron a la burocracia para que produjera cifras que demostraran que el aumento de tropas de 2009 a 2011 estaba funcionando, por mucho que la pura realidad apuntara a lo contrario.[12] «Era imposible establecer parámetros adecuados. Lo intentábamos con el número de tropas entrenadas, los niveles de violencia, el control del territorio, pero nada de todo ello transmitía una imagen fiel», dijo el miembro del Consejo de Seguridad Nacional.[13] «Los parámetros se manipularon constantemente mientras duró la guerra.»

Incluso cuando el recuento de víctimas y otros valores parecían malos, la Casa Blanca y el Pentágono les daban la vuelta a su favor.[14] Así, presentaban los atentados suicidas en Kabul como una señal de que los insurgentes eran demasiado débiles como para entrar en combate directo y

decían que el aumento de bajas entre las tropas estadounidenses demostraba que se estaba luchando contra el enemigo.

«Estas eran sus explicaciones», dijo el miembro del personal de la Casa Blanca. [15] «Por ejemplo, si los ataques se recrudecían: “Es porque hay más objetivos contra los que disparar, así que el aumento de ataques es un falso indicador de inestabilidad”. Después, a los tres meses, si los ataques seguían empeorando: “Es porque los talibanes están desesperados, así que en realidad es un indicador de que estamos ganando”.»

Las autoridades militares estadounidenses dieron al traste con tantas estadísticas y parámetros distintos que la opinión pública no tenía la menor idea de cuáles eran realmente importantes.

Los legisladores también querían saber. Durante una sesión de la Comisión de Servicios Armados del Senado en abril de 2009, la senadora Susan Collins (republicana de Maine) preguntó a Michèle Flournoy, subsecretaria de Defensa para políticas militares, cómo sabía la administración Obama si el aumento de tropas estaba teniendo éxito.

«¿Cómo sabremos si estamos ganando?» preguntó Collins. «¿Cómo sabremos si esta nueva estrategia está funcionando o no? Me parece que necesitan un conjunto de parámetros y referencias claras.»

Flournoy dio una respuesta confusa: «Hay todo un conjunto de parámetros heredados mucho más desarrollado, dado que llevamos mucho tiempo realizando estas operaciones», dijo. «Lo que estamos tratando de hacer es clasificarlos con más cuidado. Algunos están más relacionados con el aporte. Y en lo que realmente intentamos centrarnos es en los resultados y las repercusiones reales. Por lo tanto, no estamos empezando con una hoja en blanco, sino que estamos en el proceso de refinar los parámetros que se están utilizando en Afganistán.»

A medida que las tropas fueron entrando en la zona de guerra, los mandos militares perfeccionaron el arte de seleccionar las estadísticas para demostrar que su estrategia estaba funcionando.

En julio de 2010, en una sesión informativa con periodistas en el Pentágono, el general de división del Ejército John Campbell, comandante de las fuerzas estadounidenses en el este de Afganistán, dijo que los talibanes habían llevado a cabo un 12 % más de ataques durante el primer semestre del año que en los seis primeros meses de 2009. Consciente de que el dato podría sonar mal, Campbell añadió enseguida que «la eficacia de esos ataques ha bajado aproximadamente un 6 %». No explicó cómo los militares miden la «eficacia» con tanta precisión, pero aseguró a los periodistas que la guerra iba bien. «Ganar es hacer progresos, y creo que cada día estamos haciendo progresos», dijo.

En marzo de 2011, la Comisión de Servicios Armados de la Cámara de Representantes convocó a Petraeus para que proporcionara información actualizada sobre la guerra. El general bombardeó a los legisladores con una descarga de cifras inconexas y habló de «un aumento de cuatro veces» en los alijos de armas y explosivos «entregados y encontrados». Dijo que los comandos estadounidenses y afganos mataban o capturaban a «unos 360 líderes insurgentes seleccionados» en un «período típico de noventa días». En Marja, una ciudad de la provincia de Helmand que había sido arrebatada del control talibán, el 75 % de los votantes registrados habían votado en las elecciones del consejo comunitario, y en todo Afganistán, el número de torres y dirigibles de vigilancia había aumentado de 114 a 184 desde agosto.

«Para terminar», dijo Petraeus, «en los últimos ocho meses se han producido avances importantes pero muy reñidos».

Las autoridades militares sobre el terreno sabían que el aluvión de cifras significaba muy poco. «Desgraciadamente, las cifras se pueden interpretar como uno desee», [16] dijo en una entrevista de historia oral del Ejército el mayor John Martin, que se describía a sí mismo como un *staff bubba*, un currante del montón, y ejerció de proyectista en la base aérea de Bagram. «Por ejemplo, si el año pasado hubo 100 ataques y este año se han producido 150, ¿significa que la situación ha empeorado porque ha habido

más ataques?», se preguntó Martin.[17] «¿O significa que ahora tienes más tipos buenos que van a más lugares y encuentran a más tipos malos, y por ello hay más ataques, pero estás mejorando la situación porque encuentras a más tipos malos?»

Otros altos funcionarios decían que daban gran importancia a una estadística en particular, aunque el gobierno de Estados Unidos rara vez la mencionara en público. «Creo que el indicador clave es el que he sugerido, es decir, cuántos afganos están siendo asesinados», dijo James Dobbins, el diplomático estadounidense, ante una comisión del Senado en 2009. «Si la cifra aumenta, estamos perdiendo; si disminuye, estamos ganando. Es tan sencillo como eso.»

Sin embargo, hasta ese momento nadie se había molestado en hacer un seguimiento fiable de las bajas afganas. Para el Pentágono, el tema era delicado. A los funcionarios de Defensa no les gustaba responder a las preguntas sobre las bajas civiles, y mucho menos hablar de quiénes eran los responsables. Hacer un seguimiento del número de pozos excavados y de escuelas construidas era más fácil y generaba una publicidad más favorable.

En una entrevista de Lessons Learned, un alto funcionario de la OTAN no identificado dijo que la alianza empezó a hacer un seguimiento de las víctimas civiles en 2005 y creó «lo que se suponía que era la madre de todas las bases de datos».[18] Pero el programa fue abandonado por motivos no especificados. «Tenía que haber un procedimiento estándar desde el principio para registrar las víctimas civiles, pero no fue el caso», dijo el alto funcionario de la OTAN.[19]

En 2009, Naciones Unidas desarrolló una campaña de recuento de muertos y heridos civiles en Afganistán. El programa de la ONU se convirtió en el primer cómputo exhaustivo de víctimas no militares, pero las cifras eran desalentadoras y no dejaban de crecer. Decenas de personas morían como promedio cada semana.

A medida que las tropas estadounidenses aumentaron su presencia en Afganistán entre 2009 y 2011, la cifra anual de bajas civiles aumentó de 2.412 a 3.133. El total se redujo en 2012, pero creció en 2013 y siguió subiendo hasta alcanzar las 3.701 muertes en 2014. Eso significaba que el número de civiles afganos muertos se había disparado un 53 % en cinco años. Según la regla de tres del diplomático Dobbins, Estados Unidos y sus aliados estaban perdiendo de largo.

El estudio de Naciones Unidas culpó a los insurgentes de la mayoría de las muertes. Pero, independientemente de quién fuera el responsable, las cifras de víctimas mostraron que Afganistán se estaba volviendo más inestable e inseguro, exactamente lo contrario de lo que se suponía que debía lograr la estrategia de contrainsurgencia de Estados Unidos.

Las evaluaciones de los servicios de inteligencia estadounidenses también sembraron dudas sobre la evolución de la guerra. Los analistas militares y de la CIA prepararon informes mucho más pesimistas que los pronunciamientos de los generales al mando sobre el terreno. Pero los funcionarios de inteligencia rara vez hablaban en público y sus informes permanecían clasificados.

Una vez al año, el Congreso convocaba a los altos cargos de los servicios de inteligencia para que declararan en sesión pública sobre las amenazas globales a la seguridad nacional de Estados Unidos. El tono era uniforme y hablaban en jerga, pero los comentarios sobre Afganistán eran generalmente adustos.

En febrero de 2012, el teniente general del Ejército Ronald Burgess, director de la Agencia de Inteligencia de Defensa, expuso una breve pero sombría evaluación ante la Comisión de Servicios Armados del Senado. Dijo que el aumento de tropas y la estrategia de guerra de Obama habían servido de poco para impedir la insurgencia. También comentó que el gobierno afgano estaba plagado de «corrupción endémica» y que el ejército y la policía afganos estaban llenos de «deficiencias cualitativas

persistentes». A modo de comparación, describió a los talibanes como «resilientes» y habló de la capacidad que tenían de soportar las pérdidas infligidas por las tropas estadounidenses. «Desde sus refugios pakistaníes, los dirigentes talibanes siguen confiando en una futura victoria», añadió Burgess.

En la misma sesión, los legisladores pidieron al director de Inteligencia Nacional, James Clapper, que explicara por qué las agencias de inteligencia estadounidenses tenían una visión tan negativa siendo los mandos militares tan optimistas. Clapper respondió que la misma desconexión había surgido durante la guerra de Vietnam, cuando los funcionarios de inteligencia sabían que las tropas estadounidenses estaban en un atolladero, pero los generales no querían admitirlo en público.

«Si me permiten hacer un poco de historia», dijo Clapper, «en 1966 fui informador analista para el general [William] Westmoreland en Vietnam. Fue entonces cuando perdí algo de mi inocencia profesional al descubrir que los mandos operativos no siempre estaban acuerdo con [los funcionarios de inteligencia sobre] su visión del éxito de su campaña».

De hecho, cuando les tocó testificar un mes después, los mandos militares estadounidenses se mantuvieron firmes: estaban haciendo progresos. «El progreso es real y, lo que es más importante, es sostenible», dijo John Allen, general de la Armada y comandante de las fuerzas de Estados Unidos y la OTAN, a la Comisión de Servicios Armados del Senado en marzo de 2012. «Hemos mermado seriamente la insurgencia.»

La senadora Collins, republicana de Maine, señaló que Allen y otros generales llevaban años repitiendo la misma canción. «Recuerdo haber escuchado desde hace diez años evaluaciones muy similares de nuestros comandantes, que estamos haciendo progresos», dijo. «¿Por qué son ustedes tan optimistas al afirmar que tendremos éxito y nos impondremos?»

«Señora, si no creyera que es factible, se lo diría», respondió Allen. «Y se lo diría muy rápido, porque no me gustaría pasar otra vida en esta lucha

si no fuera factible.»

La falsa narrativa del progreso se hizo más difícil de sostener a medida que se fueron retirando más tropas estadounidenses. En 2013, el número de fuerzas estadounidenses en Afganistán cayó por debajo de cincuenta mil por primera vez en cuatro años. El ejército y la policía afganos se esforzaron por llenar el vacío dejado por los estadounidenses. Los talibanes reactivaron sus fuerzas y se extendieron a nuevos territorios.

Pero los generales redoblaron sus argumentos. También incorporaron una palabra que en su momento habían evitado: *ganar*.

Cuando el general Allen terminó su período de diecinueve meses como comandante de las fuerzas estadounidenses y la OTAN en febrero de 2013, parecía más optimista que nunca. Dijo que las fuerzas de seguridad afganas habían mejorado y que el gobierno afgano estaba preparado para asumir la responsabilidad de su propia seguridad.

«Esto significa victoria», dijo en la ceremonia de relevo del mando en Kabul. «Es lo más parecido a ganar. Y no debemos rehuir el uso de estas palabras. Esta campaña es, y siempre lo ha sido, sobre el pueblo afgano y sobre la victoria.»

Hasta ese momento, los comandantes rara vez habían prometido una victoria tan rotunda. Otros generales no tardaron en adoptar el lenguaje y las bravatas de Allen.

«Estos días hablo mucho de ganar y creo firmemente que estamos en el camino de la victoria», dijo el general de la Armada Joseph Dunford Jr., sucesor de Allen, en una ceremonia militar en Kabul en mayo de 2013.

El adjunto de Dunford, el teniente general del Ejército Mark Milley, se hizo eco de las palabras de su jefe en la misma ceremonia cuando se dirigió a las tropas afganas en el patio de armas. «Ganaréis esta guerra y estaremos con vosotros en cada paso del camino», dijo Milley. Proclamó que estaban «en el camino de la victoria, en el camino de ganar, en el camino de crear un Afganistán estable».

17

El enemigo en casa

Desde la linde de su puesto de observación improvisado, un equipo de soldados del Ejército de EE. UU. oteaba a través de las miras de visión térmica en dirección al valle estéril en busca de señales enemigas. [1] Pensaban que estaban a salvo detrás de su berma de sacos de arena de un metro de altura, ocultos bajo el camuflaje y el oscuro cielo de septiembre.

Hacia la 1 de la madrugada estalló un tiroteo justo detrás de ellos. [2] Unos combatientes afganos que se habían acercado sigilosamente desde la retaguardia armados con fusiles de asalto AK-47 tendieron una emboscada a los soldados a corta distancia.

El sargento Sapuro Nena, de 25 años, isleño del Pacífico y guitarrista aficionado, recibió varios disparos en la espalda. [3] El soldado de primera clase Jon Townsend, de 19 años y recién casado, fue alcanzado en la parte superior del pecho. El especialista Joshua Nelson, de 22 años, analista de inteligencia de señales del este de Carolina del Norte, recibió una ráfaga en ambas piernas. El soldado de primera clase Genaro Bedoy, un tejano de 20 años con una hija pequeña en Amarillo, recibió un disparo en la cara. Ninguno de los cuatro soldados sobrevivió.

Los asesinos no eran desconocidos. Se habían alistado en la Policía Nacional Afgana y habían trabajado junto a las tropas estadounidenses

durante semanas en la provincia de Zabul, puerta de entrada de los insurgentes que cruzan la frontera entre el sur y el este de Afganistán. No está claro qué llevó a los policías afganos a abrir fuego contra sus aliados estadounidenses, pero los asesinatos intensificaron una tendencia alarmante.

El acto de traición del 16 de septiembre de 2012 culminó un brutal período de dos meses durante el cual las fuerzas de seguridad afganas uniformadas llevaron a cabo dieciséis ataques fratricidas en los que murieron veintidós miembros del personal estadounidense y de la OTAN y otros veintinueve resultaron heridos. [4]

Estos asaltos desde el seno del mismo bando rara vez se habían producido durante los primeros años de la guerra. Pero cuando la administración Obama aceleró sus esfuerzos para entrenar al ejército y fuerzas policiales afganas, el fenómeno de la amenaza interior se disparó. El número de ataques denunciados públicamente y cometidos por afganos uniformados contra sus aliados extranjeros pasó de dos en 2008 a cuarenta y cinco en 2012, y causaron la muerte de al menos 116 miembros del personal de Estados Unidos y de la OTAN durante ese período. Los incidentes se volvieron tan comunes que parecía que las tropas estadounidenses estaban entrenando al enemigo. [5]

En algunos de los ataques, miembros de los talibanes se habían infiltrado en el ejército o la policía afganos con la intención específica de incitar al caos desde dentro. En otros casos, soldados o policías afganos sin ninguna conexión conocida con la insurgencia se vengaron de las tropas extranjeras por motivos personales o ideológicos. A menudo, los motivos nunca quedaron claros.

El estallido de ataques internos puso en peligro la misión de Estados Unidos y la OTAN. Para ganar la guerra, los aliados occidentales necesitaban ampliar el ejército y la policía afganos y transformarlos en una fuerza de combate competente que pudiera derrotar a los talibanes con una ayuda extranjera mínima y estabilizar el país en los años venideros.

Las fuerzas estadounidenses entrenaron, equiparon y asesoraron a los soldados y policías afganos en estrecha proximidad las 24 horas del día. Durante las operaciones conjuntas, los mandos exhortaban a estadounidenses y afganos a trabajar «hombro con hombro» —*shohna ba shohna* en darí—. Como el sistema se basaba en la confianza, corría el riesgo de fracasar si los estadounidenses tenían que preocuparse de que sus compañeros afganos pudieran dispararles por la espalda.

Pero las tropas estadounidenses también cometieron actos que desestabilizaron y socavaron la coalición. En enero de 2012, un vídeo que mostraba a Marines orinando sobre cadáveres de talibanes se hizo viral en Internet. En febrero, el personal estadounidense de la base aérea de Bagram quemó inadvertidamente ejemplares del Corán en una pila de basura, lo que provocó las protestas públicas. Las tensiones alcanzaron su punto álgido en marzo, cuando un sargento del Ejército masacró a dieciséis aldeanos en la provincia de Kandahar.

Los ataques internos se convirtieron en una amenaza para el calendario de reducción de tropas de la administración Obama. Los mandos estadounidenses planearon ceder gradualmente la responsabilidad, distrito por distrito, a las fuerzas de seguridad afganas hasta finales de 2014. A partir de ese momento, las fuerzas locales se harían cargo de la lucha en todo el país, mientras que las fuerzas estadounidenses y de la OTAN desempeñarían un papel de asesoramiento.

En septiembre de 2012, el Ejército de EE. UU. había reducido su presencia a 77.000 soldados desde el pico de 100.000. Cuando Obama hacía campaña para la reelección ese otoño, prometió poner fin a la guerra por completo si los votantes lo elegían para un segundo mandato.

Pero la muerte ese mes de los cuatro soldados en Zabul obligó a las fuerzas estadounidenses a pisar el freno. Tres días después del ataque, el general de los Marines John Allen, comandante de las fuerzas

estadounidenses y de la OTAN, ordenó el cese temporal de las operaciones conjuntas. Práctica y simbólicamente, fue un gran revés.

Habitualmente optimista y de voz suave, Allen expresó su furia por la incapacidad de las fuerzas de seguridad afganas para detener los asesinatos fratricidas. «Estoy muy cabreado con ellos», dijo al programa *60 Minutes* de la cadena CBS News. [6] «Estamos dispuestos a sacrificar mucho en esta campaña, pero no estamos dispuestos a que nos asesinen por ella.»

Los dos bandos reanudaron las operaciones conjuntas en pocos días, pero el concepto de trabajar juntos como hermanos de armas nunca se recuperó. Los funcionarios estadounidenses y de la OTAN exigieron a los afganos que volvieran a investigar los antecedentes de sus soldados y policías. También instituyeron un programa de «ángeles de la guarda» que asignaba a los soldados estadounidenses y de la OTAN la vigilancia constante de los afganos traidores.

El mayor del Ejército Christopher Sebastian, un oficial del Signals Corps que fue mentor del Ejército afgano entre 2011 y 2012, recordó haber asistido a una ceremonia de graduación de los afganos en una academia militar en Kandahar. Un infiltrado había colocado una pequeña bomba bajo el asiento de un coronel australiano. [7] Cuando el oficial se levantó para dar la mano a los graduados, el artefacto detonó. Sorprendentemente, nadie resultó herido, pero Sebastian dijo que el incidente acabó con la paciencia de todo el mundo y afianzó las dudas de que la colaboración entre Estados Unidos y Afganistán llegara a funcionar.

«Había una sensación constante de temor cuando cumplías con tus obligaciones cotidianas, simplemente porque tenías que estar mirando continuamente por encima del hombro», dijo Sebastian en una entrevista de historia oral del Ejército. [8] «Por ello, esperar que algún día logremos lo que el Ejército de EE. UU. consideraría un éxito no creo que se ajuste a la realidad.»

Los ataques internos generaron oleadas de noticias negativas en Estados Unidos, Canadá y Europa en las que se cuestionaba si los afganos eran aliados dignos de confianza y si merecían apoyo. Temiendo que la opinión pública se volviera decididamente en contra de la guerra, los mandos estadounidenses desempolvaron una vieja táctica: ocultar la magnitud del problema.

Los portavoces militares restaron importancia a los ataques calificándolos de «incidentes aislados», una descripción que contradice las propias evaluaciones del Pentágono. En 2011, un científico del comportamiento del Ejército de EE. UU. con sede en Kabul realizó un estudio interno titulado «Una crisis de confianza e incompatibilidad cultural» en el que concluyó que los ataques internos «ya no son aislados; reflejan una amenaza sistémica creciente». [9]

Para minimizar todavía más el problema ante la opinión pública, los funcionarios del cuartel general militar en Kabul adoptaron la costumbre de no divulgar los ataques en los que las tropas solo resultaban heridas o salían ilesas. E incluso en los casos mortales, los funcionarios emitían declaraciones breves y someras que arrojaban poca luz sobre qué había sucedido o por qué.

Tras la muerte de los cuatro soldados estadounidenses en Zabul en 2012, el mando conjunto de Estados Unidos y la OTAN en Kabul emitió un comunicado de prensa consistente en tres frases de escueto redactado. Los detalles de la muerte de los soldados nunca se habrían hecho públicos de no ser por Adam Ashton, un reportero del periódico *The News Tribune* de Tacoma, Washington.

Ashton se había plantado en Afganistán con otra parte de la brigada de soldados de la Base Conjunta Lewis-McChord, situada cerca de Tacoma. Durante más de quince meses escribió una serie de artículos en los que reconstruyó lo sucedido. [10] Entrevistó a contactos del Ejército y recurrió a la Ley de Libertad de Información (FOIA, por sus siglas en inglés) para sacar

a la luz una copia redactada con dureza de la investigación oficial sobre los asesinatos.

Sus relatos revelaron que hubo seis asaltantes, todos ellos miembros de la Policía Nacional de Afganistán. [11] Los afganos habían acompañado a seis soldados estadounidenses en el puesto de observación durante un turno de cuarenta y ocho horas para buscar a los combatientes talibanes que habían estado lanzando morteros contra una base estadounidense cercana, el Puesto Avanzado de Combate de Mizan.

Los policías traidores mataron a cuatro de los soldados estadounidenses e hirieron a los otros dos. Uno de ellos, el especialista David Matakaiongo, de 26 años, también recién casado y con un hijo pequeño, sobrevivió a duras penas después de que las balas de AK-47 le destrozaran las piernas y las costillas. Matakaiongo dijo más tarde que había notado malas vibraciones por parte de los afganos y admitió que el ataque no fue del todo una sorpresa. «Sabíamos de lo que eran capaces», dijo en una entrevista con Ashton. [12] «Miraba a estos tipos y pensaba: “Me van a disparar”.»

Otro superviviente, el especialista Devin Wallace, evitó milagrosamente sufrir lesiones importantes. Se hizo el muerto hasta que los tiradores huyeron, y después pidió ayuda por radio. Dijo a los investigadores que también había sospechado de los afganos y que se habían vuelto notablemente hoscos antes del ataque.

La investigación del Ejército reveló que los afganos dispararon y mataron a una séptima persona, un compañero de la policía afgana. Según los investigadores, fue elegido como blanco porque se había hecho amigo de los estadounidenses y se había negado a participar en el ataque.

Los tiradores escaparon desapareciendo en el valle. La investigación destapó pruebas de sus vínculos con los insurgentes y descubrió que funcionarios de la policía afgana en Zabul habían puesto la mano en el fuego por ellos cuando se enrolaron. Sin embargo, el Ejército ocultó en el

informe los detalles de esos hallazgos, con lo cual dejaron importantes preguntas sin respuesta.

El estallido de los ataques fratricidas puso muy nerviosas a las tropas estadounidenses en todo Afganistán. El mayor Jamie Towery, un oficial del Ejército que sirvió de enlace con un comando de entrenamiento policial de la OTAN en Mazar-e Sharif de 2010 a 2011, dijo que le preocupaba constantemente que algún oficial afgano —incluso de confianza— pudiera pasarse de repente al bando rebelde. [13] Recordó un incidente sucedido en agosto de 2010, cuando un conductor afgano disparó mortalmente a dos policías españoles que habían trabajado estrechamente con él durante seis meses. «El lugar o momento más estresante que pasé mientras estuve allí fue cuando íbamos al campo de tiro con los estudiantes», dijo Towery en una entrevista de historia oral del Ejército. «Nunca sabíamos cuándo podían volverse contra ti.» [14]

Los ataques internos solo eran uno de los muchos problemas sistémicos que seguían atenazando al ejército y la policía afganos. Incluso después de una década de ayuda por parte de Estados Unidos y la OTAN, las fuerzas armadas afganas tenían dificultades para actuar de manera independiente.

El ejército nacional representaba aproximadamente dos tercios de las fuerzas de seguridad afganas. Dependía del Ministerio de Defensa e incluía la fuerza aérea afgana, unidades de comandos y otras tropas.

La policía nacional dependía del Ministerio del Interior y era más una fuerza paramilitar que un departamento de lucha contra el crimen. Se encargaba de vigilar la frontera y los puestos de control y mantenía los territorios que el ejército había limpiado de insurgentes.

Las fuerzas afganas crecieron en rachas mal planificadas. Tras intentar inicialmente limitar su número a 50.000 efectivos, la administración Bush fijó en 2008 el objetivo a largo plazo de contar con 134.000 soldados y

82.000 policías. Pero cuando Obama asumió la presidencia al año siguiente, su administración decidió que esos ambiciosos objetivos seguían siendo insuficientes para hacer frente a la creciente amenaza talibán. El general McChrystal, comandante en ese momento, recomendó casi duplicar el ejército y la policía afganos hasta alcanzar los 400.000 efectivos combinados. Obama y el Congreso se decantaron por una cifra ligeramente inferior de 352.000.

Con estas dimensiones, el ejército y la policía afganos parecían sólidos sobre el papel, pero una buena parte se materializó en acantonamientos fantasma o puestos que no ocupaba nadie. Los mandos afganos inflaron las cifras para poder embolsarse millones de dólares en salarios —pagados por los contribuyentes estadounidenses— por personal imaginario, según las auditorías del gobierno de los Estados Unidos.

Al final del segundo mandato de Obama, los funcionarios estadounidenses determinaron que al menos 30.000 soldados afganos no existían y eliminaron sus puestos de la nómina del ejército. Un año después, el gobierno afgano borró de su nómina a otros 30.000 policías fantasma. Estados Unidos acabó insistiendo en que el gobierno afgano recopilara datos biométricos, como huellas dactilares y escáneres faciales, para verificar la existencia de las personas uniformadas. Pero se tardó años en poner en marcha tales controles y no se consiguió eliminar el problema por completo.

La calidad de los reclutas siguió planteando un reto existencial. Jack Kem, coronel retirado del Ejército, fue adjunto del general estadounidense encargado de la formación de las fuerzas de seguridad afganas entre 2009 y 2011. Calculó que solo entre el 2 y el 5 % de los reclutas afganos podían leer a un nivel de tercer grado a pesar de los esfuerzos de Estados Unidos por escolarizar a millones de niños afganos durante la década anterior. [15] «La alfabetización era una barrera infranqueable», [16] dijo Kem en una entrevista de historia oral del Ejército; a algunos afganos también

hubo que enseñarles a contar. «Quiero decir, le preguntabas a un soldado afgano cuántos hermanos y hermanas tenía y no podía decirte que eran cuatro. Podía decirte sus nombres, pero no podía decir "uno, dos, tres, cuatro".»

Los reclutadores tuvieron un trabajo hercúleo debido a los elevados índices de abandono. Cuando Kem llegó a Kabul en 2009, el ejército y las fuerzas policiales afganas estaban disminuyendo porque mucho personal se ausentaba sin permiso.[17] A pesar de los intensos esfuerzos por frenar las bajas, el problema persistía. En 2013, unos 30.000 soldados desertaron del Ejército afgano, aproximadamente una sexta parte de las fuerzas.

Los que se quedaron se enfrentaron a una elevada probabilidad de morir. El índice de bajas de los soldados y policías afganos llegó a ser tan grave que el gobierno local mantuvo en secreto las cifras exactas para no minar la moral. En noviembre de 2019, los investigadores calcularon que más de 64.000 afganos uniformados habían muerto en el transcurso de la guerra,[18] aproximadamente dieciocho veces el número de efectivos estadounidenses y de la OTAN que perdieron la vida.

Algunos funcionarios estadounidenses culparon del fiasco a las políticas de la Casa Blanca y el Pentágono. «Pensar que podíamos construir unas fuerzas armadas tan rápido y tan bien era una locura», dijo un ex alto funcionario del Departamento de Estado no identificado en una entrevista de Lessons Learned.[19] «Si ni siquiera podemos levantar una unidad de policía local sostenible en Estados Unidos en dieciocho meses, ¿cómo podíamos esperar establecer cientos de ellas en todo Afganistán en ese plazo?»

El colosal programa de formación no adoleció de falta de fondos. En el punto álgido de la guerra, en 2011, Washington reservó para Afganistán cerca de 11.000 millones de dólares en asistencia de seguridad para un año, unos 3.000 millones más de lo que el vecino Pakistán, que tenía un arsenal

de armas nucleares y un ejército mucho más capaz, gastó ese año en sus fuerzas armadas.

El teniente general Douglas Lute, *zar de la guerra* de la Casa Blanca, dijo que el Congreso asignó tanto dinero para el ejército y la policía afganos que el Departamento de Defensa no sabía cómo gastarlo. «No podemos simplemente lanzar dinero a paletadas para un año en este problema», dijo en una entrevista de Lessons Learned.[20] «No es posible construir [las fuerzas de seguridad afganas] tan rápido.»

En público, sin embargo, los mandos militares estadounidenses desbordaban confianza en lo que estaban construyendo. Proclamaron repetidamente que las fuerzas de seguridad afganas estaban mejorando y que las tropas estadounidenses pronto dejarían de servir en combate.

En una rueda de prensa en septiembre de 2012 con periodistas en el Pentágono, James Terry, el teniente general del Ejército y nieto de contrabandista que había regresado a Afganistán para convertirse en comandante adjunto de las fuerzas estadounidenses, eludió un aluvión de preguntas sobre los ataques internos y describió el ejército y la policía afganos como a punto de hacerse cargo de la lucha. «Hay progresos en la campaña. Tenemos impulso», dijo. «Y las fuerzas de seguridad nacionales afganas, de nuevo, están avanzando constantemente hacia el liderazgo.»

A medida que las tropas estadounidenses se retiraban gradualmente y cedían la responsabilidad a los afganos, los talibanes se fueron aprovechando de ello. Los insurgentes ampliaron sus esferas de control en el sur y el este de Afganistán e hicieron retroceder a las fuerzas afganas una y otra vez.

Los jefazos del Pentágono restaron importancia a los reveses y siguieron poniendo las mejores notas a sus socios afganos. En septiembre de 2013, el teniente general del Ejército Mark Milley, nuevo subcomandante de las fuerzas estadounidenses, se jactó de que «las condiciones están dispuestas para ganar esta guerra». «Este ejército y esta fuerza policial han sido muy,

muy eficaces en el combate contra los insurgentes día tras día», dijo en una rueda de prensa desde Kabul. «¿Han invadido uno o dos puestos avanzados? Sí. Pero estamos hablando de 3.000 o 4.000 puestos avanzados en todo el país. Así que la conclusión es que los afganos han defendido con éxito a la mayoría de la población de este país.»

La verdad era que los afganos abandonaban sus puestos avanzados con una frecuencia alarmante. A los generales estadounidenses les gustaba fingir lo contrario, pero sus tropas sobre el terreno describieron a muchas de las fuerzas afganas como incompetentes, desmotivadas y corruptas.

El mayor Greg Escobar, oficial de infantería del Ejército, se pasó el año 2011 tratando de meter en vereda a una unidad disfuncional del Ejército afgano en la provincia de Paktiká, cerca de la frontera oriental. El primer comandante de batallón afgano al que Escobar asesoró perdió su puesto tras ser acusado de violar a uno de sus soldados varones. El sustituto del comandante, a su vez, fue asesinado por sus propios hombres. [21]

Escobar dijo que llegó a darse cuenta de que todo el ejercicio era inútil porque los mandos estadounidenses forzaban demasiado la máquina y los afganos no respondían a lo que a fin de cuentas era un experimento extranjero. «Nada de lo que hagamos va a servir de ayuda», dijo en una entrevista de historia oral del Ejército. [22] «Mientras el gobierno afgano no pueda influir positivamente sobre la población local, estamos perdiendo el tiempo.»

El mayor del Ejército Michael Capps, oficial de la policía militar, entrenó a la policía afgana en las zonas fronterizas a lo largo del Paso del Jáiber durante un año. Cuando regresó a Estados Unidos en 2009, la gente le preguntaba: ¿podemos ganar allí? [23] «Mi respuesta era: “Podrías estar a un intervalo de dos brazos sobre cada metro cuadrado de Afganistán y aun así perder”», dijo en una entrevista de historia oral del Ejército refiriéndose a las formaciones militares en las que los soldados se sitúan a una distancia

de dos brazos. «Podrías perder el territorio incluso cubriendo cada centímetro de terreno. Es tan poroso, tan distinto, tan atrasado.» [24]

Otros oficiales del Ejército que entrenaron a los afganos relataron escenas de caos y desorden que no presagiaban un buen desempeño en el campo de batalla. El mayor Mark Glaspell, ingeniero de la 101.ª División Aerotransportada del Ejército que sirvió como mentor de las fuerzas afganas de 2010 a 2011, dijo que hasta los ejercicios más sencillos se convertían en un completo despropósito. En una entrevista de historia oral del Ejército recordó que trató de enseñar a un pelotón afgano en la ciudad oriental de Gardez cómo salir de un CH-47 Chinook, un helicóptero de transporte de carga pesada utilizado para trasladar tropas y suministros. Como no disponían de ningún Chinook real para practicar, alineó filas de sillas plegables e instruyó a los afganos sobre cómo desembarcar de forma segura. [25] «Estábamos preparándolo y todo iba bastante bien hasta que, de repente, se acerca un soldado afgano y empieza a discutir con uno de los chicos de la clase», explicó Glaspell. [26] Entonces, un tercer soldado afgano cogió una de las sillas plegables y golpeó al primero en la cabeza. «La cosa se lio y se armó una trifulca», añadió Glaspell. [27] Dejó que los afganos se pelearan hasta que se cansaron. «Mi intérprete me miró, sacudió la cabeza y dijo: "Por eso nunca vamos a conseguir nada", y se fue.»

El mayor Charles Wagenblast, un reservista del Ejército que estuvo destinado en el este de Afganistán durante un año como oficial de inteligencia, explicó que aprendió por las malas que la lógica estadounidense no siempre encajaba con el pensamiento afgano. En otoño de 2010, él y otros oficiales estadounidenses recordaron a sus soldados afganos que el invierno se acercaba y les sugirieron que debían prepararse, pues no había fuente de calor fija en los barracones. [28] «Empezaba a hacer frío: "¿Habéis pensado en conseguir leña?". Así es como se calientan allí. Y decían: "No, todavía no hace frío".». [29] Wagenblast les respondió: «Pero hará frío, estoy seguro». [30] Sin embargo, los afganos se negaban a tomar en

serio su previsión de que las temperaturas iban a volverse gélidas. «Y decían: “Vale, ¿cómo lo sabes?”. ¿Cómo se puede discutir eso? “Necesitáis abrigos”. “No, todavía no hace frío. Compraremos los abrigos cuando haga frío”.»

Mientras tanto, la corrupción fluía por el ejército y la policía afganos a todos los niveles. Los ministros del gobierno repartían generalatos y comandancias a cambio de dinero en efectivo o como parte de los chanchullos del clientelismo. Los comandantes, a su vez, acaparaban una parte de los salarios de sus tropas mientras los soldados y policías en primera línea se llenaban los bolsillos extorsionando a la ciudadanía.

Con el tiempo, la opinión pública afgana se disgustó tanto que se abrió el debate sobre quién encarnaba el mal mayor: si los talibanes o el gobierno afgano.

Shahmahmood Miakhel, un alto funcionario del Ministerio de Defensa afgano, dijo que en una ocasión recibió una bronca de unos líderes tribales que no soportaban a ninguno de los dos bandos.[31] «Pregunté cómo era posible que la elevada cifra de quinientos efectivos de seguridad no pudiera derrotar a veinte o treinta talibanes. Los ancianos de la comunidad respondieron que los miembros de los cuerpos de seguridad no estaban allí para defender al pueblo y luchar contra los talibanes, sino para ganar dinero» vendiendo las armas o el combustible que les suministraba Estados Unidos, recordó Miakhel en una entrevista de Lessons Learned.[32] Entonces dijo a los ancianos de la tribu: «“De acuerdo, el gobierno no os protege, pero sois unas 30.000 personas en el distrito. Si no os gustan los talibanes, debéis luchar contra ellos”. Su respuesta fue: “No queremos que venga este gobierno corrupto ni tampoco queremos a los talibanes, así que estamos esperando a ver quién va a ganar”».

En las entrevistas de Lessons Learned, funcionarios estadounidenses se quejaban constantemente de la policía afgana diciendo que esta actuaba

incluso peor que el Ejército afgano y que no se preocupaba de proteger a la población.

Thomas Johnson, un experto en Afganistán y profesor de la Naval Postgraduate School que sirvió como asesor de contrainsurgencia en la provincia de Kandahar, dijo que los afganos veían a la policía como bandoleros depredadores y la definían como «la institución más odiada» de Afganistán. [33] Un funcionario noruego no identificado estimó que el 30 % de los reclutas de la policía afgana desertaba con sus armas de servicio proporcionadas por el gobierno para «montar sus propios puestos de control privados» y robar a la población. [34]

Ryan Crocker, embajador de Estados Unidos de 2011 a 2012, dijo en una entrevista de Lessons Learned que la policía afgana era ineficaz «no porque le falte armamento o personal. Es porque son inútiles como fuerza de seguridad, y son inútiles como fuerza de seguridad porque hasta las patrullas son corruptas». [35]

El mayor Robert Rodock, un policía militar del Ejército de EE. UU. que sirvió de enlace con la policía afgana, dijo que esta actuaba más bien como una milicia privada que servía de brazo ejecutor para algún señor de la guerra o jefe tribal. Rodock tuvo que enseñarles conceptos básicos de servicio público y mantenimiento del orden. «Cosas del tipo “las esposas se ponen así”», dijo Rodock en una entrevista de historia oral del Ejército. [36] «“No podéis pasearos por el mercado y robar algo porque creáis que es vuestro.” Este es el nivel.»

El teniente coronel del Ejército Scott Cunningham, un oficial de la Guardia Nacional que sirvió en la provincia de Laghman entre 2009 y 2010, dijo que muchos policías afganos se pasaban el día sin hacer nada en los contenedores de transporte que habían montado a modo de puestos de control —los estadounidenses los llamaban *cop in a box* (polis en una caja)—. [37] «No se patrullaba, no se resolvían delitos, no se hacía nada», dijo. Un día, la policía afgana hizo algo bueno: detuvo un camión cargado con varias

toneladas de explosivos caseros. Cunningham calculó que la carga podía tener la misma potencia de explosión que el camión bomba que hizo estallar el edificio federal de nueve pisos Alfred P. Murrah en Oklahoma City en 1995, donde murieron 168 personas. Pero Cunningham se puso nervioso cuando los policías insistieron en llevarse el camión y deshacerse ellos mismos de los explosivos. «No nos fiamos ni un pelo de ellos», dijo en la entrevista.[38] Se produjo un enfrentamiento, así que un soldado estadounidense tomó cartas en el asunto. Cogió una carga explosiva con una mecha de tiempo y, ante la mirada de la policía afgana, la lanzó a la parte trasera del camión. «Lo único que pudieron hacer fue salir corriendo», recuerda Cunningham. La explosión se oyó a kilómetros de distancia, pero nadie resultó herido.

En las entrevistas de Lessons Learned, funcionarios estadounidenses expresaron un desprecio especial hacia las unidades conocidas como Policía Local Afgana, una entidad separada de la fuerza policial nacional. Con unos treinta mil efectivos, eran milicias organizadas localmente y creadas en 2010 a instancias de Estados Unidos. Las fuerzas estadounidenses entrenaron a la policía local, pero los agentes afganos se ganaron rápidamente una fama de brutales y provocaron las quejas de grupos de defensa de los derechos humanos.

Un soldado estadounidense no identificado dijo que los equipos de las Fuerzas Especiales «odiaban» a la Policía Local Afgana y la calificaban de «terrible, lo más tirado de un país que ya ha tocado fondo».[39] En otra entrevista, otro militar estadounidense no identificado estimó que un tercio de los reclutas de la policía local eran «drogadictos o talibanes».[40]

Scott Mann, teniente coronel del Ejército, dijo en una entrevista de Lessons Learned que la formación de la policía local se amplió demasiado rápido entre 2011 y 2013. «Cuando utilizas suplentes o tomas atajos, tienes lo que mereces», dijo Mann. «Obtienes milicias irresponsables que se aprovechan de la población.»[41]

El capitán Andrew Boissonneau, oficial de asuntos civiles del Ejército, trabajó con unidades de la Policía Local Afgana en la provincia de Helmand en 2012 y 2013. En una entrevista de historia oral del Ejército recordó a un comandante afgano que había sufrido un caso de trastorno de estrés postraumático tan grave que acabó enviando a sus fuerzas a combatir contra enemigos imaginarios. [42] «Se encargaba del puesto de control más cercano al río Helmand y de vez en cuando se veía envuelto en tiroteos con el río Helmand, es decir, veía más ataques que nadie y ordenaba a sus hombres que devolvieran el fuego», explicó Boissonneau. [43]

De una manera u otra, las tropas estadounidenses tuvieron que encontrar la manera de entrenar a esas almas atormentadas y convertirlas en una fuerza competente que pudiera derrotar a la insurgencia en ascenso y tomar el control de un país conmocionado. Era una misión imposible.

18

La gran ilusión

El presidente Obama había prometido poner fin a la guerra, por lo que el 28 de diciembre de 2014, autoridades estadounidenses y de la OTAN celebraron una ceremonia en su sede de Kabul para señalar la ocasión. Una guardia multinacional desfiló mientras sonaba la música. Un general de cuatro estrellas pronunció un discurso y enarboló solemnemente la bandera verde de la fuerza internacional liderada por Estados Unidos que había ondeado desde el inicio del conflicto.

En su discurso, Obama calificó el día como «un hito para nuestro país» y dijo que Estados Unidos estaba más seguro y protegido después de trece años de guerra. «Gracias a los extraordinarios sacrificios de nuestros hombres y mujeres de uniforme, nuestra misión de combate en Afganistán está terminando, y la guerra más larga de la historia estadounidense está llegando a un final responsable», declaró.

El general del Ejército John Campbell, de 57 años, comandante de las fuerzas de Estados Unidos y la OTAN, también celebró el supuesto fin de la «misión de combate» y adornó algunos de sus logros. Desde el comienzo de la guerra, afirmó, la esperanza de vida del afgano medio había aumentado en veintiún años. «Si se multiplica por los 35 millones de afganos que conforman el país, el resultado son 741 millones de años de vida», añadió

atribuyendo a las fuerzas estadounidenses, de la OTAN y afganas lo que parecía una mejora notable. [1]

Pero para ser un día tan histórico, el evento pareció extraño y poco convincente. El presidente no asistió; Obama emitió sus comentarios en una declaración escrita desde Hawái mientras se relajaba en sus vacaciones. La ceremonia militar tuvo lugar en un gimnasio, donde varias docenas de personas se sentaron en sillas plegables. Apenas se mencionó al enemigo, y mucho menos un instrumento de rendición. Nadie vitoreó.

De hecho, la guerra estaba lejos de haber llegado a un final, «responsable» o no, y las tropas estadounidenses seguirían luchando y cayendo en combate en Afganistán durante muchos años. Las desvergonzadas afirmaciones que aseguraron lo contrario figuran entre los engaños y mentiras más atroces que los dirigentes estadounidenses han difundido durante dos décadas de guerra.

Obama había reducido las operaciones militares durante los tres años anteriores, pero no consiguió sacar a Estados Unidos del atolladero. En el momento de la ceremonia quedaban unos 10.800 soldados estadounidenses en Afganistán, lo que suponía un descenso de casi el 90 % con respecto al punto álgido del aumento de efectivos. Obama prometió retirar el resto de las tropas a finales de 2016, coincidiendo con el final de su mandato, con la excepción de una fuerza residual en la embajada estadounidense.

Sabía que la mayoría de sus compatriotas habían perdido la paciencia. Solo el 38 % de la opinión pública pensaba que la guerra había merecido la pena, según una encuesta de diciembre de 2014 hecha pública por *The Washington Post*-ABC News, [2] lo que contrastaba con el 90 % que la había apoyado al comienzo del conflicto.

El presidente se enfrentaba a las presiones del Pentágono y de los halcones del Congreso para que se mantuviera firme. Obama había intentado un enfoque similar para poner fin a la guerra en Irak, donde las fuerzas armadas estadounidenses cesaron las operaciones de combate en

2010 y se retiraron por completo un año después, pero el tiro no tardó en salirle por la culata. En ausencia de tropas estadounidenses, Estado Islámico —una rama de Al Qaeda— arrasó el país y se apoderó de varias ciudades importantes mientras el Ejército iraquí, entrenado por Estados Unidos, oponía escasa resistencia. Para contrarrestar a Estado Islámico y evitar que Irak se desmoronara, Obama ordenó a regañadientes el regreso de las fuerzas estadounidenses, comenzando con una campaña de ataques aéreos en agosto de 2014 seguida de 3.100 efectivos sobre el terreno. Permanecerían allí años.

Obama quería evitar el mismo destino en Afganistán, pero necesitaba ganar más tiempo para que las fuerzas estadounidenses reforzaran el tambaleante Ejército afgano y no se viniera abajo, como sí lo hicieron las fuerzas iraquíes. También quería crear un efecto palanca para que el gobierno de Kabul convenciera a los talibanes de negociar el final del conflicto.

Para que todo funcionara, Obama ideó un truco. Su administración puso en marcha una campaña de mensajes para hacer creer a los estadounidenses que las tropas que seguían en Afganistán se mantendrían al margen de la lucha, con funciones que las relegaban a un segundo plano. Al arriar la bandera durante la ceremonia de diciembre de 2014 en Kabul, los comandantes de Obama hicieron hincapié en que el ejército y la policía afganos asumirían la plena responsabilidad de la seguridad de su país a partir de ese momento y que las fuerzas estadounidenses y de la OTAN se limitarían a funciones «no combativas» de formación y asesoría.

Pero el Pentágono estableció numerosas excepciones que, en la práctica, hicieron que las distinciones carecieran de sentido. En el cielo, los cazas, bombarderos, helicópteros y drones estadounidenses siguieron realizando misiones de combate aéreo contra las fuerzas talibanes. En 2015 y 2016, los militares estadounidenses lanzaron misiles y bombas en 2.284

ocasiones,[3] un descenso con respecto a los años anteriores, pero todavía una media de más de tres veces al día.

Sobre el terreno, el Pentágono creó otra excepción de combate para las tropas que realizaban «operaciones antiterroristas» o incursiones en objetivos específicos. Esas reglas de enfrentamiento permitían a las fuerzas de Operaciones Especiales capturar o matar a miembros de Al Qaeda y «fuerzas asociadas», un término vago que también podía aplicarse a los talibanes u otros insurgentes. Las reglas también permitían a las tropas estadounidenses acudir en ayuda de las fuerzas afganas para evitar la caída de una ciudad importante o en otras circunstancias. En otras palabras, los militares estadounidenses seguirían desempeñando un papel indispensable y permanecerían en la lucha.

Sin embargo, tras trece años de resultados mediocres, muchos líderes estadounidenses albergaban dudas sobre lo que realmente habían logrado y sobre si el nuevo enfoque de Obama podría funcionar mejor que el anterior. En una entrevista de Lessons Learned, un alto funcionario estadounidense que sirvió como civil en Afganistán dijo que cada vez era más obvio que la estrategia de aumento de tropas de Obama había sido un error. Según el funcionario, en lugar de inundar el país con cien mil soldados estadounidenses durante dieciocho meses habría sido mejor enviar una décima parte, pero dejándolos en Afganistán hasta 2030.[4] «Puedes crear estabilidad con botas y dinero, pero la pregunta es si se mantendrá cuando te vayas», dijo.[5] «Dado nuestro deseo de reforzar e irnos rápidamente, no existía ningún umbral razonable que pudiéramos alcanzar y dejar una buena gobernanza con nuestra marcha.»

Cuando Richard Boucher, el principal diplomático estadounidense que supervisó la política del sur de Asia durante la administración Bush, fue entrevistado para Lessons Learned en 2015, encontró una forma sucinta de ilustrar el fracaso del mayor proyecto de construcción de una nación en la historia de Estados Unidos. «Visto después de quince años, podríamos

haber cogido a mil escolares [afganos] de primer grado —bueno, no de primer grado, pero sí de quinto— y llevarlos a recibir educación y formación en escuelas y colegios indios», dijo. «Después podríamos haberlos traído de vuelta en un avión y decirles: “Muy bien, vosotros dirigiréis Afganistán”. [...] Mejor que mandar a un montón de estadounidenses que van y dicen: “Nosotros lo construiremos por vosotros”.» [6]

Obama había basado sus aspiraciones de poner fin a la guerra en un calendario político tambaleante. Dada la improbabilidad de una rendición talibán, necesitaba que el gobierno afgano se comprometiera a hacerse cargo de la lucha para que las fuerzas estadounidenses pudieran marcharse.

Después de que Karzai obtuviera a base de trampas la reelección en 2009, los diplomáticos estadounidenses presionaron a los ayudantes del presidente afgano para que incluyeran en el discurso de investidura una línea sobre la aceptación de la responsabilidad de la seguridad del país en un calendario específico. [7] El texto prometía que las fuerzas afganas asumirían el liderazgo «para garantizar la seguridad y la estabilidad en todo el país» en un plazo de cinco años, al final del segundo mandato de Karzai.

Pero la antigua cordialidad y confianza en la relación de Karzai con los estadounidenses se había agotado. En lugar de colaborar con la administración Obama para suavizar la transición, Karzai impidió las negociaciones sobre un acuerdo de seguridad entre Estados Unidos y Afganistán que habría autorizado a Estados Unidos a mantener las tropas en Afganistán después de 2014.

Washington quería mantener una fuerza pequeña para poder seguir entrenando y equipando al Ejército afgano y realizar ataques antiterroristas contra Al Qaeda. Pero Karzai quería prohibir a los soldados estadounidenses que hicieran redadas en los hogares afganos, un punto conflictivo desde hacía tiempo. También se opuso a una disposición que

concedía a las fuerzas estadounidenses inmunidad ante la ley afgana. El gobierno de Obama se negó a ceder ante ninguna de las dos demandas.

Suponiendo que Karzai se rendiría, los funcionarios estadounidenses amenazaron con cerrar sus bases y retirarse por completo si no firmaba el acuerdo antes de finales de 2013. Pero Karzai se mantuvo firme y desestimó el farol de Obama, adivinando que los estadounidenses no iban en serio.

Estaba en lo cierto. Los funcionarios estadounidenses se echaron atrás y tuvieron que esperar a que Karzai dejara el cargo. Su sucesor, Ashraf Ghani, firmó el acuerdo en septiembre de 2014.

James Dobbins, el diplomático que ayudó a dirigir la Conferencia de Bonn en 2001, volvió como representante especial de Obama en Afganistán y Pakistán de 2013 a 2014. Dijo que la disputa sobre el acuerdo de seguridad ejemplificaba una paradoja que Obama nunca resolvió. El presidente quería que los afganos pensaran que Estados Unidos era un aliado firme que no los abandonaría contra los talibanes, pero al mismo tiempo les estaba diciendo a los estadounidenses, cansados de la guerra, que era hora de marcharse. «Había una tensión continua tanto en nuestros mensajes como en nuestro comportamiento real», dijo Dobbins en una entrevista de Lessons Learned. [8]

Para dar continuidad a la fantasía del «final del combate» entre los estadounidenses en casa, el Pentágono siguió presentando informes optimistas desde el frente. En febrero de 2015, Ashton Carter, un antiguo funcionario del Departamento de Defensa nombrado cuarto secretario de Obama en dicha cartera, visitó Afganistán por primera vez bajo su nuevo cargo. Comenzó su viaje repitiendo algunas de las frases que sus predecesores ya habían recitado desde el inicio de la guerra. «Aquí han cambiado muchas cosas, y muchas de ellas a mejor», dijo Carter en Kabul en una conferencia de prensa con Ghani, el presidente afgano. «Nuestra prioridad ahora es asegurarnos de que este progreso se mantenga.»

Pero durante una visita a la base aérea de Kandahar se salió brevemente del guion y admitió que los afganos habían sido lamentables e ineptos hasta hacía poco, lo que contradecía las brillantes evaluaciones que los funcionarios estadounidenses habían presentado al público durante más de una década. «No es que los afganos no sean buenos en la lucha. Lo son. Pero hace unos años no había realmente ninguna fuerza de seguridad nacional afgana», dijo Carter. «Ahora están saliendo a flote y están empezando a hacer por ellos mismos lo que nosotros hacíamos por ellos.»

Durante unos meses parecía que los endebles planes de la administración Obama aguantaban. Las noticias de Afganistán se espaciaron y las tropas estadounidenses se mantuvieron fuera de los focos. Pero a medida que las fuerzas de seguridad afganas se esforzaban por hacer frente a los talibanes, los estadounidenses volvieron a pagar con sus vidas.

En abril de 2015, el especialista John Dawson, médico del Ejército de 22 años de la localidad de Whitinsville (Massachusetts), murió en un ataque interno en Jalalabad. Un soldado afgano abrió fuego contra las tropas de la coalición en un complejo gubernamental, matando a Dawson e hiriendo a otras ocho personas.

Dos meses después, Krissie Davis, una civil de 54 años de la Agencia de Logística para la Defensa, murió en un ataque con cohetes en la base aérea de Bagram.

En agosto, el sargento primero Andrew McKenna, un boina verde de 35 años en su quinto despliegue en Afganistán, murió en un tiroteo cuando combatientes talibanes atacaron un campamento de las fuerzas de Operaciones Especiales en Kabul. Los insurgentes se abrieron paso con un coche bomba, mataron a ocho guardias afganos e hirieron de gravedad a otro soldado estadounidense. McKenna recibió a título póstumo la Estrella de Plata —la tercera condecoración militar más alta concedida por el valor en combate— por ayudar a repeler el ataque mientras estaba mortalmente herido.

Diecinueve días más tarde, el capitán de la Fuerza Aérea Matthew Roland, de 27 años, y el sargento Forrest Sibley, de 31, murieron en otro ataque interno en un puesto de control de la policía afgana en la provincia de Helmand. Roland recibió la Estrella de Plata a título póstumo por sacrificar su vida para salvar a otras fuerzas de Operaciones Especiales en la emboscada.

A finales de septiembre, la ilusión de que las tropas estadounidenses ya no estaban en combate desapareció por completo. Tras un largo asedio, las fuerzas insurgentes se apoderaron de Kunduz, la sexta ciudad más grande de Afganistán, a unos 320 kilómetros al norte de Kabul. La caída de Kunduz conmocionó al país; era la primera vez desde 2001 que los talibanes controlaban una zona urbana importante. Los equipos de las Fuerzas Especiales de Estados Unidos se apresuraron a llegar a Kunduz para ayudar al Ejército afgano a retomar la ciudad durante varios días de intensos combates.

En la penumbra de la madrugada del 3 de octubre de 2015, un helicóptero de combate AC-130 de la Fuerza Aérea de Estados Unidos —con el indicativo de llamada *Hammer* (martillo)— [9] disparó repetidamente sobre un hospital de Kunduz con fuego de cañón y mató a cuarenta y dos personas. El hospital estaba dirigido por la organización humanitaria Médicos sin Fronteras. En un intento de salvaguardar el centro de traumatología, la organización había proporcionado a las fuerzas estadounidenses y afganas las coordenadas de GPS del lugar varios días antes, [10] por lo que no había excusa para el ataque.

Obama y otros funcionarios estadounidenses pidieron perdón por la catástrofe. Posteriormente, una investigación militar estadounidense echó la culpa de lo que calificó de destrucción «involuntaria» del hospital a la «niebla de guerra», a los errores humanos y a los fallos de los equipos. El Pentágono dijo que dieciséis miembros del servicio estadounidense

recibieron castigos administrativos por su papel en el ataque. Ninguno se enfrentó a cargos penales.

Pero en vez de reducir las operaciones militares de Estados Unidos, Obama se atrincheró más todavía. Doce días después de la debacle de Kunduz, el presidente ordenó detener la lenta retirada de las tropas estadounidenses y amplió su misión indefinidamente para evitar que los talibanes invadieran más ciudades. Incumpliendo su promesa de poner fin a la guerra, dijo que al menos 5.500 soldados permanecerían en Afganistán después de que él dejara el cargo en enero de 2017. «No apoyo la idea de una guerra interminable y me he opuesto repetidas veces a una dinámica de conflictos militares de duración indefinida», anunció Obama desde la Sala Roosevelt de la Casa Blanca. «Sin embargo, dado lo que está en juego en Afganistán [...] estoy firmemente convencido de que tenemos que hacer este esfuerzo adicional.»

A pesar de las enormes ventajas que tenía el Ejército afgano en cuanto a personal, equipamiento y entrenamiento, los funcionarios estadounidenses temían que sus aliados perderían ante los talibanes si las tropas norteamericanas abandonaban el campo de batalla. En un fugaz momento de franqueza, Obama admitió que «las fuerzas afganas todavía no son lo fuertes que deben ser».

Para hacer que la guerra interminable fuera más aceptable de cara al público, Obama perpetuó la ficción de que las tropas estadounidenses eran simples espectadores en la contienda. En sus declaraciones desde la Sala Roosevelt insistió en que la misión de combate había «terminado», aunque matizó ligeramente su afirmación al añadir que los estadounidenses no estaban participando en «combates terrestres importantes contra los talibanes».

Para las tropas, esta distinción no marcaba ninguna diferencia, porque para ellas Afganistán seguía siendo una zona de combate. Todos llevaban

armas. Todos cobraban la paga de combate. Muchos recibían condecoraciones de guerra. Otros morían.

A medida que 2015 llegaba a su fin, la insurgencia ganaba poder y los líderes militares estadounidenses comenzaban a mostrar raros destellos de pesimismo.

Durante una nueva visita a Afganistán en diciembre, Ashton Carter se despachó con las fuerzas de seguridad afganas a base de falsos elogios. En sus declaraciones ante las tropas estadounidenses en una base cerca de Jalalabad, dijo que el ejército y la policía afganos «lo están consiguiendo», pero dio a entender que no confiaba demasiado en la fuerza sustituta del Pentágono. «Si me hubieran pedido que apostara por ella hace cinco años, no lo sé, tal vez le habría dado alguna ventaja», dijo. «Pero parece que está tomando forma.»

Ese mismo día, en una rueda de prensa con periodistas en Bagram, el general Campbell se mostró aún más sombrío. «Acabamos de pasar por una temporada de lucha muy, muy dura», dijo. «Sabíamos que iba a ser un año duro, los afganos sabían que iba a ser un año duro.»

Tres días después, el 21 de diciembre, un terrorista suicida cargado con explosivos en una motocicleta mató a seis miembros del personal de seguridad de la Fuerza Aérea estadounidense que patrullaban a pie cerca de Bagram. Entre las víctimas mortales se hallaba la mayor Adrianna Vorderbruggen, de 36 años y graduada de la Academia de la Fuerza Aérea, que había impulsado la revocación en 2011 de la ley popularmente conocida como *Don't Ask, Don't Tell* (No preguntes, no hables), que prohibía a cualquier militar homosexual o bisexual manifestar abiertamente su orientación sexual. Vorderbruggen recibió tres condecoraciones de combate a título póstumo: la Medalla de la Estrella de Bronce, el Corazón Púrpura y

la Medalla de Acción en Combate de la Fuerza Aérea. Dejó una esposa, Heather, veterana militar, y un hijo de cuatro años, Jacob.

Cuando la guerra entró en su decimoquinto año, Estados Unidos se enfrentó a un nuevo combatiente en Afganistán y las viejas líneas divisorias comenzaron a desplazarse. Estado Islámico, la red terrorista que había crecido velozmente en Irak y Siria, se amplió a Afganistán y Pakistán. A principios de 2016, los militares estadounidenses estimaron que la filial local del grupo tenía entre 1.000 y 3.000 combatientes, en su mayoría antiguos miembros de los talibanes. Su aparición amplió y complicó la guerra. En enero de 2016, la Casa Blanca aprobó nuevas reglas de combate que autorizaban al Pentágono a atacar a Estado Islámico en Afganistán. Eso llevó a un aumento de los ataques aéreos estadounidenses contra el grupo, que centraba sus operaciones en las provincias de Nangahar y Kunar, en el este de Afganistán, junto a la frontera con Pakistán.

En ese momento, las autoridades militares estadounidenses reconocieron que su némesis original en la guerra —Al Qaeda— prácticamente había desaparecido de Afganistán. «Por sí mismos, no creemos que representen una amenaza real, una amenaza significativa y real para el gobierno afgano», dijo el general de brigada del Ejército Charles Cleveland, portavoz de las fuerzas estadounidenses en Afganistán, a los periodistas del Pentágono en mayo de 2016. En lo que él denominó un SWAG —acrónimo de uso castrense de la expresión *scientific, wild-assed guess*, o conjetura científica descabellada— aportó el cálculo de que entre 100 y 300 miembros de Al Qaeda mantenían «algún tipo de presencia» en Afganistán. Cinco años después de la muerte de Bin Laden, la red del saudí apenas había participado en la lucha.

Mientras tanto, el Ejército de EE. UU. clasificó a los talibanes en una nueva y vaga categoría. Seguían siendo una fuerza hostil, pero no necesariamente enemiga. Los funcionarios de la administración Obama habían llegado a la conclusión de que la única manera de poner fin a la

guerra y estabilizar Afganistán era que el gobierno afgano negociara un acuerdo de paz con los talibanes. Los anteriores intentos de iniciar un proceso de reconciliación no habían llegado a buen puerto, pero los representantes estadounidenses querían volver a intentarlo y decidieron tratar a los talibanes de forma diferente con la esperanza de persuadir a sus líderes de que se sentaran a la mesa.

Como resultado, el Pentágono impuso nuevas reglas de enfrentamiento según las cuales las fuerzas estadounidenses podrían atacar libremente a Estado Islámico y a lo que quedara de Al Qaeda. Sin embargo, solo podrían luchar contra los talibanes si era en defensa propia o si las fuerzas de seguridad afganas estaban a punto de ser aniquiladas.

El nuevo enfoque llegó incluso a confundir a los legisladores estadounidenses. En una sesión de la Comisión de Servicios Armados del Senado celebrada en febrero de 2016, el senador Lindsey Graham (republicano de Carolina del Sur) presionó al general Campbell para que se explicara. «¿Son los talibanes enemigos de este país?», preguntó Graham. «No he oído la pregunta», respondió Campbell. «¿Son los talibanes enemigos de Estados Unidos?», repitió Graham. Campbell balbuceó: «Los talibanes, en la medida que ayudan a Al Qaeda, a Haqqani y a otros grupos insurgentes, los talibanes han sido responsables de...».

Graham lo interrumpió y preguntó varias veces si las fuerzas estadounidenses podían pasar a la ofensiva y atacar a las fuerzas talibanes o matar a sus altos dirigentes.

«Repito, no voy a entrar en reglas de autoridades de combate en una audiencia pública», dijo Campbell esquivando las preguntas. «Lo que le diría es que nuestro país ha tomado la decisión de que no estamos en guerra con los talibanes.»

Pero los talibanes seguían en guerra con Estados Unidos y el gobierno afgano, y para los líderes talibanes, los combates iban bien. En 2016, las fuerzas insurgentes volvieron a invadir Kunduz, bombardearon

repetidamente Kabul y se hicieron con el control de la mayor parte de la provincia de Helmand, el corazón del lucrativo cinturón del opio de Afganistán.

En Washington, aumentó el temor de que el gobierno afgano corriera el peligro de sufrir un colapso político. Calificando la situación de «precaria», Obama volvió a dar marcha atrás en julio de 2016. En vez de reducir las tropas a 5.500, como estaba previsto, ordenó que las fuerzas estadounidenses permanecieran en Afganistán. Cuando dejó la Casa Blanca en enero de 2017, quedaban unos 8.400 soldados.

Al mes siguiente, el general del Ejército John Nicholson Jr., sucesor de Campbell como general en jefe, compareció ante la Comisión de Servicios Armados del Senado. Al ser preguntado sobre si Estados Unidos estaba ganando o perdiendo, respondió: «Creo que estamos en un punto muerto».

Sin embargo, en esa comparecencia Nicholson ya presagió lo que le esperaba con el nuevo presidente, Donald Trump. «La capacidad ofensiva es lo que romperá el punto muerto en Afganistán», dijo.

En la jerga militar, eso significaba más tropas y más armas.

Sexta parte

Punto muerto

2017-2021

19

El turno de Trump

Habían pasado casi ocho años desde que el anterior comandante en jefe pronunciara un discurso en horario de máxima audiencia, televisado para toda la nación y frente a las tropas para anunciar su nueva estrategia para la guerra en Afganistán. El 21 de agosto de 2017, fue el turno de Donald Trump.

Como hiciera Obama en el Eisenhower Hall de West Point, Nueva York, Trump entró en el Conmy Hall de Fort Myer, Virginia, bajo una iluminación tenue mientras una banda del Ejército de Tierra tocaba «Hail to the Chief», la marcha presidencial. Trump fruncía el entrecejo y apretaba los labios en un gesto grave mientras subía teatralmente al escenario. A continuación, hizo una seña a los soldados, aviadores, marineros y marines asistentes para que abandonaran la posición erguida y se sentaran.

Algunas de las líneas que Trump leía en el teleprónter parecían una repetición del discurso de Obama en West Point. Al igual que su predecesor, Trump reconoció que los estadounidenses estaban «cansados de la guerra», pero anunció que tras realizar otra «revisión exhaustiva» de la estrategia bélica de Estados Unidos, había decidido enviar más tropas y ampliar las operaciones militares; exactamente lo mismo que Obama.

Trump dijo que el gobierno afgano necesitaba más tiempo y ayuda para reforzar sus propias fuerzas de seguridad. Repitió el lema de Obama al

advertir que «nuestro apoyo no es un cheque en blanco» y añadió que «no vamos a construir una nación otra vez». Acusó a Pakistán de dar cobijo a los insurgentes y amenazó con retener ayudas si no cambiaba su política.

Los estadounidenses ya habían escuchado esas promesas muchas veces, pero Trump intensificó la retórica como solo él sabía hacerlo. Prometió no solo poner fin a una guerra de dieciséis años, sino ganarla de una vez por todas. «Estamos matando a los terroristas», dijo. «Nuestras tropas lucharán para ganar. Lucharemos para ganar. A partir de ahora, la victoria tendrá una definición clara.» La jactanciosa promesa de Trump marcó un sorprendente giro de 180 grados en su relación con Afganistán.

Antes de ganar las elecciones presidenciales de 2016, el magnate inmobiliario y estrella de la telerrealidad se había quejado de manera airada de los gastos de la guerra y había exigido a Obama que se retirara. Fiel a su eslogan «Make America Great Again», había denunciado cualquier programa de ayuda exterior que tuviera visos de construcción nacional. «Afganistán es un despilfarro absoluto. ¡Es hora de volver a casa!», tuiteó en 2012. «Hemos desperdiciado una enorme cantidad de sangre y dinero público en Afganistán. Su gobierno tiene un aprecio nulo. ¡Salgamos de allí!», tuiteó en 2013. «Un terrorista suicida acaba de asesinar a tropas estadounidenses en Afganistán. ¿Cuándo van a actuar nuestros líderes con dureza e inteligencia? ¡Nos están llevando al matadero!», tuiteó en 2015.

Pero una vez instalado en el Despacho Oval en enero de 2017, se topó con la resistencia. El gabinete de Trump y los altos mandos del Pentágono le dijeron que retirarse de forma abrupta podría significar un cataclismo. Si el gobierno afgano se derrumbaba o la guerra se extendía a un Pakistán con armas nucleares, el problema sería suyo. Le instaron a que primero revisara cuidadosamente la estrategia de guerra y considerara todas las implicaciones. Entonces podría actuar.

Trump estuvo de acuerdo. Pero, a diferencia de otros presidentes, tenía un escaso respeto por los generales que dirigían la guerra y ninguna

paciencia para las deliberaciones políticas detalladas.

Por encima de todo, Trump odiaba cualquier signo de debilidad o derrota. En junio, su secretario de Defensa, James Mattis, había cometido el grave error de mostrar precisamente flaqueza cuando dijo a la Comisión de Servicios Armados del Senado que «ahora mismo no estamos ganando en Afganistán». El general Joseph Dunford Jr., jefe del Estado Mayor Conjunto, incurrió en la misma falta seis días después cuando confesó durante una comparecencia en el Club Nacional de Prensa de Washington que «Afganistán no está donde queremos que esté».

Un mes antes del discurso de Trump en Fort Myer, Mattis había invitado al presidente al Pentágono para tratar en profundidad el papel importante de la OTAN y otras alianzas militares. Mattis y los jefes del Estado Mayor querían ofrecerle una sesión informativa especial en «El Tanque», [1] una sala de reuniones segura en la que los líderes del Ejército, la Armada, la Fuerza Aérea, el Cuerpo de Marines y la Guardia Nacional revisaban los planes de guerra y debatían cuestiones delicadas.

Mattis y Dunford pensaron que Trump quedaría impresionado por la solemnidad de El Tanque, situado en el anillo exterior del Pentágono. Majestuosos retratos al óleo de almirantes y generales de cuatro estrellas de la década de 1950 adornaban el pasillo que conducía de la sala de reuniones. Tal vez el entorno ayudaría a persuadir al nuevo presidente —que, al igual que Obama, nunca había servido en las fuerzas armadas— y a hacerle ver lo que pensaban sobre Afganistán y otros avisperos en el resto del mundo.

Trump aceptó asistir a la sesión, pero pronto se hartó del sermón. En particular, estalló cuando Mattis y Dunford hablaron de Afganistán. Calificó el conflicto de «guerra de perdedores» y puso verde al comandante en Kabul, el general del Ejército John Nicholson Jr., diciendo: «No creo que sepa cómo se gana». [2]

«Quiero ganar», dijo Trump según una crónica de la reunión firmada por los periodistas de *The Washington Post* Philip Rucker y Carol Leonnig. «Sois una panda de idiotas y niñatos.» [3]

El lenguaje y el comportamiento de Trump dejaron boquiabiertos a Mattis, Dunford y al resto de los altos dirigentes. Todos habían invertido gran parte de sus carreras militares en Afganistán y les preocupaba que Trump tratara de suspender la guerra antes de que pudieran finalizar la revisión de la estrategia.

Antes de ser nombrado secretario de Defensa, Mattis había servido en los Marines durante cuarenta y cuatro años. Fue destinado a Afganistán en 2001 como general de una estrella y llegó a ser comandante de campaña de cuatro estrellas con Obama. Dunford, también Marine, había comandado las fuerzas estadounidenses y de la OTAN en Afganistán de 2013 a 2014.

El teniente general del Ejército H. R. McMaster, asesor de seguridad nacional de la Casa Blanca, había pasado meses trabajando con Mattis y Dunford en la revisión de la estrategia para Afganistán. McMaster también estaba personalmente implicado en la guerra. Había trabajado veinte meses en el cuartel general de Kabul durante el aumento de tropas de Obama.

Al igual que Mattis y Dunford, McMaster también pensaba que la guerra había descarrilado. [4] Había menospreciado a Obama por retirar demasiadas tropas demasiado rápido y estaba a favor de enviar varios miles de soldados de vuelta a Afganistán —aparte de los 8.400 que todavía seguían allí— y mantener esos niveles de fuerza indefinidamente.

Aunque su plan costaría 45.000 millones de dólares al año, McMaster creía que el gasto merecía la pena para evitar la desintegración de Afganistán. [5] Las fuerzas de seguridad afganas ya estaban asumiendo la mayor parte de los combates y solo veinte efectivos estadounidenses habían muerto en Afganistán durante los doce meses anteriores, una pequeña parte del índice de bajas durante el apogeo de la guerra.

Sin embargo, McMaster, Mattis y Dunford tenían que ir con pies de plomo para conseguir que Trump se subiera al carro. Tras el arrebato del presidente en El Tanque, McMaster organizó otra reunión de seguridad nacional de alto nivel el 18 de agosto de 2017 en Camp David, el retiro presidencial en la montaña Catoctin, en Maryland, para discutir los resultados de la revisión de la estrategia en Afganistán.

En el camino a la sesión, McMaster había pulido su discurso.[6] Advirtió a Trump de que si seguía tuiteando y retiraba todas las tropas, Al Qaeda podría volver a Afganistán y lanzar otro ataque sobre suelo estadounidense. También le comunicó que había veinte grupos terroristas distintos activos en la región. En realidad, Al Qaeda ya no era lo que había sido y los otros grupos tenían un alcance limitado, pero ningún presidente quería arriesgarse a presenciar otro 11S bajo su mandato.

En Camp David, los generales dijeron a Trump que necesitaban más fuerzas y más potencia de fuego en Afganistán para salir del punto muerto, pero formularon su propuesta de intensificación como un antídoto contra la gestión de la guerra por parte de Obama. Argumentaron que el anterior presidente había echado a perder su aumento de tropas al anunciar que solo duraría dieciocho meses. Los talibanes se limitaron a pasar desapercibidos y a esperar que el mandato del presidente acabara. «No hagas como Obama tendiendo la mano al enemigo», aconsejaron a Trump.

Las críticas a Obama fueron irresistibles para Trump, que detestaba a su predecesor, y autorizó el envío de varios miles de fuerzas más a Afganistán. También aceptó mantener el aumento de tropas sin límite de tiempo.

En su discurso al cabo de tres días en Fort Myer, Trump desveló la nueva estrategia, aunque dejó claro que era escéptico al respecto. «Mi instinto original era retirarme. E históricamente, me gusta seguir mis instintos», dijo. «Pero, de una forma u otra, estos problemas se resolverán. Soy un solucionador de problemas. Y al final, ganaremos.»

Trump declaró que haría la guerra de forma distinta a la de Obama en otro aspecto: su administración sería más secreta. «No hablaremos de números de tropas ni de nuestros planes para próximas actividades militares», dijo. Mantuvo en secreto los detalles de su decisión de desplegar más tropas, aunque funcionarios estadounidenses anónimos ya habían filtrado que irían 3.900 soldados adicionales.

El presidente justificó el aumento de la confidencialidad como una táctica para mantener al enemigo en vilo. Sin embargo, el cambio de política tenía otro objetivo: dejar a los estadounidenses en la incertidumbre. Cuanto menos visible fuera la guerra, menos probable sería que la gente criticara a Trump o a sus generales si la cosa empeoraba. El Pentágono se aprovechó de ello y, en cosa de tres meses, la cifra de efectivos estadounidenses en Afganistán subió hasta 14.000, un aumento de 5.600 desde que Obama dejara el cargo. Sin embargo, aparte de las tropas adicionales y el mayor secretismo, los funcionarios de la administración Trump se esforzaron en articular qué era lo distinto en su nueva estrategia.

En una comparecencia ante la Comisión de Servicios Armados de la Cámara de Representantes en octubre de 2017, Mattis etiquetó la nueva estrategia como «R4+S». Dijo que el acrónimo significaba «regionalizar, realinear, reforzar y reconciliar, sumado a sostener». La descripción era un trabalenguas tan grande que Mattis y otros funcionarios estadounidenses rara vez la repitieron después. Pero lo que quedó claro a los generales fue que mientras Trump siguiera como presidente tendrían que hablar con más contundencia y alardear de que la estrategia bélica del comandante en jefe estaba destinada a ser un éxito.

En una rueda de prensa desde Kabul celebrada el 20 de noviembre de 2017, un rehecho general Nicholson —el comandante de guerra al que Trump había puesto verde en El Tanque— dijo que los talibanes se estaban quedando sin opciones. «Nuestro mensaje al enemigo es que ya no pueden ganar la guerra, que ha llegado la hora de entregar las armas», espetó. «Si

no lo hacen, se verán condenados a la irrelevancia [...] o a morir. Y estas son las opciones a las que se enfrentan.»

Ocho días después, Nicholson celebró otra rueda de prensa. Se esforzó por elogiar la estrategia de Trump, calificándola de «fundamentalmente distinta» y «un cambio en las reglas del juego». Antes, Nicholson había descrito la guerra como bloqueada en un punto muerto, pero ahora insistió en que ya no la veía así. «El presidente no ha dejado ninguna sombra de duda en cuanto a nuestra voluntad de ganar», dijo Nicholson. «Estaremos aquí hasta que el trabajo esté hecho. [...] Estamos en camino de ganar.»

El cambio más sustancial en la estrategia bélica fue que Trump autorizó a los militares a intensificar la campaña de bombardeos. Obama había impuesto unas restricciones que impedían a las fuerzas estadounidenses realizar ataques aéreos a no ser que fuera para proteger a sus tropas, llevar a cabo operaciones antiterroristas o evitar que las fuerzas afganas quedaran en situación de inferioridad. Al final de su mandato, los aviones de guerra estadounidenses lanzaron menos de cien bombas y misiles al mes. Pero Trump, a petición del Pentágono, se deshizo de las restricciones y renovó con furia el asalto aéreo sobre los talibanes. En 2017, los estadounidenses duplicaron el número de ataques por aire y más que triplicaron las municiones que lanzaron desde los cielos. Posteriormente se intensificaron aún más los ataques aéreos.[7] En 2018, los aviones estadounidenses lanzaron 7.362 bombas y misiles, un tercio más que en cualquier año anterior de la guerra, y mantuvieron el ritmo vertiginoso en 2019 y en 2020.

Los combates se habían vuelto mucho menos visibles para los estadounidenses en casa, pero la violencia impuso nuevos niveles de caos sobre el terreno, donde murieron y cayeron heridos una cifra récord de civiles afganos. Durante los tres primeros años de mandato de Trump, los ataques aéreos de Estados Unidos, la OTAN y Afganistán mataron a unos 1.134 civiles al año, el doble de la media anual de la década anterior, según un análisis del Proyecto Costs of War de la Universidad de Brown.[8]

Trump esperaba que los bombardeos obligaran a los talibanes a negociar, pero la táctica de la fuerza bruta también se ajustaba al estilo del presidente.

En abril de 2017, la Fuerza Aérea lanzó una bomba de 9.800 kilos —la mayor jamás utilizada en la guerra de Afganistán— sobre una red de búnkeres y túneles de Estado Islámico en la provincia de Nangahar. El nombre oficial del Pentágono para el arma de nueve metros de longitud fue Massive Ordnance Air Blast, o MOAB (explosión aérea de artillería masiva), pero las tropas aprovecharon el acrónimo para apodarla «Mother of All Bombs», o madre de todas las bombas.

Las autoridades militares estadounidenses dijeron que la MOAB había matado a decenas de combatientes de Estado Islámico y la noticia de la bomba gigante generó cobertura informativa en todo el mundo.

Un orgulloso Trump describió el ataque como «otra misión muy, muy exitosa» y dijo que era una demostración de que estaba llevando a cabo la supervisión de la guerra mejor que Obama. «Si miran lo que ha ocurrido en las últimas ocho semanas y lo comparan de verdad con lo que ha ocurrido en los últimos ocho años, verán que la diferencia es tremenda», dijo a los periodistas en la Casa Blanca.

Pero la explosión resultó ser un éxito efímero y no tuvo ningún impacto duradero en la guerra. El Pentágono no lanzó más MOAB durante el mandato de Trump.

A diferencia de la publicidad generada en torno a la bomba, las autoridades militares comenzaron a ocultar importantes indicadores de que la guerra volvía a las andadas. En septiembre de 2017, el Pentágono dejó de publicar datos sobre las bajas sufridas por las fuerzas de seguridad afganas. Funcionarios estadounidenses dijeron que aceptaron clasificar las cifras como secreto por petición del gobierno afgano.

La verdad fue que los funcionarios afganos temían que los elevados índices de mortalidad perjudicaran el reclutamiento y la moral. Las cifras de bajas se habían disparado a medida que las fuerzas de seguridad afganas

sustituían a las de Estados Unidos y la OTAN en el frente. Según algunas estimaciones, entre treinta y cuarenta soldados y policías afganos morían diariamente. [9]

En cambio, a los insurgentes les resultaba fácil reclutar. En 2018, las filas de los talibanes ya sumaban los 60.000 combatientes, frente a los 25.000 de siete años antes, según estimaciones militares estadounidenses.

Los mandos militares de EE. UU. empezaron a ocultar otras estadísticas que antes habían pregonado. Durante años habían realizado un seguimiento estrecho de la cantidad de territorio controlado por el gobierno afgano en comparación con los talibanes. Los analistas estudiaron cada uno de los distritos administrativos del país y ajustaron las cifras según la densidad de población. El general Nicholson, comandante de la guerra, lo llamó «el indicador más revelador en una contrainsurgencia». Durante sus comparecencias consecutivas de noviembre de 2017, dijo que alrededor del 64 % de la población de Afganistán vivía en distritos controlados por el gobierno, el 24 % en zonas disputadas y el 12 % en la zona de los talibanes. Tras afirmar que la guerra había «dado un giro», Nicholson predijo que el gobierno afgano ampliaría su control al 80 % de la población en dos años. En ese momento, dijo, el gobierno afgano se aseguraría «una masa crítica» y «conduciría al enemigo a la irrelevancia».

Pero el gobierno afgano no solo no se aproximó a ese objetivo, sino que unas encuestas posteriores demostraron que los talibanes estaban ampliando su alcance. En lugar de enfrentarse a la realidad de lo que estaba ocurriendo, los líderes militares estadounidenses cambiaron de opinión sobre el valor de los datos y dejaron de rastrear el control territorial definitivamente en otoño de 2018.

En una rueda de prensa celebrada en julio de 2018 en Kabul, Nicholson restó importancia a las estadísticas sobre el territorio —a pesar de haber destacado su relevancia apenas ocho meses antes—. Dijo que las fuerzas estadounidenses habían dirigido su atención a otro indicador: la disposición

de los talibanes a participar en conversaciones de paz. «No son los indicadores de los que se hablaba hace un año», admitió, pero los definió como «quizá más importantes que algunos de esos otros parámetros que tradicionalmente utilizamos».

Se acumulaban pruebas que sugerían que los talibanes habían ganado la partida a pesar de la masiva campaña de bombardeos de Estados Unidos. Tras acordar un alto el fuego parcial de tres días en junio de 2018, los talibanes rechazaron la petición del presidente afgano Ashraf Ghani de otro alto el fuego en agosto. Ese mes, los talibanes se hicieron brevemente con el control de la ciudad de Ghazni y tomaron bases militares afganas en las provincias de Faryab y Baghlan.

La administración Trump tuvo que soportar otro momento embarazoso en junio, cuando la Comisión de Servicios Armados del Senado celebró una audiencia de confirmación para el general del Ejército Scott Miller, el candidato del presidente para dirigir las fuerzas estadounidenses en Afganistán. Miller, un comandante condecorado, había liderado el secreto comando de Operaciones Especiales Conjuntas y había servido en combate en Somalia, Bosnia e Irak. También había sido uno de los primeros soldados estadounidenses desplegados en Afganistán tras el 11S.

Subestimando los recientes contratiempos en Afganistán, Miller describió un panorama cautelosamente optimista y repitió muchos de los argumentos que otros generales habían utilizado a lo largo de los años. «Se están haciendo progresos allí», dijo. La senadora Elizabeth Warren, demócrata de Massachusetts, desafió a Miller diciendo que ya había escuchado suficientes discursos optimistas y citó una retahíla de ejemplos de líderes militares que desde 2010 llevaban diciendo que la guerra había llegado a «un punto de inflexión».

«General Miller, por lo visto hemos dado un giro tantas veces que ahora parece que vayamos en círculo», dijo la senadora Warren. «Así que permítame preguntarle: ¿tiene previsto dar otro giro más durante su

mandato como comandante? Después de diecisiete años de guerra, ¿qué va a hacer distinto?»

Sorprendido, Miller se esforzó por dar una respuesta coherente. «Senadora, en primer lugar, y-yo admito los diecisiete años», balbució. «N... no puedo garantizarle ningún cronograma ni ninguna fecha de finalización. Sé que entrar en esta posición o... o proponer necesariamente un punto de inflexión, a no ser que haya... que haya algo para volver y... volver a informar de que algo ha... algo ha cambiado. Y ahí es donde había previsto... previsto estar.»

Desde la mesa de comparecientes, Miller miró por encima del hombro a un subteniente del Ejército que estaba sentado tras él y que era un niño pequeño cuando empezó la guerra. Era su hijo, Austin. «Este joven sentado detrás de mí, nunca había previsto que esta generación podría ser desplegada cuando yo estuve allí en 2001... y mira esto», dijo.

A pesar de las promesas de victoria de Trump y sus llamadas a luchar para ganar, Miller y otros líderes militares estadounidenses siguieron tratando de forzar a los talibanes a mantener conversaciones de paz con el gobierno afgano. Los talibanes, cada vez más seguros de su posición, mostraron menos interés. Sin embargo, el optimismo de los generales en público seguía intacto.

Durante una visita a Kabul en julio de 2018, el general del Ejército Joseph Votel, jefe del Mando Central de EE. UU., habló del reciente alto el fuego limitado de tres días como un motivo de esperanza. Dijo que el cese de hostilidades «demostró el creciente deseo de paz, no solo del pueblo afgano, sino también de los beligerantes del conflicto». Votel añadió: «Creo que nuestros esfuerzos aquí en Afganistán están mostrando progresos».

En septiembre, Mattis dijo a los periodistas en el Pentágono que también había aumentado su esperanza de que los talibanes aceptaran hablar. «Por primera vez, tenemos cierta apariencia de solidez en el esfuerzo de

reconciliación», dijo. La guerra, añadió, estaba «yendo en la dirección correcta».

Pero los talibanes siguieron poniendo al descubierto la falsedad de las afirmaciones de los estadounidenses.

El 18 de octubre, varias semanas después de asumir el mando en Afganistán, el general Miller visitó Kandahar para conversar con los líderes locales en las instalaciones del gobernador provincial. Al finalizar la reunión de la tarde, Miller y la delegación estadounidense salieron, intercambiaron unas últimas palabras con sus anfitriones afganos y se prepararon para subir a los helicópteros y volar de vuelta a Kabul. Sin embargo, antes de llegar a la aeronave, un soldado afgano que portaba una caja de granadas —la fruta, a modo de presente para los estadounidenses—, la dejó caer y abrió fuego contra el grupo con una AK-47. [10]

El soldado rebelde mató al general Abdul Raziq, un señor de la guerra que ejercía de comandante de la policía provincial, y a Abdul Mohim, jefe de la inteligencia local. El pistolero también hirió al gobernador de Kandahar, Zalmay Wesa, que caminaba al lado de Miller. El general sacó su pistola mientras corría para cubrirse y escapó sin heridas.

El soldado armado fue abatido en cuestión de segundos, pero el calamitoso fallo de seguridad sacudió a todo el país y tensó las relaciones entre Estados Unidos y Afganistán. Los investigadores afganos determinaron que el tirador no había sido sometido a ningún control de antecedentes cuando se alistó como guardia del gobernador de Kandahar dos meses antes. [11]

Los talibanes se atribuyeron inmediatamente la autoría del ataque interno. Como prueba, publicaron en Internet un vídeo del pistolero entrenando con insurgentes en Pakistán. Los oficiales talibanes dijeron que el complot tenía como objetivo original matar al general Raziq —un viejo enemigo—, pero que el infiltrado también había recibido instrucciones de matar a Miller cuando supieron que visitaría el complejo ese día.

Las autoridades militares estadounidenses restaron importancia a la afirmación de que Miller era un objetivo y dijeron que solo había quedado atrapado en el fuego cruzado. También trataron de ocultar el hecho de que otro oficial de alto rango, el general de brigada del Ejército Jeffrey Smiley, comandante de las fuerzas estadounidenses en el sur de Afganistán, había sido alcanzado y herido en el ataque. El mando militar estadounidense en Kabul esperó tres días para revelar la información, y solo lo hizo después de que *The Washington Post* diera la noticia de que Smiley se había librado de la muerte por poco. [12]

20

El narcoestado

En noviembre de 2017, los mandos militares en Afganistán pusieron en marcha la operación Iron Tempest (Tempestad de Hierro), una tormenta de ataques aéreos lanzada por algunos de los aviones de guerra más poderosos de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Objetivo principal: una red clandestina de laboratorios de procesamiento de opio que, según funcionarios estadounidenses, ayudaba a generar doscientos millones de dólares en dinero de la droga para los talibanes.

En una campaña publicitaria masiva, el Pentágono difundió vídeos de bombarderos B-52 Stratofortress de largo alcance —construidos para transportar armas nucleares— lanzando munición convencional de 900 y 225 kilos sobre supuestos laboratorios de drogas en la provincia de Helmand. Los cazas invisibles F-22 Raptor pulverizaron los objetivos con bombas guiadas por satélite después de volar desde una base de la Fuerza Aérea estadounidense en Emiratos Árabes Unidos para unirse al ataque.

Los comandantes estadounidenses calificaron la operación como un punto de inflexión en los dieciséis años de guerra y dijeron que era la primera vez que desplegaban una potencia aérea tan temible contra los capos de la droga en Afganistán. Después de tres semanas de ataques se jactaron de haber eliminado veinticinco laboratorios de opio que, de otro

modo, habrían generado ochenta millones de dólares en ingresos por narcotráfico para financiar la insurgencia.

«La nueva estrategia pone de manifiesto que se trata de una nueva guerra y que no nos andaremos con chiquitas», dijo el general de brigada de la Fuerza Aérea Lance Bunch durante una rueda de prensa desde Kabul. Y añadió: «Va a ser un invierno muy largo para los talibanes, ya que seguiremos interrumpiendo sus fuentes de ingresos las veces que haga falta. [...] La guerra ha cambiado».

Al cabo de unos meses, la operación Tempestad de Hierro se desinfló. Un análisis independiente realizado por un investigador británico descubrió que muchos de los objetivos eran edificaciones de barro abandonadas y otros solamente eran laboratorios improvisados donde se procesaban pequeños lotes de opio por valor de miles de dólares, no de millones. [1]

Después de más de 200 ataques aéreos, el Pentágono llegó a la conclusión de que volar objetivos primitivos con armas tan devastadoras era excesivo y un despilfarro; poner en marcha cada B-52 y F-22 costaba más de 32.000 dólares la hora, y eso sin contar el gasto en municiones. Después de la publicidad inicial, los militares estadounidenses dejaron de hablar de la Tempestad de Hierro y acabaron cancelando la operación. El anuncio público constó de dos párrafos escondidos en un informe de ochenta y cuatro páginas dirigido al Congreso.

El final de la Tempestad de Hierro fue un reflejo de otras campañas antidroga muy costosas y promocionadas a bombo y platillo, como la operación River Dance, el intento de la administración Bush en 2006 de erradicar los campos de amapola en Helmand con tractores y desbrozadoras. En ambos casos, con once años de diferencia, los funcionarios estadounidenses y afganos hicieron un gran despliegue de fuerzas y prometieron la victoria, para luego rendirse discretamente meses después.

De todos los fracasos en Afganistán, la guerra contra el opio ha sido uno de los más irresponsables. Durante dos décadas, Estados Unidos gastó más de nueve mil millones de dólares en una vertiginosa serie de programas destinados a disuadir a Afganistán de suministrar heroína al mundo. Ninguna de las medidas funcionó y, en muchos casos, empeoraron todavía más las cosas.

Entre 2002 y 2017, los agricultores afganos multiplicaron por cuatro la superficie dedicada al cultivo de amapola, según estimaciones de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. Durante el mismo período, la producción de resina de opio —el ingrediente crudo de la heroína— casi se triplicó, pasando de 3.200 toneladas métricas a 9.000. Las cosechas y la producción se redujeron en 2018 y 2019, pero la ONU atribuyó los descensos a factores del mercado y a las condiciones de cultivo, y no a las medidas adoptadas por las autoridades estadounidenses o afganas.

Para entonces, la industria del opio se había convertido en la ganadora indiscutible de la guerra más larga de la historia de Estados Unidos. Asfixió a otros sectores de la economía afgana, subyugó al gobierno afgano y se hizo indispensable para la insurgencia.

«Hemos declarado que nuestro objetivo es establecer una "economía de mercado floreciente"», dijo el teniente general Douglas Lute, el *zar de la guerra* de la Casa Blanca con Bush y Obama, en una entrevista de Lessons Learned. «Creo que tendríamos que haber dicho "un floreciente comercio de drogas": es el único sector del mercado que está funcionando.» [2]

La árida y rural provincia de Helmand —con un tamaño similar al de Croacia— impulsó la economía de la droga más que cualquier otro territorio de Afganistán. Cuanto más violenta e inestable se volvía la provincia, más prosperaba la industria del opio.

Aparte de su imbatible rentabilidad, la amapola era más fácil de cultivar que otras cosechas en medio de la vorágine combativa. Agricultores y

traficantes podían almacenar la resina de opio todo el tiempo que fuera necesario sin que esta perdiera su valor. El producto ocupaba poco espacio y su transporte era sencillo y barato, lo que lo hacía ideal para el contrabando. La demanda se mantenía siempre fuerte.

Para las élites afganas de Kabul, los cultivadores y comerciantes de la amapola helmandí eran unos patanes analfabetos. Pero el mayor de la Fuerza Aérea Matthew Brown, que sirvió en la provincia en 2011, quedó impresionado por su ingenio. Helmand «es sucia, mugrienta y calurosa», dijo en una entrevista de historia oral del Ejército, pero, añadió, «esa gente tiene un historial de contrabando y cultivo de drogas insuperable. Son muy, muy buenos en eso. Lo que quiero decir es que nuestros contrabandistas podrían aprender un par de cosas de esos tipos». [3] Brown, que formó parte de un equipo encargado de reinsertar socialmente a ex combatientes talibanes, dijo también: «Cuando alguien dice que Afganistán no tiene la capacidad de hacer nada, yo siempre respondo: "Bueno, tienen la capacidad de suministrar todo el opio del mundo"». [4]

El gobierno de Estados Unidos, junto con sus aliados afganos y la OTAN, ideó todo tipo de planes para atajar el problema, pero los productores de amapola y los narcotraficantes afganos superaron todos los intentos de Washington de convencerlos, engatusarlos u obligarlos a detener su actividad.

Tanto la administración Bush como la de Trump lo hicieron por las malas. Con Bush, el Departamento de Estado y la Agencia para el Control de Drogas (DEA, por sus siglas en inglés) castigaron a los agricultores erradicando sus campos de amapolas, pero eso solo los animó a ponerse del lado de la insurgencia. Con Trump, el gobierno ignoró a los productores y bombardeó a los procesadores de opio, pero de la noche a la mañana brotaron nuevos laboratorios de drogas y la producción continuó con la misma intensidad. La administración Obama, por su parte, había intentado

incentivar a los agricultores para que cambiaran de cultivo, un enfoque que exigía más tiempo y paciencia, lo cual también fracasó.

Richard Holbrooke, el diplomático de carácter tempestuoso que fue enviado especial de Obama para Afganistán y Pakistán, se había mofado en público de las tácticas de la administración Bush. Al asumir su cargo en 2009, puso fin inmediatamente a la erradicación de la amapola. «Las políticas occidentales contra el cultivo de opio, la cosecha de amapola, han sido un fracaso», dijo durante una conferencia sobre Afganistán en Trieste, Italia, en junio de 2009. [5] «No provocaron ningún daño a los talibanes, sino que dejaron a los agricultores sin trabajo, alienaron a la gente y la llevaron a los brazos de los talibanes.»

La administración Obama cambió el enfoque y dirigió su dinero a programas que intentaron promover formas legales de agricultura. Holbrooke incitó al Departamento de Estado, a la USAID y al Departamento de Agricultura a enviar pequeños ejércitos de expertos para convencer a los agricultores de amapola afganos de que se pasaran a otros cultivos, como el trigo, el azafrán, los pistachos y las granadas.

En Helmand, el gobierno de Estados Unidos ofreció a los agricultores semillas, fertilizantes y pequeños préstamos. Pagaron a trabajadores afganos para que ampliaran la red de canales y zanjas de la provincia y los agricultores pudieran regar manzanos, vides y plantones de fresas. Hicieron hincapié en las granadas y el zumo para la exportación, a pesar de que la fruta requería un almacenamiento en frío en un país con un suministro eléctrico poco fiable.

Durante un tiempo pareció que la estrategia funcionaba. En 2009, el cultivo de amapola cayó a su nivel más bajo en cuatro años y se mantuvo estable en 2010, según el estudio anual de la ONU. Los funcionarios de la administración Obama empezaron a presumir. «Está realmente mereciendo la pena», dijo Holbrooke ante una subcomisión de la Cámara de

Representantes en julio de 2010 refiriéndose a los incentivos para los cultivos legales. «Este es nuestro programa más exitoso en el ámbito civil.»

Pero las mejoras eran un espejismo. En realidad fueron otros factores —como las condiciones meteorológicas y la fluctuación de la demanda mundial de opio— los que habían reducido las cifras. Los funcionarios estadounidenses y europeos también sabían que las influyentes encuestas de la ONU podían ser poco fiables. Tales sondeos se basaban en datos imprecisos procedentes de imágenes por satélite e inspecciones sobre el terreno en una de las zonas más inestables del mundo. Los funcionarios solo tenían una vaga idea de cuántas personas vivían en Helmand —las estimaciones oscilaban entre los 900.000 y los 2 millones—, por lo que no era realista esperar que se pudiera calcular con precisión la superficie dedicada a la amapola cada año.

Un antiguo alto funcionario británico dijo que la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito admitió en privado en 2010 que los trabajadores sobre el terreno habían falsificado sus encuestas de rendimiento de los dos años anteriores. En una entrevista de Lessons Learned, el funcionario británico criticó a la ONU por «ineptitud y falta de capacidad» y dijo que los errores eran «imperdonables».[6] Pero los funcionarios de la ONU ocultaron los errores al público.

Efectivamente, después de una bajada entre 2008 y 2010, las cifras de la ONU sobre el cultivo de amapola retomaron su rápido ascenso. A lo largo de los cuatro años siguientes, la ONU estimó que el cultivo de amapola se había disparado en más de un 80 %, alcanzando un nuevo máximo.

A pesar de las buenas intenciones, muchos programas estadounidenses diseñados para fomentar otras formas de agricultura resultaron contraproducentes. Los canales y zanjas de riego reformados en Helmand, destinados a impulsar la producción de frutas y cultivos especializados, también hicieron más fácil y rentable el cultivo de la amapola. Y aunque las ayudas estadounidenses hicieron que los agricultores de Helmand a

empezaran a cultivar trigo, a menudo trasladaban a escondidas sus campos de amapola a otras partes de la provincia.

Algunas entidades federales ignoraron el nuevo enfoque de la administración Obama y presionaron para destruir de todos modos las plantas de amapola. El Departamento de Estado asignó decenas de millones de dólares a un fondo para la aplicación de la ley destinado a los gobernadores afganos, quienes lo utilizaron para erradicar los campos de amapola por su cuenta. En 2010, unidades del Cuerpo de Marines en Helmand pagaron a agricultores cerca de la ciudad de Marja para que dejaran de cultivar amapola, una idea que había sido desacreditada años antes, después de que los funcionarios británicos fracasaran en un programa similar. En una entrevista de Lessons Learned, el ex alto funcionario británico dijo que su gobierno, el Departamento de Estado y el general David Petraeus —el comandante de guerra en ese momento— se opusieron a los programas de erradicación. «Pero nadie podía detener a los Marines», dijo el funcionario británico. [7] «Se daba por sentado que no iba a funcionar, pero el programa siguió adelante de todos modos.»

Todd Greentree, el funcionario del Departamento de Estado que ejerció de asesor político de los militares estadounidenses desde 2008 hasta 2012, dijo que era imposible desarrollar una estrategia coherente para todos los brazos del gobierno de Estados Unidos. El opio era la piedra angular de la economía en muchas zonas rurales, y los ingresos procedentes de la droga también engrasaban la maquinaria política en la mayor parte de Afganistán. Por ello, cualquier acción que los norteamericanos emprendieran para interrumpir el comercio del opio corría el riesgo de socavar la estrategia militar de contrainsurgencia. «Siempre estábamos debatiendo y discutiendo», dijo Greentree en una entrevista de historia oral diplomática. [8] «Pero en el terreno político fue una contradicción que no se abordó.»

En el Departamento de Estado, el Pentágono, la Agencia para el Control de Drogas y otros organismos existían docenas de programas de lucha contra los estupefacientes, muchos de ellos en mutua competencia. El gobierno afgano, los aliados de la OTAN y Naciones Unidas abogaron por sus propias ideas y operaciones. Nunca se llegó a un consenso. Y como no había una única persona u organismo al cargo, el problema se agravó.

Mohammed Ehsan Zia, ex ministro del gabinete afgano encargado de los programas de desarrollo rural, dijo que Estados Unidos y otros miembros de la OTAN se limitaron a tirar el dinero al problema del opio.[9] En una entrevista de Lessons Learned dijo que cambiaban constantemente de política y que dependían de un carrusel de consultores que no sabían nada de Afganistán.

Tal como hicieron con otros programas de construcción nacional, los funcionarios de la administración Obama se preocuparon más por gastar el dinero rápidamente que por ayudar a los afganos, dijo Zia. Los microcréditos destinados a los agricultores se desperdiciaron en gastos generales o acabaron en los bolsillos de asesores agrícolas extranjeros. El mensaje involuntario que se transmitió fue «reducir la amapola ahora, pero olvidar lo que se tenía que haber hecho para reducirla».[10] «Los extranjeros leen *Cometas en el cielo* en el avión y se creen expertos en Afganistán, pero después no escuchan», añadió Zia refiriéndose a la novela superventas sobre un niño afgano atormentado por la opresión y las luchas étnicas. «En lo único que son expertos es en burocracia.»[11]

Algunos funcionarios de la administración Obama dijeron que los fracasos fueron otro ejemplo de cómo el gobierno de Estados Unidos no entendía Afganistán en lo fundamental. La guerra incesante desde la invasión soviética en 1979 había destruido las prácticas agrícolas tradicionales, los mercados y las rutas comerciales. Más que semillas de trigo y plantas de procesamiento de granadas para zumo, lo que Afganistán necesitaba era paz para poder empezar a reparar los daños. «Afganistán no

es un país agrícola; eso es un efecto óptico», dijo Barnett Rubin, el catedrático experto y asesor de Holbrooke, en una entrevista de Lessons Learned. [12] La «mayor industria es la guerra, luego las drogas, luego los servicios». La agricultura, añadió, «está en cuarto o quinto lugar».

En otra entrevista de Lessons Learned, un funcionario no identificado del Departamento de Estado dijo que todos tendrían que haber visto que ninguna de las ideas para disuadir a los afganos de la producción del opio tendría éxito mientras el país siguiera siendo inestable y la demanda mundial del narcótico siguiera siendo alta. «Cuando un país está en guerra, no se puede hacer mucho», dijo el funcionario del Departamento de Estado. [13]

Entre 2002 y 2017, el gobierno de Estados Unidos gastó 4.500 millones de dólares en la interceptación de drogas en Afganistán —redadas, incautaciones y otras operaciones policiales—, si bien con escaso resultado.

La administración Obama duplicó con creces el número de operaciones de interceptación en el país entre 2010 y 2011. Encontrar opio era fácil. Las fuerzas estadounidenses y los funcionarios antinarcóticos afganos, con la ayuda de la DEA, confiscaban o destruían decenas de miles de kilos al año. Sin embargo, las incautaciones ascendían a menos del 2 % de lo que Afganistán producía cada año.

Washington ayudó al gobierno afgano a crear un sistema judicial desde cero con la construcción de tribunales y prisiones y la formación de jueces y fiscales. Sin embargo, nada de todo esto pudo competir con el sistema de justicia informal de Afganistán, basado en las conexiones políticas, las afiliaciones tribales y el soborno desenfrenado.

Dado que el dinero de la droga contaminaba el sistema político, era casi imposible hacer rendir cuentas a los barones del opio. Los funcionarios estadounidenses recopilaban metódicamente expedientes de pruebas contra

los presuntos capos para luego ver cómo sus homólogos afganos les daban carpetazo. «Es una cuestión de voluntad política», dijo en una entrevista de Lessons Learned un funcionario no identificado del Departamento de Justicia que sirvió en Kabul durante los años de Obama.[14] «Al fin y al cabo, ¿cuántos grandes traficantes han sido realmente detenidos y mucho menos procesados con éxito?»

Otro alto funcionario estadounidense añadió: «Para que un afgano fuera procesado por corrupción, debía ser un incompetente o cabrear a mucha gente».[15]

Los pocos que fueron llevados a los tribunales pudieron comprar su salida. En 2012, los agentes antinarcóticos afganos capturaron a Haji Lal Jan Ishaqzai, un traficante de opio que dirigía una red centrada en las provincias de Helmand y Kandahar. Ishaqzai había actuado durante mucho tiempo bajo la protección de Ahmed Wali Karzai, hermanastro del presidente;[16] los dos vivían en la misma calle de Kandahar y jugaban juntos a las cartas. Pero Ishaqzai perdió su amuleto de la suerte en el verano de 2011, cuando Karzai fue asesinado. Por la misma época, el gobierno de Obama señaló oficialmente a Ishaqzai como capo del narcotráfico en el extranjero y lo sometió a las sanciones estadounidenses.

Tras su detención, un tribunal afgano lo declaró culpable en 2013 y lo condenó a veinte años de prisión. Pero Ishaqzai no tardó en poner en marcha los engranajes el sistema. Supuestamente sobornó a varios jueces con millones de dólares para que aprobaran su traslado desde una prisión en Kabul a otro centro de detención en Kandahar.[17] Una vez en su territorio, convenció a los funcionarios de los tribunales locales para que autorizaran su puesta en libertad en abril de 2014, diecinueve años antes de lo previsto. Cuando las autoridades de Kabul se enteraron, ya había huido a Pakistán.

La falta de voluntad del gobierno afgano para castigar a los traficantes influyentes enfureció a los funcionarios estadounidenses, pero no había mucho que estos pudieran hacer. Los mandos militares norteamericanos no

podían atacar legalmente a los señores de la droga a menos que hubiera pruebas fehacientes de que representaban una amenaza directa para aquellos. «En el esquema terrorista se mata al líder porque está en contra del gobierno», dijo en una entrevista de Lessons Learned un alto funcionario de la DEA no identificado. [18] Pero cuando se trataba de luchar contra las redes de narcotráfico afganas, añadió, «no puedes matar al líder [porque] forma parte del sistema clientelar del gobierno».

Como Washington y Kabul carecían de un tratado de extradición, llevar a los jefes del opio a Estados Unidos para ser juzgados era extremadamente difícil. En los raros casos en los que los capos comparecían ante un tribunal estadounidense, las cosas seguían torciéndose.

En 2008, las autoridades estadounidenses lanzaron el anzuelo a un presunto traficante afgano, Haji Juma Khan, de 54 años, y consiguieron que fuera a Yakarta, donde las autoridades indonesias lo detuvieron y lo extraditaron a Nueva York. Un gran jurado federal acusó a Khan, cuya red tenía su base en Helmand y Kandahar, de vender grandes cantidades de heroína y morfina en los mercados internacionales para apoyar a los talibanes. Sin embargo, la acción judicial entablada por el Departamento de Justicia contra Khan se topó inmediatamente con obstáculos. El narcotraficante había sido un valioso informante pagado por la CIA y la DEA. Ambas agencias lo habían llevado en secreto a Washington para reunirse con él dos años antes y le habían permitido desviarse a Nueva York para hacer turismo y compras. [19] Cuando la abogada defensora de Khan expuso estas conexiones en audiencia pública, un juez federal la interrumpió y le advirtió que no revelara información clasificada. [20] Posteriormente, el juez blindó los procedimientos judiciales, con lo cual el caso quedó cerrado al acceso público.

El gobierno de Obama señaló a Khan como capo extranjero de la droga en 2009, pero sus causas penales en Estados Unidos se desvanecieron en el aire. Aunque nunca fue condenado, permaneció bajo custodia federal

durante una década. Los registros de la prisión federal muestran que fue liberado en abril de 2018. Los funcionarios estadounidenses nunca explicaron cómo tramitaron su expediente.

Cuando las fuerzas estadounidenses redujeron su presencia en Afganistán entre 2011 y 2014, la lucha contra el tráfico de opio se hizo aún más difícil. La administración Obama recortó el gasto en programas agrícolas y en la reforma de la justicia. El interés menguó entre los embajadores y generales estadounidenses, que consideraron que el espinoso problema de las drogas era imposible de resolver.

La constante rotación de personal en la Embajada de EE. UU. en Kabul dificultó todavía más las cosas. Los funcionarios de nivel medio y bajo designados para abordar la cuestión a menudo no tenían suficiente experiencia ni conocimientos sobre el comercio de opio. «Nos pasábamos el tiempo aplastando malas ideas como moscas», dijo en una entrevista de Lessons Learned un antiguo agregado jurídico no identificado. [21]

En 2016, los nuevos funcionarios de la embajada comenzaron a proponer algunas ideas que sonaban familiares, como pulverizar herbicidas en los campos de amapola o erradicar los cultivos con tractores, según un contratista no identificado del Departamento de Estado que había trabajado en Afganistán durante años en programas de lucha contra los estupefacientes. [22] Como la guerra se había prolongado durante tanto tiempo, los funcionarios recién llegados no se daban cuenta de que esas tácticas ya se habían probado antes y no habían dado resultado.

21

Conversaciones con los talibanes

Anastasia es una joven expatriada. Es rubia y va ataviada con un vestido negro sin mangas y zapatos con tacón de aguja. Su postura al tocar el piano de media cola es perfecta. Sus melosas interpretaciones de «Moon River» y «A Whole New World» inundan el vestíbulo del hotel catarí [1] de cinco estrellas mientras, fuera, mujeres en bikini saborean cócteles y tontean con hombres de torso descubierto en soláriums con vistas al litoral del golfo Pérsico. En Afganistán, ese libertinaje habría despertado la ira de los mulás.

Pero en el transcurso de dos semanas de febrero y marzo de 2019, una delegación talibana dejó a un lado sus escrúpulos y convivió pacíficamente con los demás huéspedes del lujoso complejo de Catar. Noche sí y noche también, los ascetas afganos toleraron a Anastasia y sus interpretaciones musicales al piano. [2] Y eso que ellos habían prohibido la música cuando ostentaron el poder. Hasta lincharon a los transgresores que osaban tocar un instrumento.

Dentro de la sala de conferencias, la dinámica social no era menos extraña. Una docena de impasibles líderes talibanes con barbas y turbantes estaban sentados a una hilera de mesas. Al otro lado de la sala, sus eternos enemigos, los americanos, los miraban atentamente desde otra hilera de mesas.

El hombre en el centro de la formación estadounidense era el general Scott Miller. Los talibanes habían tratado de asesinarlo en Kandahar hacía apenas unos meses.

Los negociadores talibanes también tenían sus rencillas. Cinco de ellos habían estado doce años encerrados en la bahía de Guantánamo esperando el juicio, pero Estados Unidos los liberó en 2014 en un intercambio de prisioneros.

Los americanos esperaban que ambos bandos pudieran aparcar su enemistad y llegar a un pacto para poner fin a las hostilidades. Solo con reunirse, los líderes estadounidenses estaban admitiendo finalmente la futilidad de una guerra que había durado diecisiete años y medio.

Pese a las promesas de victoria rotunda de Trump, el presidente ordenó al Departamento de Estado y al Pentágono que iniciara negociaciones formales cara a cara con los talibanes. El objetivo era encontrar la forma de retirar las tropas sin que pareciera que se había sufrido una humillante derrota.

Los representantes de Estados Unidos llevaban una década afirmando que la única vía factible para terminar la guerra era que tanto el gobierno afgano como los insurgentes cedieran para llegar a un acuerdo político. Sabían que era muy improbable que los talibanes sufrieran una derrota militar total. A diferencia de Al Qaeda, que cada vez contaba con menos miembros y estaba conformada por unos pocos árabes y otros combatientes extranjeros, el talibán era un movimiento de masas liderado por los pastunes. Representaba una porción considerable de la población afgana que además iba creciendo y afianzándose.

Durante una charla en la Universidad Harvard en 2009, el general del Ejército de Tierra David Petraeus dijo: «Tiene que haber alguna clase de reconciliación. No puedes acabar con una insurgencia industrializada a base de matar o capturar enemigos. La duda es cómo hacerlo».

Pero las administraciones de Bush y Obama habían buscado una salida con desgana. Echaron a perder múltiples oportunidades para acercarse a los talibanes cuando Estados Unidos y sus aliados tuvieron más fuerza de negociación. Delegaron en el gobierno afgano y le dejaron paralizar el proceso diplomático. Trataron inútilmente de dividir y conquistar el liderazgo talibán, y no quisieron mover ni un dedo de unas condiciones quiméricas.

Estados Unidos perdió su primera oportunidad para hablar de paz con los talibanes en 2001, semanas después de comenzar la guerra. La administración Bush, sus aliados de la Alianza del Norte y las Naciones Unidas excluyeron a los integristas de la cumbre de Bonn, en la que se trazaron los planes para un nuevo gobierno y una nueva Constitución.

Al cabo de tres años surgió otra oportunidad, cuando Afganistán celebró sus primeros comicios democráticos a la presidencia y más de ocho millones de afganos acudieron a las urnas. Karzai ganó con solvencia y los talibanes parecieron débiles porque sus amenazas de torpedear las elecciones quedaron en nada. Pero Karzai y la administración Bush no intentaron explotar su ventaja política ni coordinaron esfuerzos para acercarse a los líderes talibanes.

El general de división Eric Olson, por entonces comandante de la 25.ª División de Infantería, dijo que los líderes estadounidenses identificaron el momento como una encrucijada estratégica determinante para el gobierno afgano. Los talibanes estaban «contra las cuerdas», [3] pero no supieron qué hacer. En una entrevista de historia oral con el Ejército, Olson confesó: «Me parece que nunca llegamos a saber cómo usar las fuerzas militares para apoyar un plan de reconciliación con los talibanes. A fin de cuentas, es el gobierno del país el que debe hacerlo. No creo que diéramos al gobierno de Karzai ni la dirección ni el apoyo que necesitaba para poner en marcha la reconciliación». [4]

El general de división Peter Gilchrist, el subcomandante británico de las fuerzas de coalición entre 2004 y 2005, dijo que las fuerzas armadas idearon un programa para convencer a los combatientes talibanes para que cambiaran de bando. Pero el Departamento de Estado no orientó mucho en el proyecto y las numerosas facciones políticas de Afganistán tampoco lo secundaron. En una entrevista de historia oral con el Ejército, Gilchrist dijo que «era un verdadero nudo gordiano. No tenía sentido hacer algo positivo para los pastunes y negativo para los tayikos o los hazaras». [5]

El mero hecho de dar nombre al programa fue complicado. Los representantes afganos tenían tirria al término «reconciliación» porque los comunistas lo habían usado durante la época soviética. [6] Al final lo llamaron Programa de Fortalecimiento de la Paz. Según Gilchrist, se apuntaron unos mil insurgentes, pero el proceso fue laborioso y no atrajo ninguna «pieza clave».

Al llegar, Obama anunció que Estados Unidos volvería a intentar hablar con los talibanes. En marzo de 2009 señaló en un discurso: «Tampoco habrá paz sin una reconciliación entre los enemigos de antaño».

Pero la administración Obama desmochó bastante el concepto de la «reconciliación». Creó una nueva versión del Programa de Fortalecimiento de la Paz con el gobierno afgano, pero solo aceptó a combatientes rasos. Los estadounidenses excluyeron deliberadamente a los comandantes y mulás talibanes, alegando que era imposible reconciliarse con ellos y que su única opción era rendirse o morir.

En el Pentágono estaban cómodos con esta mano dura porque Obama y los aliados de Washington en la OTAN habían acordado inundar la zona con más tropas. Dieron por sentado que su superioridad militar les daría ventaja.

En abril de 2009, Michèle Flournoy, subsecretaria de Defensa para políticas militares, dijo a la Comisión de Servicios Armados del Senado que «Cuando recuperemos la iniciativa, apoyaremos un proyecto de reconciliación liderado por los afganos. Su fin será básicamente hacer

cambiar de bando a los soldados rasos y conseguir que los líderes de nivel bajo o medio apoyen al gobierno. Si el proceso cuaja, los grandes líderes, con los que no hay reconciliación posible, deberían ser más fáciles de aislar y más vulnerables».

Cuando Obama acabó incrementando el número de tropas, los comandantes militares doblaron su apuesta por la mano dura.

En julio de 2010, el general de la Marina James Mattis dijo ante la Comisión de Servicios Armados del Senado: «Tendremos que clasificarlos entre los irreconciliables y los reconciliables. Si son irreconciliables, les neutralizaremos. Si son reconciliables y aceptan deponer las armas y trabajan con el gobierno en el marco de la Constitución, se les acogerá. Todas las guerras llegan a su fin, y tenemos que asegurarnos de que hacemos posible su rápida conclusión».

Los dirigentes militares de EE. UU. entendían poco las motivaciones de los talibanes, y no tenían curiosidad por conocerlas. En su declaración ante el Congreso, Flournoy aseguró que la insurgencia derivaba de una serie de «crisis socioeconómicas» y predijo que la rebelión se iría apagando a medida que el gobierno afgano se asentara.

Muchos afganos aborrecían a los talibanes por sus tácticas crueles. Pero un porcentaje significativo de la población, sobre todo entre los pastunes, que son la etnia más grande del país, simpatizaba o apoyaba activamente su yihad contra los soldados de Estados Unidos y Europa. Su afinidad tenía más que ver con su etnicidad común, las creencias religiosas y las alianzas tribales que con factores socioeconómicos. Los talibanes no eran como las fuerzas de seguridad afganas, plagadas de desertores y corruptos, sino que tenían facilidad para reclutar combatientes que creyeran en la causa de los insurgentes.

Algunos miembros de la administración Obama quisieron promover las negociaciones de paz con los talibanes. Entre ellos Richard Holbrooke, el enviado del Departamento de Estado, y Barnett Rubin, el experto

académico en Afganistán que mantenía contactos extraoficiales con insignes talibanes.

En una entrevista de Lessons Learned, Rubin confesó: «Nuestro argumento era que solo había insurgencia porque no teníamos un pacto político. Y si no lo abordábamos nosotros, las fuerzas armadas no podrían». [7] Pero manifestó que los miembros del Pentágono y de la CIA no veían motivos para negociar con los talibanes. Para ellos, la reconciliación era «ser amables con la gente que se rinda». [8]

La secretaria de Estado Hillary Clinton también se opuso a negociar con los talibanes. Clinton temía que cualquier intento por reintegrar a los talibanes amenazara el progreso que había hecho el gobierno afgano en materia de derechos humanos, sobre todo con los derechos de las mujeres. Según Rubin, Clinton no quería ser percibida como blanda porque estaba valorando volver a presentarse a las presidenciales. Según Rubin: «Las mujeres son una parte muy importante de su electorado y no podía vender un acuerdo con los talibanes. Si quieres ser la primera mujer presidenta, no puedes generar ninguna duda: tienes que parecer la persona más intransigente en materia de seguridad nacional». [9]

Pero Clinton y otros pesos pesados del gabinete de Obama tenían otras reservas. Creían que los talibanes y Al Qaeda eran inseparables y dudaban de que los primeros pudieran cortar vínculos con la red de Bin Laden.

En público, la administración Obama presentó los programas de reconciliación con los soldados rasos talibanes como metódicos y productivos. Pero los oficiales del Ejército que participaron directamente en la campaña los describieron como chapuceros y mal planteados.

El mayor del Ejército de Tierra Ulf Rota, un oficial de planificación que estuvo en el cuartel general de EE. UU. y la OTAN en Kabul de 2010 a 2011, dijo que una sección burocrática militar llamada Célula de

Reintegración de Fuerzas supervisaba el proceso. La célula tenía que proporcionar formación laboral a antiguos insurgentes a cambio de su promesa de no volver a tomar las armas contra el gobierno. Pero los organizadores del programa casi nunca comprobaban si se cumplía lo prometido. [10]

En una entrevista de historia oral con el Ejército, Rota dijo que el acto principal era «una ceremonia formal de reintegración donde el sujeto decía: "Por la presente, renuncio al vil grupo Al Qaeda, bla-bla-bla"». [11] La mayoría de los reconciliados eran simplemente «tipos a los que se pagaba y no tenían nada mejor que hacer. A veces prefieren renunciar y volver a formar parte del sistema antes de que se los lleven [...] y los metan en la cárcel».

El mayor de las Fuerzas Aéreas Matthew Brown, que trabajó con un equipo de reintegración de la provincia de Helmand en 2011, dijo que el programa era cortoplacista y superficial. Según él, la historia demostraba que la mayoría de las insurgencias armadas derivaban en conflictos encarnizados que duraban de veinte a cuarenta años. Por tanto, era absurdo esperar que un gran número de combatientes talibanes cambiaran de repente de partido. En una entrevista de historia oral con el Ejército, Brown declaró: «Tanto da lo listo que seas, tanto da el dinero que inviertas y lo poco que duermas cada noche, no vas a cambiar mucho las cosas pensando a corto plazo. Con la sociedad pasa igual: cuanto más fuerte empujas, más se resiste». [12]

Brown tampoco las tenía todas consigo de que los combatientes que se habían ofrecido para reconciliarse «fueran sinceros». En ocasiones, los líderes tribales y los funcionarios afganos manipulaban el sistema y metían a gente en el programa de reintegración para congraciarse con los americanos: «Hay tantos oligarcas en Afganistán... Podía ser tan sencillo como que un gobernador dijera: "Oye, la coalición no me deja respirar. Necesitaría a seis personas". Entonces otro respondía: "Vale, si hago esto,

¿harás esto por mí?”. Y el primero decía: “Sí. Por favor, sácame de encima a esos tipos durante un mes”. Y luego, como por milagro, aparecían seis voluntarios en Helmand y se consideraba un triunfo absoluto de la reintegración». [13]

En 2010, Karzai creó un Consejo Superior de Paz afgano para coordinar las propuestas a los líderes talibanes. La administración Obama no quería menoscabar la autoridad del gobierno afgano, así que se abstuvo de contactar con los talibanes sin el beneplácito de Karzai.

Pero el proceso diplomático liderado por los afganos avanzaba a paso de tortuga. Karzai y los señores de la guerra de su ejecutivo tenían pocos alicientes para aceptar unas negociaciones que, tácitamente, podrían reconocer a los talibanes como un movimiento político o debilitar su control del país. A su vez, los talibanes no querían legitimar a Karzai, a quien veían como un fantoche de los extranjeros. Se negaron a negociar hasta que las tropas extranjeras aceptaran irse del país.

La administración Obama estuvo conforme con que el gobierno afgano y los talibanes dialogaran, pero estipuló una serie de requisitos: que los talibanes cortaran lazos con Al Qaeda, pusieran fin a la violencia y apoyaran la igualdad de derechos para las minorías y las mujeres.

Cuando empezaron a verse atisbos de progreso, los extremistas de ambos bandos intentaron torpedear el proceso.

En septiembre de 2011, Burhanuddin Rabbani, el ex presidente afgano de setenta y un años que lideraba el consejo de paz, recibió en su casa a un emisario que afirmaba llevar un mensaje de los líderes talibanes. Cuando el mensajero se inclinó para saludar a Rabbani, detonó una bomba que llevaba escondida en el turbante. Murieron el ex presidente y el terrorista. Los otros dos miembros del consejo de paz quedaron gravemente heridos.

Sin embargo, los diplomáticos estadounidenses siguieron tratando de promover contactos extraoficiales. En enero de 2012 y con el apoyo de

Washington, el gobierno de Catar dio permiso a los talibanes para abrir una sede política en el país.

El propósito era conceder a los líderes de la insurgencia un lugar seguro en un país neutral donde pudieran encontrarse con negociadores de Estados Unidos o del gobierno afgano. Pero antes de poder inaugurar la sede, los talibanes suspendieron las conversaciones preliminares con representantes estadounidenses y los acusaron de incumplir un acuerdo para liberar a los prisioneros de Guantánamo.

El gobierno afgano desconfiaba de la vía de negociación catarí porque temía perder el control sobre las negociaciones. Ryan Crocker, embajador en Afganistán entre 2011 y 2012, dijo haber avisado al Departamento de Estado de que, apoyando la presencia talibana en Catar, podían ofender a Karzai. Pero no lo escucharon. En una entrevista de Lessons Learned confesó: «Hamid Karzai estaba furioso con todo el asunto. Hicimos grandes promesas diciendo que tenía que ser un proceso liderado y gestionado por los afganos, pero nos lo tomamos por el pito del sereno». [14]

El año siguiente, los dignatarios estadounidenses intentaron reiniciar las negociaciones, pero el intento fracasó nada más empezar. En junio de 2013, los talibanes terminaron abriendo su sede en Catar. Pero el grupo también izó una bandera y una pancarta que anunciaba que el edificio era hogar del Emirato Islámico de Afganistán, el antiguo nombre del gobierno talibán.

La acción encolerizó a Karzai, que lo vio como un intento impertinente de los talibanes por obtener reconocimiento diplomático. Frenó las incipientes negociaciones con los talibanes y se negó a firmar con Estados Unidos un acuerdo de seguridad bilateral que la administración Obama había intentado promover.

Las tropas estadounidenses en Afganistán estaban menguando. Los talibanes no tenían tanta prisa para reiniciar las conversaciones si los términos no les eran favorables.

James Dobbins, el histórico diplomático que volvió al Departamento de Estado para ser el enviado de Obama a Afganistán y Pakistán entre 2013 y 2014, dijo que el plan de retirada de las tropas «seguramente no ayudó a atraer a los talibanes a las negociaciones». [15] Pero también aseguró que había otros obstáculos, «en especial la gran ambivalencia de Karzai sobre su voluntad real de negociar, y en qué condiciones».

Los talibanes tenían otra ventaja: un prisionero de guerra estadounidense. En 2009, los insurgentes capturaron al cabo primero Bowe Bergdahl cuando se alejó de una base militar al este de Afganistán. El Pentágono llevaba años intentando recuperarlo, pero los talibanes exigían mucho a cambio: la liberación de líderes talibanes de Guantánamo.

En mayo de 2014, tras unas duras negociaciones moderadas por Catar, la administración Obama aceptó finalmente liberar a cinco reclusos de Guantánamo que habían desempeñado cargos importantes en el gobierno afgano durante el régimen talibán. A cambio, los talibanes liberaron a Bergdahl en una entrega cuidadosamente acordada con las Fuerzas Especiales de EE. UU. en un remoto paraje al este de Afganistán.

Al principio, la administración Obama celebró el acuerdo como un avance diplomático y esperó que diera pie a más conversaciones. Pero los congresistas y senadores republicanos arremetieron contra la liberación de los prisioneros talibanes y acusaron a Obama de amenazar la seguridad nacional.

La senadora por Carolina del Sur Lindsey Graham bautizó a los presos como «los galácticos talibanes» y dijo que tenían «sangre americana en sus manos». El senador por Arizona John McCain los llamó «el ala radical del ala radical». Trump, entonces conocido sobre todo por presentar un *reality*, se sumó a las críticas con un tuit: «El presidente Obama ha sentado un precedente MUY MALO al entregar a cinco prisioneros talibanes a cambio del cabo primero Bowe Bergdahl. ¡Otra derrota más de EE. UU.!».

La reacción política subsiguiente condenó cualquier otro acercamiento durante el resto del mandato de Obama. A lo largo de los cuatro años posteriores, la guerra sin cuartel consumió Afganistán y aplastó los tímidos intentos por firmar la paz.

En 2018, los combates parecían tan absurdos como siempre. Las bajas civiles se dispararon y la violencia entre las fuerzas de seguridad afganas y los insurgentes se intensificó. Los aviones estadounidenses lanzaron un número récord de bombas.

El primer indicio de una apertura diplomática se vislumbró en febrero de 2018, cuando el entonces presidente afgano Ashraf Ghani se ofreció a dialogar sin condiciones para lograr la paz y se mostró dispuesto a reconocer a los talibanes como partido político. Los talibanes rehusaron. Sus líderes seguían insistiendo en negociar directamente con los americanos y exigían una retirada completa de las tropas extranjeras.

Sin embargo, cuatro meses después, los talibanes cedieron. Cuando Ghani declaró que el gobierno afgano respetaría un alto al fuego unilateral en honor al inicio del mes sagrado del Ramadán, los talibanes aceptaron una tregua de tres días. Por primera vez desde 2001, los combatientes de ambas facciones depusieron las armas y una fugaz euforia se apoderó de la nación, exhausta por la guerra. Las hostilidades se retomaron al cabo de 72 horas, pero saltaba a la vista que incluso muchos de los soldados rasos talibanes ansiaban la paz.

La administración Trump trató de aprovechar el momento. Por primera vez, autorizó una negociación directa y al más alto nivel con los talibanes. En julio de 2018, una destacada diplomática estadounidense, Alice Wells, se reunió con los talibanes para una primera toma de contacto en Catar. En una gran concesión a los insurgentes, se excluyó a los miembros del gobierno de Ghani de la reunión.

Poco después, la administración Trump llamó a Zalmay Khalilzad, el veterano diplomático afgano-estadounidense, para que volviera a la función pública y liderara las negociaciones. Khalilzad se lanzó de cabeza. Se reunió con los talibanes en Catar en octubre. Días más tarde, convenció al gobierno de Pakistán para que liberara de la prisión al segundo hombre más poderoso del movimiento talibán, el mulá Abdul Ghani Baradar.

A lo largo de varios meses, ambas facciones dialogaron en multitud de ocasiones, muchas de ellas en el elegante resort de lujo de Catar. En un año, el acuerdo parecía cercano. Según las condiciones pactadas, Estados Unidos retiraría los 14.000 efectivos restantes y los talibanes aceptarían negociar un pacto permanente con el gobierno afgano y cortar vínculos con Al Qaeda.

Pero en septiembre de 2019, el acuerdo provisional se desmoronó de forma espectacular. Trump había invitado en secreto a líderes talibanes a Camp David para firmar el acuerdo, con Ghani como testigo. Pero tanto Ghani como los talibanes rehusaron viajar a Estados Unidos a posar para la foto con Trump. Cuando se filtró que la Casa Blanca había invitado a líderes de un grupo terrorista a Camp David, algunos congresistas y senadores reaccionaron con pasmo. Trump retiró la invitación y dijo que las conversaciones con los talibanes estaban «rotas».

Apaciguados los ánimos, Khalilzad retomó las negociaciones con los talibanes en Doha. El 29 de febrero de 2020, ambos bandos firmaron un complejo acuerdo para empezar a poner fin a la guerra.

La administración Trump prometió retirar las tropas por etapas y dijo que en mayo de 2021 no quedarían soldados. También aseguró que presionaría al gobierno afgano para que liberara a los 5.000 prisioneros talibanes retenidos. Estos, a su vez, prometieron iniciar negociaciones directas con el régimen de Ghani y garantizaron que Afganistán no se emplearía como plataforma para atacar a Estados Unidos.

Pero el acuerdo rebosaba de indefiniciones, contingencias y problemas no resueltos.

Después de darse largas durante varios meses, representantes del gobierno afgano y de los talibanes se encontraron al fin en septiembre de 2020 en Catar para negociar formalmente. Pero los combates continuaron encarnizados mientras los talibanes presionaban por obtener ventaja militar.

Desde el Pentágono, intentaron convencer a Trump de que frenara o pospusiera la retirada de tropas. Pero una vez perdidas las elecciones, ordenó a las fuerzas armadas que, una vez finalizado su mandato en enero de 2021, el número de fuerzas estadounidenses en Afganistán no superara las 2.500.

Sería la menor presencia de tropas en el país desde diciembre de 2001, cuando aún parecía que Afganistán era un problema manejable y efímero. En ese momento, los talibanes habían perdido su último bastión en Kandahar, las tropas estadounidenses tenían a Bin Laden acorralado en Tora Bora y la mayoría de los estadounidenses creían que habían ganado por goleada una guerra breve en los confines del mundo. Durante las siguientes dos décadas, el conflicto se fue agravando y el atolladero se fue ahondando. Los líderes mintieron sobre lo que estaba sucediendo y recalcaron siempre que se estaban haciendo progresos.

Igual que Bush y Obama, Trump no cumplió su promesa de vencer en Afganistán. Tampoco concluyó lo que él ridiculizaba como «la guerra eterna». Lo que hizo fue más bien entregar la campaña inacabada a su rival político, Joseph Biden, el cuarto comandante en jefe que velaba por el conflicto armado más largo de la historia del país.

Biden había estado dos décadas siguiendo de cerca el progreso de la guerra. La primera vez que había viajado a Afganistán había sido a principios de 2002, cuando era senador. Durante la administración Bush, pidió enviar más tropas y recursos a Afganistán para estabilizar el país. Pero una vez elegido vicepresidente de Obama en 2009, se volvió escéptico con las posibilidades de victoria.

Durante los debates internos en la Casa Blanca, Biden exhortó a Obama a rechazar la costosa estrategia de contrainsurgencia que prolongó la guerra. Él optaba por una versión más modesta del incremento de tropas. En 2011, aconsejó a Obama no enviar a los Navy SEAL a Pakistán a cazar a Osama bin Laden, porque la misión le parecía demasiado arriesgada. En ninguno de los dos casos se siguieron sus consejos.

Al llegar a la presidencia en enero de 2021, Biden se encontró con el mismo dilema que había traído de cabeza a Bush, Obama y Trump: ¿cómo terminar una guerra imposible de ganar? Si retiraba el resto de las tropas, los talibanes tendrían una oportunidad excelente de recuperar el poder y Estados Unidos se arriesgaba a ser la segunda superpotencia en una generación en abandonar Afganistán con el rabo entre las piernas. La alternativa era renegar del pacto de Trump con los insurgentes y mantener allí las fuerzas indefinidamente, manteniendo al inútil y corrupto gobierno de Kabul.

Durante tres meses, Biden buscó otra vía. Su administración espoleó a los talibanes y al gobierno afgano para que aceleraran las negociaciones, que llevaban tiempo estancadas, y celebraran una cumbre con las potencias de la región. Pero sus esfuerzos prometían poco y no llegaron a buen puerto.

El 14 de abril, Biden anunció su decisión. En un discurso desde la Sala de Tratados de la Casa Blanca, prometió retirar todas las tropas de Afganistán antes del 11 de septiembre de 2021, en el vigésimo aniversario del 11S.

Biden se alejó de sus predecesores y ponderó con frialdad las dos décadas de guerra. No intentó vender que se había ganado. Dijo que Estados Unidos había conseguido su objetivo inicial hacía tiempo: destruir la base de Al Qaeda en Afganistán. Dio a entender que las tropas habrían tenido que irse tras liquidar a Osama bin Laden en mayo de 2011: «Eso fue hace diez años. Deberíamos reflexionar».

Desde entonces, añadió, los motivos de Washington para permanecer en Afganistán habían sido «cada vez más inciertos». Se había tratado de «crear las condiciones idóneas» para poner fin a la guerra. Recordó que, siete años antes, durante su segunda etapa como vicepresidente, los mandos militares habían subrayado que el ejército y la policía afganos estaban listos para garantizar al cien por cien la seguridad del país, una afirmación que resultó ser discutible e ingenua.

Biden se preguntó cuál sería el momento ideal para irse: «¿Dentro de un año?, ¿de dos años?, ¿de diez? ¿Qué condiciones se tienen que dar para la retirada? Nadie me ha respondido satisfactoriamente a estas preguntas. Y si uno no puede responder a ellas, en mi opinión no deberíamos quedarnos en el país».

Tras hacer estas observaciones en la Casa Blanca, Biden cruzó el río Potomac y entró en el Cementerio Nacional de Arlington para presentar sus respetos a los caídos. Con un paraguas negro plegado en la mano, deambuló tranquilamente por la sección 60 del camposanto bajo el cielo encapotado, entre las tumbas de los veteranos de las guerras de Afganistán e Irak. De pie ante una corona de flores, se santiguó y saludó. Luego miró a lo lejos, inspeccionando fila a fila las blancas lápidas de mármol.

«Cuesta creerlo», murmuró: «Mira cuántos hay...».

Agradecimientos

En una pared de la redacción de *The Washington Post* hay una cita de Philip L. Graham, que fue editor del periódico entre 1946 y 1961: «El periodismo es el primer borrador de la historia». Dicho de una manera menos escueta: el periodismo es un primer intento de definir e interpretar los acontecimientos dignos de ser tenidos en cuenta, un paso preliminar en un esfuerzo interminable por comprender e interpretar el pasado.

Este libro es un trabajo de periodismo, pero no se ajusta del todo a la definición de Phil Graham; se parece más a un segundo, incluso un tercer borrador de la historia. En su mayor parte, *Los papeles de Afganistán* reexamina acontecimientos que ocurrieron hace años y que ya han empezado a borrarse de la memoria. Pero las fuentes primarias que sirven de base a este libro aportan una nueva perspectiva sobre lo que salió mal y por qué el conflicto persistió durante tanto tiempo. Las entrevistas de Lessons Learned, las historias orales y los copos de nieve de Rumsfeld revelan por primera vez, en términos contundentes e incontrovertibles, que los líderes estadounidenses sabían que su estrategia de guerra era disfuncional y que, en privado, dudaban de poder alcanzar sus objetivos. Sin embargo, año tras año dijeron con confianza a la opinión pública que estaban progresando y que la victoria —ganar— estaba en el horizonte.

Estos conocimientos solo han salido a la luz porque la dirección de *The Washington Post*, mi hogar profesional durante los últimos veintitrés años, contrajo el compromiso institucional de descubrir la verdad sobre la guerra más larga de la historia de Estados Unidos. Cuando la SIGAR se cerró en

banda a responder a mis solicitudes de registros públicos, el *Post* se enfrentó a una decisión: dar marcha atrás y optar por una historia menos espinosa, o bien denunciar a la agencia federal en virtud de la Ley de Libertad de Información.

Arrastrar al gobierno federal hasta los tribunales requiere valentía. Los pleitos relacionados con la FOIA casi siempre son caros y llevan tiempo —palabras que ningún editor quiere oír— y no hay garantía de que acaben saliendo bien. Por ello, estaré eternamente agradecido a la dirección del *Post* por su determinación y dedicación. Jeff Leen y David Fallis, mis editores de la sección de investigación, gestionaron el proyecto de forma experta desde el principio y me dieron el tiempo y el espacio necesarios para indagar. Cuando necesité ayuda legal y apoyo de alto nivel, el editor ejecutivo Marty Baron, el editor jefe Cameron Barr y el editor Fred Ryan no dudaron ni se achicaron. Reconocieron la importancia potencial de las entrevistas de Lessons Learned y despejaron el camino para presentar no solo una, sino dos demandas contra la SIGAR para obligar al gobierno a cumplir con la Ley de Registros Abiertos. Los periodistas no pueden abordar historias difíciles a menos que sus jefes les cubran las espaldas, y este equipo cubrió las mías.

El mérito es del formidable departamento jurídico del *Post*, especialmente de James McLaughlin y Jay Kennedy, y de tres abogados francotiradores del bufete Ballard Spahr —Charles Tobin, Maxwell Mishkin y Matthew Kelley— que representaron al *Post* en los tribunales federales. Dedicaron incontables horas a preparar y perfeccionar nuestros casos relacionados con la FOIA, a lidiar con los letrados del gobierno y a seguirme la corriente con mis intentos de abogacía de andar por casa. Sin ellos, los documentos de Lessons Learned seguirían ocultos al público.

Cuando la SIGAR comenzó a publicar los documentos a regañadientes y con cuentagotas, quedó claro que las entrevistas no solo tenían un interés periodístico, sino que demostraban que altos funcionarios estadounidenses

habían mentido a la opinión pública. Los editores del *Post* decidieron apuntar alto con una serie de varias entregas y ofrecer todos los documentos y grabaciones de audio en línea para que los lectores pudieran ver y escuchar por sí mismos. Los jefes de redacción reunieron a un equipo cualificado de desarrolladores de proyectos, diseñadores gráficos, expertos en bases de datos y redactores, así como productores de fotografía, vídeo y audio. Para asegurar que el redactado de nuestra información exclusiva no se filtrara prematuramente, trabajábamos sobre la base del *need-to-know*, es decir, que solo accedía a la información quien la necesitara para el desempeño de su trabajo, y utilizábamos el nombre en clave «Avocado» para referirnos al proyecto.

Mi eterno agradecimiento a los miembros fundadores del equipo Avocado: Julie Vitkovskaya, Leslie Shapiro, Armand Emamdjomeh, Danielle Rindler, Jake Crump, Matt Callahan, Nick Kirkpatrick, Joyce Lee, Ted Muldoon, JJ Evans y Annabeth Carlson. Sus capacidades son inigualables y han demostrado ser dignos de la habilitación de alto secreto que se les confió. Los antiguos responsables de la oficina de Kabul, Joshua Partlow y Griff Witte, dos corresponsales excepcionalmente inteligentes y predispuestos a la colaboración, aportaron sus comentarios críticos sobre los borradores de los reportajes a través de un canal de comunicación extraoficial.

Cuando se acercaba la fecha límite, el equipo se amplió; el director de redacción Emilio García-Ruiz, otro firme defensor del proyecto, observó sarcásticamente que la mitad de la redacción estaba ocupada trabajando en Avocado. Contribuyeron de forma importante Martine Powers, Madhulika Sikka, Michael Johnson, Tom LeGro, Brian Cleveland, Laris Karklis, Jenn Abelson, Meryl Kornfield, Alex Horton, Susannah George, Sharif Hassan, Sayed Salahuddin, Jennifer Amur, Eva Rodríguez, Doug Jehl, Julie Tate, Tim Curran, Greg Manifold, MaryAnne Golon, Robert Miller, Tim Meko, Chiqui Esteban, Jason Bernert, Courtney Kan, Brian Gross, Joanne Lee,

William Neff, Marfa Sánchez Dfez, Kanyakrit Vongkiatkajorn, Ric Sánchez, Jennifer Hassan, Travis Lyles, T. J. Ortenzi, Tessa Muggeridge, Robert Davis, Kenisha Malcolm, Emily Tsao, Molly Gannon, Aja Hill, Diyana Howell, Coleen O'Lear, Steven Bohner, Amy Cavanaile, Mia Torres, John Taylor, Chris Barber, Eric Reyna, Charity Brown, Greg Barber, Danielle Newman, Iris Long y Mike Hamilton.

Tras la publicación de la serie, cientos de lectores nos pidieron que trasladáramos nuestros reportajes a un libro. Marty Baron me animó a hacerlo realidad como un proyecto del *Post*. Mi agente literaria, Christy Fletcher, de Fletcher & Company, me orientó con su habitual sabiduría y desempeñó un papel fundamental en la realización de la idea. Gracias también a Todd Shuster, de Aevitas Creative Management, y a las redactoras jefe del *Post* Tracy Grant, Kat Downs Mulder y Krissah Thompson.

Estoy extraordinariamente agradecido al equipo de Simon & Schuster por reconocer el potencial narrativo de estos documentos históricos y por dedicar tanta energía y recursos a este libro. Gracias en particular a Priscilla Painton, vicepresidenta y directora editorial del departamento de no ficción de Simon & Schuster. Sus acertadas ideas, sus inspirados comentarios y sus correcciones de precisión quirúrgica mejoraron cada capítulo. Estoy impaciente por trabajar juntos en nuestro próximo libro. Gracias también a la indispensable Hana Park por guiar el proyecto, a Kate Lapin por su competente corrección de textos y a John Pelosi por su cuidadosa revisión legal. También ha sido un placer trabajar con un equipo de marketing y publicidad de ensueño: Kirstin Berndt y Elise Ringo, de Simon & Schuster, y Kathleen Floyd del *Post*.

Me habría sido imposible escribir este libro si no hubiera conseguido acceder a otros tesoros documentales. El Archivo de Seguridad Nacional de la Universidad George Washington presta un servicio público insustituible fisgoneando en registros sueltos de agencias federales que prefieren actuar

en la oscuridad. Gracias a Thomas Blanton, director del Archivo, y a Nate Jones, gurú de la FOIA, por demandar al Departamento de Defensa en virtud de la misma Ley de Libertad de Información con el fin de acceder a los copos de nieve de Donald Rumsfeld y por permitirme examinar la avalancha de 50.000 páginas. El Archivo también compartió un valioso lote de cables diplomáticos desclasificados.

Durante más de una década, el Instituto de Estudios de Combate del Ejército de EE. UU. (U.S. Army's Combat Studies Institute) en Fort Leavenworth, Kansas, tuvo la previsión de realizar entrevistas de historia oral a veteranos de la guerra de Afganistán como parte de su Proyecto de Operational Leadership Experience (Experiencia de Liderazgo Operativo). Tengo una enorme deuda con los organizadores del proyecto por su metódico trabajo. Gracias a Don Wright, subdirector de la organización Army University Press, por responder pacientemente a mis preguntas. Gracias también a Andrew Ba Tran, del *Post*, por juntar miles de transcripciones y hacerlas fácilmente accesibles para mi investigación.

Hago extensivos mis elogios al Centro Miller de la Universidad de Virginia, que afortunadamente puso a disposición del público docenas de transcripciones de su Proyecto de Historia Oral George W. Bush justo cuando comencé a escribir este libro. Gracias a Russell Riley, copresidente del Programa de Historia Oral Presidencial del Centro Miller, por responder animadamente a mis numerosas preguntas y por ir más allá del deber al revisar por triplicado la grabación original de la entrevista al general Peter Pace para asegurarse de que una vívida cita era correcta.

Un reconocimiento especial merece Candace Rondeaux, periodista y analista que cubrió la guerra de Afganistán durante años. Gracias también a la Association for Diplomatic Studies & Training y a su inestimable Programa de Historia Oral de Asuntos Exteriores. Charles Stuart Kennedy, su director desde su creación en 1985, ha entrevistado personalmente a más

de mil diplomáticos estadounidenses retirados y las transcripciones son siempre esclarecedoras.

Varios colegas del *Post* han desempeñado un papel esencial en el nacimiento de este libro, y no puedo agradecerles lo suficiente su duro trabajo y experiencia. Nick Kirkpatrick ha revisado decenas de miles de fotografías de la guerra de Afganistán y ha hecho una notable selección de imágenes. El bellísimo mapa de la contracubierta es el resultado de la destreza cartográfica de Laris Karklis. Julie Tate revisó rigurosamente el manuscrito y ayudó a recopilar las citas de las fuentes. No hace falta decir que cualquier error u omisión es responsabilidad mía.

Ha sido un gran placer colaborar con David Fallis, editor de primera línea de este libro y viejo colega y amigo del *Post*. La primera vez que colaboramos en un proyecto de investigación fue hace más de dos décadas; su entusiasmo, empuje y determinación para hacer las cosas bien no tienen parangón. Pertenece a esa rara raza de periodistas cuyas habilidades informativas y redactoras son del más alto nivel.

Por último, y de la manera más intensa, un sentido agradecimiento a mi esposa, Jennifer Toth, y a nuestro hijo, Kyle Whitlock. Jenny es una autora y escritora mucho más talentosa que yo, y no puedo expresar lo mucho que he dependido y me he beneficiado de sus consejos, su amor y su firme apoyo. Al igual que muchos estadounidenses, el 11S cambió nuestras vidas de forma imprevisible. Poco después de celebrar el primer cumpleaños de Kyle en 2001, el *Post* me envió a Pakistán para ayudar a cubrir la guerra. Fue el comienzo de un viaje que acabó llevando a nuestra familia por todo el mundo. Las dos últimas décadas han sido una aventura, pero nada de ello habría sido posible ni habría merecido la pena sin ellos.

CRAIG WHITLOCK
SILVER SPRING, MARYLAND
1 DE MARZO DE 2021

Nota sobre las fuentes

Este libro se basa casi exclusivamente en documentos públicos: notas de entrevistas con más de mil personas que desempeñaron un papel directo en la guerra que libró Estados Unidos en Afganistán, así como cientos de memorandos del Departamento de Defensa, cables del Departamento de Estado y otros informes públicos.

Después de presentar numerosas solicitudes a partir de 2016 y de interponer dos demandas amparándose en la Ley de Libertad de Información, *The Washington Post* consiguió que la Oficina del Inspector General Especial para la Reconstrucción de Afganistán (SIGAR) desclasificara los documentos de las entrevistas de Lessons Learned.

Las demandas del *Post* acabaron obligando a la SIGAR a publicar más de 2.000 páginas de notas y transcripciones inéditas de 428 entrevistas, además de varios audios. Los miembros de la SIGAR realizaron las entrevistas en el marco del programa Lessons Learned entre los años 2014 y 2018. Casi todas ellas pusieron el acento en sucesos ocurridos durante las administraciones Bush y Obama. Unas treinta entrevistas están transcritas, por lo que son relatos textuales. El resto son resúmenes mecanografiados con notas y citas. La SIGAR ha estipulado ante un tribunal que todo el material publicado fue verificado de forma independiente por la agencia.

La mayoría de los entrevistados eran americanos. Los analistas de la SIGAR también viajaron a Europa y Canadá para entrevistar a docenas de representantes de Exteriores de países de la OTAN. Además, visitaron

Kabul para entrevistar a miembros actuales y pasados del gobierno afgano, así como trabajadores humanitarios y consultores de desarrollo.

La SIGAR tachó los nombres de la mayoría de los entrevistados, cerca del 85 %, amparándose en una serie de exenciones previstas por la Ley de Libertad de Información. En sus alegatos ante el tribunal, la agencia calificó a esos individuos de delatores e informadores, señalando que podrían sufrir acoso o vergüenza en caso de que se publicaran sus nombres.

El *Post* pidió a un juez federal que obligara a la SIGAR a revelar los nombres de todas las personas a las que entrevistó la agencia para el Proyecto de Lessons Learned. El periódico alegó que la gente tiene derecho a conocer la identidad de los representantes que criticaron la guerra y admitieron que las políticas del gobierno habían sido equivocadas. El *Post* también adujo que esas personas no eran delatores ni informadores, porque la SIGAR las entrevistó a fin de publicar una serie de informes, no en el marco de una investigación legal. Por ahora, el largo litigio sigue sin resolverse.

Por otra parte, comparando fechas y otros detalles, el *Post* identificó por su cuenta a treinta y cuatro de las personas entrevistadas, entre las cuales hay ex embajadores, oficiales del Ejército y empleados de la Casa Blanca.

El *Post* trató de obtener declaraciones de las personas que logró identificar. En las notas al final figuran las respuestas de aquellas personas que el libro cita por su nombre.

En cuanto a los cargos de las personas entrevistadas para el Proyecto Lessons Learned y no identificadas (por ejemplo, cuando se cita a «un alto cargo del Departamento de Estado» o a «antiguo empleado de la Casa Blanca»), este libro los describe en función de la información aportada por la SIGAR como respuesta a las solicitudes del *Post*, así como del contexto de las entrevistas.

Además de no revelar nombres, la SIGAR reescribió fragmentos de las entrevistas, incluyendo información posteriormente clasificada por el

Departamento de Estado, el Departamento de Defensa y la DEA.

Los memorandos de Rumsfeld, los copos de nieve, llegaron al *Post* vía el Archivo de Seguridad Nacional, una organización de investigación sin ánimo de lucro afiliada a la Universidad George Washington.

La mayoría de las entrevistas de historia oral con el Ejército fueron realizadas por el Proyecto Operational Leadership Experience (Experiencia de Liderazgo Operativo), parte del Instituto de Estudios de Combate en Fort Leavenworth (Kansas). El Instituto entrevistó a más de seiscientos miembros de las fuerzas armadas entre 2005 y 2015 al volver de Afganistán. La mayoría eran oficiales en activo del Ejército con al menos cinco años de experiencia y matriculados en cursos de formación militar profesional en Fort Leavenworth, pero también había algunos soldados alistados y personal de otras secciones de las fuerzas armadas. Las entrevistas de historia oral con el Ejército son transcripciones desclasificadas, públicas y literales basadas en grabaciones de audio. En este libro se identifica al personal militar según el rango que ostentaban cuando se les entrevistó. Muchos cumplieron diversos períodos de servicio en Afganistán.

En este libro también aparecen un puñado de entrevistas de historia oral del Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU. en Washington D. C. Dichas entrevistas, hechas a altos mandos en 2006 y 2007, abordan los sucesos de la guerra de 2003 a 2005.

Las entrevistas de historia oral de la Universidad de Virginia con altos cargos de la administración Bush fueron realizadas por el Centro Miller, un instituto imparcial e independiente de la universidad especializado en el estudio de presidencias. El Centro Miller publicó una parte de su colección de historia oral sobre George W. Bush en noviembre de 2019. Sus profusas transcripciones se basan en grabaciones de audio.

Y, por último, este libro extrae información de varias entrevistas diplomáticas de historia oral realizadas por la organización sin ánimo de

lucro Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos. Entre su extensa y pública colección, hay entrevistas con diplomáticos estadounidenses que versan sobre sus experiencias sobre el terreno durante las últimas ocho décadas.

Bibliografía

Barfield, T., *Afghanistan: A Cultural and Political History*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 2010.

Bergen, P. L., *Manhunt: The Ten-Year Search for Bin Laden from 9/11 to Abbottabad*, Crown Publishers, Nueva York, 2012.

Chandrasekaran, R., *Little America: The War Within the War for Afghanistan*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2012.

Chayes, S., *The Punishment of Virtue: Inside Afghanistan After the Taliban*, Penguin Press, Nueva York, 2006.

Coll, S., *Directorate S: The CIA and America's Secret Wars in Afghanistan and Pakistan*, Penguin Press, Nueva York, 2018.

—, *Ghost Wars: The Secret History of the CIA, Afghanistan, and Bin Laden, from the Soviet Invasion to September 10, 2001*, Penguin Press, Nueva York, 2004.

Constable, P., *Playing with Fire: Pakistan at War with Itself*, Random House, Nueva York, 2011.

Dobbins, J., *After the Taliban: Nation-Building in Afghanistan*, Potomac Books, Washington D. C., 2008.

Eide, K., *Power Struggle over Afghanistan: An Inside Look at What Went Wrong and What We Can Do to Repair the Damage*, Skyhorse Publishing, Nueva York, 2012.

Feith, D. J., *War and Decision: Inside the Pentagon at the Dawn of the War on Terrorism*, Harper Collins, Nueva York, 2008.

Fitrat, A. Q., *The Tragedy of Kabul Bank*, Page Publishing, Inc., Nueva York, 2018.

Franks, T., *American Soldier*, Regan Books, Nueva York, 2004.

Gannon, K., *I is for Infidel. From Holy War to Holy Terror: 18 Years Inside Afghanistan*, PublicAffairs, Nueva York, 2005.

Gates, R. M., *Duty: Memoirs of a Secretary at War*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2014.

Graham, B., *By His Own Rules: The Ambitions, Successes, and Ultimate Failures of Donald Rumsfeld*, PublicAffairs, Nueva York, 2009.

Haqqani, H., *Pakistan: Between Mosque and Military*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington D. C., 2005.

Jones, S. G., *In the Graveyard of Empires: America's War in Afghanistan*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 2009.

Khalilzad, Z., *The Envoy: From Kabul to the White House, My Journey Through a Turbulent World*, St. Martin's Press, Nueva York, 2016.

McChrystal, S., *My Share of the Task: A Memoir*, Portfolio/Penguin, Nueva York, 2013.

McMaster, H. R., *Battlegrounds: The Fight to Defend the Free World*, Harper, Nueva York, 2020.

—, *Dereliction of Duty: Lyndon Johnson, Robert McNamara, the Joint Chiefs of Staff, and the Lies that Led to Vietnam*, HarperCollins, Nueva York, 1997.

Neumann, R. E., *The Other War: Winning and Losing in Afghanistan*, Potomac Books, Inc., Washington D. C., 2009.

Packer, George, *Our Man: Richard Holbrooke and the End of the American Century*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2019 [hay trad. cast.: *Nuestro hombre: Richard Holbrooke y el fin del siglo americano*, Debate, Barcelona, 2020].

Panetta, L., *Worthy Fights: A Memoir of Leadership in War and Peace*, Penguin Press, Nueva York, 2014.

Partlow, J., *A Kingdom of Their Own: The Family Karzai and the Afghan Disaster*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2016.

Rashid, A., *Descent into Chaos: The United States and the Future of Nation-Building in Pakistan, Afghanistan, and Central Asia*, Viking, Nueva York, 2008 [hay trad. cast.: *Descenso al caos*, Planeta, Barcelona, 2009].

—, *Taliban: Militant Islam, Oil and Fundamentalism in Central Asia*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2000 [hay trad. cast.: *Los talibán*, Península, Barcelona, 2014].

Rubin, B. R., *Afghanistan from the Cold War Through the War on Terror*, Oxford University Press, Nueva York, 2013.

Rucker, P., y C. Leonnig, *A Very Stable Genius: Donald J. Trump's Testing of America*, Penguin Press, Nueva York, 2020.

Rudenstine, D., *The Day the Presses Stopped: A History of the Pentagon Papers Case*, University of California Press, Berkeley (California), 1996.

Rumsfeld, D., *Known and Unknown: A Memoir*, Sentinel, Nueva York, 2011.

Sheehan, N., H. Smith, E. W. Kenworthy y F. Butterfield, *The Pentagon Papers. The Secret History of the Vietnam War*, Quadrangle Books, Inc., Nueva York, 1971.

Warrick, J., *The Triple Agent: The al-Qaeda Mole Who Infiltrated the CIA*, Doubleday, Nueva York, 2011.

Woodward, B., *Bush at War*, Simon & Schuster, Nueva York, 2002.

—, *Obama's Wars*, Simon & Schuster, Nueva York, 2010.

—, *Plan of Attack*, Simon & Schuster, Nueva York, 2004 [hay trad. cast.: *Plan de ataque: cómo se decidió invadir Irak*, Del Bronce, Barcelona, 2004].

Láminas

TO: Steve Cambone

FROM: Donald Rumsfeld

DATE: September 8, 2003

I have no visibility into who the bad guys are in Afghanistan or Iraq. I read all the intel from the community and it sounds as thought we know a great deal but in fact, when you push at it, you find out we haven't got anything that is actionable. We are woefully deficient in human intelligence.

Let's discuss it.

DHR/azn
090803.26b

Please respond by: 9/18

Response attached
v/r CDR Nosenzo
9/15

11-L-0559/OSD/18828

Entre 2001 y 2006, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld envió miles de escuetos memorandos que su equipo denominaba *snowflakes*. Redactados con el estilo brusco

característico de Rumsfeld, muchos de los «copos de nieve» sobre Afganistán presagiaban problemas que perseguirían a las fuerzas armadas estadounidenses durante años.
(Texto del memorando: «Desconozco quiénes son los malos en Afganistán o Irak. He leído toda la información de la comunidad y suena como si supiéramos mucho, pero, en realidad, si escarbas un poco, ves que no hay nada sobre lo que podamos actuar. Lamentablemente, estamos faltos de inteligencia humana».)

El vicepresidente Dick Cheney y el secretario de Defensa Donald Rumsfeld deliberan en Washington el 6 de octubre de 2001, un día antes de que las fuerzas estadounidenses inicien los bombardeos.

Soldados de la 82.ª División Aerotransportada en busca de un alijo de armas se preparan para entrar en un complejo de viviendas durante una redada de madrugada en el sureste de Afganistán en octubre de 2002. Alrededor de 9.000 soldados estadounidenses permanecieron en Afganistán para buscar objetivos de Al Qaeda a pesar de que la mayoría de los líderes de la red terrorista habían huido del país o habían sido asesinados o capturados.

Combatientes de la Alianza del Norte toman posiciones en una trinchera del frente durante una escaramuza con las fuerzas talibanes el 7 de noviembre de 2001. Durante los días siguientes, la Alianza del Norte —con la ayuda de las fuerzas estadounidenses— tomó el control de varias ciudades importantes, como Mazar-e-Sharif, Herat, Kabul y Jalalabad.

Combatientes afganos aliados de las fuerzas estadounidenses maniobran con tanques cerca de las Montañas Blancas durante la batalla de Tora Bora en diciembre de 2001. El líder de Al Qaeda, Osama bin Laden, escapa de la región tras varios días de duros combates.

El general del Ejército Tommy Franks, a la izquierda, y altos mandos militares en el cuartel general del Mando Central de Estados Unidos en Tampa, Florida, en una de las conferencias diarias vía satélite con las fuerzas estadounidenses en Afganistán en febrero de 2002.

En el Pentágono, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld graba un mensaje de vídeo para las tropas estadounidenses el 21 de marzo de 2003, después de que las fuerzas estadounidenses iniciaran la invasión de Irak. El gobierno de Bush centró casi toda su atención en Irak y la guerra en Afganistán se dejó para otro momento.

Niñas de una remota aldea afgana de la provincia de Badakhshan, cerca de la frontera con Tayikistán, observan como los trabajadores de la ONU descargan papeletas antes de las elecciones presidenciales de octubre de 2004. La votación se desarrolló sin problemas y Hamid Karzai ganó un mandato de cinco años. El resultado fue una buena noticia para la administración Bush, que se enfrentaba a una insurgencia creciente y a un baño de sangre sectario en Irak.

Mujeres afganas con velo pasan por delante de un retrato de Karzai en Kabul en octubre de 2004. Karzai, un líder tribal pastún elegantemente vestido y muy educado, estableció una relación estrecha con la administración Bush. Sin embargo, los funcionarios estadounidenses se pusieron gradualmente en su contra y el vínculo se volvió disfuncional.

SIGAR | Office of the Special Inspector General for Afghanistan Reconstruction

LESSONS LEARNED RECORD OF INTERVIEW

Project Title and Code:	
LL-01 – Strategy and Planning	
Interview Title:	
Interview Ambassador Richard Boucher, former Assistant Secretary of State for South and Central Asian Affairs.	
Interview Code:	
LL-01-b9	
Date/Time:	
10/15/2015; 15:10-16:45	
Location:	
Providence, RI	
Purpose:	
To elicit his officials from his time serving as Assistant Secretary of State for South and Central Asian Affairs.	
Interviewees:(Either list interviewees below, attach sign-in sheet to this document or hyperlink to a file)	
SIGAR Attendees:	
Matthew Sternenberger, Candace Rondeaux	
Sourcing Conditions (On the Record/On Background/etc.):	On the record.
Recorded: Yes x No	
Recording File Record Number (if recorded):	
Prepared By: (Name, title and date)	
Matthew Sternenberger	
Reviewed By: (Name, title and date)	
Key Topics:	

- **General Observations**
- **The State and DOD Struggle**
- **Building Security Forces**
- **Governance Expectations and Karzai**
- **Capable Actors**
- **Regional Economics and Cooperation**
- **General Comments on Syria & Iraq**
- **Lessons Learned**

General Observations

Let me approach this from two directions. The first question of did we know what we were doing? The second is what was wrong with how we did it? The first question of did we know what we were doing – I think the answer is no. First, we went in to get al-Qaeda, and to get al-Qaeda out of Afghanistan, and even without killing Bin Laden we did that. The Taliban was shooting back at us so we started shooting at them and they became the enemy. Ultimately, we kept expanding the mission. George W. [Bush], when he was running for president, said that the military should not be involved in nation building. In the end, I think he was right. **If there was ever a notion of mission creep it is Afghanistan.** We went from saying we will get rid of al-Qaeda so they can't threaten us

Para su proyecto denominado Lessons Learned, la Oficina del Inspector General Especial para la Reconstrucción de Afganistán (SIGAR) entrevistó a cientos de personas que

desempeñaron un papel clave en la guerra de Afganistán. La SIGAR intentó mantener en secreto las notas y transcripciones de las entrevistas, pero *The Washington Post* la demandó y consiguió los documentos en virtud de la Ley de Libertad de Información.

Una niña juega con una cuerda de tender la ropa en las ruinas de un teatro construido por los soviéticos en 2005. Desesperadamente empobrecida y con unas infraestructuras destrozadas, Afganistán había sido consumido por una guerra continua desde la invasión soviética en 1979.

Aspirantes a policía afganos se dirigen a sus habitaciones en una academia de policía en Kabul en mayo de 2004. Estados Unidos y la OTAN fracasaron en sus primeros intentos de crear una fuerza policial nacional. En un memorando de 2005, Rumsfeld calificó el programa de formación como un desastre y dijo que estaba «dispuesto a tirar la toalla».

Un helicóptero utilizado por un equipo afgano de interceptación de drogas aterriza durante una misión en la provincia de Nangahar, en el este de Afganistán, en mayo de 2006. La producción de opio se disparó tras el inicio de la guerra en 2001. Con el objetivo de disuadir a Afganistán de suministrar heroína al mundo, Estados Unidos gastó 9.000 millones de dólares en una mareante variedad de programas.

Marines británicos se ponen a cubierto mientras abren un boquete en un muro con la ayuda de explosivos durante un asalto a un pueblo controlado por los talibanes cerca de la presa de Kajaki en marzo de 2007. Estados Unidos y sus aliados de la OTAN gastaron cientos de millones de dólares en arreglar y mejorar la presa hidroeléctrica en un intento fallido de suministrar electricidad a las provincias de Helmand y Kandahar.

Un agricultor observa como la policía afgana erradica los campos de adormidera en la provincia de Badakhshan en junio de 2006. Estados Unidos y su aliado de la OTAN, Reino Unido, intentaron aplicar distintas estrategias para reducir la producción de opio. Pagaron a los agricultores para que dejaran de cultivar amapolas, contrataron mercenarios para destruir los cultivos y elaboraron planes para rociar defoliantes desde el cielo. Nada de todo eso funcionó.

El especialista del Ejército Brandon Olson se apoya en un terraplén de un búnker en el Puesto Avanzado de Restrepo, en el valle de Korengal, en el este de Afganistán, en septiembre de 2007. Los soldados estadounidenses llegaron a Korengal en 2005 para vaciarlo de combatientes de Al Qaeda y talibanes. La pequeña extensión de terreno generó algunos de los tiroteos y emboscadas más mortíferos de la guerra.

Las fuerzas de seguridad afganas trasladan a un soldado herido a un helicóptero de evacuación médica estadounidense tras una emboscada talibán cerca del pueblo de Tsunek, en la provincia de Kunar, en marzo de 2010. Las bajas estadounidenses alcanzaron su punto máximo en 2010, cuando 496 soldados perdieron la vida.

Los cadetes de la academia militar estadounidense de West Point escuchan al presidente Barack Obama anunciando su plan para ampliar los efectivos en un discurso pronunciado el 1 de diciembre de 2009 en el Eisenhower Hall. Obama ordenó el despliegue de 30.000 soldados más, aumentando el tamaño de la fuerza estadounidense a 100.000.

Folletos de campaña lanzados desde un helicóptero revolotean hasta el suelo mientras los partidarios del candidato presidencial afgano Abdullah Abdullah vitorean durante un mitin político en un estadio de Kabul en agosto de 2009. Hamid Karzai ganó la reelección, pero la votación quedó desacreditada por un fraude masivo. Un grupo de investigación respaldado por la ONU determinó que Karzai había recibido alrededor de un millón de votos ilegales, una cuarta parte de todos los emitidos.

Hagi Zahir, funcionario de la ciudad de Marja, en la provincia de Helmand, se reúne con los ancianos locales en marzo de 2010 después de que los Marines estadounidenses arrebataran el control de la zona a los talibanes. Aclamada inicialmente como un éxito, la operación militar y los esfuerzos posteriores del gobierno afgano no lograron estabilizar la región. Amplias zonas de Helmand fueron recuperadas por las fuerzas insurgentes.

Corredores de divisas afganos cambian fajos de billetes en un mercado de dinero en Kabul en mayo de 2009. El gobierno de Obama inundó Afganistán con decenas de miles de millones de dólares en ayudas y contratos de defensa, lo que agravó los ya abrumadores niveles de corrupción.

Los restos del especialista del Ejército Christopher Griffin, de Kincheloe, Michigan, llegan en valija de transporte a la base de la Fuerza Aérea en Dover, Delaware, en octubre de 2009. Griffin, de veinticuatro años, fue uno de los ocho soldados muertos cuando un gran destacamento de combatientes talibanes atacó el puesto avanzado de combate Keating en la provincia de Nuristán.

SIGAR | Office of the Special Inspector General for Afghanistan Reconstruction

LESSONS LEARNED RECORD OF INTERVIEW

Project Title and Code:
LL-07 – Stabilization in Afghanistan
Interview Title:
GEN Edward Reeder
Interview Code:
LL-07-71
Date/Time:
Location:
Fayetteville, NC
Purpose:
Interviewees:(Either list interviewees below, attach sign-in sheet to this document or hyperlink to a file)
SIGAR Attendees:
David Young, Paul Kane
Sourcing Conditions (On the Record/On Background/etc.):
Recorded: Yes [ ] No [X]
Recording File Record Number (if recorded):
Prepared By: (Name, title and date)
Paul Kane
Reviewed By: (Name, title and date)
David Young
Key Topics:
Village Stability Operations

Origins of VSO

This was before my deployment when I was the XO for Admiral Olson at SOCOM. At the time, I was looking at Afghanistan and I was thinking that there has to be more to solving this problem than killing people, because that's what we were doing and every time I went back security was worse. So, I decided that I would have to take a completely different approach, to better understand the tribes and how the Taliban does what they do.

(b)(1) - 1.4(D) "Tell me why they fight, tell me why there is a fighting season, tell me why there are so many problems in Helmand and Kandahar" and they described the influence of poppy and fruit harvests, and how that dictated the seasonal patterns. But they also described how the

En distintas entrevistas del Proyecto Lessons Learned, altos cargos estadounidenses admitieron que su estrategia de guerra tenía defectos fatales y que engañaron

deliberadamente al público con explicaciones optimistas y hablando constantemente de progreso. En esta entrevista, el general de división del Ejército Edward Reeder Jr., un comandante de operaciones especiales destinado en seis misiones en Afganistán, reconoció que «cada vez que volvía la seguridad había empeorado».

El cabo del Cuerpo de Marines Burness Britt es conducido a bordo de un helicóptero de evacuación médica en la provincia de Helmand en junio de 2011. Britt cayó herido por una bomba que los insurgentes habían colocado cerca de la ciudad de Sangin. Sufrió lesiones graves, pero sobrevivió.

El general Abdul Rashid Dostum, un poderoso señor de la guerra uzbeko del norte de Afganistán, llega al aeropuerto internacional de Kabul en julio de 2018. Dostum fue acusado de crímenes de guerra por grupos de defensa de los derechos humanos, pero mantuvo una estrecha relación con el gobierno de Estados Unidos. Un diplomático estadounidense lo llamó «un Tito estalinesco con cara de niño».

El vicepresidente Joe Biden, el presidente Barack Obama, la secretaria de Estado Hillary Clinton, el secretario de Defensa Robert Gates y otros funcionarios de seguridad nacional se reúnen en la *Situation Room*, la «sala de crisis» de la Casa Blanca, el 1 de mayo de 2011 para asistir a una transmisión de vídeo en directo de la misión que mató a Osama bin Laden en Abbottabad, Pakistán.

Soldados estadounidenses levantan pesas en un gimnasio improvisado al aire libre en el Puesto de Observación Mustang, en la provincia de Kunar, en septiembre de 2011. El puesto de montaña en el noreste de Afganistán estaba cerca de una ruta principal que los combatientes talibanes utilizaban para infiltrarse en el país desde Pakistán.

El general del Ejército David Petraeus, comandante de las fuerzas estadounidenses y de la OTAN en Afganistán, hace ejercicio en su cuartel general en Kabul en julio de 2011.

Mujeres oficiales del Ejército Nacional Afgano asisten a su ceremonia de graduación en septiembre de 2011 en Kabul. La estrategia de guerra de Estados Unidos se basaba en la formación y equipamiento de las fuerzas de seguridad afganas para que pudieran defender el país por sí mismas. Pero el ejército y las fuerzas policiales afganas se vieron afectados por la corrupción y las tensiones étnicas.

El sargento del ejército afgano Masiullah Hamdard da sus primeros pasos con sus nuevas prótesis de piernas y brazo en un centro de rehabilitación ortopédica de la Cruz Roja en Kabul en octubre de 2013. Hamdard perdió las dos piernas y el antebrazo izquierdo en una explosión en la provincia de Kandahar.

Soldados estadounidenses en Fort Campbell, Kentucky, suben a un avión para desplegarse en Afganistán en noviembre de 2014. Al mes siguiente, el presidente Obama declaró el fin de la misión de combate de Estados Unidos en Afganistán, pero varios miles de soldados permanecieron en el país y siguieron luchando y muriendo en combate.

Un artillero otea desde un helicóptero del ejército afgano mientras sobrevuela Kabul en diciembre de 2019.

Un grupo de combatientes talibanes exhibe sus armas en el distrito de Marawara, en la provincia de Kunar, en julio de 2020. El pequeño distrito —cercano a la frontera con Pakistán— fue un bastión talibán durante varios años. A pesar de las conversaciones de paz entre los talibanes y el gobierno afgano, los combatientes dijeron que seguirían luchando por el control del país.

Créditos de las imágenes

1. Anónima
2. David Hume Kennerly/Getty Images
3. Chris Hondros/Getty Images
4. Lois Raimondo/*The Washington Post*
5. David Guttenfelder/AP
6. Christopher Morris/VII/Redux
7. David Hume Kennerly/Getty Images
8. Emilio Morenatti/AP
9. Emilio Morenatti/AP
10. Anónima
11. David Guttenfelder/AP
12. Emilio Morenatti/AP
13. Paolo Pellegrin/Magnum Photos
14. John Moore/Getty Images
15. Paolo Pellegrin/Magnum Photos
16. Tim A. Hetherington/Magnum Photos
17. Moises Saman/Magnum Photos
18. Christopher Morris/VII/Redux
19. David Guttenfelder/AP
20. Moises Saman/Magnum Photos
21. Benjamin Lowy/Getty Images
22. Jonathan Newton/*The Washington Post*
23. Anónima

24. Anja Niedringhaus/AP
25. Rahmat Gul/AP
26. Pete Souza/La Casa Blanca/AP
27. John Moore/Getty Images
28. Charles Ommanney/Getty Images
29. Paula Bronstein /Getty Images
30. Javier Manzano para *The Washington Post*
31. Matt McClain/*The Washington Post*
32. Lorenzo Tugnoli para *The Washington Post*
33. Lorenzo Tugnoli para *The Washington Post*

Notas

1. Entrevista al general Dan McNeill, sin fecha, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

2. Entrevista al general David Richards, 26 de septiembre de 2017, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

3. Entrevista al embajador Richard Boucher, 15 de octubre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

4. Entrevista al teniente general Douglas Lute, 20 de febrero de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

5. *Ibid.*

6. Memorando de Donald Rumsfeld para Steven Cambone, 8 de septiembre de 2003, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

7. Entrevista al general Peter Pace, 19 de enero de 2016, Proyecto de Historia Oral George W. Bush, Centro Miller, Universidad de Virginia.

1. Memorando de Donald Rumsfeld para Doug Feith, Paul Wolfowitz, el general Dick Myers y el general Pete Pace, 17 de abril de 2002, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington. El Departamento de Defensa desclasificó parcialmente el documento el 22 de septiembre de 2010.

2. Entrevista de Donald Rumsfeld con la MSNBC, 28 de marzo de 2002.

3. *Ibid.*

4. Memorando de Donald Rumsfeld para Larry Di Rita y el coronel Steven Bucci, 28 de marzo de 2002, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

5. El Senado lo aprobó con una votación de 98-0 y la Cámara de Representantes, con una votación de 420-1. La representante demócrata por California Barbara Lee fue la única disidente.

6. Entrevista a un ex alto miembro del Departamento de Estado, 8 de octubre de 2014, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

7. Entrevista a un dignatario estadounidense, 10 de febrero de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

8. Entrevista a Boucher, 15 de octubre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

9. *Ibid.*

10. Entrevista al teniente comandante Philip Kapusta, 1 de mayo de 2006, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

11. Memorando sin firma, «U.S. Strategy in Afghanistan», 16 de octubre de 2001, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington. Originalmente se tituló «borrador por debatir», pero una nota manuscrita en el documento indica que el Consejo de Seguridad Nacional aprobó la estrategia en una reunión del 16 de octubre de 2001. En un copo de nieve del 30 de octubre de 2001 adjunto al memorando, Rumsfeld lo tachó de «documento bastante bueno» y añadió: «Me parece útil ir actualizándolo de vez en cuando». El Departamento de Defensa desclasificó íntegramente el documento el 20 de julio de 2010.

12. *Ibid.*

13. Entrevista a Douglas Feith, 22-23 de marzo de 2012, Proyecto de Historia Oral George W. Bush, Centro Miller, Universidad de Virginia.

14. *Ibid.*

15. *Ibid.*

16. Woodward, *Plan of Attack*, p. 281. En su propio libro, publicado después del de Woodward, Franks describió a Feith como «el gilipollas más corto del planeta». Tommy Franks, *American Soldier*, Regan Books, Nueva York, 2004, p. 362.

17. Entrevista al general George Casey, 25 de septiembre de 2014, Proyecto de Historia Oral George W. Bush, Centro Miller, Universidad de Virginia.

18. Entrevista a Pace, Centro Miller.

19. Entrevista a Feith, Centro Miller.

20. *Ibid.*

21. Entrevista a Kapusta, Instituto de Estudios de Combate.

22. Entrevista a Pace, Centro Miller.

23. Entrevista al mayor Jeremy Smith, 9 de enero de 2012, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

24. *Ibid.*

25. Memorando del vicealmirante Ed Giambastiani para Donald Rumsfeld, 30 de enero de 2002, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

26. Entrevista al mayor David King, 6 de octubre de 2005, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

27. Entrevista a Glen Helberg, 7 de diciembre de 2009, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

28. Entrevista al mayor Lance Baker, 24 de febrero de 2006, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

29. Entrevista al mayor Andrew Steadman, 15 de marzo de 2011, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

30. Entrevista al mayor Steven Wallace, 6 de octubre de 2010, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

31. Entrevista a Stephen Hadley, 16 de septiembre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

32. Entrevista al embajador Robert Finn, 22 de octubre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

33. Entrevista al general Tommy Franks, 22 de octubre de 2014, Proyecto de Historia Oral George W. Bush, Centro Miller, Universidad de Virginia.

34. *Ibid.*

35. Entrevista a McNeill, Proyecto Lessons Learned.

36. Memorando de Donald Rumsfeld, 21 de octubre de 2002, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington. El Departamento de Defensa tachó el nombre del destinatario.

1. Carta de Roger Pardo-Maurer desde Kandahar, 11-15 de agosto de 2002, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington. En un copo de nieve del 13 de septiembre de 2002, Rumsfeld pidió a su asistente, Larry Di Rita, que le consiguiera una copia de la carta de Pardo-Maurer para leerla.

2. *Ibid*.

3. *Ibid*.

4. *Ibid*.

5. *Ibid*.

6. *Ibid*.

7. *Ibid*.

8. Entrevista a Robert Gates, 9 de julio de 2013, Proyecto de Historia Oral George W. Bush, Centro Miller, Universidad de Virginia.

9. Entrevista a Jeffrey Eggers, 25 de agosto de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

10. *Ibid.*

11. Entrevista a Michael Metrinko, 6 de octubre de 2003, Proyecto de Historia Oral en Relaciones Exteriores, Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos.

12. *Ibid*.

13. *Ibid.*

14. Entrevista al mayor Stuart Farris, 6 de diciembre de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

15. *Ibid.*

16. Entrevista al mayor Thomas Clinton, 12 de marzo de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Fort Leavenworth (Kansas).

17. Entrevista al general de división Eric Olson, 23 de julio de 2007, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

18. Entrevista a un asesor de combate de las Fuerzas Especiales, 15 de diciembre de 2017, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

19. Memorando de Donald Rumsfeld para Steve Cambone, 8 de septiembre de 2003, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

20. «Tora Bora Revisited: How We Failed to get Bin Laden and Why It Matters Today», informe para la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de EE. UU., 30 de noviembre de 2009.

21. Entrevista a Franks, Centro Miller.

22. «Tora Bora Revisited», informe para la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de EE. UU., 30 de noviembre de 2009.

23. Entrevista al mayor William Rodebaugh, 23 de febrero de 2010, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

24. *Ibid.*

25. Tommy Franks, «War of Words», *The New York Times*, 19 de octubre de 2004.

26. «U.S. Department of Defense Talking Points—Bin Laden Tora Bora», 26 de octubre de 2004, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

27. Entrevista a Franks, Centro Miller.

28. *Dobbins, After the Taliban*, p. 82.

29. Entrevista a Barnett Rubin, 27 de agosto de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

30. Entrevista a Todd Greentree, 13 de mayo de 2014, Proyecto de Historia Oral en Relaciones Exteriores, Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos.

31. «An Interview with Lakhdar Brahimi», *Journal of International Affairs*, vol. 58, n.º 1, otoño de 2004.

32. Entrevista al embajador James Dobbins, 11 de enero de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

33. Entrevista al embajador Zalmay Khalilzad, 7 de diciembre de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

1. Entrevista al teniente coronel Mark Schmidt, 10 de febrero de 2009, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

2. Entrevista al coronel Thomas Snukis, 1 de marzo de 2007, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

3. Entrevista al coronel Tucker Mansager, 20 de abril de 2007, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

4. Entrevista a Dobbins, SIGAR.

5. *Ibid*.

6. Entrevista a Franks, Centro Miller.

7. *Ibid.*

8. Entrevista a Philip Zelikow, 28 de julio de 2010, Proyecto de Historia Oral George W. Bush, Centro Miller, Universidad de Virginia.

9. Entrevista a Finn, SIGAR.

10. Entrevista al mayor Gregory Trahan, 5 de febrero de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

11. Entrevista al mayor Phil Bergeron, 8 de diciembre de 2010, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

12. Entrevista a un empleado de la Casa Blanca, 21 de octubre de 2014, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

13. Entrevista al teniente general David Barno, 21 de noviembre de 2006, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

14. *Ibid.*

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*

17. *Ibid.*

18. Memorando de Donald Rumsfeld para el general Dick Myers, Paul Wolfowitz, el general Pete Pace y Doug Feith, 16 de octubre de 2003, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

19. *Ibid.*

20. Zalmay Khalilzad, «Afghanistan's Milestone», *The Washington Post*, 6 de enero de 2004.

21. Entrevista a Thomas Hutson, 23 de abril de 2004, Proyecto de Historia Oral en Relaciones Exteriores, Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos.

22. *Ibid.*

23. Entrevista a Pace, Centro Miller.

24. *Ibid.*

25. *Ibid.*

26. Rumsfeld no reconoció ningún problema grave de salud ni durante esta etapa ni en sus memorias de 2001, *Known and Unknown*. Cuando se le preguntaba por la afirmación de Pace, no respondía.

27. Entrevista al teniente general Douglas Lute, 3 de agosto de 2015, Proyecto de Historia Oral George W. Bush, Centro Miller, Universidad de Virginia.

28. Entrevista a Franks, Centro Miller.

29. *Ibid.*

30. Entrevista al general de división Peter Gilchrist, 24 de enero de 2007, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

31. *Ibid.*

32. Entrevista a Barno, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

33. Entrevista a Mansager, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

1. Paul Watson, «Losing Its Few Good Men; Many of those who signed up to be trained for Afghanistan's fledgling Army have quit, saying the pay isn't worth the risk», *Los Angeles Times*, 27 de noviembre de 2003.

2. Entrevista al teniente general Karl Eikenberry, 27 de noviembre de 2006, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

3. «Pentagon 9/11», Serie de Estudios de Defensa, Oficina Histórica, Oficina del secretario de Defensa, 2007.

4. Entrevista a Eikenberry, Instituto de Estudios de Combate.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

7. «Talking Points–Afghanistan Progress», 8 de octubre de 2004, Oficina de Relaciones Públicas, Departamento de Defensa de Estados Unidos.

8. Entrevista a Lute, SIGAR.

9. Entrevista al sargento mayor Michael Threatt, 20 de septiembre de 2006, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

10. Entrevista al mayor Bradd Schultz, 6 de agosto de 2012, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

11. Entrevista al mayor Brian Doyle, 13 de marzo de 2008, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

12. Entrevista a Gates, Centro Miller.

13. *Ibid.*

14. Memorando de Donald Rumsfeld para el general Richard Myers, 27 de enero de 2002, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

15. Memorando de Donald Rumsfeld para Colin Powell, 8 de abril de 2002, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

16. Memorando de Colin Powell para Donald Rumsfeld, 16 de abril de 2002, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

17. Informe trimestral para el Congreso de Estados Unidos, 30 de octubre de 2020, SIGAR.

18. Entrevista a Strmecki, SIGAR.

19. Entrevista a Khalilzad, SIGAR.

20. *Ibid.*

21. Entrevista a Strmecki, SIGAR.

22. Entrevista a Eikenberry, Instituto de Estudios de Combate.

23. Entrevista al mayor Rick Rabe, 18 de mayo de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

24. *Ibid.*

25. Entrevista al mayor Christopher Plummer, 6 de junio de 2006, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

26. Entrevista al mayor Gerd Schroeder, 20 de abril de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

27. *Ibid.*

28. *Ibid.*

29. Entrevista al teniente coronel Michael Slusher, 16 de febrero de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

30. *Ibid.*

31. Entrevista al mayor John Bates, 5 de marzo de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

32. *Ibid.*

33. *Ibid.*

34. Entrevista al sargento mayor Jeff Janke, 16 de febrero de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

35. Entrevista al mayor Dan Williamson, 7 de diciembre de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

36. *Ibid.*

37. Entrevista a un militar estadounidense, 28 de octubre de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

38. Entrevista al mayor Kevin Lovell, 24 de agosto de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

39. *Ibid.*

40. Entrevista al mayor Matthew Little, 15 de mayo de 2008, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

41. *Ibid.*

42. *Ibid.*

43. Entrevista al mayor Charles Abeyawardena, 26 de julio de 2012, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

44. *Ibid.*

45. Entrevista al mayor Del Saam, 20 de agosto de 2009, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

46. Memorando de Donald Rumsfeld para Condoleezza Rice, 23 de febrero de 2005, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

47. *Ibid.*

48. Entrevista a Saam, Instituto de Estudios de Combate.

49. *Ibid.*

1. Entrevista al mayor Louis Frias, 16 de septiembre de 2008, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

2. *Ibid.*

3. *Ibid.*

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

7. Entrevista al general de división Jason Kamiya, 23 de enero de 2007, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

8. *Ibid.*

9. *Ibid.*

10. Alastair Leithead, «Anger over “blasphemous balls”», BBC News, 26 de agosto de 2007.

11. Entrevista al mayor Daniel Lovett, 19 de marzo de 2010, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

12. *Ibid.*

13. Entrevista al mayor James Reese, 18 de abril de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

14. Entrevista al mayor Christian Anderson, 10 de noviembre de 2010, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

15. *Ibid.*

16. Entrevista al mayor Brent Novak, 14 de diciembre de 2006, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

17. *Ibid.*

18. Entrevista al mayor Rich Garey, 5 de diciembre de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

19. Entrevista al mayor Nikolai Andresky, 27 de septiembre de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

20. *Ibid.*

21. Entrevista al mayor William Woodring, 12 de diciembre de 2006, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

22. Entrevista a Plummer, Instituto de Estudios de Combate.

23. Entrevista a John Davis, 21 de noviembre de 2008, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

24. Entrevista a Thomas Clinton, Instituto de Estudios de Combate.

25. Entrevista a Barno, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

26. Entrevista al mayor Clint Cox, 8 de noviembre de 2006, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

27. Entrevista al mayor Keller Durkin, 3 de marzo de 2008, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

28. Entrevista al mayor Alvin Tilley, 29 de junio de 2011, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

29. *Ibid.*

30. Entrevista al mayor William Burley, 31 de enero de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

31. *Ibid.*

32. *Ibid.*

33. Entrevista al mayor Christian Anderson, 10 de noviembre de 2010, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

34. Entrevista a Woodring, Instituto de Estudios de Combate.

35. *Ibid.*

36. Las mujeres desempeñaron un papel crucial en la guerra. Muchas entraron en combate. Según el Departamento de Defensa, en agosto de 2020 cincuenta y cinco combatientes americanas habían perdido la vida en Afganistán y más de cuatrocientas habían resultado heridas.

37. Entrevista al mayor Randy James, 8 de octubre de 2008, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

38. *Ibid.*

1. Entrevista a Trahan, Instituto de Estudios de Combate.

2. Testimonio de Gregory Trahan, causa de Estados Unidos contra Ibrahim Suleiman Adnan Adam Harun Hausa, 8 de marzo de 2017, Tribunal de Distrito de Estados Unidos, Distrito Este de Nueva York.

3. Entrevista a Trahan, Instituto de Estudios de Combate.

4. *Ibid.*

5. Testimonio de Trahan, causa de Estados Unidos contra Ibrahim Suleiman Adnan Adam Harun Hausa.

6. Entrevista a Trahan, Instituto de Estudios de Combate.

7. Testimonio de Trahan, causa de Estados Unidos contra Ibrahim Suleiman Adnan Adam Harun Hausa.

8. Entrevista a Trahan, Instituto de Estudios de Combate.

9. Testimonio de Trahan, causa de Estados Unidos contra Ibrahim Suleiman Adnan Adam Harun Hausa.

10. Testimonio del soldado de primera clase Conrad Reed, causa de Estados Unidos contra Ibrahim Suleiman Adnan Adam Harun Hausa.

11. Entrevista a Trahan, Instituto de Estudios de Combate.

12. *Ibid.*

13. *Ibid.*

14. Comunicado de prensa, «Al Qaeda Operative Convicted of Multiple Terrorism Offenses Targeting Americans Overseas», 16 de marzo de 2017, Departamento de Justicia.

15. El juicio también puso de manifiesto la presión ejercida sobre los soldados estadounidenses con múltiples períodos de servicio a sus espaldas. El Ejército envió a Trahan a Irak apenas cinco meses después de resultar herido en Shkin. Al sargento primero Conrad Reed, que sobrevivió al impacto directo de una granada en Shkin, le movilizaron tres veces más a Irak y confesó al jurado que se estaba preparando para volver a Afganistán en 2018. Según estadísticas del Pentágono, más de 28.000 efectivos han sido enviados a Afganistán al menos en cinco ocasiones.

16. Memorando de Donald Rumsfeld para Doug Feith, 25 de junio de 2002, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

17. Entrevista a Strmecki, SIGAR.

18. Entrevista a Dobbins, SIGAR.

19. Entrevista a Olson, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

20. Entrevista a Farris, Instituto de Estudios de Combate.

21. *Ibid.*

22. Entrevista al teniente general David Barno, 4 de enero de 2005, National Public Radio.

23. Memorando del general Barry McCaffrey para el coronel Mike Meese y la coronel Cindy Jebb, 3 de junio de 2006, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington. El 15 de junio, Rumsfeld remitió una copia del memorando de McCaffrey al general Peter Pace, presidente del Estado Mayor Conjunto, tildándolo de «interesante informe».

24. *Ibid.*

25. Marin Strmecki, «Afghanistan at a Crossroads: Challenges, Opportunities and a Way Forward», 17 de agosto de 2006, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington. Al principio, el informe de Strmecki se clasificó como confidencial/prohibido a los ciudadanos de nacionalidad extranjera. El Departamento de Defensa lo desclasificó el 1 de diciembre de 2008.

26. *Ibid.*

27. Entrevista a Crocker, 1 de diciembre de 2016, SIGAR.

28. *Ibid.*

1. Griff Witte, «Bombing Near Cheney Displays Boldness of Resurgent Taliban», *The Washington Post,* 28 de febrero de 2007.

2. Jason Straziuso, «Intelligence suggested threat of bombing in Bagram area before Cheney's visit, NATO says», Associated Press, 28 de febrero de 2007.

3. Entrevista al mayor Shawn Dalrymple, 21 de febrero de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

4. Entrevista de Shawn Dalrymple con el autor, 26 de septiembre de 2020.

5. *Ibid.*

6. Entrevista a Dalrymple, Instituto de Estudios de Combate.

7. Entrevista de Dalrymple con el autor.

8. Un año después del ataque fallido contra Cheney, el capitán Dalrymple ayudó a rescatar al que sería el siguiente vicepresidente de Estados Unidos: Joseph Biden. En febrero de 2008, dos helicópteros Black Hawk que llevaban a tres miembros de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado (Biden, John Kerry y Chuck Hagel), además de otros empleados, tuvieron que aterrizar de emergencia en medio de una tormenta de nieve a unos veinte kilómetros de Bagram. Dalrymple lideró un convoy terrestre con la misión de rescatar a los senadores, que habían estado visitando la zona de guerra con el general de división David Rodriguez. El convoy regresó a Bagram cinco horas más tarde, con los próceres sanos y salvos.

9. *Ibid.*

10. Cable del Departamento de Estado de Kabul a Washington, «Afghan Supplemental», 6 de febrero de 2006. En un primer momento, el cable se clasificó como secreto. El Departamento de Estado lo desclasificó parcialmente en 2010 y lo publicó a raíz de una solicitud amparada en la Ley de Libertad de Información presentada por el Archivo de Seguridad Nacional.

11. Entrevista a un miembro de la administración Bush, 23 de septiembre de 2014, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

12. La ofensiva Tet fue una sangrienta campaña militar lanzada en 1968 por fuerzas norvietnamitas. Fue un duro golpe para el respaldo público a la guerra de Vietnam.

13. *Ibid.*

14. Entrevista al embajador Ronald Neumann, 19 de junio de 2012, Proyecto de Historia Oral en Relaciones Exteriores Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos.

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*

17. Entrevista al general de brigada Bernard Champoux, 9 de enero de 2007, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

18. Entrevista al capitán Paul Toolan, 24 de julio de 2006, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

19. Entrevista de Donald Rumsfeld en la CNN, *Larry King Live*, 19 de diciembre de 2005.

20. Cable del Departamento de Estado de Kabul a Washington, «Policy on Track, But Violence Will Rise», 21 de febrero de 2006. En un primer momento, el cable se clasificó como secreto. El Departamento de Estado lo desclasificó parcialmente el 9 de junio de 2010 y lo publicó a raíz de una solicitud amparada en la Ley de Libertad de Información presentada por el Archivo de Seguridad Nacional.

21. *Ibid.*

22. Entrevista a Neumann, Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos.

23. Memorando de McCaffrey, Archivo de Seguridad Nacional.

24. *Ibid.*

25. *Ibid.*

26. *Ibid.*

27. Memorando de Strmecki, Archivo de Seguridad Nacional.

28. Cable del Departamento de Estado de Kabul a Washington, «Afghanistan: Where We Stand and What We Need», 29 de agosto de 2006. En un primer momento, el cable se clasificó como secreto. El Departamento de Estado lo desclasificó parcialmente el 11 de junio de 2010 y lo publicó a raíz de una solicitud amparada en la Ley de Libertad de Información presentada por el Archivo de Seguridad Nacional.

29. Terry Moran, «Battlefield Wilderness», ABC, Nightline, 11 de septiembre de 2006.

30. Oficina del secretario de Defensa, Grupo de Redactores, «Afghanistan: Five Years Later», 6 de octubre de 2006.

31. *Ibid.*

32. Memorando de Donald Rumsfeld para Dorrance Smith, 16 de octubre de 2006, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

33. Entrevista al sargento primero John Bickford, 23 de febrero de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

34. *Ibid.*

35. *Ibid.*

36. Entrevista a Toolan, Instituto de Estudios de Combate.

37. Entrevista al mayor Darryl Schroeder, 26 de noviembre de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

38. Entrevista al general de brigada James Terry, 13 de febrero de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

39. *Ibid.*

40. *Ibid.*

41. *Ibid.*

1. Gates, *Duty*, p. 5.

2. Entrevista a Gates, Centro Miller.

3. *Ibid.*

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

7. *Ibid.*

8. Entrevista a Richards, SIGAR.

9. *Ibid.*

10. *Ibid.*

11. *Ibid.*

12. *Ibid.*

13. Craig Whitlock, «German Supply Lines Flow with Beer in Afghanistan», *The Washington Post,* 15 de noviembre de 2008.

14. Entrevista al embajador Nicholas Burns, 14 de enero de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

15. Entrevista al mayor Brian Patterson, 2 de octubre de 2008, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

16. Carta de Desmond Browne para Donald Rumsfeld, 5 de diciembre de 2006, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

17. Carta de Donald Rumsfeld para Desmond Browne, 13 de diciembre de 2006, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

18. Entrevista a un representante de la OTAN, 18 de febrero de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

19. Entrevista a Gates, Centro Miller.

20. Entrevista a McNeill, SIGAR.

21. *Ibid.*

22. Entrevista al teniente coronel Richard Phillips, 6 de septiembre de 2011, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

23. Entrevista al mayor Stephen Boesen, 7 de julio de 2008, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

24. *Ibid.*

25. Entrevista a Lute, SIGAR.

26. *Ibid.*

27. *Ibid.*

28. Gwen Ifill, «Interview with general Dan McNeill», PBS, Newshour with Jim Lehrer, 10 de diciembre de 2007.

29. *Ibid.*

30. Entrevista a Lute, Centro Miller.

31. *Ibid.*

32. *Ibid.*

1. Comunicado de prensa, «Afghanistan: Justice for War Criminals Essential to Peace», Human Rights Watch, 12 de diciembre de 2006.

2. Cable del Departamento de Estado, de Kabul a Washington, «Meeting with General Dostum», 23 de diciembre de 2006, WikiLeaks. El cable se clasificó como confidencial.

3. *Ibid.*

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*

6. Entrevista a Sarah Chayes, 26 de mayo de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

7. Entrevista a Andre Hollis, 16 de mayo de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

8. Valoraciones y documentación relativa a Afganistán, Physicians for Human Rights.

9. Cora Currier, «White House Closes Inquiry into Afghan Massacre–and will Release No Details», *ProPublica*, 31 de julio de 2013.

10. Carta del general Abdul Rashid Dostum al presidente George W. Bush, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington. La carta de Dostum no está fechada y va dirigida a Bush a la dirección: «1600 Pennsylvania Avenue, Washington DC», sin código postal.

11. Memorando de Tommy Franks para Donald Rumsfeld, 9 de enero de 2002, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

12. Memorando de Donald Rumsfeld para Larry Di Rita, 10 de enero de 2002, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

13. Cable del Departamento de Estado de Kabul a Washington, «Congressman Rohrabacher's April 16 Meeting With President Karzai», 16 de abril de 2003, WikiLeaks. El cable se clasificó como confidencial.

14. *Ibid.*

15. *Ibid*.

16. Entrevista a Hutson, Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos.

17. *Ibid.*

18. *Ibid.*

19. *Ibid.*

20. Khalilzad, *The Envoy*, pp. 202-203.

21. Joshua Partlow, «Dostum, a former warlord who was once America's man in Afghanistan, may be back», *The Washington Post,* 23 de abril de 2014.

22. Entrevista al coronel David Lamm, 14 de marzo de 2007, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

23. *Ibid.*

24. *Ibid.*

25. En 2014, *The Washington Post* anunció que Dostum había estado recibiendo unos 70.000 dólares al mes de la CIA a través de fondos concedidos al palacio presidencial afgano. En una entrevista con el periodista del *Post* Joshua Partlow, Dostum negó haber recibido esos pagos, así como las demás alegaciones contra él. «Son difamaciones contra mi persona», dijo.

26. Entrevista a Finn, SIGAR.

27. Entrevista a Strmecki, SIGAR.

28. Cable del Departamento de Estado de Kabul a Washington, «Confronting Afghanistan's Corruption Crisis», 15 de septiembre de 2005. En un primer momento, el cable se clasificó como confidencial. El Departamento de Estado lo desclasificó íntegramente el 9 de diciembre de 2014 y lo publicó a raíz de una solicitud amparada en la Ley de Libertad de Información presentada por el Archivo de Seguridad Nacional.

29. Partlow, *A Kingdom of Their Own*, pp. 142-143.

30. En julio de 2011, Ahmed Wali Karzai fue asesinado por uno de sus guardaespaldas en Kandahar.

31. Entrevista a Boucher, SIGAR.

32. *Ibid.*

33. *Ibid.*

34. *Ibid.*

35. Entrevista a Nils Taxell, 3 de julio de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. En un correo electrónico de diciembre de 2019 para periodistas de *The Washington Post*, Taxell añadió: «Admito que no recuerdo las palabras exactas que me atribuyó la SIGAR, o sea que la expresión "según registró la SIGAR" me parece pertinente. Además, quiero dejar claro que con mi razonamiento no estaba expresando una opinión sobre ninguna persona en concreto».

36. Sherzai participó activamente en la política afgana. En 2014 se presentó a la presidencia y negó las presuntas irregularidades. En NBC News, dijo: «No hay ninguna prueba contra mí. Si hubiera sido corrupto, ¡tendría rascacielos en Dubái y millones de dólares en bancos extranjeros!».

37. Entrevista al teniente coronel Eugene Augustine, 22 de febrero de 2007, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

38. Entrevista a McNeill, SIGAR.

39. Akhundzada, que acabaría siendo senador provincial, no se arrepentía de sus tácticas implacables. En una entrevista con el medio británico *The Telegraph*, dijo que después de su expulsión como gobernador, 3.000 de sus seguidores cambiaron de bando y se unieron a los talibanes «porque habían perdido el respeto por el gobierno».

40. *Ibid.*

41. Partlow, *A Kingdom of Their Own*, p. 54.

42. Entrevista a Russell Thaden, 13 de junio de 2011, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

43. *Ibid.*

44. Entrevista a Crocker, 12 de enero de 2016, SIGAR.

45. *Ibid.*

46. *Ibid.*

1. David Harding, «Waiting for the Taliban», Agence France-Presse, 19 de marzo de 2009.

2. *Ibid.*

3. Entrevista a Olson, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

4. *Ibid.*

5. Entrevista a Gilchrist, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

6. *Ibid*.

7. Entrevista a Rubin, 27 de agosto de 2015, SIGAR. En un correo electrónico de diciembre de 2019 para el autor, Rubin añadió: «Durante la revisión de 2009, nos esmeramos mucho para poner encima de la mesa la opción de negociar políticamente con los talibanes (me refiero a la reconciliación, al acuerdo político). Holbrooke dijo que esos términos eran demasiado polémicos. Al final acordamos el término "reducir las amenazas" para describir una posible vía política con los talibanes. La idea era que un acuerdo político de cualquier clase rebajaría el nivel de amenaza para el Estado afgano y ya no harían falta las insostenibles fuerzas de seguridad que estábamos creando. En el fondo, estaba convencido de que, de alguna forma u otra, Estados Unidos abandonaría Afganistán. Debíamos tener eso en mente en todo lo que hacíamos».

8. Entrevista a Rubin, 17 de febrero de 2017, SIGAR. En un correo electrónico de diciembre de 2019 para el autor, Rubin añadió: «En la administración Obama no había radicales. Eran los miembros de los órganos estatales permanentes de seguridad nacional, lo que se conoce como "Estado profundo". Pero no uso el término porque parece que se habla de una conspiración, cuando es solo la inercia normal de una burocracia de billones de dólares».

9. Entrevista a Rubin, 2 de diciembre de 2015, SIGAR. En un correo electrónico de diciembre de 2019 para el autor, Rubin añadió: «[Hillary Clinton] tenía poca o ninguna fe en que fuera a salir bien. Entendía la lógica detrás del proyecto, pero no sabía por qué tenía que asumir un riesgo político por algo que seguramente fracasaría. Obama tampoco quería asumir este riesgo político».

10. Entrevista al mayor Ulf Rota, 12 de septiembre de 2011, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

11. *Ibid.*

12. Entrevista a Brown, Instituto de Estudios de Combate.

13. *Ibid.*

14. Entrevista a Crocker, 11 de enero de 2016, SIGAR.

15. Entrevista a Dobbins, SIGAR.

1. Entrevista al teniente coronel Michael Winstead, 7 de noviembre de 2013, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

2. Emmanuel Duparcq, «Opium-free in two months, vows governor of Afghanistan's top poppy province», Agence France-Presse, 3 de marzo de 2006.

3. Entrevista al teniente coronel Michael Slusher, 16 de febrero de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

4. Entrevista a Winstead, Instituto de Estudios de Combate.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

7. Cable del Departamento de Estado de Kabul a Washington, «Helmand Eradication Wrap Up», 3 de mayo de 2006, WikiLeaks. El cable fue desclasificado.

8. Cable del Departamento de Estado de Kabul a Washington, «Helmand Governor Daud Voices Concerns About Security», 15 de mayo de 2006, WikiLeaks. El cable se clasificó como confidencial.

9. Entrevista al mayor Douglas Ross, 23 de junio de 2008, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

10. Cable del Departamento de Estado, «Helmand Eradication Wrap Up», WikiLeaks.

11. Entrevista a Winstead, Instituto de Estudios de Combate.

12. *Ibid.*

13. Cable del Departamento de Estado, «Helmand Eradication Wrap Up», WikiLeaks.

14. Entrevista a Ross, Instituto de Estudios de Combate.

15. Entrevista al teniente coronel Dominic Cariello, 16 de febrero de 2007, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

16. Entrevista a Bates, Dominic Cariello, 16 de febrero de 2007, Instituto de Estudios de Combate.

17. *Ibid.*

18. Cable del Departamento de Estado, «Helmand Eradication Wrap Up», WikiLeaks.

19. Cable del Departamento de Estado, «Helmand Governor Daud Voices Concerns About Security», WikiLeaks.

20. Entrevista a Slusher, Instituto de Estudios de Combate.

21. Entrevista a Tooryalai Wesa, 7 de enero de 2017, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

22. Entrevista a Metrinko, Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos.

23. *Ibid.*

24. «Counternarcotics: Lessons from the U.S. Experience in Afghanistan», junio de 2018, SIGAR.

25. Entrevista a Metrinko, Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos.

26. Entrevista a Anthony Fitzherbert, 21 de junio de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. En un correo electrónico de diciembre de 2019 para un periodista de *The Washington Post*, Fitzherbert añadió: «El programa del "efectivo a cambio de la amapola" se terminó desechando cuando resultó obvio que no solo no estaba funcionando, sino que estaba teniendo consecuencias negativas. Dejadme añadir que yo no participé directamente en este programa en ninguna forma o capacidad».

27. Entrevista a Barno, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

28. Entrevista a Gilchrist, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

29. Memorando de Donald Rumsfeld para Doug Feith, 29 de noviembre de 2004, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

30. Entrevista a Barnett Rubin, 27 de agosto de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

31. Memorando de Donald Rumsfeld para el general Dick Myers, Paul Wolfowitz, Doug Feith y Tom O'Connell, 19 de octubre de 2004, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

32. Cable del Departamento de Estado, «Confronting Afghanistan's Corruption Crisis», Archivo de Seguridad Nacional.

33. Entrevista a John Wood, 17 de junio de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

34. Entrevista a Khalilzad, SIGAR.

35. Entrevista al embajador Ronald McMullen, 1 de agosto de 2012, Proyecto de Historia Oral en Relaciones Exteriores, Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos.

36. Cable del Departamento de Estado de Kabul a Washington, «Codel Hoekstra Sees Poppy Problem First Hand», 23 de marzo de 2006, WikiLeaks. El cable se clasificó como confidencial/prohibido a los ciudadanos de nacionalidad extranjera.

37. Entrevista a Boucher, SIGAR.

38. Entrevista al embajador Ronald Neumann, 18 de junio de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

39. Richard Holbrooke, «Still Wrong in Afghanistan», *The Washington Post*, 23 de enero de 2008.

40. *Ibid.*

1. Entrevista al mayor Fred Tanner, 4 de marzo de 2010, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

2. *Ibid.*

3. Entrevista al general mayor Edward Reeder, 26 de octubre de 2017, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. En un correo electrónico de diciembre de 2019 a un periodista de *The Washington Post*,

Reeder añadió: «En el momento de esta cita, en 2009, yo estaba bastante satisfecho con la forma en que el general David McKiernan [...] estaba llevando a cabo la campaña de contrainsurgencia y no tenía ningún problema en apoyar su estrategia. Cuando llegué en febrero de 2009 como comandante del mando de Operaciones Especiales de las fuerzas conjuntas, sentí que necesitábamos otra alternativa para atacar a los talibanes [...] Pensaba que necesitábamos una iniciativa de defensa local, popular, que hiciera que los talibanes se sintieran incómodos luchando contra gente de su misma etnia y afiliación tribal».

4. Entrevista al mayor George Lachicotte, 1 de noviembre de 2011, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

5. *Ibid.*

6. Entrevista al mayor Joseph Claburn, 13 de septiembre de 2011, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

7. Dexter Filkins, «Stanley McChrystal's Long War», *New York Times Magazine*, 14 de octubre de 2009.

8. Entrevista al mayor John Popiak, 15 de marzo de 2011, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

9. «Commander's Initial Assessment», Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad, 30 de agosto de 2009. El informe fue clasificado originalmente como CONFIDENCIAL. El Departamento de Defensa desclasificó la mayor parte del informe el 20 de septiembre de 2009, después de que el periodista de *The Washington Post* Bob Woodward consiguiera una copia del mismo e informara a los funcionarios de la administración Obama de que el *Post* tenía la intención de publicarlo. El rotativo publicó la versión desclasificada el 21 de septiembre de 2009.

10. Entrevista a un alto funcionario de la OTAN, 24 de febrero de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

11. *Ibid.*

12. *Ibid.*

13. Entrevista a un funcionario de la USAID, 18 de octubre de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

14. Entrevista a Barnett Rubin, 17 de febrero de 2017, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

15. Cable del Departamento de Estado, Kabul a Washington, «COIN Strategy: Civilian Concerns», 6 de noviembre de 2009.

16. Cable del Departamento de Estado, Kabul a Washington, «Looking Beyond Counterinsurgency In Afghanistan», 9 de noviembre de 2009. Ambos cables estaban clasificados como SECRETOS. *The New York Times* consiguió copias de los mismos y los publicó en Internet. Eric Schmitt, «U.S. Envoy's Cables Show Worries on Afghan Plans», *The New York Times*, 25 de enero de 2010.

17. Entrevista al general David Petraeus, 16 de agosto de 2017, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

18. Entrevista a Rubin, 17 de febrero de 2017, SIGAR.

19. *Ibid.* En un correo electrónico de diciembre de 2019 al autor, Rubin añadió: «Me sorprende haber dicho eso. Tal vez las notas estén equivocadas. Siempre creí firmemente que el público del calendario era el Pentágono, nadie más. Entendí por qué el presidente quería hacerlo, pero no tuvo en cuenta cómo se percibiría en la región».

20. Entrevista a Smith, Instituto de Estudios de Combate.

21. *Ibid.*

22. Entrevista al mayor Jason Liddel, 15 de abril de 2011, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

23. *Ibid.*

24. Michael Hastings, «The Runaway General», *Rolling Stone*, 8 de julio de 2010.

1. Entrevista a David Marsden, 3 de diciembre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. En un correo electrónico de diciembre de 2019 a un periodista de *The Washington Post*, Marsden añadió que «la cuestión más importante que afectó al resultado [de la guerra] estaba totalmente bajo nuestro control: la rotación anual del personal. Siendo yo una rara excepción, porque me pasé ocho años yendo y viniendo a Afganistán, fui consciente del impacto de eso casi como un afgano».

2. Entrevista a un funcionario de la USAID, 7 de octubre de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

3. Entrevista a un contratista de ayuda humanitaria, 15 de agosto de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

4. *Ibid.*

5. Entrevista a Lute, SIGAR.

6. *Ibid.*

7. *Ibid.*

8. *Ibid.*

9. Entrevista a un asesor del equipo de Fuerzas Especiales, 14 de diciembre de 2017, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

10. Entrevista a Tim Graczewski, 11 de enero de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

11. *Ibid.*

12. «Shorandam Industrial Park: Poor Record-keeping and Lack of Electricity Prevented a Full Inspection of this $7.8 million Facility», informe de inspección de la SIGAR, abril de 2015.

13. Entrevista a un alto funcionario de USAID, 15 de agosto de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

14. Entrevista a Crocker, 1 de diciembre de 2016, SIGAR.

15. *Ibid.*

16. Entrevista oficial de la OTAN, 24 de febrero de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

17. «Afghanistan’s Energy Sector», informe de auditoría de la SIGAR 19-37, mayo de 2019.

18. Entrevista a Eggers, SIGAR.

19. *Ibid.*

20. Entrevista a un funcionario militar estadounidense, 18 de julio de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

21. Entrevista a Petraeus, SIGAR.

22. Entrevista al coronel Brian Copes, 25 de enero de 2011, Proyecto Operational Leadership Experiences, Combat Studies Institute, Fort Leavenworth, Kansas.

23. *Ibid.*

24. Entrevista a un alto funcionario de USAID, 10 de noviembre de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

25. Entrevista a un antiguo funcionario del Departamento de Estado, 15 de agosto de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

26. Entrevista a Barna Karimi, 16 de enero de 2017, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

27. Entrevista a Safiullah Baran, 18 de febrero de 2017, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

28. *Ibid.*

29. Entrevista a un funcionario estadounidense, 30 de junio de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

30. Entrevista a un oficial de asuntos civiles del Ejército, 12 de julio de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

31. *Ibid.*

32. Entrevista a Brian Copes, 25 de febrero de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

33. *Ibid.*

34. *Ibid.*

35. «Department of Defense Commanders' Emergency Response Program: Priorities and Spending in Afghanistan for Fiscal Years 2004-2014», Oficina de Proyectos Especiales de la SIGAR, abril de 2015.

36. Entrevista a Ken Yamashita, 15 de diciembre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. En un correo electrónico de diciembre de 2019 a un periodista de *The Washington Post*, Yamashita añadió: «El CERP es dinero para ir tirando en el sentido de que nunca ha estado destinado a ser utilizado como financiación de la reconstrucción a largo plazo. Una parte de la financiación estaba destinada a reconstruir después de la intervención militar; en otras ocasiones estaba destinada a proporcionar apoyo a los líderes de la comunidad. En este segundo caso, sirvió de apoyo político a los líderes de la comunidad».

37. Entrevista a un funcionario de la OTAN, 24 de febrero de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

38. Entrevista a un oficial del Ejército estadounidense, 30 de junio de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

39. Entrevista a Wesa, SIGAR.

40. Entrevista a Thomas Johnson, 7 de enero de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. En un correo electrónico de diciembre de 2019 enviado al autor, Johnson añadió: «Sin que los canadienses lo supieran, los pocos maestros de escuela del pueblo, que ganaban entre 60 y 80 dólares al mes, dejaron inmediatamente su trabajo para cavar canales de riego con un salario más alto y, obviamente, perturbaron el sistema educativo del pueblo. En cuanto se comunicó este hecho a los canadienses, aumentaron los salarios de los maestros de escuela y el problema se corrigió».

41. Entrevista a un funcionario militar estadounidense, 11 de julio de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

1. Entrevista a Rubin, 20 de enero de 2015, SIGAR. En un correo electrónico de diciembre de 2019 enviado al autor, Rubin añadió: «Intenté convencer a Holbrooke de que estaba culpando a Karzai de problemas cuyo origen era Estados Unidos. Dado el sistema que habíamos establecido de dinero extraoficial para las fuerzas antiterroristas y los líderes de las milicias, Karzai no podía competir políticamente si no podía acceder él mismo a las mismas fuentes de dinero. El sistema político "oficial" de elecciones y todo lo demás era una fachada para el verdadero juego de poder. El primero estaba apoyado por el Departamento de Estado, el segundo estaba dirigido por la CIA y el Departamento de Defensa».

2. Entrevista a Gates, Centro Miller.

3. *Ibid.*

4. *Ibid.*

5. Partlow, *A Kingdom of Their Own*, p. 44-47.

6. Entrevista al embajador James Dobbins, 21 de julio de 2003, Proyecto de Historia Oral de Asuntos Exteriores, Asociación de Estudios y Formación Diplomáticos.

7. *Ibid.*

8. Ian Shapira, «The CIA acknowledges the legendary spy who saved Hamid Karzai's life–and honors him by name», *The Washington Post*, 18 de septiembre de 2017.

9. Lyse Doucet, «The Karzai years: From hope to recrimination», BBC News, 11 de julio de 2014.

10. *Ibid.*

11. Entrevista al embajador Ryan Crocker, 9 de septiembre de 2010, Proyecto de Historia Oral George W. Bush, Centro Miller, Universidad de Virginia.

12. *Ibid.*

13. Entrevista a Crocker, 1 de diciembre de 2016, SIGAR.

14. *Ibid.*

15. Entrevista a Crocker, Centro Miller.

16. Nota de Donald Rumsfeld al presidente George W. Bush, 9 de diciembre de 2004, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

17. Khalilzad, *The Envoy*, pp. 132-133.

18. Entrevista a Khalilzad, SIGAR.

19. Entrevista a Strmecki, SIGAR.

20. «A Harvest of Treacher», *Newsweek*, 8 de enero de 2006.

21. Cable del Departamento de Estado, Kabul a Washington, «Karzai no está satisfecho: preocupación con *Newsweek*; planea más guerra contra los narcóticos», 10 de enero de 2006, WikiLeaks. El cable fue clasificado como CONFIDENCIAL.

22. Dexter Filkins, Mark Mazzetti, y James Risen, «Brother of Afghan Leader Said to be Paid by C.I.A.», *The New York Times*, 27 de octubre 2009.

23. Entrevista a Greentree, Asociación de Estudios y Formación Diplomáticos.

24. Entrevista a Hadley, SIGAR.

25. Amir Shah y Jason Straziuso, «Afghan officials: US missiles killed 27 civilians», Associated Press, 6 de julio de 2008.

26. Carta al secretario de Defensa Robert Gates sobre los ataques aéreos de Estados Unidos en Azizabad, Afganistán, Human Rights Watch, 15 de enero de 2009.

27. Memorando para el comandante en funciones, «Executive Summary of AR 15-6 Investigation», Mando Central de Estados Unidos, 1 de octubre de 2008.

28. *Ibid.*

29. Las fuerzas armadas estadounidenses mantuvieron en secreto el contenido íntegro del informe de investigación hasta que el periódico *USA Today* demandó al Departamento de Defensa en 2018 para obtener casi mil páginas de archivos. El rotativo publicó un resumen del ataque de Azizabad en diciembre de 2019.

30. Entrevista a un funcionario militar estadounidense, 8 de enero de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

31. Entrevista a Gates, Centro Miller.

32. *Ibid.*

33. Woodward, *Obama's Wars*, p. 70.

34. Kai Eide, «Afghanistan and the U.S.: Between Partnership and Occupation», Peace Research Institute Oslo, 2014.

35. Cable del Departamento de Estado, Kabul a Washington, «Karzai sobre el estado de las relaciones entre Estados Unidos y Afganistán», 7 de julio de 2009, WikiLeaks. El cable fue clasificado originalmente como SECRETO.

36. *Ibid.*

37. Packer, *Our Man*, pp. 484-486.

38. Margaret Warner, «Interview with Afghan President Hamid Karzai», PBS Newshour with Jim Lehrer, 9 de noviembre de 2009.

39. Cable del Departamento de Estado, «COIN Strategy: Civilian Concerns».

40. Entrevista al embajador Marc Grossman, 13 de junio de 2014, Proyecto de Historia Oral de Asuntos Exteriores, Asociación de Estudios y Formación Diplomáticos.

1. Andrew Higgins, «An Afghan exodus, of bank notes», *The Washington Post*, 25 de febrero de 2010.

2. Karin Brulliard, «Garish “poppy palaces” lure affluent Afghans», *The Washington Post*, 6 de junio de 2010.

3. Primera valoración del comandante, Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad, 30 de agosto de 2009.

4. Entrevista a Rubin, 20 de enero de 2015, SIGAR.

5. Entrevista a Crocker, 11 de enero de 2016, SIGAR.

6. Entrevista a funcionario alemán, 31 de julio de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

7. *Ibid.*

8. *Ibid.*

9. Entrevista a Christopher Kolenda, 5 de abril de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

10. *Ibid.*

11. *Ibid.*

12. Entrevista a un antiguo funcionario del Consejo de Seguridad Nacional, 22 de abril de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

13. «Warlord, Inc.: Extortion and Corruption Along the U.S. Supply Chain in Afghanistan», informe de la subcomisión de Seguridad Nacional y Asuntos Exteriores, comisión de Supervisión y Reforma Gubernamental de la Cámara de Representantes, junio de 2010.

14. *Ibid.*

15. Entrevista a Gert Berthold, 6 de octubre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

16. *Ibid.*

17. *Ibid.* En un correo electrónico de diciembre de 2019 a un reportero de *The Washington Post*, Berthold añadió: «En los casos en que identificamos anomalías en el flujo de fondos para adquisiciones, normalmente demostramos, a través de los registros financieros, que entre el 16 y el 25 % de los fondos (en los que se identificaron anomalías) fueron a parar a elementos malos. Nos dijeron que este porcentaje era bajo, algunos decían que era más del 40 % ».

18. Entrevista a Thomas Creal, 23 de marzo de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

19. Entrevista a un funcionario estadounidense, 11 de septiembre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

20. Entrevista a un alto diplomático estadounidense, 28 de agosto de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

21. Entrevista al teniente general Michael Flynn, 10 de noviembre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

22. *Ibid.*

23. *Ibid.*

24. Flynn se retiró del Ejército en 2014 y más tarde fue conocido por su breve y legalmente accidentada etapa como primer asesor de seguridad nacional del presidente Trump y por expresar opiniones políticas extremistas. Se declaró culpable de mentir al FBI tras la victoria de Trump en la campaña presidencial de 2016. Trump indultó a Flynn en noviembre de 2020.

25. Entrevista a un funcionario del Departamento de Justicia, 12 de abril de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

26. Entrevista a Berthold, SIGAR.

27. Entrevista a Kolenda, SIGAR.

28. Andrew Higgins, «Banker feeds Afghan crony capitalism; Firm's founder has secured Dubai home loans for some in Karzai's inner circle», *The Washington Post*, 22 de febrero de 2010.

29. Andrew Higgins, «Kabul Bank crisis followed U.S. push for cleanup», *The Washington Post*, 18 de septiembre de 2010.

30. «Report of the Public Inquiry into the Kabul Bank Crisis», Comisión conjunta independiente de seguimiento y evaluación de la lucha contra la corrupción, gobierno afgano, 15 de noviembre de 2012.

31. Entrevista a un funcionario estadounidense, 1 de marzo de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

32. Joshua Partlow y Andrew Higgins, «U.S. and Afghans at odds over Kabul Bank reform», *The Washington Post*, 7 de octubre de 2010.

33. Andrew Higgins, «Karzai's brother made nearly $1 million on Dubai deal funded by troubled Kabul Bank», *The Washington Post*, 8 de septiembre de 2010.

34. Mahmoud Karzai y Haseen Fahim negaron haber actuado dolosamente. Ninguno de los dos fue procesado, aunque el gobierno afgano comprobó posteriormente que no habían devuelto millones de dólares en préstamos. En un correo electrónico enviado al autor, Mahmoud Karzai culpó a la dirección del Kabul Bank, a funcionarios estadounidenses y al Fondo Monetario Internacional de la «destrucción» del banco.

35. Entrevista a un alto funcionario del Departamento del Tesoro, 1 de octubre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

36. Fitrat, *The Tragedy of Kabul Bank*, p. 170.

37. Entrevista a un ex alto funcionario estadounidense, 12 de diciembre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

38. Entrevista a un alto funcionario estadounidense, 1 de marzo de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

39. «Report of the Public Inquiry into the Kabul Bank Crisis», Comisión conjunta independiente de seguimiento y evaluación de la lucha contra la corrupción.

40. Entrevista a un alto funcionario estadounidense, 1 de marzo de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

41. Fitrat, *The Tragedy of Kabul Bank*, p. 115.

42. «Report of the Public Inquiry into the Kabul Bank Crisis», Comisión conjunta independiente de seguimiento y evaluación de la lucha contra la corrupción.

43. Entrevista con un funcionario del Departamento del Tesoro, 27 de julio de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

44. *Ibid.*

45. Fitrat, *The Tragedy of Kabul Bank*, p. 202.

46. *Ibid*, p. 192.

47. Entrevista con un funcionario del Departamento del Tesoro, 27 de julio de 2015, SIGAR.

48. Entrevista con un funcionario del Fondo Monetario Internacional, 25 de febrero de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

49. Entrevista a Crocker, 11 de enero de 2016, SIGAR.

50. *Ibid.*

1. Panetta, *Worthy Fights*, pp. 320-321.

2. *Ibid*, pp. 301 y 328.

3. Craig Whitlock, «Panetta echoes Bush comments, linking Iraq invasion to war on al-Qaeda», *The Washington Post*, 11 de julio de 2011.

4. Entrevista a Eggers, SIGAR.

5. Prepared Remarks of John F. Sopko, «SIGAR's Lessons Learned Program and Lessons from the Long War», 31 de enero de 2020, retirada del Proyecto de Supervisión Gubernamental, Washington, D.C.

6. Entrevista a Bob Crowley, 3 de agosto de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

7. Entrevista a John Garofano, 15 de octubre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

8. *Ibid.* En un correo electrónico de diciembre de 2019 a un periodista de *The Washington Post*, Garofano añadió: «Con la perspectiva que dan ocho años, veo las cosas un poco distintas: esos tipos estaban ejecutando. Pero ¿dónde estaba la supervisión estratégica? No había ningún organismo independiente en el Congreso o el Pentágono que se preguntara: ¿qué está funcionando y qué no? ¿Debemos seguir construyendo la autopista Uno? ¿Podemos construir una economía que sostenga la nación y la sociedad que estamos tratando de construir? Washington, al igual que los operadores sobre el terreno, hizo la guerra año a año. Era más fácil proporcionar los recursos suficientes para evitar la catástrofe que reevaluar la estrategia y las tácticas. Y una reevaluación sobre el terreno es tan poco efectiva como unos operarios rediseñando un automóvil dentro de la cadena de montaje».

9. Entrevista a Flynn, SIGAR.

10. *Ibid.*

11. Entrevista a un alto funcionario estadounidense, 10 de julio de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

12. Entrevista a un miembro del Consejo de Seguridad Nacional, 16 de septiembre de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

13. *Ibid.*

14. *Ibid.*

15. *Ibid.*

16. Entrevista al mayor John Martin, 8 de diciembre de 2008, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

17. *Ibid.*

18. Entrevista a un alto funcionario de la OTAN, 18 de febrero de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

19. *Ibid.*

1. Adam Ashton, «Ambush, shootings a deadly betrayal by allies», *The News Tribune*, Tacoma, Washington, 12 de mayo de 2013. Véase también: Adam Ashton, «The Cavalry at Home: A soldier's wounds and a will to live», *The News Tribune*, Tacoma, Washington, 14 de diciembre de 2013.

2. *Ibid.*

3. *Ibid.*

4. Bill Roggio y Lisa Lundquist, «Green-on-blue attacks in Afghanistan, the data», *The Long War Journal*, 23 de agosto de 2012.

5. Las tropas extranjeras no fueron los únicos objetivos. Un comandante de la policía afgana disparó a dos periodistas de Associated Press mientras informaban en la provincia de Khost en abril de 2014, matando a la fotógrafa Anja Niedringhaus e hiriendo a la corresponsal Kathy Gannon.

6. Lara Logan, «Interview with Gen. John Allen», *60 Minutes*, 30 de septiembre de 2012.

7. Entrevista con el mayor Christopher Sebastian, 1 de noviembre de 2012, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

8. *Ibid.*

9. Jeffrey Bordin, «A Crisis of Trust and Cultural Accountability», U.S. Forces-Afghanistan, 12 de mayo de 2011.

10. Véase: Adam Ashton, «Ambush, shootings a deadly betrayal by allies», *The News Tribune*, Tacoma, Washington, 12 de mayo de 2013; Adam Ashton, «Report sheds light on 2012 'green-on-blue' attack», *The News Tribune*, Tacoma, Washington, 6 de agosto de 2013; Adam Ashton, «The Cavalry at Home: A soldier's wounds and a will to live», *The News Tribune,* Tacoma, Washington, 14 de diciembre de 2013.

11. *Ibid.*

12. Ashton, «The Cavalry at Home», *The News Tribune*.

13. Entrevista al Mayor Jamie Towery, 17 de diciembre de 2012, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

14. *Ibid.*

15. Entrevista a Jack Kem, 23 de abril de 2014, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

16. *Ibid.*

17. *Ibid.*

18. Neta C. Crawford y Catherine Lutz, «Costs of War Project», Watson Institute for International and Public Affairs, Brown University, 13 de noviembre de 13, 2019.

19. Entrevista a un ex alto funcionario del Departamento de Estado, 15 de agosto de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

20. Entrevista a Lute, SIGAR.

21. Entrevista al mayor Greg Escobar, 24 de julio de 2012, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

22. *Ibid.*

23. Entrevista al mayor Michael Capps, 14 de diciembre de 2011, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

24. *Ibid.*

25. Entrevista al mayor Mark Glaspell, 2 de noviembre de 2012, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

26. *Ibid.*

27. *Ibid.*

28. Entrevista al mayor Charles Wagenblast, 1 de agosto de 2012, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

29. *Ibid.*

30. *Ibid.*

31. Entrevista a Shahmahmood Miakhel, 7 de febrero de 2017, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

32. *Ibid.*

33. Entrevista a Thomas Johnson, SIGAR.

34. Entrevista a un funcionario noruego, 2 de julio de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

35. Entrevista a Crocker, 11 de enero de 2016, SIGAR.

36. Entrevista al mayor Robert Rodock, 27 de octubre de 2011, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

37. Entrevista al teniente coronel Scott Cunningham, 15 de agosto de 2013, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

38. *Ibid.*

39. Entrevista a un soldado estadounidense, 7 de septiembre de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

40. Entrevista a un funcionario militar estadounidense, 20 de octubre de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

41. Entrevista al teniente coronel Scott Mann, 5 de agosto de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

42. Entrevista al capitán Andrew Boissonneau, 17 de septiembre de 2014, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

43. *Ibid.*

1. Al igual que muchas de las estadísticas que los funcionarios estadounidenses ofrecían descaradamente como prueba de progreso, las extrapolaciones de Campbell fueron groseramente exageradas. Una auditoría de la SIGAR de 2017 refutó las cifras de esperanza de vida por estar basadas en datos espurios. En lugar de veintiuno, la Organización Mundial de la Salud estimó un aumento de seis años en la esperanza de vida de los hombres afganos y de ocho en el caso de las mujeres.

2. Encuesta de *The Washington Post*-ABC News, 11-14 de diciembre de 2014.

3. Comandante del Componente Aéreo de las Fuerzas Conjuntas, «2013-2019 Airpower Statistics», 29 de febrero 2020, Mando Central de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos.

4. Entrevista a un alto funcionario estadounidense, 13 de septiembre de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

5. *Ibid.*

6. Entrevista a Boucher, SIGAR.

7. Entrevista a Lute, SIGAR.

8. Entrevista a Dobbins, SIGAR.

9. Tim Craig, Missy Ryan y Thomas Gibbons-Neff, «By evening, a hospital. By morning, a war zone», *The Washington Post*, 10 de octubre de 2015.

10. «Initial MSF internal review: Attack on Kunduz Trauma Centre, Afghanistan», Médicos Sin Fronteras, noviembre de 2015.

1. Rucker y Leonnig, *A Very Stable Genius*, pp. 131-136.

2. *Ibid.*

3. *Ibid.*

4. McMaster, *Battlegrounds*, p. 212-214.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

7. «2013-2019 Air-power Statistics», Mando Central de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos.

8. Neta C. Crawford, «Afghanistan's Rising Civilian Death Toll Due to Airstrikes, 2017-2020», Proyecto Costs of War, Brown University, 7 de diciembre de 2020.

9. Rod Nordland, «The Death Toll for Afghan Forces Is Secret: Here's Why», *The New York Times*, 21 de septiembre de 2018.

10. Mujib Mashal y Thomas Gibbons-Neff, «How a Taliban Assassin Got Close Enough to Kill a General», *The New York Times*, 2 de noviembre de 2018.

11. *Ibid.*

12. Dan Lamothe, «U.S. general wounded in attack in Afghanistan», *The Washington Post*, 21 de octubre de 2018.

1. David Mansfield, «Bombing the Heroin Labs in Afghanistan: The Latest Act in the Theatre of Counternarcotics», enero de 2018, LSE International Drug Policy Unit.

2. Entrevista a Lute, SIGAR.

3. Entrevista al Mayor Matthew Brown, 30 de julio de 2012, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth, Kansas.

4. *Ibid.*

5. Phil Stewart y Daniel Flynn, «U.S. Reverses Afghan Drug Policy, eyes August Vote», Reuters, 27de junio de 2009.

6. Entrevista a un ex alto funcionario británico, 17 de junio de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

7. *Ibid.*

8. Entrevista a Greentree, Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos.

9. Entrevista a Mohammed Ehsan Zia, 12 de abril de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

10. *Ibid.*

11. *Ibid.*

12. Entrevista a Rubin, 17 de febrero de 2017, SIGAR. En un correo electrónico de diciembre de 2019 al autor, Rubin añadió: «El principal problema es que el cultivo de opio es una estrategia de subsistencia para una parte importante de la población del país más pobre de Asia y uno de los más pobres del mundo. No puedes criminalizar las estrategias de subsistencia de la gente y esperar que te apoyen. El régimen mundial de criminalización de las drogas cede la producción y venta de una sustancia adictiva al crimen organizado y a sus protectores. Todo el régimen de la política de drogas es un desastre, y lo hemos importado a nuestra política afgana».

13. Entrevista a un funcionario del Departamento de Estado, 29 de junio de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

14. Entrevista a un funcionario del Departamento de Justicia, 12 de abril de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

15. Entrevista a un alto funcionario estadounidense, 10 de junio de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

16. Joseph Goldstein, «Bribery Frees a Drug Kingpin in Afghanistan, Where Cash Often Overrules Justice», *The New York Times*, de diciembre de 2014.

17. *Ibid.*

18. Entrevista a un alto funcionario de la DEA, 3 de noviembre de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

19. James Risen, «Propping Up a Drug Lord, Then Arresting Him», *The New York Times*, 11 de diciembre de 2010.

20. Johnny Dwyer, «The U.S. Quietly Released Afghanistan's "Biggest Drug Kingpin" from Prison. Did He Cut a Deal?», *The Intercept*, 1 de mayo de 2018.

21. Entrevista a un antiguo agregado legal, 27 de junio de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

22. Entrevista a un contratista del Departamento de Estado, 16 de septiembre de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

1. Entrevista a Franks, Centro Miller.

2. Entrevista a Metrinko, Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos.

3. Entrevista al embajador Ryan Crocker, 11 de enero de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

4. Entrevista a Metrinko, Asociación para los Estudios y la Formación Diplomáticos.

5. Entrevista a Crocker, 11 de enero de 2016, SIGAR.

6. «Quarterly Report to the United States Congress», 30 de enero de 2021, SIGAR, p. 25.

7. Entrevista a Michael Callen, 22 de octubre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

8. Entrevista a Crocker, 11 de enero de 2016, SIGAR.

9. Entrevista a un alto cargo de la USAID, 3 de junio de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

10. *Ibid.*

11. Entrevista a Boucher, SIGAR.

12. *Ibid.*

13. *Ibid.*

14. Entrevista a Hadley, SIGAR.

15. Entrevista a un dignatario estadounidense, 23 de septiembre de 2014, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

16. Entrevista a un funcionario estadounidense, 4 de diciembre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

17. Entrevista a Richard Haass, 23 de octubre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

18. *Ibid.* En un correo electrónico enviado al autor en diciembre de 2019, Haass añadió que «no había ningún entusiasmo, a diferencia de Irak, donde sí había un exceso de entusiasmo».

19. Entrevista a un alto dignatario de la administración Bush, 1 de junio de 2005, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

20. Entrevista al embajador Ryan Crocker, 1 de diciembre de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

21. Entrevista a Dobbins, SIGAR.

22. Memorando de Donald Rumsfeld para el presidente George W. Bush, 20 de agosto de 2002, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

23. *Ibid.*

24. Entrevista a Marin Strmecki, 19 de octubre de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR.

25. *Ibid.*

26. Entrevista a Hadley, SIGAR. En un correo electrónico enviado al autor en diciembre de 2019, Hadley añadió lo siguiente: «No es casual que no tengamos un modelo de estabilización que funcione. Estados Unidos ha invertido con generosidad y con cabeza, como es lógico, en sus fuerzas armadas. Y ahora tiene las mejores que han existido jamás sobre la faz de la Tierra. Pero Estados Unidos ha invertido poco en las vías civiles y en las aptitudes en materia de diplomacia, desarrollo económico y social, gobierno democrático, infraestructuras y creación de instituciones civiles, que son esenciales para que cualquier proyecto de estabilización posconflicto cuaje. Aun así, en Afganistán se lograron muchas cosas positivas».

27. Entrevista a un representante de la Unión Europea, 4 de febrero de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

28. Entrevista a un alto dignatario alemán, 2 de febrero de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

29. Entrevista a un alto dignatario estadounidense, 18 de octubre de 2016, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

30. Entrevista a un alto diplomático estadounidense, 10 de julio de 2015, Proyecto Lessons Learned, SIGAR. Nombre tachado por la SIGAR.

31. Entrevista a Boucher, SIGAR.

32. Entrevista al coronel Terry Sellers, 21 de febrero de 2007, Centro de Historia Militar del Ejército de EE. UU., Washington D. C.

33. Entrevista al coronel David Paschal, 18 de julio de 2006, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

34. *Ibid.*

35. Entrevista a Thomas Clinton, Instituto de Estudios de Combate.

36. Entrevista al teniente coronel Todd Guggisberg, 17 de julio de 2006, Proyecto Operational Leadership Experiences, Instituto de Estudios de Combate, Fort Leavenworth (Kansas).

37. *Ibid.*

Los papeles de Afganistán. Historia secreta de la guerra
Craig Whitlock

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Afghanistan papers: a secret history of the war*

Copyright © 2021 by WP Company LLC
Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con el editor original Simon & Schuster, Inc.

© de la traducción, Àlex Guàrdia y Héctor Piquer, 2022

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta, Nenov / Getty Images y Alan Cotton / Alamy /ACI

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero 2022

ISBN: 978-84-9199-384-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

LOS PAPELES DE AFGANISTÁN

HISTORIA SECRETA DE LA GUERRA

CRAIG WHITLOCK

CRÍTICA